KRISHNAMURTI

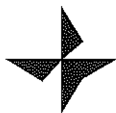


Temor, placer y amor

EDAF

KRISHNAMURTI

TEMOR, PLACER Y AMOR



EDAF

BOLSILLO

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO - MIAMI

2007

Índice



Charla 1



HABRÁ diez charlas, de modo que podemos considerar las cosas con calma, paciencia e inteligencia. A los que seamos serios y no hayamos venido simplemente para una o dos charlas por mera curiosidad, nos atañe comprender las diversas complicaciones y los problemas que tiene cada ser humano, pues comprenderlos es resolverlos y quedar por completo libres de ellos.

Hay ciertas cosas que deben darse por sentadas. Ante todo, hay que comprender lo que entendemos por comunicación, lo que significa la palabra para cada uno de nosotros, lo que está implicado, cuál es la estructura, la naturaleza de la comunicación. Si dos de nosotros, usted y yo, nos queremos comunicar el uno con el otro, no solo ha de existir una comprensión verbal de lo que se está diciendo en el nivel intelectual, sino también, por consiguiente, un escuchar y un aprender. Me parece que estas dos cosas son esenciales para que nos comuniquemos uno con otro: el escuchar y el aprender. En segundo lugar, es evidente que cada uno de nosotros tiene un pasado de conocimientos, prejuicios y experiencias, así como los sufrimientos e innumerables y complejos problemas que surgen en las relaciones humanas. En estas

circunstancias estamos la mayoría de nosotros y con ellas tratamos de escuchar. Bien mirado, cada uno de nosotros es el resultado de nuestra compleja vida cultural: somos el resultado de toda la cultura humana, con la educación y las experiencias, no solo de unos pocos años, sino de siglos.

No sé si alguna vez habrá examinado usted la forma en que escucha, sea lo que fuere: un ave, el viento entre las hojas, las aguas que se precipitan, o cómo escucha usted un diálogo consigo mismo, su conversación dentro de las diversas relaciones que tiene con sus amigos íntimos, con su esposa o su marido. Si tratamos de escuchar, vemos que es extraordinariamente difícil, porque siempre estamos proyectando nuestras opiniones e ideas, nuestros prejuicios, conocimientos, inclinaciones, impulsos; cuando estos nos dominan, apenas escuchamos lo que se está diciendo. En ese estado no hay valor alguno. Se escucha y, por lo tanto, se aprende solo en un estado de atención, en un estado de silencio en el cual está como en suspenso, en calma, todo ese pasado; entonces, me parece, podemos comunicarnos.

También hay varias otras cosas implicadas. Si escucha usted con la experiencia o imagen que haya creado del que le habla, y escucha como si este tuviera cierta autoridad, que puede o no tener, entonces es evidente que no estará escuchando. Lo que escucha es la proyección que usted mismo ha hecho, y eso le impide escuchar. Tampoco así es posible la comunicación. Es evidente que la comunicación real o comunión solo puede efectuarse cuando hay silencio. Cuando dos personas están decididas, en serio, a comprender algo, poniendo para ello toda su mente, su corazón, sus nervios, sus ojos, sus oídos, entonces

hay, en esa atención, una cierta cualidad de silencio; entonces se lleva a cabo la comunicación real, la comunión. Con esto, no solo se aprende, sino que se produce una comprensión total, la cual no es algo distinto de la acción inmediata. Es decir, cuando uno escucha sin ninguna intención, sin ninguna barrera, dejando a un lado todas las opiniones, conclusiones, experiencias, etc., en ese estado no solo comprende uno si es verdadero o falso lo que está diciendo, sino que, además, si es verdadero, hay acción inmediata. Si es falso, no hay acción alguna.

Durante estas diez charlas, no solo vamos a aprender sobre nosotros mismos, algo que es de importancia primordial, sino que también aprenderemos que en este mismo proceso de aprender hay acción. No se trata de aprender primero y actuar después, sino más bien que el acto mismo de aprender es el acto de hacer.

Para nosotros, tal como somos, aprender implica acumular ideas, las cuales son el pensamiento racionalizado y cuidadosamente elaborado. Al aprender planeamos una estructura de ideas, y una vez que ya hemos establecido el plan de ideas, ideales o conclusiones, entonces actuamos. Así que la acción está separada de la idea. Esta es nuestra vida: primero planeamos y luego tratamos de obrar con arreglo a ese plan. Pero lo que nos interesa es algo completamente distinto, es decir, que el acto de aprender *es* acción; que en el proceso mismo de aprender se está realizando la acción y que, por lo tanto, no hay conflicto.

Creo que es importante comprender desde el principio mismo que no estamos formulando ninguna filosofía, ninguna estructura intelectual de ideas o de

conceptos teológicos o puramente intelectuales. Lo que nos interesa es llevar a cabo una revolución total en nuestras vidas, lo cual no tiene nada que ver con la estructura de la sociedad tal como es. Al contrario, si no comprendemos toda la estructura psicológica de la sociedad de la que formamos parte, que hemos construido a través de los siglos, y si no quedamos libres de esa estructura, no podrá haber revolución psicológica total, y es indispensable una revolución de esta clase.

Tienen ustedes que saber lo que está pasando en el mundo: el tremendo descontento que hierve y se expresa de diferentes maneras —los *hippies,* los *beatniks,* los *provos* de Estados Unidos—, y las guerras continúan, de las que somos responsables. No son solo los estadounidenses y los vietnamitas, sino cada uno de nosotros los que somos responsables de estas monstruosas guerras; y no es que usemos con indiferencia la palabra «responsables». Nosotros sí somos responsables, tanto si aquellas guerras se producen en Oriente Medio como en Extremo Oriente o en cualquier otro sitio. Sigue habiendo grandes hambrunas, gobiernos incompetentes, acumulación armamentística, etc. Al observar todo esto, es natural y humano que uno exija un cambio, que haya una revolución en nuestro modo de pensar y vivir. ¿Cuándo va a empezar esa revolución? Los comunistas, los nacionalistas, todas las autoridades religiosas organizadas, siempre han pensado que el individuo no tiene ninguna importancia; el individuo puede ser persuadido en cualquier dirección. Aunque afirman la libertad común para el hombre, hacen todo cuanto pueden para impedir esa libertad. Por todo el mundo las religiones organizadas «lavan

el cerebro» a las personas para que se ajusten a un modelo determinado, que llaman ideas religiosas y ritos. A los comunistas, a los capitalistas, a los socialistas, no les interesa nada el individuo, aunque hablan sobre él. Pero yo no veo cómo puede producirse un cambio radical si no es por medio del individuo, pues el ser humano individual es el resultado de toda la experiencia, conocimiento y conducta del hombre. Está en nosotros, somos como unos depósitos de todo el pasado, la experiencia de la vida racial, familiar, individual; somos eso, y si no hay una revolución, una mutación en la esencia misma de nuestro ser, no veo cómo puede surgir una buena sociedad.

Cuando hablamos del individuo, no lo oponemos a lo colectivo, la masa, la humanidad entera, pues el individuo humano es la humanidad entera. Si no se dan ustedes cuenta de eso, esta afirmación se convierte en un mero concepto intelectual. Si cada uno de nosotros no reconoce el hecho capital de que, como seres humanos, representamos la humanidad entera, ya vivamos en Oriente o en Occidente, no veremos el modo de actuar.

Nosotros los seres humanos, como individuos, somos totalmente responsables del estado del mundo. Incluso de las guerras. Somos responsables también de las guerras por la forma en que vivimos, pues somos nacionalistas: alemanes, franceses, holandeses, ingleses, estadounidenses, rusos; somos católicos, protestantes, judíos, budistas, o pertenecemos a un grupo zen o a esta o aquella secta, nos dividimos, disputamos, luchamos los unos con los otros. Nuestros dioses, nuestras nacionalidades nos han dividido. Cuando uno comprende, no de modo intelectual sino real, tan realmente como reconocería que siente

hambre, que usted y yo como seres humanos somos responsables de todo este caos, de todo este sufrimiento, pues contribuimos a él, formamos parte de él; cuando uno comprende eso —no en forma emotiva, intelectual, sentimental, sino real—, entonces el problema adquiere suma importancia. Cuando esa comprensión es de tal importancia, usted actuará. No hasta entonces, no hasta que no se sienta responsable total de esta monstruosa sociedad, con sus guerras, sus divisiones, su horror, su brutalidad, codicia, etc.; no actuaremos mientras cada uno de nosotros no comprenda eso. Y usted podrá actuar únicamente cuando sepa cómo se ha elaborado este sistema, no solo en su aspecto externo, sino también internamente. Por eso tiene uno que saber más de sí mismo, y cuanto más sepa, mayor madurez tendrá. La falta de madurez reside solo en la ignorancia de sí mismo.

Lo que vamos a hacer es aprender sobre nosotros mismos, no según el que les habla ni según Freud o Jung, ni ningún otro analista o filósofo, sino aprender, en realidad, lo que somos. Si aprendemos sobre nosotros según Freud, aprenderemos sobre Freud, no sobre nosotros. Para aprender sobre uno mismo, la autoridad tiene que cesar; pero toda autoridad: la de la iglesia, la del sacerdote del lugar, la del famoso analista, la de los más grandes filósofos con sus métodos intelectuales, etc. Así que lo primero que uno tiene que comprender cuando es serio y reclama una revolución total dentro de la estructura de nuestra psique, es que no hay autoridad de ninguna clase. Eso es muy difícil, porque no solo existe la autoridad exterior que uno puede fácilmente rechazar, sino que también está la interior, la de nuestra propia experiencia, la de nuestro propio conocimiento acumu-

lado, la de las opiniones, ideas, ideales, que guían la vida de uno y con arreglo a los cuales trata de vivir. Es tremendamente difícil librarse de esa autoridad, no solo en las cosas grandes, sino también en el ayer, en aquella experiencia que le enseñó algo y que se ha convertido en la autoridad de hoy. Tienen ustedes que comprender la sutileza y dificultad que encierra todo esto. No solo existe la autoridad del conocimiento acumulado como tradición, de toda experiencia que ha dejado señal, sino también la autoridad del ayer, tan destructiva como la que tiene mil años. Para comprendernos a nosotros mismos no hace falta ni la autoridad del ayer ni la de hace mil años, porque somos algo vivo, en movimiento, que nunca descansa, que siempre fluye. Cuando nos observamos con la autoridad del ayer, lo importante es la autoridad y no el movimiento de la vida que somos nosotros; de manera que no comprendemos el movimiento, con su fluir, con su belleza y su cualidad; lo que comprende usted es la autoridad acumulada con la que está observando. Estar libre de esa autoridad es morir para todo lo de ayer de modo que su mente sea siempre nueva, joven, inocente, llena de vigor y pasión. Solo en ese estado puede uno observar y aprender. Esa libertad ya no es el instrumento que la autoridad pueda utilizar siguiendo el dictado de nuestro placer o dolor. Y para eso hace falta una gran dosis de percepción; una percepción real de lo que está ocurriendo bajo la piel, sin corregirlo, sin decirle lo que debe ser o no ser; porque si lo corrige usted, ya habrá establecido la autoridad, el censor.

Si está usted dispuesto, si es serio y no simplemente superficial y curioso, entonces vamos a observarlo, paso a paso, sin perder un solo detalle. Esto no

significa que el que les está hablando se vaya a convertir en el analista; no soy ningún analizador ni voy a analizar a nadie; lo único que hay son hechos; lo único que hay es lo que es. Cuando sabemos observar lo que es, el analizador desaparece por completo.

De modo que, en estas charlas, vamos a establecer la comunicación de unos con otros, no sobre lo que debería ser ni lo que ha sido, sino sobre lo que en realidad está pasando en nosotros; no sobre cómo deberíamos cambiarlo ni lo que deberíamos hacerle, sino sobre cómo observar y ver lo que en realidad es. Eso requiere una energía muy intensa. Como bien saben ustedes, nunca observamos lo que es, nunca observamos al árbol tal como es: la sombra, el espesor del follaje, totalmente, toda su belleza. Eso es así porque tenemos conceptos de lo que es la belleza y métodos para observar el árbol, o quizá porque queremos identificarnos con el árbol. Lo primero que tenemos es la idea sobre el árbol y luego lo observamos. La idea, el ideal, el método nos impiden observar el árbol que existe. Las ideas, los ideales, los métodos son los componentes de la cultura en que vivimos. Esa cultura soy yo, es usted; y con esa cultura observamos, por lo cual no observamos en absoluto. Ahora bien, si usted escucha lo que decimos, escucha de verdad, entonces la cultura y la autoridad desaparecerán completamente; no tendrá usted que combatir ese pasado, esa cultura de la sociedad en que ha sido educado; podrá ver que eso le impide observar. Solo cuando observa realmente, está en comunión, tiene un contacto real, no solo con el árbol, la nube, la montaña, la belleza de la tierra, sino también con lo que está realmente en su interior. Y cuando está directamente en contacto, no hay ningún problema. Los pro-

blemas surgen únicamente cuando no existe este contacto, cuando usted es el observador, y lo observado es algo distinto de usted y, por ello, no hay contacto; entonces tenemos conflictos, sufrimientos, dolores y angustias.

Durante estas charlas vamos a ayudarnos unos a otros a comprender y, por lo tanto, a estar en contacto con lo que realmente es; esto significa que el observador desaparece y que observar, escuchar, comprender y actuar son todo lo mismo.

¿Podemos charlar todos juntos sobre lo que hemos estado diciendo, o sobre cualquier otra cosa que quieran ustedes? Creo que es muy importante hacer preguntas. Nunca hacemos preguntas fundamentales, y si lo hacemos, no tenemos tiempo, ganas o capacidad para hallar la respuesta correcta. Para preguntar hay que ser muy serios. Cuanto más vehemente se vuelva la pregunta, menos trataremos de hallar la respuesta; si uno es serio al hacer la pregunta, verá que en esta misma acción encuentra la respuesta. Pero hay que preguntar.

INTERLOCUTOR: *No comprendo eso de la acción inmediata.*

KRISHNAMURTI: ¿Qué es la acción? El significado real de esta palabra es hacer. La acción implica un presente activo. Pero la acción es el resultado del conocimiento, de la experiencia, de las ideas, de los métodos, de los hábitos del ayer, todos ellos firmemente establecidos y de acuerdo con los cuales actuamos. El recuerdo del ayer, modificado o como sea, actúa en el presente y eso crea el futuro, de modo que en esa acción no hay presente activo. Estoy obrando de acuerdo

con una cosa muerta. (Claro que tengo que tener en la memoria alguna clase de actividad, como las de tipo técnico, etc.) Pero obrar de acuerdo con la memoria solo produce acción que no tiene nada de acción, sino que es algo muerto, de manera que el mañana también lo es. Entonces, ¿qué puedo hacer? Tengo que averiguar qué acción es totalmente distinta de la acción de la memoria. Para hacer esto debo ver lo que sucede en realidad, no intelectual, verbal o sentimentalmente. He experimentado la cólera o el placer, y eso se queda como un recuerdo, y la acción se produce conforme a ese recuerdo. Esa acción desde el recuerdo incrementa la cólera o el placer y siempre está acumulando el pasado; tal acción desde el pasado es virtualmente inacción. ¿Puede librarse la mente de estos recuerdos del ayer, para vivir en el presente? Esta no debe ser una pregunta para la que pueda yo obtener una respuesta intelectual. Y tampoco puede la mente —que es del tiempo, que está sometida a infinitos caprichos— librarse de los recuerdos del ayer tratando de vivir en el presente con arreglo a la filosofía que dice que debo vivir por completo en el presente, que no hay futuro, que no hay pasado, que en el futuro no hay esperanza y que, por lo tanto, hay que vivir en el presente y aprovecharse de él lo máximo posible.

No puedo vivir en el presente si este se encuentra impregnado por el pasado. Para comprender esto la mente ha de ser capaz de observar, y solo se puede observar cuando no hay condenación, identificación o enjuiciamiento —como observaríamos un árbol o una nube—, simplemente observación. Antes de que podamos enfrentarnos con la estructura tan compleja de la memoria, tenemos que ser capaces de ob-

servar el árbol, la hormiga, el discurrir del río... observar. No lo hacemos de verdad. Es mucho más importante observar el pasado, los recuerdos que tenemos, y esto no sabemos hacerlo.

La acción derivada del recuerdo es inacción total y, por consiguiente, no se produce en absoluto la revolución.

I.: *Me da la impresión de que existe una contradicción cuando usted, por un lado, afirma que el individuo es lo colectivo y el resultado del pasado y, por otro, que no debe haber autoridad del pasado.*

K.: Después de todo, el pasado, si lo consagramos a otro, como al sacerdote, al analista, al comandante de un ejército o a la esposa o al marido, esa autoridad que confiero a otro es para mi propia seguridad. El hombre ha aceptado esa autoridad durante siglos y siglos. Él ha creado la autoridad, la quiere, porque cuanto más confuso y desgraciado se siente, tanto más quiere que otro le diga lo que debe hacer. La autoridad que ha conferido a otro, o la que ha creado en sí mismo como guía, se convierte en un impedimento. De nuevo podemos ver que esta cuestión de la autoridad y del individuo es realmente muy compleja, pues para comprender lo individual tenemos que comprender también lo colectivo, y en lo colectivo reside toda la estructura de la autoridad. Todos estamos buscando seguridad en una u otra forma. La seguridad en los empleos, en tener dinero, en la continuidad de determinado placer, sexual o de cualquier otra clase, y la demanda de seguridad total, todo esto lo encontramos en todos nosotros y tratamos de expresar de diferentes maneras este impulso. Desde

el momento en que se reclame seguridad tiene que haber autoridad, es evidente, y esa es la estructura psicológica y cultural de toda nuestra sociedad.

¿Nos hemos preguntado alguna vez si existe de verdad esa seguridad que andamos buscando? Damos por sentado que sí. Hemos buscado la seguridad en las iglesias, en los líderes políticos, en nuestras relaciones, pero nunca la hemos hallado. ¿La han encontrado ustedes? ¿Han encontrado alguna vez seguridad en sus relaciones? ¿Hay seguridad en alguna relación, en alguna iglesia o en algún gobierno, excepto seguridad física? Ustedes tienen seguridad en las creencias, en los dogmas, pero esa es simplemente una idea que se puede venir abajo mediante el razonamiento, la duda, el cuestionamiento, la demanda de libertad. Cuando uno comprende que no existe nada que podamos llamar seguridad, o permanencia, entonces la autoridad carece de todo sentido.

I.: *Creo que dijo usted que somos responsables de toda la sociedad. No he acabado de entender lo que quiere usted decir. ¿Es que somos responsables de las guerras y todas esas cosas?*

K.: ¿No cree usted que somos responsables de las guerras? La forma en que vivimos indica que somos brutales, agresivos y que tenemos violentos prejuicios, nos hemos dividido en nacionalidades, grupos religiosos que se odian entre sí, nos destruimos unos a otros en los negocios; todo eso tiene que expresarse en guerras, en odio. Es evidente. Vivir en paz significa vivir en forma pacífica todos los días, ¿no es así?

I.: *Yo diría que algunas personas son más responsables que otras.*

K.: ¡Ah! El caballero dice que algunas personas son más responsables que ustedes y yo de esas cosas tan horribles. Es una buena evasiva. Pero me temo que no: cuando usted es alemán y yo ruso, cuando usted es comunista y yo capitalista, ¿no andamos como el perro y el gato? Usted quiere que todo continúe como está, sin ninguna molestia, porque tiene un poco de dinero, un hijo, una casa, y por nada del mundo quiere que nadie perturbe su tranquilidad; no le gusta nada en absoluto que algo le moleste. ¿No es usted responsable cuando insiste en que no quiere que lo molesten? Y dice usted «mi religión, mi Cristo, mi Buda», mi lo que sea, es mi Dios, a él le ha confiado usted todo, su seguridad, su desdicha; no quiere que lo molesten. No le gusta nada en absoluto el hombre que piensa de otra manera. Vivir pacíficamente cada día significa que realmente no tiene usted ninguna nacionalidad, religión, dogma o autoridad. Paz significa amar, ser bondadoso; si no tiene usted eso, entonces es responsable de toda la confusión.

9 de julio de 1967

Charla 2



DECÍAMOS que es importante librarse totalmente de la estructura psicológica de la sociedad, es decir, estar por completo fuera de esta. Para comprender los problemas de la estructura social de la que formamos parte, y también para librarnos de ellos, necesitamos considerable energía, vigor y vitalidad.

Cuanto más ve uno lo compleja que es la sociedad, tanto más evidente se vuelve lo complejo que es el individuo que vive en ella. El individuo es parte de la sociedad que él ha creado; su estructura psicológica es en esencia la de esa sociedad. Comprender los problemas que tiene cada uno de nosotros es comprender los de la relación dentro de la sociedad, pues realmente solo tenemos uno, que es el de la relación en esta estructura social y psicológica. Para comprender y librarse del problema de la relación, necesita uno mucha energía, no solo física e intelectual, sino una energía no motivada ni dependiente de ningún estímulo psicológico ni de ninguna droga; para tener esta energía, uno debe comprender primero cómo la disipa. Vamos a ver esto paso a paso, y les ruego que comprendan que el que les habla es solo un espejo y expresa lo que espera que sea el problema de cada uno de nosotros. De esta manera no se limita uno a

oír una serie de palabras e ideas, sino que escucha realmente y se observa a sí mismo, no siguiendo las ideas del orador u otro cualquiera, sino que más bien observa el estado real de la confusión de sí mismo, de su falta de energía, de su sufrimiento, de su sensación de total desesperanza, etc.

Si uno depende de estímulos para la energía que necesita, entonces ese mismo estímulo vuelve la mente obtusa, insensible, poco aguda. Puede uno tomar droga LSD, o de cualquier otra clase, y puede hallar temporalmente la suficiente energía para ver las cosas con gran claridad, pero luego vuelve a su estado anterior y se hará cada vez más dependiente de esa droga. Todo estímulo, ya sea de la Iglesia, de la bebida, de la droga, o del que les habla, producirá de manera inevitable dependencia, y esta dependencia le impide a uno tener la energía vital para ver con claridad por sí mismo. Cualquier forma de dependencia de cualquier estímulo aminora la viveza y vitalidad de la mente. Todos dependemos, por desgracia, de algo; puede ser la dependencia de una relación, o de la lectura de un libro intelectual, o de ciertas ideas e ideologías que hayamos formulado; o dependemos de la soledad, del aislamiento, del rechazo, de la resistencia. Es evidente que estas cosas perturban y disipan la energía.

Uno tiene que darse cuenta de lo que depende, y también ha de averiguar por qué tiene que depender psicológicamente de eso; no hablo de cuestiones técnicas o de depender del lechero, sino psicológicamente, por qué dependemos, qué implica la dependencia. Esta cuestión es esencial al investigar la disipación, la decadencia y la distorsión de la energía; una energía que necesitamos de modo tan vital para comprender tantos problemas.

¿De qué dependemos? ¿De una persona, de un libro, de una iglesia, de un sacerdote, de una ideología, de una bebida o de una droga? ¿Cuáles son los diferentes apoyos que tenemos cada uno de nosotros, sean estos sutiles o, por el contrario, totalmente evidentes? ¿Por qué dependemos? ¿Se libera nuestra mente de esa dependencia descubriendo su causa? ¿Comprende usted la pregunta? Estamos emprendiendo juntos el viaje; no espere usted a que yo le diga las causas de su dependencia, sino que más bien, al indagar juntos, ambos las descubriremos. Ese descubrimiento será de usted y, al ser de usted, le dará vitalidad. Uno descubre por sí mismo que depende de algo, por ejemplo, de un público que lo escuche, que lo estimule, por lo cual necesita de ese auditorio. Del hecho de dirigir la palabra a un gran número de personas puede uno sacar una especie de energía. Y depende uno de la aprobación o rechazo de ese auditorio para conseguir esa energía. Cuanto más rechazo haya, mayor será la batalla y mayor vitalidad obtendrá uno; pero si el auditorio lo aprueba todo, entonces no puede uno sacar esa energía. Uno es dependiente. ¿Por qué? Y se pregunta si, al descubrir la causa de su dependencia, se liberará de esta. Investiguemos esto juntos y con tranquilidad. Uno descubre que necesita un auditorio porque es algo muy estimulante el dirigir la palabra a la gente. ¿Por qué necesita uno ese estímulo? Porque somos superficiales interiormente, no tenemos nada, ningún manantial siempre lleno de energía, rico, vital, fluido, vivo. Nuestro interior es extremadamente pobre: lo hemos descubierto, esa es la causa de nuestra dependencia.

¿Nos libra de la dependencia el descubrimiento de su causa, o es este descubrimiento meramente inte-

lectual, una pura fórmula? Si se trata de una investigación intelectual y el intelecto ha hallado la causa de la dependencia mental por medio de la racionalización y el análisis, entonces, ¿queda así liberada la mente de la dependencia? Es evidente que no. El simple descubrimiento intelectual de la causa no libera a la mente de depender de algo que le dé estímulo, ni tampoco la libera una aceptación meramente intelectual de una idea, o la aceptación emotiva de una ideología.

La mente se libera de la dependencia al ver la totalidad de esta compleja estructura de estímulo y dependencia, y al ver que el mero descubrimiento intelectual de la causa no libera a la mente. Ver toda la estructura y la naturaleza del estímulo y de la dependencia, y cómo esta dependencia atonta la mente, la entorpece y la deja inactiva, solo el ver todo esto es lo que libera a la mente.

¿Ve uno el todo o ve solo una parte, un detalle? Esta es una pregunta muy importante que hay que hacerse a sí mismo, pues vemos las cosas por fragmentos y pensamos en ellas también por fragmentos; toda nuestra forma de pensar se desarrolla fragmentadamente. Tiene uno, pues, que investigar lo que significa el ver de un modo total. Nos preguntamos si nuestra mente puede ver el todo, aun cuando haya funcionado siempre de manera fragmentaria, como nacionalista, como individualista, y en lo colectivo como católico, alemán, ruso, francés, o como un individuo cautivo de una sociedad técnica, que funciona en una actividad especializada, etc., con todo dividido en fragmentos: el bien enfrentado al mal, el odio al amor, la ansiedad a la libertad. Nuestra mente siempre está pensando dentro del campo de la duali-

dad, de la comparación, de la competición, y una mente así, que funciona de forma fragmentada, no puede ver la totalidad. Si uno es hindú y observa el mundo desde el marco de referencia de los hindúes, cree en determinados dogmas, rituales y tradiciones, ha sido educado en determinada cultura, etc., está clarísimo que no verá la totalidad de la raza humana.

Así que para ver algo de modo total, ya sea un árbol o una relación o cualquier actividad que uno tenga, la mente ha de estar libre de toda fragmentación, ya que su propia naturaleza está en el centro desde el que uno está observando. El pasado, la cultura como católico, protestante, comunista, socialista, como mi familia, es el centro desde el que estamos observando. De modo que mientras uno observe la vida desde un determinado punto de vista, o a través de una experiencia concreta —que uno ha atesorado, que es su pasado, que es el yo—, no podrá ver la totalidad. No se trata, pues, de cómo va uno a librarse de la fragmentación. La cuestión sería siempre la misma: ¿Cómo puedo *no* conducirme de manera fragmentada yo que siempre actúo así? Pero esta sería una pregunta mal formulada. Vemos que dependemos psicológicamente de muchas cosas y hemos descubierto de manera intelectual, o verbal, o por medio del análisis, la causa de esa dependencia; el descubrimiento mismo es fragmentario, porque es un proceso intelectual, verbal, analítico, lo que significa que *cualquier cosa que el pensamiento investigue tiene que ser inevitablemente fragmentaria*. Solo puede uno ver la totalidad de algo cuando el pensamiento no interviene; entonces no ve de modo verbal ni intelectual, sino real, como veo este micrófono, sin ningún agrado ni desagrado; está ahí. Entonces ve uno

la realidad: que uno es dependiente y no quiere librarse de esa dependencia ni de su causa. Sin embargo, cuando se observa sin ningún centro —sin ninguna estructura de la naturaleza del pensamiento—, cuando se observa así, se ve el todo, no simplemente un fragmento; y solo cuando la mente ve el todo hay libertad.

Dos cosas hemos descubierto: en primer lugar, que hay disipación de energía cuando hay fragmentación. Al escuchar, al observar toda esta estructura de la dependencia, descubre uno que cualquier actividad de una mente que actúa y funciona fragmentariamente, como hindú, comunista o católico, o como el analizador que está analizando, es en esencia una mente disipada, que desperdicia energía. En segundo lugar, ese descubrimiento le da a uno energía para hacer frente a los fragmentos que surjan y, por lo tanto, al observar cómo surgen esos fragmentos, se resuelven.

Hemos encontrado la fuente misma de disipación de la energía: que toda fragmentación, toda división, todo conflicto (pues división significa conflicto) es desperdicio de energía. Sin embargo, uno puede pensar que no hay tal derroche de energía si imita y acepta a la autoridad (dependiendo del sacerdote, de los rituales, del dogma, del partido, de una ideología), porque entonces uno acepta y se convierte en seguidor. Mas el seguimiento y la aceptación de una ideología, sea buena o mala, sea sagrada o no, es una actividad fragmentaria y, por tanto, causa conflicto. El conflicto surgirá de modo inevitable, porque habrá división entre «lo que es» y lo que «debería ser», y ese conflicto es un derroche de energía. ¿Podemos *ver* que esto es verdad? Tampoco se trata aquí de ver cómo

vamos a librarnos del conflicto. Si nos preguntamos sobre la manera de librarnos del conflicto, entonces crearemos otro problema, por lo cual el conflicto aumenta. Mientras que si uno viese, como ve el micrófono, con claridad, directamente, entonces comprendería la verdad esencial de una vida en la que no hay conflictos.

Escuchen señores, se lo voy a decir de un modo distinto. Siempre estamos comparando lo que somos con lo que deberíamos ser. El «debería ser» es una proyección de lo que creemos que debiera ser. Nos comparamos con nuestro prójimo, con la riqueza que él tiene y de la que nosotros carecemos. Nos comparamos con los que son más brillantes, más intelectuales, más afectuosos, más amables, más famosos, más esto, más aquello. El «más» desempeña en nuestras vidas un papel extraordinariamente importante; y la medición que se realiza en cada uno de nosotros, el medirnos con algo, es una de las primordiales causas de conflicto. En esto está implicada la competición, la comparación con esto y con aquello, y estamos atrapados en este conflicto. Pero ¿por qué tiene que haber comparación? Háganse esta pregunta. ¿Por qué se compara uno con otro? Desde luego que una de las tretas de la propaganda comercial es la de hacerle a usted creer que no es lo que debería ser, y cosas por el estilo. Y desde la más tierna edad ya empiezan con que usted tiene que ser tan listo como otro, mediante exámenes, etc. ¿Por qué tenemos que compararnos en lo psicológico? Les ruego que lo averigüen. Si no comparo, ¿qué soy yo? Sería torpe, vacuo, tonto. Si no me comparo con otro, seré lo que soy. Mas por medio de la comparación espero evolucionar, crecer, llegar a ser más inteligente, más bello,

más esto, más lo otro. ¿Lo seré? El hecho es que soy lo que soy y que, por comparar, estoy fragmentando ese hecho, la realidad, y eso es un derroche de energía; mientras que el no comparar, sino ser lo que realmente soy, es tener una tremenda energía para observar. Cuando usted observa sin comparación, ha trascendido toda comparación, lo cual no significa una mente estancada y satisfecha, sino todo lo contrario.

Vemos, pues, en esencia, cómo desperdicia la mente la energía y cómo es necesaria esta para comprender la totalidad de la vida, no simplemente los fragmentos. Es como un vasto campo en el que hay muchas flores. Si usted estuvo en él antes de que segaran el heno, ¿no observó que había millares de flores de muchos colores? Pero la mayoría de nosotros nos fijamos solo en algún rincón del campo y, allí, únicamente en una sola flor, no miramos todo el campo. Damos importancia a una sola flor y, al dar importancia a esa única flor, se la negamos a las demás. Eso es lo que hacemos cuando damos importancia a la imagen que formamos de nosotros mismos, entonces se la negamos a todas las demás imágenes y por lo tanto estamos en conflicto con todas ellas.

De modo que, como dijimos, la energía es necesaria, energía que carece de motivo, de dirección. Para esto, hemos de ser pobres interiormente, no ricos en cosas que la sociedad, o sea nosotros mismos, hemos creado. Como la mayoría de nosotros somos ricos en cosas de la sociedad, no tenemos nada de pobreza. Lo que la sociedad ha construido en nosotros y lo que hemos construido nosotros mismos es la codicia, la envidia, la cólera, el odio, los celos, la ansiedad, y somos muy ricos en esas cosas. Para comprender todo

esto hemos de tener una extraordinaria vitalidad, tanto física como psicológica. La pobreza es una de esas cosas extrañas que las diferentes religiones han predicado por todo el mundo; también la castidad, etcétera. La pobreza del fraile que se pone una túnica, que cambia de nombre, entra en una celda, toma la Biblia y la lee perpetuamente: se dice de él que es pobre. Lo mismo se hace, de diversas maneras, en el Oriente, y eso se considera pobreza —el voto de pobreza, el tener un solo taparrabos, una sola túnica, una sola comida al día—, y todos respetamos semejante pobreza. Pero las personas que han tomado la túnica de la pobreza siguen siendo ricas en las cosas de la sociedad, interiormente, psicológicamente, porque aún están buscando posición, prestigio; pertenecen a la categoría del tipo religioso, y este tipo es una de las divisiones de la cultura de la sociedad. Eso no es pobreza. Pobreza es estar totalmente libre de la sociedad, aunque pueda usted tener algo de ropa, algo de comida. La pobreza puede ser maravillosa y bella cuando la mente está libre de la estructura psicológica de la sociedad, porque entonces no hay conflicto, no se busca, no se pide, no se desea: no hay nada. Solo esta pobreza interna es la que puede ver la verdad de una vida en la cual no hay conflicto alguno. Semejante estado de vida es una bendición, y esa bendición no se encuentra en ninguna iglesia, en ningún templo.

INTERLOCUTOR: *¿No es paradójica su afirmación de que el pensamiento funciona siempre fragmentariamente y que requiere energía el darse cuenta de esto? ¿No es eso un círculo vicioso?*

KRISHNAMURTI: Necesito energía para observar, pero el observar se vuelve fragmentario y por ello disipa energía. ¿Qué va uno, pues, a hacer? Como bien sabe usted, señor, necesito energía física, intelectual, emotiva, apasionada, para emprender cualquier cosa: una energía continuada. Pero yo sé que estoy derrochando esa energía en la fragmentación; todo el tiempo lo estoy haciendo. Entonces me pregunto: «¿Qué voy a hacer? Aquí estoy, quiero tener esa energía para afrontar todos los problemas de la vida, de modo inmediato, pero estoy malgastando energía todo el tiempo: por no tomar el alimento adecuado, por pensar en esto y aquello, por ser hindú, por tener prejuicios, ambiciones, envidia, codicia, etc. En ese estado, ¿puedo hacer algo?». Escuche la pregunta primero con mucho cuidado, no niegue ni acepte. Disipo la energía y la necesito, es decir, me hallo en estado de contradicción, y esa misma contradicción es otro derroche de energía. Comprendo, pues, que cualquier cosa que haga yo en este estado es un derroche de energía. Una mente que esté confusa, haga lo que haga en cualquier nivel, seguirá estando confusa. No es que, por vivir con arreglo a «un momento de claridad», se disipe esa confusión. Si hago eso, también se crea otro conflicto y por lo tanto propicia mayor confusión.

Veo que cualquier acción surgida de la confusión trae o conduce a nueva confusión; he comprendido que cualquier acción de una mente confusa solo lleva a más confusión. Veo esto con mucha claridad, lo veo como algo muy peligroso, como uno ve un gran peligro, así de claro. ¿Qué sucede, pues? Que ya no realizo acciones desde la confusión. Y esa inacción total es una acción completa.

Vamos a presentar la cuestión de otra manera. Veo que la guerra, en cualquier forma que sea, el matar a otro desde un avión a gran altura o con un arma de fuego desde cerca, o una pelea entre mi esposa y yo, o una pugna comercial, o un conflicto en mi interior, es *guerra*. Puedo no matar en realidad a un vietnamita o a un norteamericano, pero mientras mi vida sea un campo de batalla, estaré contribuyendo a la guerra. Eso lo veo. Primero, como nos enseñan a la mayoría, lo veo intelectualmente, es decir, de modo fragmentario, y veo que si emprendo alguna acción en ese estado fragmentado, solo servirá para contribuir a más guerras, a más conflictos. Tengo, pues, que hallar un estado en el que no haya ningún conflicto, una cualidad de la mente a la que no toque este. Ante todo tengo que descubrir si existe tal estado, porque puede ser un estado puramente teórico, ideológico o imaginario, lo cual no tiene ningún valor. Pero yo tengo que averiguarlo, y para averiguarlo no tengo que aceptar que tal estado exista. ¿Existe, pues, tal estado? Solo puedo descubrirlo si comprendo la naturaleza del conflicto de manera *total*, del conflicto que es la dualidad, lo bueno y lo malo —y no es que no exista lo bueno ni lo malo— y el conflicto entre el amor y los celos. Tengo que observarlo sin enjuiciarlo, sin compararlo, solo observarlo. Empiezo a aprender cómo observar, no cómo hacer. Aprendo a observar este vasto y complejo campo de la vida, sin aceptar ni rechazar, comparar, condenar, justificar; solo observar, como observaría a un árbol. En realidad solo puedo observar a un árbol cuando no hay observador, es decir, cuando no surge el proceso fragmentario del pensamiento. Observo, pues, este vasto campo de batalla de la vida que he dado

por sentado como la forma natural de vivir, en que tengo que luchar contra mi prójimo, contra mi esposa; tengo que luchar, o sea, comparar, juzgar, condenar, amenazar, odiar. Observo esta situación que he aceptado, esta vida que soy *yo*, pero ¿puedo realmente observarme como soy, sin ningún tipo de comparación, condena o juicio? Cuando lo haga, ya no formaré parte de la sociedad, porque para esta solo existe el grande y el pequeño, el poderoso y el débil, lo bello y lo feo, etc. Con un solo acto habré comprendido todo este proceso de fragmentación, y por lo tanto no perteneceré a ninguna iglesia, a ningún grupo, religión, nacionalidad ni partido.

I.: *Las reacciones o los sentimientos son afectados por lo que uno piensa, y cuando surge un sentimiento suave no afecta a la relación y uno lo observa, y mientras uno no emprenda ninguna acción, parece que se disipa, pero luego surge una fuerte emoción de hostilidad que sí afecta a la relación y uno también observa eso sin emprender ninguna acción, mas no parece disiparse, sino que continúa.*

K.: Reaccionar es perfectamente natural, ¿no? Si me clava usted un alfiler, reaccionaré si no estoy paralizado o muerto. Es natural reaccionar al placer y al dolor, solo tengo esas dos cosas para reaccionar. El placer, quiero que continúe; el dolor, quiero eliminarlo. La reacción es inevitable, natural, pero ¿por qué ha de dividirse siempre en placer y dolor? Reacciono y, ¿qué sucede entonces? Sobreviene el pensamiento.

I.: *Antes de eso, si uno reacciona violentamente...*

K.: Espere, señor, limítese a observar; yo reacciono en forma violenta. Usted me clava un alfiler y yo actúo violentamente, le doy a usted un golpe o me escapo, lo cual es violencia, ambas cosas son violentas. Siento hostilidad después, un segundo después, cuando interviene el pensamiento y dice que tengo que hacer algo. Obsérvelo muy atentamente, señor, y lo verá usted mismo. Usted me clava un alfiler, yo reacciono. ¿Por qué ha de haber antagonismo?

I.: *Porque usted se está entrometiendo en mi vida.*

K.: La vida se está entrometiendo con cada uno de nosotros en todo momento.

I.: *Por lo cual uno opone resistencia.*

K.: Ahora, señor, descubra usted por qué se resiste. Investíguelo.

I.: *Está en mi naturaleza.*

K.: Que es protegerme físicamente. Tengo que protegerme físicamente. Pero ¿por qué trasladamos ese deseo de protección a los estados psicológicos?

I.: *Porque no quiero que me presionen psicológicamente. Quiero ser libre, no quiero que me acorralen.*

K.: ¿Le hacen eso?

I.: *Desde luego que sí; y yo me resisto.*

K.: No, señor, no lo entiende, no ha quedado claro. Físicamente ha de haber protección, porque de lo contrario uno no podría vivir. Pero ¿por qué traslada la mente este deseo de protección a lo psicológico? ¿Por qué?

I.: *Por una reacción de autoprotección. Pero, claro, no debería ser así.*

K.: No, no, no. No diga que «debería» o «no debería». El hecho es que psicológicamente queremos protegernos, defendernos, resistir, ¿por qué?

I.: *Cuando surge, es un hecho, y cuando usted observa ese hecho...*

K.: Antes de que profundice usted en el hecho, señor, averigüe por qué quiere protegerse psicológicamente.

I.: *Es algo natural.*

K.: No hay nada natural. Investigue, señor, y lo verá. ¿Por qué quiero protegerme psicológicamente?

I.: *Porque mi «yo» tiene ciertas características, y esa es una de ellas. Sin embargo, quiere usted decir que tengo que deshacerme del «yo». Pero eso no se puede hacer.*

K.: No hablo de deshacerse de nada. ¿Por qué quiero protegerme psicológicamente? Solo cuando no me conozco a mí mismo, quiero protegerme psicológicamente. Cuanto más me conozco, menos quiero

esa protección, porque el «yo» no es *nada*; es un conjunto de palabras y recuerdos. Estoy protegiendo algo que no existe, que es meramente una idea, un concepto, *eso* es lo que protejo; y me resisto, y me defiendo, y discuto con cualquiera para mantenerlo. Pero cuanto más..., o mejor dicho, desde el momento en que conozco toda la estructura del «yo», no hay nada que proteger. No se trata de que me de usted la razón, sino de que lo vea.

I.: *Por lo tanto, estas fuertes reacciones van a continuar hasta que uno se vea a sí mismo.*

K.: Y si a usted le agradan esas reacciones, con ellas continuará.

I.: *Ah sí, pero si a uno no lo agradan, entonces tiene que oponer resistencia, y eso no está bien.*

K.: Mire usted: la resistencia, la defensa, el ataque, todo eso son formas de mantener una cualidad que creemos importante, un estado que queremos proteger.

I.: *Eso es solo una parte.*

K.: Una gran parte.

I.: *Cuestión de relación.*

K.: Bueno, dígalo a su manera. Relación.

I.: *Pero uno no quiere comportarse de manera que tenga reacciones violentas aunque tenga una sensación de violencia. De modo que tiene que intervenir.*

K.: Ante todo tenemos que comprender lo que es la relación, antes de que la protejamos. ¿Qué es nuestra relación? Si estoy casado, si tengo marido, esposa, hijos, ¿cuál es mi relación con el otro? No teóricamente, sino en la realidad, ¿cuál es la verdadera relación con mi esposa o mi marido? ¿Hay alguna relación?

I.: *Ustedes viven juntos.*

K.: Desde luego; vivo con mi esposa.

I.: *Y a veces su relación es agradable y...*

K.: Siga, siga; profundice. Vivo con mi esposa; se han evaporado, más o menos, todos los apetitos sexuales que yo tenía de joven, aunque aún los tengo en algunas ocasiones, y ¿qué sucede? Que durante el periodo que he vivido con mi esposa he creado una forma de resistencia, de dominio, de conformidad, etcétera, pues no quiero imposiciones ni que me agobien. Me he creado una imagen de ella, y ella, a su vez, otra de mí. Pues bien, estas dos imágenes *sí* se relacionan entre ellas, pero mi esposa y yo *no* nos relacionamos. De modo que no hay relación directa. Veo que la creación y defensa de la imagen sucede y ha sucedido siempre igual, y veo que mientras tenga esa imagen de mi esposa, necesariamente habrá una contradicción; aunque yo mantenga una relación con ella como esposa, la batalla prosigue; y si quiero vivir sin esa batalla, antes tengo que librarme de todas las imágenes. Pero ¿es eso posible? ¿Es posible no crear nunca, ni por un instante, una imagen de mi esposa? Haga ella lo que haga: intimidarme, pelearse con-

migo, reprenderme, lo que sea, ¿es verdaderamente posible no crear nunca ninguna imagen? Eso supone que he de tener una mente tan aguda, tan alerta, que nunca eche raíces lo que ella diga. Si no se puede hacer, tendremos, indudablemente, una relación entre imágenes en constante lucha.

I.: *No estamos abordando el mismo problema. En la oficina con los compañeros, o con los socios, algo puede suceder que nos haga reaccionar de forma violenta. Pues bien, el hecho es que no está uno muy alerta, que la violencia...*

K.: Entonces, averigüe usted por qué no está muy alerta.

I.: *Pero entre tanto...*

K.: No hay entre tanto.

I.: *No quiero pelearme con los de mi oficina...*

K.: Bueno, pues no se pelee con ellos.

I.: *Eso es lo que quiero decir; entonces tiene uno que ponerle fin.*

K.: Póngaselo. Pero es mucho más importante saber por qué no está uno alerta, por qué no se da uno cuenta. Si puede usted responder a eso, entonces estarán contestadas las demás preguntas. Pero usted quiere responder a las cuestiones secundarias sin tratar la fundamental, que es el darse cuenta, el observarse a sí mismo.

I. (2): *¿Cómo sabemos que hay un mundo exterior? ¿Cómo sabemos que existe la esencia de lo que es el mundo exterior? Tal vez el mundo exterior sea «maya».*

K.: Bueno, creo que la palabra «maya» significa en sánscrito «medir». Mientras la mente tenga la capacidad de medir, creará ilusión, naturalmente. Se ha dicho que como la mente no tiene otra capacidad que la de medir, por eso lo que mide es ilusorio. Esa es una filosofía que hay en la India: la de que todo el mundo es «maya», ilusión. Y por eso dicen que se aguante, que se olvide uno de su enfermedad, de su dolor, del mundo, de las disputas... que son simplemente una ilusión. Pero la verdad es que decirle a un hambriento que el mundo es «maya», ilusión, no significa nada en absoluto para él. Si una persona tiene cáncer, dolor, y le hablamos de ilusión, no nos va a entender nada en absoluto. Lo que importa no es si el mundo existe o no, si es ilusorio o no, sino que la realidad es que ahí está el mundo, usted y yo y nuestras peleas, los vietnamitas muertos por unos u otros, etc. Esa es la realidad, esos son los hechos, y para comprender los hechos, hemos de estar en contacto con ellos, lo cual significa observarlos sin ninguna interferencia del pensamiento, tal como prejuicios, dogmas, creencias o nacionalismos.

Martes 11 de julio de 1967

Charla 3



DECÍAMOS el otro día cuán importante es comprender la naturaleza del conflicto, no solo exteriormente, como la guerra, sino también interiormente, lo cual es mucho más complejo y necesita mayor atención y una comprensión más profunda y amplia. La mayoría de nosotros estamos en conflicto a distintos niveles de nuestra conciencia. No hay un punto al que no toque el conflicto. No hay área alguna que no haya sido campo de batalla; y en todas nuestras relaciones, ya sea con la persona más íntima o con cualquier vecino, o con la sociedad, existe el conflicto: un estado de contradicción, división, separación, dualidad, opuestos; todo eso contribuye al conflicto. Cuanto más consciente es uno, con solo observarse a sí mismo y su relación con la sociedad y su estructura, tanto más veremos que a todos los niveles de nuestro ser hay conflicto —mayor o menor— que produce devastadores resultados, o bien respuestas muy superficiales. Pero el hecho real es que en todos nosotros está profundamente arraigada la esencia del conflicto, la cual se expresa de modos muy distintos: por el antagonismo, el odio, el deseo de dominar, de poseer, de guiar la vida de otro. ¿Podemos quedar totalmente libres de esa raíz del conflicto? Tal vez poda-

mos recortar, podar algunas de sus ramas, pero ¿podemos profundizar y desenterrar la raíz, de modo que no haya conflicto alguno dentro ni, por consiguiente, fuera? Lo cual no significa que, al librarnos de él, nos estanquemos, o vegetemos, o dejemos de ser dinámicos, vitales o plenos de energía.

Al inquirir sobre este asunto, debe uno ver primero si alguna organización exterior puede ayudar a lograr la paz interna. Hay muchas personas, pertenecientes a muy diferentes grupos, que pueden crear perfectas organizaciones externas, sociedades benéficas regidas burocráticamente, o sociedades basadas en la forma de pensar de las computadoras, etc. Creen que tales organizaciones pueden aportar la paz al hombre. Por ejemplo, los comunistas, los materialistas, los socialistas y también las llamadas personas religiosas que pertenecen a diversas organizaciones, todos creen, por principio, que produciendo cierto orden exterior, mediante diversas formas de castigo, imposiciones y leyes, se librará uno de toda agresión y conflicto. Hay también personas que dicen que tendremos orden sin conflictos, si interiormente nos identificamos con ciertos principios o ideologías y vivimos de acuerdo con estas y aquellos, tal como establecen ciertas leyes internas. Ya conocemos todos estos diferentes tipos, pero ¿puede cesar el conflicto mediante el conformismo, sea este forzado o voluntario? ¿Comprende usted la pregunta? ¿Puede cesar el conflicto si usted se ve, en lo externo, obligado, forzado, «reeducado», a vivir en paz consigo mismo y con su prójimo, o si está usted tratando, en lo interno, de vivir con arreglo a ideologías y principios dados al hombre por alguien con autoridad, esforzándose, luchando, tratando constantemente de someterse a las

normas? El hombre, para vivir en paz internamente, sin conflicto alguno, lo ha ensayado todo: la obediencia, la rebelión, el conformismo, la observación de determinadas normas.

Si uno observa las diversas civilizaciones y religiones, no puede dudar de que el hombre lo ha intentado todo; pero de alguna manera, me parece, siempre ha fracasado. Tal vez sea necesaria una actitud totalmente distinta, que no sea conformidad, ni obediencia, ni imitación, ni identificación con un principio, imagen o fórmula, sino algo completamente diferente. Al decir «algo» no me refiero a un método o sendero, sino a un enfoque completamente diferente de todo el problema. Creo que valdría la pena examinar juntos esta posibilidad, descubrir si el hombre puede o no vivir una vida interior completamente ordenada, sin ninguna forma de compulsión, imitación, represión, o sublimación, y llevarla a cabo como una cualidad viviente, no como algo aprisionado dentro del marco de las ideas. Una paz, una tranquilidad interna que no conozca de trastornos en ningún momento. ¿Es posible un estado así? Creo que todo ser humano inteligente, inquisitivo, se está haciendo esta pregunta.

El hombre ha aceptado la guerra como una manera de vivir, el conflicto como algo innato, como parte de la existencia diaria; también ha aceptado el odio, los celos, la envidia, la codicia, la agresión, la hostilidad hacia los demás, como la forma natural de la existencia. Cuando aceptamos ese modo de vivir, es natural que aceptemos la estructura de la sociedad tal como es. Si uno aprueba la competencia, la cólera, el odio, la codicia, la envidia, el afán adquisitivo, entonces, por supuesto, vive dentro del modelo de la sociedad

respetable. Aquí es donde hemos caído la mayoría de nosotros, pues queremos ser respetables en grado sumo.

Les ruego que comprendan, como decíamos el otro día, que el mero escuchar unas palabras o aceptar unas ideas, no resolverá en absoluto el problema. Lo que tratamos de hacer aquí reunidos es observar nuestras mentes, nuestros corazones, la forma en que pensamos, en que sentimos y cómo actuamos en la vida diaria; examinar lo que somos en realidad, no lo que deberíamos ser, ni lo que hemos sido. De modo que si está uno escuchando, entonces se escucha a sí mismo, no al que habla. Uno observa su forma de pensar, de actuar, de sentir, de vivir, y entonces ve que si se ajusta al modelo de la sociedad, tiene que aceptar la agresión, el odio, la enemistad, la envidia como parte de la vida, esa parte de la vida que de modo inevitable crea conflictos, guerras, atrocidades, la llamada sociedad moderna. Tiene uno que aceptarla y vivir con ella y en ella, convirtiendo la propia vida en un campo de batalla. Si uno no acepta ese tipo de sociedad —y es imposible que una persona religiosa la acepte—, ¿cómo va a encontrar este orden interno sin ninguna dominación externa? ¿Cómo va a encontrar esa tranquilidad interior que no requiere expresión alguna, esa tranquilidad que es en sí misma una bendición? ¿Hay alguna manera de encontrarla y no dejarle que salga de nuestra vida? Esta es la pregunta que nos formulamos la mayoría de nosotros y a la cual nunca encontramos respuesta. Tal vez podamos esta mañana profundizar en esta cuestión y descubrir por nosotros mismos si en realidad es posible, no como una idea, no como un concepto, sino hallar en realidad la manera de vivir una

vida diaria en que no haya desorden interno, una vida de completa tranquilidad, pero que tenga vitalidad. Creo que si pudiéramos descubrir eso, entonces, tal vez, valieran la pena todas estas reuniones; de lo contrario carecen de todo sentido. Vamos, pues, a verlo.

No puedo resistir la tentación de contar la historia de aquel buen discípulo que acudió a Dios en demanda de que le enseñara la verdad. Y entonces Dios va y le dice: «Amigo mío, ¡qué día tan caluroso! Haz el favor de traerme un vaso de agua». Se marcha el discípulo, llega a la primera casa y llama a la puerta. La abre una bella joven. El discípulo se enamora de ella, se casan y tienen cuatro o cinco hijos. Un día, empieza a llover, y a llover, y venga llover. Los torrentes hacen crecer los ríos, las calles se inundan, las aguas arrastran las casas, y el discípulo tiene que llevarse a su esposa e hijos sobre los hombros, y cuando ya lo arrastraban las aguas, implora: «¡Señor, sálvame, te lo ruego!». Y el Señor le recuerda: «¿Dónde está el vaso de agua que te pedí?». El relato es muy bueno, pues la mayoría de nosotros pensamos en función del tiempo y creemos que el orden interno solo puede sobrevenir con el tiempo, que la tranquilidad se ha de crear poco a poco, aumentándola un poco cada día. Pero el tiempo no aporta este orden y paz internos, de modo que una de las cosas importantes que hay que comprender es la forma de detener el tiempo, para no pensar en función de lo gradual, que es una inmensa tarea, lo cual significa que no hay un mañana en el cual usted será pacífico. Tiene usted que ser ordenado en este instante. No hay otro.

Vamos, pues, a examinar toda la estructura y naturaleza del conflicto; vamos a hacerlo entre todos, no solo el que habla, mientras usted se limita a ser

el que escucha, el que sigue, sino más bien todos juntos, situación en la cual no hay autoridad alguna, pues donde haya autoridad, habrá desorden interno. Y, como estamos investigando todos juntos, descubriendo, comprendiendo, tienen ustedes que trabajar tanto como el que habla, es responsabilidad de ustedes, no solo del orador.

Sabemos que hay desorden, conflicto interno, que se expresa en lo externo como guerra, etc. Al darse cuenta de este desorden, de este conflicto, confusión y desventura, empieza uno a observar para descubrir por qué existe este desorden. ¿Por qué hemos de tener que vivir en desorden? ¿Por qué hemos de tener conflictos todos los días desde el momento en que nos despertamos hasta que nos dormimos y así hasta que un buen día nos morimos? Cuando hacemos tal pregunta, respondemos que es inevitable y que por lo tanto no puede cambiarse, o bien decimos que no conocemos la respuesta, y por ello esperamos que otro nos diga cómo hay que observar. Si esperamos que otro nos diga cómo observar este desorden, este caos, esta confusión y este conflicto, entonces estaremos aguardando para descubrir la naturaleza del conflicto de acuerdo con la otra persona y, por lo tanto, nada habremos descubierto. ¿No es así? Por ello es de una tremenda importancia cómo observamos, cómo decimos: «¿Por qué vivo en conflicto?». Porque en cuanto no busquemos una autoridad que nos diga lo que hay que hacer, estaremos libres de la autoridad, completamente libres y nuestra mente tendrá agudeza para observar, pues para viajar, para subir a un monte, no debemos llevar grandes cargas. Del mismo modo, si para examinar con mucha claridad este complejo problema rechazamos toda autoridad, entonces ten-

dremos mucha mayor ligereza y libertad para observar. Por ello, para observar, para actuar, para escuchar, tenemos que estar libres de toda autoridad; entonces podemos empezar a preguntar por qué vivimos en este terrible y destructor conflicto interno.

¿Cuál será su respuesta cuando observe? ¿Se dirigirá a las causas del conflicto? ¿A la persona con la que surgió el conflicto? ¿A la discrepancia entre lo que usted quiere y lo contrario? ¿O a la naturaleza misma del conflicto? No quiero saber con quién tengo problemas, no quiero conocer los conflictos superficiales de mi ser. Lo que realmente quiero saber es por qué existe el conflicto. Cuando me hago esa pregunta, veo una cuestión fundamental que no tiene nada que ver con los conflictos sin importancia y su solución. Lo que me interesa es la cuestión fundamental y veo, quizá usted también lo vea, que la naturaleza misma del deseo, si no se la comprende adecuadamente, conduce inevitablemente al conflicto.

Deseo cosas contradictorias. El deseo mismo está siempre en contradicción; lo cual no significa que yo deba destruir el deseo, reprimirlo, someterlo a control, sublimarlo. Veo que el deseo es en sí mismo contradictorio, no el deseo de algo, de éxito, de prestigio, de tener una casa mejor, más conocimientos, etc. No en el objeto, sino en la naturaleza misma del deseo, hay contradicción. Ahora bien, tengo que comprender tal naturaleza antes de poder comprender el conflicto, y cuando me intereso en este no lo condeno, no lo justifico ni lo reprimo. Simplemente me doy cuenta de la naturaleza del deseo, en el cual hay contradicción, que es la que engendra conflicto. Nosotros mismos estamos en contradicción, queremos esto y no aquello, queremos ser más bellos o más inteligentes,

queremos más poder. Dentro de nosotros mismos nos hallamos en estado de contradicción, y ese estado es producido por el deseo; deseamos el placer y evitamos el dolor.

Veo, pues, el deseo como la raíz de toda contradicción. El deseo dice que debo tener esto, que debo evitar aquello, que debo tener placer, ya sea el sexual, o el placer de ser famoso, de dominar, es decir, placeres de los más diversos tipos. Al no conseguirlos, al no poder llegar a lo que quiero, sobreviene la amargura, lo cual es una contradicción. Vivimos, pues, en estado de contradicción; debo pensar esto, pero pienso aquello; debo ser esto, pero la verdad es que soy aquello otro; debe haber hermandad entre los hombres, pero yo soy nacionalista; me aferro a mi Iglesia, a mi Dios, mi casa, mi familia. Vivimos, pues, en continua contradicción. Esa es nuestra vida. Y esa contradicción no puede integrarse; esa es una de las falacias. La contradicción solo termina cuando empiezo a comprender toda la naturaleza del deseo. En Oriente, en Occidente, por todo el mundo hay personas interesadas en esto, las llamamos religiosas; no los hombres de negocios, ni los militares, ni los burócratas, pues estos no están interesados en ninguna de estas cosas; pero las llamadas personas religiosas saben que el deseo es la raíz de todo esto, y han dicho que hay que reprimirlo, sublimarlo, someterlo a control, destruirlo. Pero ¿qué está sucediendo? Algunos sacerdotes católicos se rebelan y quieren casarse, y el monje ahora dirige su mirada al exterior. Todas las angustias de la represión, de la tortura, de la brutal disciplina de adaptarse a una norma, carecen de sentido y no conducen a la verdad. Para comprender la verdad, la mente ha de estar libre por completo, sin rastro alguno de distorsión.

Tiene uno que comprender esta cuestión del deseo, pero no intelectualmente, porque no existe eso de la comprensión intelectual. Cuando uno dice: «Lo comprendo intelectualmente», lo que en realidad quiere decir es: «Oigo las palabras y comprendo lo que significan». De modo que cuando uno usa la palabra «comprensión», está diciendo que comprender es darse cuenta del hecho de manera inmediata. Si percibe usted el hecho inmediatamente, hay comprensión, lo cual es también acción. Tenemos, pues, que descubrir lo que es el deseo. ¿Por qué no ha de haber deseo, y qué hay en él de malo? Cuando uno ve una bella casa, un encantador arroyo, una nube iluminada por el sol de la tarde sobre la montaña, cuando mira usted todo eso, experimenta un inmenso placer sensual, disfruta del atractivo color, etcétera. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Por qué ha de reprimirlo? Y cuando ve un hermoso rostro, ¿por qué no ha de mirarlo? Sabemos cómo surge el deseo, es un fenómeno muy sencillo y claro que no necesita mucha investigación. Tenemos la vista, la sensación, el contacto, y el deseo surge cuando el pensamiento se cruza en esa sensación. Yo puedo ver esa bella cara bien proporcionada, inteligente, viva, sin egoísmo, no consciente de su propia belleza, pues así ya no sería bella; puedo mirarla, y al mirarla me produce una sensación, y entonces surge el pensamiento y todas las cosas que este desencadena: posesión, retención, sexo; todo el proceso empieza por el pensamiento. De modo que la reacción es pervertida por este. Pero el reaccionar es normal, sano, cuerdo. Sería absurdo ver una maravillosa luz en la nube y no disfrutarla. Pero el pensamiento se complace en ello y lo convierte en un recuerdo placentero y quiere que este placer

se repita. Esta es toda la naturaleza del sexo, el pensamiento vuelve una y otra vez sobre el placer y quiere que se repita. Así pues, el pensamiento y el deseo están siempre en contradicción el uno con el otro. ¿Está claro? Mire usted, estas son solo explicaciones ordinarias y las explicaciones carecen totalmente de valor. Lo que tiene valor es ver cómo surge el deseo, cómo el pensamiento se cruza con la sensación y la convierte en un recuerdo y cómo el deseo por el placer de aquel recuerdo se mantiene, se alimenta y se prolonga por medio del pensamiento.

Pensamiento y deseo tienen que estar siempre en contradicción en sí mismos porque son fragmentarios. Como decíamos el otro día, todo pensamiento es fragmentario, por lo cual el deseo es una contradicción. Nuestra vida se halla en estado de contradicción consigo misma de la mañana a la noche, hasta que morimos. Y esto lo podemos ver de una manera real, no teórica, verbal o intelectual. Se puede ver esto como el valle que vemos desde una altura, con toda su belleza, con el riachuelo, los árboles, la gente, las casas, el color, todo. Del mismo modo podemos observar esto y ver que nada podemos hacer. ¿Qué podríamos hacer? Si hacemos algo, será la acción del pensamiento que quiere cambiarlo y, por lo tanto, introducirá otra contradicción.

Me veo a mí mismo en un estado de desorden y veo cómo ha surgido y que el pensamiento no puede hacer surgir el orden porque él, el pensamiento, es en sí mismo limitado y fragmentario. El pensamiento es la respuesta de la memoria, y cuando esta memoria que es fragmentaria actúa sobre la contradicción engendra aún más contradicción. Veo, pues, este fenómeno en su totalidad, y *el mero hecho de verlo ya es la ac-*

ción en la cual no hay contradicción. Dicho de una manera muy sencilla: veo que soy poco inteligente, algo tonto; y la respuesta inmediata es que quiero ser más listo, más inteligente, más brillante. ¿Qué ha sucedido? Soy algo lerdo, tonto, y quiero ser más brillante, más inteligente, y aquí surge la contradicción y, por lo tanto, más conflicto, más derroche de energía. Sin embargo, si yo supiera vivir siendo algo tonto, algo lerdo, sin la contradicción y, por lo tanto, siendo capaz de observar el ser algo tonto y lerdo, en ese momento ya no lo sería. No sé si lo han visto. Miren, soy un envidioso y no quiero cambiar, no quiero volverme no envidioso; lo cierto es que soy un envidioso. ¿Puedo observar la envidia sin introducir su opuesto, sin querer ser no envidioso, o cambiar, o ser diferente? ¿Puedo observar la envidia, que es una forma de odiar, de ser celoso, puedo observarla tal como es sin introducir ningún otro factor? En el momento en que introduzca cualquier otro factor provocaré más contradicciones. La envidia en sí misma ya es una contradicción. Soy así y quiero ser de otra forma, y mientras haya pensamientos de comparación en cualquier grado, tiene que haber conflictos. Eso no quiere decir que haya de estar satisfecho con lo que soy, porque en cuanto lo esté, será motivo de engendrar más conflictos. ¿Puedo observar la envidia, mi envidia, sin que origine más conflicto esta observación? ¿Puedo simplemente observar una bella casa, un encantador jardín lleno de flores, sin ninguna contradicción? Mientras haya división tiene que existir la contradicción, y la naturaleza misma del deseo, provocado por el pensamiento, es la de producir división.

Así pues, para tener orden y tranquilidad internos y una mente libre de conflictos en todo momento,

tiene uno que comprender toda la naturaleza del pensamiento y el deseo, y esa comprensión solo puede darse cuando el pensamiento no engendra más conflicto.

Un momento, señor, permítame un momento. Tomemos un poco de aliento, si le parece. Mire, es muy extraño que venga usted ya preparado con preguntas y, por lo tanto, no escuche la charla. Está usted más interesado en la pregunta que va a formular que en escuchar lo que se ha dicho. Señor, espere un poco, tenga un poco de paciencia, porque hemos hablado sobre algo muy serio que requiere mucha investigación, mucha observación. Si se han observado ustedes con profunda atención, no tendrán tiempo de hacer una pregunta con tanta rapidez.

INTERLOCUTOR: *¿Qué puede impedir que se forme una nueva religión basada en lo que usted dice, con sus dogmas, sus iglesias, sacerdotes e intérpretes?*

KRISHNAMURTI: Me temo que nadie, salvo usted mismo, podrá impedirlo. Si usted es seguidor de algo, destruirá todo e inventará una nueva secta, una nueva religión, nuevos sacerdotes, nuevos dogmas, y toda esa basura. Y empleo esta palabra con toda intención y propiedad. Depende, pues, de usted si va a utilizar esto para explotarlo, para conseguir una posición concreta, una idea determinada, etcétera. Es así de sencillo.

I.: *¿Puede realizarse esta liberación del conflicto mientras estamos profundamente dormidos?*

K.: No sé nada sobre el sueño profundo. Lo que quiero es estar libre del conflicto cuando estoy des-

pierto, cuando estoy trabajando en una repugnante y diminuta oficina, con jefes y todo lo demás; la paz y el orden han de reinar en mi familia y en mí mismo cuando estoy despierto. Señores, un sueño en el cual no se sueña nada es algo de lo más extraordinario. No sé si ustedes quieren que lo examinemos ni si esta es la ocasión más adecuada. ¿Quieren que lo veamos? Aquel señor suscitó la cuestión de si esta liberación del conflicto existe en el sueño profundo. Si en nuestra vida diaria no existe, tampoco podrá existir cuando estemos dormidos, y esta cuestión suscita todo el problema de los ensueños y el sueño.

Los psicólogos, los que están de moda y los bien establecidos dicen que tiene uno que soñar, porque de lo contrario algo malo nos pasa. Nunca nos hemos preguntado por qué tenemos que soñar. Nunca nos hemos preguntado si podemos dar a la mente un descanso completo, no solo en los momentos en los que estamos solos, en soledad con nosotros mismos, sino también cuando dormimos, pero un descanso completo, sin ningún ensueño, sin conflictos, sin problemas. En ese estado puede renovarse la mente, puede volverse fresca, joven, inocente. Pero si la mente está todo el tiempo torturada por problemas, por los conflictos, por los innumerables deseos contradictorios, entonces son inevitables los sueños. Veamos, pues, esto.

Averigüen ustedes mismos por qué tienen que soñar, no la manera de interpretar los sueños. ¿Por qué sueñan ustedes? ¿Es necesario soñar? Sueñan porque durante el día tienen la mente tan ocupada con las cosas del exterior, de la oficina, de la cocina, de lavar los platos, de los niños, de la radio, de la televisión, del periódico diario, de la revista, de los árboles,

de los ríos, de las nubes y de todo lo que la puede impresionar. En esos momentos no hay ninguna insinuación de lo inconsciente. Es evidente que cuando la superficie de la mente está muy ocupada, no tienen relación con ella las capas profundas de la conciencia. Y cuando se duermen ustedes, la mente superficial, que ha estado tan ocupada durante el día, está algo en calma; no del todo, sino un poco. No soy psicólogo, no soy especialista, pero he observado esto y ustedes mismos también pueden hacerlo. Así es que cuando se duermen ustedes, la mente superficial está bastante calmada, y entonces las capas profundas revelan sus propias pulsiones, sus angustias, sus conflictos. Y estos se traducen en formas concretas de ensueños con sugerencias y alusiones. Luego, cuando se despiertan, ustedes exclaman: «¡Cielos! He tenido un sueño que me quiere decir algo». O bien: «Tengo que hacer algo». Quizá mientras están soñando la interpretación ya está en marcha. Si han seguido alguna vez un sueño mientras lo están soñando también se está realizando la interpretación entonces. Y luego, cuando despiertan, sus problemas se han resuelto, tienen ustedes la mente más ligera, más clara. Pero todo ese proceso es un derroche de energía, ¿no les parece? ¿Por qué han de soñar ustedes? Porque si están en realidad despiertos durante el día, vigilando todo pensamiento, todo sentimiento, todo movimiento mental, sus cóleras, sus amarguras, sus envidias, sus odios, sus celos, observando sus reacciones cuando se los adula, cuando se los insulta, cuando no les hacen caso, cuando se sienten solos, al observar todo eso, los árboles, el movimiento del agua, al darse plena cuenta de todo lo que los rodea y de todo lo que está en su interior, entonces se abre tanto la totalidad del

consciente como el subconsciente. No tienen que aguardar a la noche y al sueño para recoger las indicaciones del subconsciente. Entonces, si lo hacen así, si observan su mente en funcionamiento, sus sentimientos, su corazón, sus reacciones, es decir, si se conocen ustedes en sus relaciones con lo externo y con sus propios sentimientos, verán que, cuando se duermen, no sueñan nada en absoluto. Entonces la mente se vuelve un extraordinario instrumento que siempre se está renovando, porque no hay conflicto, siempre está fresca, nueva. Y esto no es una teoría que no puedan ustedes practicar. Una mente así, por su misma naturaleza, es realmente tranquila, serena, silenciosa. Solo una mente así es la que puede conocer y descubrir algo que esté más allá del tiempo.

Jueves, 13 de julio de 1967

Charla 4



SOMOS muy serios en cosas más bien triviales, pero muy pocos de nosotros somos serios y cuidadosos en las cuestiones fundamentales de la vida. Somos serios en reclamar y realizar nuestros deseos y placeres; lo somos en la expresión de la propia personalidad o en continuar una actividad particular con la cual nos hemos comprometido; también en relación con el nacionalismo, con las guerras, con nuestros particulares prejuicios, dogmas y creencias. Por lo menos somos superficialmente serios, pero desgraciadamente no lo somos en relación con las cuestiones profundas de la vida. Y cuanto más serio es uno en las implicaciones radicales de la vida, tanto más tiene uno el vigor, la vitalidad y el impulso que son necesarios para llegar hasta el fin mismo. Me parece que aquí, en este lugar, deberíamos tener claridad, al menos de momento, claridad y seriedad sobre lo que estamos hablando.

Decíamos cuán extraordinariamente importante es llevar a cabo una revolución psicológica, de modo que estemos totalmente fuera de la sociedad. Ha habido muchas revoluciones económicas, sociales, ideológicas, pero desgraciadamente han provocado tremendos sufrimientos y escasas mejoras sin importancia

real que no han resuelto en manera alguna el problema humano de las relaciones. Cuando hablamos de revolución, nos referimos a la estructura *psicológica* de la sociedad en la que estamos presos y de la que formamos parte. Y al parecer no tenemos mucha seriedad en relación con la estructura o la naturaleza psicológica de nuestro ser, que ha creado una sociedad tan corrupta y que en realidad tiene muy escaso sentido. No tomamos muy en serio la cuestión de cómo librarnos de esa sociedad. Por lo menos debe haber unos pocos, un grupo de personas, pero no un grupo organizado en torno a un determinado dogma, creencia o guía, sino más bien un grupo de individuos que, en serio y con toda intención, se den cuenta de la naturaleza de su psique, de la sociedad y de la necesidad de llevar a cabo en lo interno una revolución total, es decir, de no vivir más en la violencia, en el odio, en el antagonismo, en la simple búsqueda de cualquier forma de diversión o placer. Placer y deseo no son amor. Vamos tras el placer y el deseo en las diversas etapas de nuestra existencia, y tratamos de conseguirlo mediante la sexualidad o la ambición, y a eso lo llamamos amor y lo consideramos imprescindible, necesario y digno de toda nuestra atención. Lo que nos interesa aquí, durante estas charlas y discusiones, es ver si como individuos podemos hacer surgir en nosotros esa cualidad de seriedad que por sí misma, mediante la percepción de nuestra propia naturaleza, provoca una revolución. Llevarla a cabo, no mediante propaganda, no porque nos reunamos cada dos días durante las tres semanas próximas, no porque sigamos un modelo ideológico determinado, sino más bien como seres humanos congregados para comprender el problema tan complejo de vivir sin

pertenecer a ningún grupo, a ninguna sociedad, a ninguna nacionalidad, a ningún dogma, religión o iglesia determinada, a ninguno de todos esos disparates por el estilo. Vamos, pues, a tratar durante estos días de hacer surgir en nosotros esa cualidad seria que, en sí misma, mediante la percepción de su propia naturaleza, sin aceptar ni condenar nunca, sino observando su relación con la sociedad, producirá una revolución. Eso es lo que nos interesa y no otra cosa. Porque todo lo demás es más bien falta de madurez, todo lo demás conduce al antagonismo, a la guerra, al odio. También nos interesa la acción; no la acción ideológica, ni la que sigue un principio determinado, el comunismo, el socialismo, el capitalismo, o un dogma o autoridad religiosa concreta, sino la acción de una mente que, por haberse liberado de la estructura sociológica y psicológica de la sociedad, se ha convertido en una mente religiosa.

Por «mente religiosa» entendemos una mente que se da cuenta no solo de las circunstancias externas de la vida, de cómo está formada la sociedad y de los complejos problemas de las relaciones externas, sino que también percibe su propio mecanismo, la forma en la que piensa, siente y obra. Una mente así no es fragmentaria, no se interesa por lo particular, ya sea este el «yo» o la sociedad, una determinada cultura, o un dogma o ideología específica, sino que más bien se interesa por la comprensión total del hombre, de nosotros mismos.

Lo que somos interiormente se manifiesta exteriormente. Pueden ustedes introducir en apariencia muchas leyes, muchas disposiciones, castigos y torturas, pero si no hay una revolución, un cambio interno, finalmente se acaba por destruir la simple es-

tructura externa de lo que «debería ser». Pueden ustedes poner al hombre en una estructura tan estricta como la del mundo comunista, pero se acabará quebrando. Estamos, pues, en guerra en este mundo tan confuso, tan desgraciado; ¿podemos, viviendo en este mundo como seres humanos, producir un cambio en nosotros mismos? Esta me parece la cuestión fundamental, no lo que crean o el que sean cristianos, no cristianos, católicos, protestantes, y todas esas estructuras sin madurez que la mente ha construido basándose en el miedo.

Como seres humanos, ¿qué es lo que nos interesa, qué es lo más importante para nosotros?, aparte de la rutina de la vida cotidiana, de ir a la oficina y cosas por el estilo, ¿qué es lo realmente serio para cada uno de nosotros? Creo que deberíamos hacernos esa pregunta y no para hallar enseguida una respuesta fácil. Cuando nos hagamos esa pregunta en serio, con apasionamiento, empezaremos a descubrir si verdaderamente lo más importante para cada uno de nosotros es el dinero, la posición, el prestigio, la fama, el éxito, todas esas cosas y lo que está implicado en ellas. ¿O es que estamos buscando un placer secreto nuestro: el placer de tener una mayor experiencia, más conocimientos, mayor comprensión de la vida? Todo eso es también la búsqueda de placer de otras maneras. Podemos ser muy serios al tratar de descubrir lo que es la verdad y si existe lo que llamamos Dios, pero ¿no están también teñidos de placer esa búsqueda, ese afán? ¿Nos limitamos a buscar satisfacción física, sensorial, sexual, etcétera? Creo que estas cosas las debemos tener muy claras porque van a guiar y moldear nuestras vidas. La mayoría de nosotros buscamos, tanto exterior como inte-

riormente, el placer; y esta es la estructura de la sociedad. Creo que es muy importante que averigüemos esto, porque desde la infancia hasta la muerte, allá en lo profundo, velada y astutamente, y también, cómo no, de forma clara y abierta, buscamos el placer, ya sea en nombre de Dios, en el de la sociedad o en el de nuestras exigencias y apremios. Y si vamos en busca del placer, como nos pasa a la mayoría de nosotros, lo cual es fácilmente comprobable, ¿qué está implícito en esta búsqueda? Puedo querer placer mediante la ambición, el odio, los celos, etc. Si conozco u observo por mí mismo la naturaleza y la estructura del placer, entonces, al comprenderlo, puedo seguirlo con lógica, implacablemente, actuando con los ojos bien abiertos aunque esto implique mucho miedo y dolor, o bien llegar a un estado en el que pueda vivir en paz.

Es importante, me parece a mí, que uno comprenda la naturaleza del placer, sin condenarlo ni justificarlo, sin tenerlo en un oscuro rincón de nuestra mente que nunca se examina porque puede revelar un placer que contenga en sí mismo enorme dolor. Creo que deberíamos investigar minuciosamente, de forma tentativa y delicada, esta cuestión, sin actitud de oposición ni de resistencia, porque el placer es una exigencia básica de nuestra vida cuyo hallazgo y continuidad la nutre y sustenta, y, cuando no hay placer, la vida pierde su brillo y sagacidad y se torna solitaria, tediosa y sin sentido.

Los intelectuales de todo el mundo han visto que el placer no aporta mucha comprensión y por eso han inventado sus filosofías y teologías de acuerdo con esta mente tan lista y astuta. Pero aquellos de nosotros que seamos serios tenemos que descubrir lo

que es el placer, cuál es su naturaleza y por qué nos ha atrapado. No condenamos el placer, no estamos diciendo que sea bueno o malo. La gente es violenta porque eso les produce un gran placer, obtienen enorme satisfacción y placer cuando hacen daño a alguien, con sus palabras, con sus obras o con un simple gesto. O bien uno se complace en hacerse famoso o escribiendo un libro. Así pues, tiene uno que descubrir lo que es el placer y lo que este implica, así como si hay alguna posibilidad de vivir en un mundo que no tenga placer, sino una enorme sensación de dicha y felicidad absolutas, una tremenda sensación de gozo que no tiene nada de placer. Vamos a investigar esto ahora, vamos a investigarlo juntos, no por el procedimiento de que el que habla explique y usted escuche, aprobando o desaprobando, sino más bien haciendo juntos el viaje. Para hacer el viaje juntos tiene usted que ir ligero de equipaje y eso solo puede hacerlo si no va cargado de opiniones y conclusiones.

¿Por qué está la mente siempre exigiendo placer? ¿Por qué hacemos cosas, sean nobles o innobles, con ese trasfondo del placer? ¿Por qué cedemos, nos sacrificamos, sufrimos, siempre pendientes del fino hilo del placer? Y ¿qué es el placer? No sé si alguno de nosotros nos habremos hecho en serio esta pregunta y no la habremos abandonado hasta acabar por descubrirla. Es evidente que surge de reacciones sensorias: usted me agrada o me desagrada, me parece simpático o antipático, aquella es una hermosa nube llena de luz, la otra es una montaña cuya belleza y figura se recortan en el cielo azul. La percepción sensorial está aquí presente y se produce una profunda delicia al contemplar la corriente de un río,

del mismo modo que las bellas proporciones de un rostro hermoso e inteligente. Y luego está el delicioso recuerdo de ayer pleno de un profundo disfrute, ya fuera sexual o intelectual, o simplemente una fugaz respuesta emotiva. Y uno quisiera que el placer de ayer se repitiese. También es esta una forma de reacción sensorial. Anoche vimos una nube en la cumbre de la montaña iluminada por el sol poniente, y cuando la observábamos no había observador, sino solo la luz y la belleza de aquella puesta de sol que dejó su impresión en la mente; y esta piensa en ello y reclama una experiencia más de esa naturaleza. Estos son evidentes fenómenos cotidianos de nuestras vidas, tanto si es la percepción de una nube como una experiencia sexual o intelectual.

El pensamiento tiene, pues, mucho que ver con el placer. Yo puedo contemplar esa puesta de sol, que al momento siguiente se ha disipado. Entra el pensamiento y empieza a pensar en la puesta de sol y recuerda lo bella que era cuando por un momento «yo» estaba ausente, con todos mis problemas, torturas y desdichas; solo estaba aquella cosa maravillosa. Y eso permanece como pensamiento, está sostenido por este. Lo mismo con respecto al placer sexual: el pensamiento le da vueltas y más vueltas, no deja de pensar en ello, crea imágenes que sostienen la sensación y la exigencia de realización mañana. Igual ocurre con respecto a la ambición, la fama, el éxito y el ser importante. Así, el deseo es sostenido y nutrido por el pensamiento, recibe continuidad en relación con una determinada forma de experiencia que ha dado placer. Uno puede observar esto en sí mismo con toda facilidad. Y cuando se rechaza el pensamiento que ha creado el placer, entonces aparece el dolor, el con-

flicto..., el temor. Le ruego observe esto en usted mismo, porque si no carecerá de valor todo lo que está usted oyendo. Lo que oye usted, la explicación, es como el ruido de un estruendoso arroyo, no tiene valor alguno, pero si usted escucha, no al que habla, sino que utiliza a este como un espejo en el que usted se mira, entonces relacionará consigo mismo lo que se está diciendo y puede tener un enorme valor. Espero que esté usted haciendo esto, pues sin comprender el placer y, por lo tanto, el dolor, nunca estaremos libres del temor.

Una mente que no se haya librado del temor vive en las tinieblas, en la confusión, en el conflicto. La mente prisionera del temor tiene que ser violenta, y como toda la estructura psicológica de un ser humano se basa en el principio del placer/temor, la persona es, pues, agresiva, violenta. Podemos tener ideologías y principios de no violencia, pero carecen de todo sentido. Como dijimos el otro día: todas las ideologías, sean estas de los comunistas, de las iglesias o de una persona seria, son unas solemnes tonterías sin sentido alguno. Lo que tiene sentido es comprender el temor y, para comprenderlo, tiene uno que comprender además muy bien la naturaleza del placer. El placer implica dolor, los dos van juntos, no están separados, son las dos caras de una misma moneda. Para comprender el placer tiene uno que darse cuenta de sus sutilezas. ¿Ha observado usted alguna vez cómo hablan las personas cuando tienen un poco de poder, cuando están a la cabeza de alguna extravagante y ridícula organización? Braman como dioses porque tienen algo de poder. Eso indica que, para ellos, el placer ha llegado a ser algo de importancia extraordinaria. Y si son un poco intelectuales o fa-

mosos, ¡cómo cambian sus maneras, cómo andan, qué diferente es su punto de vista!

De modo que donde haya placer habrá dolor, que inevitablemente conduce al miedo, no solo miedo a grandes cosas, como la muerte, como el miedo a la terrible soledad y aislamiento, el miedo a no existir en absoluto, sino también, a niveles superficiales, el miedo a lo que piense de usted un vecino, a cómo lo considere su jefe en la oficina, miedo al marido o a la esposa, y el miedo a no estar a la altura de las imágenes que uno se ha creado de sí mismo. Temor, no solo a lo desconocido, sino también a lo conocido. Y todo ese temor se resuelve no con la represión, no con el rechazo, sino comprendiendo toda la estructura del placer, del dolor y del temor. Para esa comprensión hace falta darse cuenta, como cuando se está mirando usted a sí mismo, mirándose como en un espejo; porque sin el conocimiento de sí mismo nunca se acabará el placer ni el temor.

Conocerse a sí mismo es conocer algo muy complejo y vivo; es como un movimiento, un constante moverse, moverse y seguir moviéndose. Para conocerse usted mismo, para observar, tiene que tener una mente en la que no haya propósito de comparación, juicio, condena ni justificación. Después de todo, la vida —que es un inmenso movimiento viviente— no ha de estar limitada a las propias manías o fantasías o exigencias —aunque estas también forman parte de ese movimiento— y si limita usted ese movimiento a la forma concreta de sus exigencias e inclinaciones, entonces siempre seguirá con el conflicto.

Una mente que haya comprendido la naturaleza del placer y del temor, ya no es violenta y puede, por lo tanto, vivir en paz consigo misma y con el mundo.

Tal vez podamos, por medio de preguntas, hablar sobre lo que hemos discutido esta mañana.

INTERLOCUTOR: *¿Cómo podemos confiar en el que habla, de modo que sepamos que lo que está diciendo es verdadero? Y ¿cómo podemos tener confianza en él, de modo que sepamos que es un líder que nos conduce acertadamente?*

KRISHNAMURTI: ¿Es que estamos hablando sobre la confianza y los líderes? Como usted bien sabe, hemos tenido líderes de todas las clases en el campo de la política y de la religión. ¿No está usted harto ya de tanto líder? ¿No ha deseado meterlos a todos en un barco y echarlos a pique en alta mar, para que ya no vuelvan nunca más a ejercer de líderes con nadie? ¿O es que todavía, tras estos dos millones de años, está usted buscando un líder? Tenga en cuenta que los líderes destruyen a sus seguidores, y viceversa, los seguidores destruyen a sus líderes. ¿Por qué habría usted de confiar en alguien?

El que le está hablando no reclama ninguna fe de usted, no se erige en autoridad, porque cualquier clase de autoridad, especialmente en el campo del pensamiento, de la comprensión, es de lo más destructivo y dañino. No estamos, pues, hablando de líderes, de tener fe en el que dirige o en el que les habla. Decimos que cada uno de nosotros, como ser humano, tiene que ser su propio líder, maestro y discípulo, todo eso uno mismo. Todo lo demás ha fallado: las iglesias, los líderes políticos, los señores de la guerra, todas esas personas que quieren lograr una sociedad maravillosa, pero no han hecho nada. Ahora, pues, depende de usted, de usted como ser humano, en quien

está toda la humanidad, es su responsabilidad. Por eso tiene usted que estar tremendamente alerta y consciente de usted mismo, de lo que dice, de cómo lo dice, de lo que piensa y de los motivos por los que busca los placeres.

I.: *¿Qué relación hay entre el placer y el temor?*

K.: ¿No lo sabe usted? ¿Quiere una explicación? ¿Qué pasa cuando no puedo conseguir el placer que busco? ¿No lo ha observado usted? Quiero algo que me dará enorme placer; ¿qué ocurre cuando me veo frustrado, cuando se me niega? Surge el antagonismo, la violencia, la sensación de frustración, y todo eso es una forma de temor.

Vamos, pues, a estudiar esta cuestión del placer y el temor. Quiero algo que va a darme mucho placer. Quiero ser famoso, tener una buena posición, prestigio; luego, con el tiempo, nada de eso me sucede; ¿qué ocurre entonces? O bien cuando usted se abstiene del placer de beber, de fumar, o del sexo, o de lo que sea, ¿ha observado usted qué lucha sufre, qué dolor, qué ansiedad, qué contrariedad, qué odio? Y todo eso son formas del temor, ¿no le parece? ¿Me da miedo no conseguir lo que quiero? Cuando después de muchos años de haber ido ascendiendo hasta estar instalado en una determinada ideología, alguien viene, o algo sucede que la hace estremecerse o se desgarra y se viene abajo por el empuje de la lógica o de la vida, ¿no tiene usted miedo de quedarse solo? La creencia en esa ideología le ha dado a usted satisfacción y placer, y cuando se lo arrebatan, se queda usted desamparado, con las manos vacías, y entonces empieza el temor... hasta que encuentra otras creencias,

otros placeres. Es muy sencillo, y por ser tan sencillo, nos negamos a ver su sencillez, queremos que sea muy complicado. Cuando su esposa lo deja, ¿no se siente celoso, no se irrita, no aborrece al hombre que la ha atraído? ¿Y qué es todo eso sino temor de perder lo que nos ha dado mucho placer, compañía, seguridad, dominio, etc.?

Bien sabe usted que es dificilísimo observar las cosas con sencillez, por lo complicadas que son nuestras mentes; hemos perdido la cualidad de la sencillez. No me refiero a la sencillez en las ropas, en el alimento, en todas esas cosas sin sentido ni madurez, cultivadas por los santos, sino a la sencillez de una mente que puede observar directamente las cosas, que puede observarse a sí misma sin temor alguno, tal como es en realidad, sin ninguna distorsión, de modo que cuando miente usted, ve que miente, no lo oculta, no escapa, no busca excusas. Cuando sienta usted miedo, sepa que lo siente, vea con claridad su temor.

Domingo 16 de julio de 1967

Charla 5



QUEDAMOS en que íbamos a hablar esta mañana sobre la cuestión del temor. Como es un asunto muy importante, deberíamos dedicar no solo esta mañana, sino tal vez varias, a profundizar en esta cuestión y en todos los problemas relacionados con ese tema principal que es el del temor.

Antes de empezar a esclarecer la cuestión tan compleja del temor, creo que deberíamos comprender la naturaleza de la libertad. ¿Qué entendemos por libertad? ¿Realmente queremos ser libres? No estoy nada seguro de que la mayoría de nosotros queramos estar completamente libres de toda carga; más bien nos gustaría mantener algunas ideologías placenteras, satisfactorias, complejas, y fórmulas gratificantes. Claro que nos gustaría estar libres de las cosas que causan dolor: los malos recuerdos, las experiencias dolorosas, etc. Debemos, pues, examinar esta cuestión de la libertad e investigar si hay alguna posibilidad de ser libres o si es una utopía ideológica, un concepto que no se da de ninguna manera en la realidad. Todos decimos que quisiéramos ser libres, pero yo creo que antes de ir en pos de ese deseo con el cual se enfrentan nuestras inclinaciones o tendencias, deberíamos comprender la naturaleza y la

estructura de la libertad. ¿Hay libertad cuando os libráis *de* algo, del dolor, de algún tipo de ansiedad? ¿O es que la libertad en sí misma es algo totalmente distinto de la libertad *de* algo? Uno puede librarse de la cólera, tal vez de los celos, pero ¿no es la liberación de algo una reacción y, por lo tanto, no tiene nada que ver con la libertad?

¿No es la libertad algo totalmente distinto de cualquier reacción, inclinación o deseo? Uno puede librarse del dogma con mucha facilidad, analizándolo, expulsándolo a patadas, pero el motivo para esa liberación de un dogma contiene su propia reacción, ¿no es así? El motivo, el deseo de librarse de un dogma, puede ser el que ya no resulte cómodo, que ya no esté de moda, que no sea razonable o popular, que las circunstancias estén contra él y que por lo tanto quiera usted librarse del mismo; Estas son simples reacciones. ¿Es libertad la reacción de apartarnos de algo? ¿O es la libertad algo completamente distinto de la reacción, que actúa por sí misma, sin motivo alguno, sin depender de ninguna inclinación, tendencia ni circunstancia? ¿Existe semejante clase de libertad? Uno puede estar libre del nacionalismo, por creer en el internacionalismo, o porque ya no es económicamente necesario, habiendo un Mercado Común en el que no vale la pena mantener el dogma del nacionalismo con su bandera; eso lo puede uno desechar fácilmente. Pero ¿tiene algo que ver con la libertad esa racionalización o conclusión lógica? Tampoco puede un jefe espiritual o político prometer libertad al término de algo, pues ¿puede ser libertad la que venga por la disciplina, el conformismo, la aceptación, y que prometa algo ideal al que siga ese camino? ¿O es la libertad un estado mental tan intensamente activo y

vigoroso que rechaza toda forma de dependencia, esclavitud, conformismo y aceptación? ¿Necesita la mente esa libertad? Una libertad así implica una completa soledad y un estado de la mente que no dependa de ningún estímulo, idea o experiencia de carácter circunstancial. La libertad de esa clase es claramente significativa de estar uno solo, de soledad. ¿Puede la mente educada en una cultura tan dependiente del medio en el que vive, y de sus propias tendencias e inclinaciones, hallar esa libertad que está completamente sola? Únicamente en semejante soledad puede haber relación con alguien; en ella no hay roce, dominio, dependencia. Por favor, tienen ustedes que comprender esto, no se trata de una simple conclusión verbal que se acepta o se niega. ¿Es esto lo que cada individuo reclama y en lo que insiste: una libertad en la que no haya liderazgo, ni tradición, ni autoridad? De lo contrario, no hay libertad; cuando dice usted que está libre de algo, eso no es más que una reacción, que, por serlo, va a ser causa de otra. Uno puede tener una cadena de reacciones, aceptando cada una de ellas como una liberación, pero esa cadena no es libertad, es una continuidad modificada del pasado y a la cual se aferra la mente.

Librarse del temor puede ser una reacción, pero tal reacción no es libertad. Puedo librarme del temor a mi esposa, pero puedo seguir teniendo miedo. Aunque me libre del temor a mi esposa, la liberación de esa forma de temor es circunstancial. No me gusta que me dominen y por ello quiero librarme de la dominación, de los reproches, etc. Esa circunstancial demanda de libertad es una reacción que creará otra forma de conformismo, de sometimiento, otra clase de dominio. Como sucede con los «beatniks», los «hip-

pies», etc., su rebelión contra la sociedad, que es buena en sí misma, es una reacción que va a crear otra sumisión y, por lo tanto, no tiene nada de libertad.

Cuando tratamos la cuestión del temor, por necesidad tenemos que comprender la naturaleza de la libertad o ver que cuando hablamos de libertad no hablamos de la libertad completa, sino más bien de librarnos *de* algo incómodo, desagradable, indeseable. No queremos librarnos del placer; lo que queremos es librarnos del dolor. Pero el dolor es lo que sigue al placer, no puede separarse el uno del otro. Son como una moneda que tiene el placer por el anverso y el dolor por el reverso.

La libertad es completa en sí misma, no es una reacción, no es una conclusión ideológica. Libertad implica soledad total, un estado interno de la mente que no depende de ningún estímulo, de ningún conocimiento; no es resultado de ninguna experiencia, ni conclusión. Al comprender la libertad comprendemos también lo que está implicado en la soledad. La mayoría de nosotros, interiormente, nunca estamos solos. Hay una diferencia entre el aislamiento —cortar las relaciones en torno nuestro— y la soledad. Sabemos lo que es estar aislado, haber construido una muralla en torno a uno mismo, un muro de resistencia, una muralla que hemos construido para que nunca seamos vulnerables. También podemos vivir sumidos en una necia ideología de ensueño sin validez alguna. Todas estas cosas producen nuestro aislamiento, el cual impregna nuestra vida diaria: en la oficina, en el hogar, en nuestras relaciones sexuales, en cualquier actividad. Esa forma de aislamiento y el vivir en una torre de marfil ideológica no tienen nada que ver con la soledad, con el estar uno

solo. El estado de soledad solo puede sobrevenir al librarse uno de la estructura psicológica de la sociedad, esa sociedad que hemos creado con nuestras reacciones y a la cual pertenecemos.

Al comprender la libertad total, nos encontramos con una sensación de completa soledad. Creo que solo una mente que haya comprendido esta soledad es la que puede tener una relación en la cual no haya ninguna clase de conflicto.

Nos interesa la cuestión del temor, pero si no comprendemos los problemas relacionados con esa cuestión tan importante, con ese estado de soledad, entonces, cuando abordemos eso que llamamos temor, no sabremos qué hacer.

Decíamos que nosotros los seres humanos, que hemos vivido tanto tiempo y acumulado tanta experiencia, somos entidades de segunda mano, sin nada original. Estamos contaminados por toda clase de torturas, conflictos, obediencias, aceptaciones, miedos, celos, ansiedades, y, por lo tanto, no existe ese carácter de soledad. Por favor, obsérvese usted; utilice, como dijimos el otro día, al que habla y a sus palabras como un espejo en el que usted se mire. Cuanto más sepa usted sobre sí mismo, tanto mayor será el valor de la madurez. La persona sin madurez es aquella que no se conoce a sí misma en absoluto. Una de las principales características del temor es la no aceptación de lo que uno es, la incapacidad para enfrentarse consigo mismo.

Nosotros, como seres humanos, no somos más que un resultado, un producto psicológico. En ese estado, que es producto del tiempo, de la cultura, de la experiencia, del conocimiento, de todos los recuerdos acumulados de ayer, o de mil ayeres atrás, no hay en

absoluto ninguna soledad. Todas nuestras relaciones se basan en lo que ha existido, o en lo que debería existir, y, por ello, toda relación es un conflicto, un campo de batalla. Si uno quiere comprender lo que es una relación correcta, tiene que investigar sobre la naturaleza y estructura de la soledad, o sea, estar completamente solo. Pero esta palabra, «solo», crea una imagen. Obsérvese usted y lo verá. Cuando usted usa esa palabra, «solo», ya tiene una fórmula, una imagen, y trata de vivir de acuerdo con esa imagen, con esa fórmula. Pero la palabra o la imagen no son el hecho real. Tiene uno que comprender lo que realmente existe y vivir con ello. No estamos solos, somos una serie de recuerdos transmitidos a lo largo de los siglos, como alemanes, rusos, europeos, etc.

Comprender la soledad —si sabe en realidad lo que esta significa y vive en ese estado— es verdaderamente extraordinario en grado sumo, porque entonces la mente siempre es nueva y no depende de ninguna inclinación, ni tendencia, ni está guiada por las circunstancias. Al comprender la soledad empezará usted a comprender la necesidad de vivir consigo mismo tal como es en realidad, pues una de nuestras principales causas de temor es que no queremos vernos tal como somos en realidad. Por favor, obsérvense ustedes a sí mismos esta mañana, tal como son realmente, no como creen que deberían ser, ni como han sido. Vea si puede usted observarse serenamente, sin ninguna falsa modestia, sin ningún miedo, sin justificación ni condena, limítese a vivir con lo que usted sea en realidad.

Hay que saber lo que significa vivir con la realidad. Al observarme a mí mismo veo que tengo celos, ansiedad o envidia; me doy perfecta cuenta de ello.

Pues bien, quiero vivir con eso, porque solo cuando vivo en intimidad con algo es cuando empiezo a comprenderlo. Pero vivir con mi envidia, mi ansiedad, es una de las cosas más difíciles que se me presentan. Veo que desde el momento en que me habitúo a todo eso ya no lo estoy viviendo. ¿Entiende usted lo que estamos diciendo? Ahí está ese río y lo estoy viendo todos los días, oigo su ruido, el susurro del agua..., pero pasados dos o tres días me he acostumbrado a él y ya no siempre lo oigo. Si tengo un cuadro en la habitación, habré observado diariamente su belleza, su color, sus diferentes intensidades y sombreados, su calidad; pero después de haberlo contemplado durante una semana pierdo interés por él, ya me he acostumbrado a su presencia. Y lo mismo pasa con las montañas, los valles, los ríos, los árboles, con la familia, con mi esposa o mi marido. Pero no puedo aceptar el vivir con algo tan vivo como los celos o la envidia, no puedo llegar a habituarme a vivir con eso... tengo que cuidarlo como a un árbol recién plantado, protegerlo del sol, de las tempestades. Así, del mismo modo, tengo que vivir con esta ansiedad y envidia, cuidarlas, no acostumbrarme a ellas, no condenarlas. De esta manera empiezo a amarlas y a cuidarlas, no es que a mí me guste ser envidioso o sentir ansiedad, sino que más bien me intereso por la observación. Es como vivir con un reptil en la habitación; poco a poco uno empieza a ver su relación con él y no hay conflicto.

¿Podemos, pues, usted y yo, vivir con lo que en realidad somos? Somos poco inteligentes, envidiosos, temerosos, creemos que sentimos un enorme afecto cuando la verdad no es esa, nos sentimos ofendidos, adulados o cansados con gran facilidad. ¿Podemos vivir con estas realidades sin aceptarlas ni negarlas,

sino observándolas, viviendo con ellas sin volvernos morbosos, deprimidos o eufóricos? Entonces verá usted que la causa más frecuente de nuestro temor es que no queremos vivir con lo que somos.

Hemos hablado primero de libertad, después de soledad y luego, de darnos cuenta de lo que somos, y también de cómo lo que somos está relacionado con el pasado y tiene una progresión hacia el futuro; de darnos cuenta de esto y de vivir con ello, sin acostumbrarnos nunca, sin aceptarlo nunca. Si comprendemos esto, no de modo intelectual, sino real, porque así lo vivimos, entonces podemos pasar a la siguiente pregunta. Esta libertad, esta soledad, este contacto real e inmediato con lo que existe, ¿lo podremos encontrar o descubrir con el tiempo? Es decir, ¿se puede conseguir la libertad pasado un tiempo, o sea, mediante un proceso gradual? No soy libre porque tengo ansiedad, temor, soy esto, soy aquello, temo a la muerte, temo a mi vecino, temo perder mi empleo, o que mi marido se vuelva contra mí, temo por todas las cosas que uno ha creado durante su existencia. No soy libre. Pero puedo serlo librándome de todas esas cosas una por una, rechazándolas una por una, pero eso no es libertad. ¿Se puede conseguir la libertad con el tiempo? Es evidente que no, pues desde el momento en que hace usted intervenir al tiempo surge un proceso y se estará usted esclavizando cada vez más. Si me quiero librar de la violencia de una manera gradual, practicando la no violencia, entonces en esa práctica gradual estaré todo el tiempo sembrando las semillas de la violencia. Así que es extraordinariamente importante la pregunta que nos hacemos de si podremos conseguir la libertad, o mejor dicho, si esta podrá sobrevenir andando el tiempo.

La siguiente cuestión sería: ¿Podemos ser conscientes de esa libertad? ¿Me entiende usted? Si uno dice: «Soy libre», entonces seguro que no es libre. Así es que la libertad, aquella libertad de la que estamos hablando, no es algo que sea resultado de un esfuerzo consciente para lograrlo. Por eso está más allá de todo, más allá del campo de la conciencia y no es cuestión de tiempo. El tiempo es conciencia; el tiempo es sufrimiento; el tiempo es temor del pensamiento. Cuando usted dice: «He comprendido esa libertad total», entonces, si es realmente sincero consigo mismo, es cuando usted sabe de verdad que ahora está donde antes, como al principio. Es como el hombre que dice: «Soy feliz» y en el momento en el que lo está diciendo lo que hace es vivir en el recuerdo de lo que pasó. La libertad no pertenece al tiempo y a la mente, por lo tanto, tiene que observar la vida, que es un complejo proceso, sin la atadura de ese tiempo. Examínelo y verá que se puede realizar, y cuando eso ya esté suficientemente claro —no ideológicamente, ni porque usted haya aceptado las explicaciones de alguien—, entonces puede uno proceder a descubrir lo que es el temor y si hay alguna posibilidad de que todo nuestro ser quede completamente libre de él.

De modo superficial, puede uno darse cuenta o ser consciente del temor. Puede que tenga temor de mi prójimo y, además, sepa que tengo miedo; puedo ofrecer resistencia, o no hacer ningún caso, o quedarme totalmente indiferente ante lo que él me diga por creer que es poco inteligente. Sí, puedo ofrecerle resistencia. Puedo darme cuenta de mis temores conscientes, pero ¿percibo aquellos que se producen en los niveles profundos de la mente? ¿Cómo puede uno descubrir los temores que están escondidos, ocultos,

que son secretos? Esto implica una cuestión mucho más grave: ¿Hay que dividir el temor en consciente e inconsciente? Por favor, presten mucha atención, es una cuestión muy importante. El especialista, el psicólogo, el analista, han creado esta división del temor en nivel profundo y nivel superficial. Pero si usted es un seguidor de lo que dice el psicólogo, o el que le está hablando, entonces comprenderá sus teorías, sus dogmas, sus conocimientos, pero no comprenderá la propia realidad de usted. No puede usted comprenderse siguiendo a Freud, a Jung o al que le está hablando ahora; tiene usted que comprenderse directamente. Por esa razón carecen totalmente de importancia todas esas personas.

Preguntamos: «¿Hay que dividir el temor por un lado en consciente y por otro en inconsciente?». Le ruego que conteste con sumo cuidado a esta pregunta, porque si dice que no hay que dividirlo así, entonces estará negando el inconsciente. Pero si acepta que hay que dividir el temor en consciente e inconsciente, entonces es que acepta esa fórmula. Observe lo que implica el dividir el temor en consciente superficial e inconsciente profundamente arraigado. ¿Qué significa eso? Uno puede percibir, conocer y ser consciente de los temores superficiales con bastante facilidad por las propias reacciones inmediatas. Pero el desenterrar, desentrañar, desarraigar, dejar al descubierto los temores profundamente arraigados, ¿cómo se puede llevar a cabo? ¿Por medio de los sueños, de las insinuaciones, de los indicios? Todo eso implica tiempo. ¿O es que solo existe el temor que interpretamos de diversas maneras? ¿Solo un único deseo con objetivos cambiantes? El deseo es siempre el mismo. Tal vez el temor sea también siempre el mismo: un solo

temor que se traduce en otros varios. Temo esto o aquello, pero comprendo que el temor no puede dividirse. Esto es algo que tiene usted que comprender, no es una conclusión lógica, no es algo creado por usted y en lo cual cree. Pero cuando ve que el temor no puede dividirse, habrá hecho un enorme descubrimiento y entonces habrá acabado totalmente con este problema del inconsciente y ya no dependerá de psicólogos y analistas. Esto es realmente algo muy serio, porque cuando ve que el temor es indivisible, comprende que es una actividad que se expresa de diversas maneras, no por un lado el temor a la muerte, por otro el temor a mi esposa, por otro el temor a perder mi trabajo, a no conseguir triunfar, etc. Y siempre que vea ese proceso —y no el objetivo final del mismo— se enfrentará a una tremenda cuestión. Así es que se estará preguntando cómo puede uno observar el temor, que es indivisible y por lo tanto no fragmentario, sin la fragmentación que la mente ha cultivado. ¿Entiende usted? Me he visto frente a la naturaleza del temor como una totalidad, solo existe el temor total, no diversos temores fragmentados. Pero ¿podrá mi mente, que solo piensa fragmentadamente —mi esposa, mi hijo, mi familia, mi empleo, mi país, todo eso, ya sabe usted—, podrá mi fragmentada mente observar un panorama completo del temor? ¿Podrá hacerlo? ¿Comprende usted la pregunta? Mi vida ha transcurrido inmersa en la fragmentación, mi pensamiento solo es capaz de pensar de forma fragmentaria, de modo que yo solo observo el temor a través de la actividad del pensamiento fragmentado. Para poder observar el temor de forma total, ¿no he de pensar sin esa actividad fragmentada? El pensamiento, todo el proceso del

mecanismo del pensar, es fragmentación, todo lo divide. Quiero a una persona o la odio, es mi enemiga, o es mi amiga. Mis peculiares manías, mis inclinaciones, están en lucha con todo lo demás —mi empleo, mi posición, mi prestigio, mi país y el de usted, mi dios y el suyo—, todo es fragmentación del pensamiento. Y este pensamiento es siempre lo viejo, nunca lo nuevo y, por lo tanto, nunca es libre. Nunca puede ser libre el pensamiento, porque es la reacción de la memoria y esta es lo viejo. Este pensamiento observa el estado total del temor o, al menos, trata de observarlo, y cuando lo hace lo reduce a fragmentos. *De modo que la mente solo puede observar este temor total cuando no hay ninguna actividad en el pensamiento.*

Continuaremos pasado mañana porque aún quedan por ver muchas cosas. ¿Podemos hablar ahora todos de lo que hemos tratado esta mañana?

INTERLOCUTOR: *Señor, usted está tratando con toda confianza y seguridad una cuestión tan fundamental como es la del temor, aunque da la impresión de algo así como análisis. Estoy seguro de que no le molesta lo más mínimo, que lo aborda con plena confianza. Pero ¿qué es esta confianza y cómo surge? ¿Cómo se puede conseguir?*

KRISHNAMURTI: ¿Cómo sabe usted que yo tengo confianza, seguridad? ¿Y qué entiende usted por la palabra «confianza»? Dice usted que yo tengo confianza al abordar un problema de tal naturaleza como el temor. ¿Es confianza? Es decir, estar seguro, capacitado, ser capaz de analizar, de ver la totalidad, te-

ner capacidad y por esa capacidad tener confianza; como usted está seguro y confiado en sí mismo, es usted listo y por lo tanto puede acometer una cuestión tan fundamental. Y pregunta usted: «¿Cómo lograré yo esa confianza?». Primero usted declara, afirma, que yo tengo confianza, luego pregunta: «¿Cómo la consigo yo?». ¿Cómo sabe usted que yo tengo confianza? Puede ser que yo no la tenga en absoluto. Le ruego que entienda esto. No me gusta, o quizá no me fío de la confianza, porque implica que uno está seguro y que ha triunfado; se mueve uno como partiendo de una plataforma, de un estado, lo que significa que ha acumulado muchos conocimientos, mucha experiencia, y que de eso ha ganado confianza y es capaz, por tanto, de acometer el problema. Pero no es nada parecido a eso, muy al contrario, porque desde el momento en el que ha llegado a una conclusión, a una posición lograda de conocimiento, partiendo de la cual se pone a examinar, habrá uno terminado. Entonces estará interpretando todo lo vivo desde el punto de vista de lo viejo. Mientras que si no tiene un apoyo, si no hay certeza, ni éxito, entonces hay libertad para examinar, para observar. Y cuando uno observa con libertad, siempre es lo nuevo.

Un hombre confiado es un ser humano muerto, como el sacerdote, como el comisario comunista, que creen en ideologías, en Dios, en sus conclusiones, en sus ideas, en sus reacciones; han creado un mundo horrible y monstruoso. Mientras que el hombre que tiene libertad para observar, y observa sin el pasado, sin opiniones, sin conclusiones, sin normas, sin principios, su observación será siempre clara, fresca e inocente, no confusa. Solo esta inocencia es la que puede ver la totalidad de este proceso.

I.: *Señor, hay una diferencia esencial; a saber: que usted aborda la totalidad de este problema y no pregunta por él a nadie en absoluto, pero yo no procedo de la misma manera. ¿Cuál es la naturaleza de lo que usted hace?*

K.: El problema no está en esa diferencia esencial entre el que habla y el que pregunta, sino en la razón de la dependencia del que pregunta. ¿Por qué depende usted de algo o alguien? ¿Qué implicaciones hay en esa dependencia? Yo dependo de mi esposa, o mi esposa depende de mí. ¿Por qué? Continúe hasta el final, no lo deje a un lado. ¿Por qué depende ella de mí? ¿No será porque no ve con claridad en su interior, no es feliz, y en consecuencia yo la ayudo, la apoyo, le proporciono alimentos, o ella a mí? Es, pues, una dependencia mutua, tanto psicológica como objetivamente. De modo que yo dependo de ella y, cuando ella se fija en algún otro, me quita el apoyo del que yo dependo, me siento herido, temeroso, celoso. De modo que si usted depende de mí, del que habla, para su alimento psicológico, entonces siempre tendrá usted dudas y dirá: «¡Dios mío! Él puede equivocarse», o bien: «A la vuelta de la esquina hay un maestro mejor que él, un psicólogo de más renombre, el antropólogo más de moda que ha estudiado tantas cosas, que sabe tanto». De manera que usted dependerá de él; pero si comprende usted la naturaleza de su propia dependencia, entonces no necesitará en absoluto de la autoridad de nadie; sus ojos verán con claridad y usted observará desde la inocencia, y la inocencia es su propia acción.

Martes 18 de julio de 1967

Charla 6



SIGAMOS charlando entre todos sobre el problema tan complejo del temor. Creo que deberíamos tener en cuenta que nuestro interés no se limita a los cambios superficiales, sino que abarca más bien una revolución radical en la misma psique; tenemos que comprender la estructura psicológica, no solo de la sociedad en la que vivimos, sino también nuestra propia estructura y naturaleza psicológica. Nosotros y la sociedad no estamos separados. Somos la sociedad y vivimos en un mundo tan confuso, tan antagónico y tan continuamente en guerra, que es imprescindible llevar a cabo una revolución dentro de nosotros mismos; esta es la cuestión más importante de todas. Cuanto más se interesa uno, no simplemente en el cambio superficial, en el mundo, en su desdicha, en su maldad, sino que se interesa uno realmente en su propia estructura y naturaleza, tanto más me parece que tiene uno que volverse serio en grado sumo. Somos serios en relación con ciertas cosas que nos proporcionan un gran placer y satisfacción, queremos ir en pos de ese placer a toda costa, ya sea sexual o una realización ambiciosa o cualquier clase de complacencia. Pero muy pocos de nosotros somos serios en el sentido de ver el problema de la existencia

en su totalidad, los conflictos, las guerras, la ansiedad, la desesperación, la soledad, el sufrimiento. Ser serio en estas cuestiones fundamentales significa prestarles continua atención, no un simple interés esporádico, no el interés que pone usted ocasionalmente cuando tiene un problema que lo está atormentando. Esta seriedad ha de ser nuestro punto de referencia desde el cual pensamos, vivimos y actuamos; de lo contrario, desperdiciamos la vida discutiendo interminablemente cosas que en realidad no importan, lo cual es un gran derroche de energía. Cuanto más serio sea uno en su interior, tanta mayor madurez tendrá. La madurez no es, a buen seguro, una cuestión de edad. No es cuestión de acumular muchas experiencias o de adquirir muchos conocimientos. La madurez no tiene nada que ver con la edad ni el tiempo, sino que llega más bien con esta cualidad de la seriedad. Tal madurez solo es posible cuando tenemos un amplio y profundo conocimiento de nosotros mismos.

¿Hay que dejar depender esta madurez del tiempo, de las circunstancias, de las inclinaciones o de una determinada tendencia? ¿Es como una fruta que va madurando durante el verano, preparándose para caer al otoño, tomándose su tiempo, con muchos días lluviosos, soleados, nublados, fríos; y luego, después de todas las adversidades del clima, está lista para que llegue alguien y se la lleve? ¿Es esta madurez una cuestión de adversidades? Yo creo que no hay tiempo que perder y que uno ha de madurar de manera inmediata, no biológica o fisiológicamente, sino madurar interiormente, de una manera total, completa. ¿Es cuestión de adversidad, de experiencia, de conocimiento, de tiempo, etc.? Creo que se trata de una cuestión muy importante que debemos plantearnos, por-

que, desgraciadamente, maduramos biológicamente demasiado pronto y al final nos morimos antes de haber comprendido todo el significado de la vida.

Pasamos los días sumidos en lamentaciones, recuerdos e imágenes de nosotros mismos. ¿Llegaremos así a la madurez? ¿O es la madurez algo inmediato, no tocado en absoluto por el tiempo? Les ruego que se hagan a sí mismos esta pregunta, porque no estamos aquí simplemente para escuchar charlas, discusiones interminables, intercambios verbales y palabras y más palabras, sino que estamos aquí —me parece a mí, y digo esto con humildad— no para acumular conocimientos y experiencias, sino más bien para ver cosas directamente y de modo inmediato: tal como son. Creo que en eso está el carácter de la madurez, en que no hay engaño, ni falta de sinceridad, ni dos formas de pensar, ni dos normas diferentes. Hemos de vernos como somos en realidad, sin ningún temor, sin las imágenes que nos hemos formado de nosotros mismos. Cada uno de nosotros tenemos una imagen de lo que deberíamos ser, tenemos una idea de que somos grandes, o bien muy poco interesantes, poco inteligentes o mediocres; o nos parece que somos extraordinariamente afectuosos, superiores, llenos de sabiduría y conocimientos. Estas imágenes que tenemos de nosotros mismos impiden totalmente la percepción de lo inmediato, de «lo que es». Hay conflicto entre la imagen y «lo que es», y me parece que la madurez es un estado de la mente en el que la imagen no existe y en el que solo existe «lo que es»; en ese estado no hay conflicto de ninguna clase. Una mente en conflicto carece de madurez; tanto si el conflicto es con la familia como consigo mismo, con nuestros deseos, con nuestras ambiciones o con

nuestras satisfacciones. El conflicto, a cualquier nivel, indica, desde luego, una mente inmadura, sin claridad. Una mente que siempre esté buscando, pidiendo, esperando, nunca podrá ser madura.

Al tratar entre nosotros esta cuestión del temor, hemos de tener en cuenta que no se trata simplemente de *un* temor, no es una simple forma particular del temor, de la cual uno está prisionero, sino que es el temor mismo que se expresa de maneras distintas. El deseo cambia de objeto; cuando uno es joven quiere toda clase de cosas agradables, placenteras, sensuales, y a medida que uno avanza en edad, el deseo cambia de objeto, se vuelve cada vez más complejo, pero sigue siendo el mismo, aunque el objeto cambie. Del mismo modo, solo existe el temor, no diferentes variedades de temor. Cuando tratemos esta cuestión del temor, hemos de tener en cuenta que hay que ver la totalidad del temor y no una fragmentación del mismo. Puede uno tener miedo del vecino, de la esposa, de la muerte, del sentimiento de soledad, de la vejez, de no haber amado nunca, ni saber lo que es el amor ni lo que es esa sensación de completo abandono, pues solo hay belleza en el total abandono de sí mismo. Al no conocer nada de eso, tiene uno miedo, no solo de lo conocido, sino también de lo desconocido. Uno tiene que considerar el miedo en su totalidad, no un miedo aislado del cual es uno su prisionero.

La cuestión es, pues, si puede uno percibir la totalidad el temor, si puede uno ver el temor de una manera completa y no sus diversos aspectos. Yo puedo tener miedo a la muerte y usted puede tenerlo al sentimiento de soledad, otro puede temer no llegar a ser famoso, o vivir una vida que es tan aburrida, so-

litaria, pesada, fatigosa, rutinaria. Uno puede temer muchas cosas y nos inclinamos por el deseo de resolver cada manifestación de temor por separado, una por una. Semejante deseo me parece carente de madurez, porque solamente existe el temor.

¿Puede observar la mente la totalidad del temor y no simplemente sus diferentes formas? ¿Comprenden ustedes mi pregunta? Entonces, ¿cómo se puede observar la totalidad del temor y al mismo tiempo sus diferentes aspectos? Es decir, la estructura y naturaleza fundamental del temor, así como su fragmentación en el miedo a la oscuridad, el miedo a pasear solos, el miedo a la esposa o al marido, o el de quedarse sin trabajo. Si comprendiéramos la naturaleza fundamental del temor, podríamos examinar todos los detalles, pero si me limito a observar los detalles, entonces nunca llegaré a la cuestión fundamental.

La mayoría de nosotros tendemos a huir del miedo, a reprimirlo, a someterlo a control, o a evadirnos de cualquier manera. No sabemos cómo observarlo. No sabemos cómo vivir con ese temor. La mayoría de nosotros, desgraciadamente, tenemos alguna clase de temor que nos acompaña desde la infancia hasta la sepultura; vivimos en una sociedad corrompida y la educación que recibimos engendra ese temor. Considere usted su clase de temor concreto, si es que llega a percibirlo, observe sus reacciones, obsérvelo sin ningún intento de escape, justificación o represión, limítese a observarlo. Quizá mi temor en particular sea a la enfermedad. ¿Puedo observarlo sin ningún estremecimiento, sin ninguna evasión, sin ninguna esperanza... simplemente observarlo?

Creo que «la manera de observar» es muy importante. Todo el problema reside en las palabras «ob-

servar, ver y escuchar». ¿Puedo observar un temor sin la palabra que lo causa? ¿Puedo observar sin la palabra que suscita el miedo, por ejemplo, «muerte»? La palabra en sí misma provoca temblores, angustia, al igual que la palabra «amor» que también provoca sus estremecimientos y su propia imagen. ¿Puedo observar ese temor sin la palabra, sin ninguna reacción, justificación, aceptación o rechazo? ¿Puedo limitarme a observarlo? Solo puedo observarlo cuando la mente está muy tranquila, lo mismo que solo puedo escuchar lo que usted está diciendo cuando mi mente no está parloteando, manteniendo un diálogo consigo misma. Solo entonces puedo escuchar de una manera completa lo que usted está diciendo. Si prosigo con mi propia conversación, con mis problemas, con mis preocupaciones, seré incapaz de escucharlo. Del mismo modo, ¿puedo observar un temor, o cualquier problema que tenga, puedo observarlo sin tratar de resolverlo, sin tratar de armarme de valor, etcétera, puedo limitarme a observarlo? Podemos observar una nube, un árbol o el movimiento del río con una mente relativamente tranquila, porque es algo que no es muy importante para nosotros; pero cuando en nosotros hay temor, desesperación, cuando estamos directamente en contacto con la sensación de soledad, con los celos, con alguno de esos estados tan inquietantes, entonces ¿podemos limitarnos a observarlo con la misma tranquilidad, con la misma totalidad, para que realmente podamos ver?

No podemos cultivar la tranquilidad de la mente; cuando obligamos a la mente a estar tranquila, la dejamos anquilosada, sin las cualidades de la profundidad, la amplitud y la belleza. Pero cuando usted es serio, querrá ver el temor de una manera total y no

vivir con él por ser algo tan terrible; usted ya ha experimentado el temor y debe de saber cómo nos afecta, cómo nos atenaza, cómo ensombrece nuestros días. Cuando uno tiene seriedad y pasión es como si viviera en compañía de una serpiente, observando cada uno de sus movimientos, estando atento al menor ruido que hiciese. Para observar el temor hay que vivir con él, hay que conocer y comprender todo su contenido, su naturaleza, su estructura, su actividad. ¿Puede uno vivir de esta manera con el temor? ¿Ha tratado alguna vez de vivir así con cualquier cosa, con usted mismo en primer lugar, con su esposa o su marido? Si ha tratado de vivir consigo mismo, habrá empezado a ver que usted no es algo estático, sino vivo; y para vivir con eso que está viviente, su mente ha de estar viva también, y no puede estarlo si vive presa de opiniones, juicios y valores. Vivir con algo viviente es una de las cosas más difíciles de llevar a cabo, porque no vivimos con lo viviente, sino con la imagen, y esta es una cosa muerta a la cual estamos alimentando continuamente. Por eso fracasan todas las relaciones.

Para vivir con el temor, que es algo que está vivo, hace falta una mente y un corazón que sean extraordinariamente sutiles, que no almacenen conclusiones ni fórmulas y que, por lo tanto, puedan entender cualquier acción del temor. Si observa usted de esa manera y vive con el temor (y para esto no hace falta todo un día, basta con un minuto, con un segundo), entonces empezará a conocer toda la naturaleza del temor, y no podrá más que preguntar: ¿Quién es la entidad que está viviendo con el temor? ¿Quién vive con él, lo comprende, lo observa? ¿Quién es el «observador» y qué está observando?

Usted se preguntará: ¿Quién es el observador, quién es el que vive, observa y tiene en cuenta todas las acciones de las diferentes formas del temor y que percibe también la realidad esencial del temor? ¿Es el observador una entidad muerta, un ser estático? ¿No es el que ha acumulado tan gran cantidad de conocimientos e información sobre sí mismo, el que ha aprendido tanto, el que ha tenido tantas experiencias? Todas estas experiencias, todos estos conocimientos, todas estas variedades de la soledad y del sufrimiento, ¿no son el pasado, el recuerdo, algo muerto? ¿No es algo muerto lo que observa y vive con el proceso del temor? ¿Es el observador el pasado muerto y estático o algo vivo? ¿Qué responde usted? ¿Es usted la entidad muerta que observa algo vivo, o es algo vivo que observa algo también vivo? En el observador coexisten los dos estados. Cuando observa usted un árbol, lo puede hacer con el conocimiento botánico y también puede observar su actividad vital, el viento rozando sus hojas, atravesando sus ramas, moviendo su tronco; es algo viviente y usted lo observa con los conocimientos que ha ido acumulando sobre árboles y esos conocimientos son cosa muerta; también puede usted observarlo sin esos conocimientos acumulados, de modo que usted, que es algo vivo, observa algo que también está vivo. El observador es tanto el pasado como el presente vivo; es el pasado que influye en el presente vivo.

Veámoslo con más detalle. Cuando usted, que es el observador, observa a su esposa, a su amigo, ¿está haciéndolo con los recuerdos de ayer? ¿Se da cuenta de que el ayer está contaminando el presente? ¿O los observa como si no existiera en absoluto el ayer? El pasado siempre está ensombreciendo el presente; los

recuerdos del pasado, lo que ella me dijo, lo que me dijo él, el placer, la adulación, el insulto de ayer, estos recuerdos influyen en el presente y lo atenazan. El observador es a la vez el pasado y el presente, está medio vivo y medio muerto, y observa con esa vida y con esa muerte.

¿Existe un observador que, por lo que se refiere al tiempo, no sea del pasado ni del presente? Está bastante claro que existe el observador que es del pasado: la imagen, el símbolo, la idea, las ideologías, etc. El pasado. Y, sin embargo, está también presente de una forma activa, e igualmente de una forma activa está examinando, observando, escuchando. Ese escuchar, ese observar, está afectado por el pasado, y el observador sigue estando dentro del campo del tiempo. Cuando observa el objeto, el temor, o lo que sea, dentro del campo del tiempo, no está viendo la totalidad del temor. Ahora bien, ¿puede el observador ir más allá, para que no sea ni pasado ni presente, para que el observador *sea* lo observado, que es lo viviente? Esto que estamos hablando es la meditación real.

Es muy difícil expresar con palabras la naturaleza de ese estado mental en el cual existe no solo el pasado como observador, sino también el observador que está realmente observando, escuchando y, sin embargo, con una parte, con una raíz en el pasado. Por vivir el observador en el pasado y en el presente afectado por el pasado, es por lo que hay división entre el observador y lo observado. Esta división, este espacio, este intervalo de tiempo entre ambos toca a su fin solo cuando hay otra cualidad que no es del tiempo en modo alguno, que no es del pasado ni del presente; solo entonces es el observador lo observado, lo cual no es un proceso de identificación con esto último.

Alguien que había estudiado estas cosas me dijo que en la antigua China, antes de que un pintor de la naturaleza comenzase a pintar, se sentaba frente a un árbol durante días, meses o años —no importaba el tiempo que fuera—, hasta que él era el árbol; no es que se convirtiera en árbol, ni que se identificase con este, sino que él era el árbol. Esto significa que no había espacio entre el observador y lo observado, no había esa experiencia en la que el observador experimenta la belleza, el movimiento, la sombra, la profundidad de una hoja, la cualidad del color. Él era totalmente el árbol, y solo podía pintar en ese estado. Esto mismo existía también en la antigua India: no trataban de estar a la moda, de ser abstractos, esto y aquello, y todas las costumbres modernas. Es bastante fácil la identificación con algo, pero conduce a mayor conflicto, desdicha y sentimiento de soledad. La mayoría de nosotros nos identificamos con la familia, con el marido, con la esposa, con la nación, y esto ha conducido a grandes desgracias, a grandes guerras. Nosotros estamos hablando de algo que es totalmente distinto, y ustedes deben comprender esto, no de una manera verbal, sino en su esencia, en su corazón, en la raíz misma de su ser; entonces verá que quedará para siempre libre del temor y solo entonces sabrá lo que es el amor.

Tiene uno que comprender al observador y no a la cosa observada, porque esta tiene muy poco valor. El temor, si bien se piensa, vale muy poco en realidad. Lo que tiene valor es cómo observa usted el temor, lo que usted hace, o no hace, con él. Analizar, buscar la causa del miedo, estar continuamente cuestionando, pidiendo, soñando, todo eso es del observador. De modo que la comprensión de este tiene más valor que la de

lo observado. Cuando uno observa al observador, que es uno mismo, ve que este uno mismo es no solo del pasado, como los recuerdos, las esperanzas, los sentimientos de culpabilidad, los conocimientos, todos ellos muertos, sino que todo conocimiento está en el pasado. Cuando uno dice «lo conozco», quiere decir «lo conozco tal como era usted ayer; no lo conozco en realidad ahora». Uno mismo es el pasado, vivimos en un presente influido por el pasado, eclipsado por él; y el mañana que está aguardando, es también parte del observador. Todo esto está dentro del campo del tiempo, como ayer, hoy y mañana. Esto es lo único que sabe uno, y con este estado mental, como observador, observa usted el temor, los celos, la guerra, la familia, esa entidad aisladora llamada familia, y con eso vive uno. El observador está siempre tratando de resolver el problema de lo observado, que es el reto, que es lo nuevo, y uno siempre está interpretando lo nuevo en función de lo viejo. Uno está perpetuamente, hasta que llega a su fin, en conflicto.

No puede uno comprender de modo intelectual, verbal, o por medio de razones y explicaciones, un estado mental en el que el observador ya no tiene un espacio entre él mismo y lo observado, y en el que el pasado ya no está interfiriendo en ningún momento. Sin embargo, es solo entonces cuando el observador es lo observado, y solo entonces cuando el miedo termina de manera total.

Mientras haya temor, no habrá amor. ¿Qué es el amor? Hay muchas explicaciones del amor: sexo, ser de alguien, no ser dominado por otro, ser alimentado psicológicamente, pensamientos sobre el sexo; todo ello se entiende en general como amor, y siempre hay ansiedad, temor, celos, sentimiento de culpabilidad.

Es seguro que donde haya tales conflictos no habrá amor. Esto no es un aforismo para aprendérselo, sino más bien un hecho real para observarlo en uno mismo; haga usted lo que haga, mientras haya temor, mientras exista cualquier forma de celos o angustia, no es posible que usted ame. El amor no tiene nada en absoluto que ver con el placer o el deseo; el placer acompaña al temor, y una mente que viva atemorizada es evidente que tendrá que estar siempre buscando el placer. Pero este solo sirve para aumentar el temor, de modo que uno está preso en un círculo vicioso. Simplemente observándolo, viviendo con él, sin tratar nunca de encontrar una salida, es como romperá ese círculo, y no actuando contra él. Solo cuando no hay placer, deseo o temor, es cuando puede existir algo que se llama amor.

INTERLOCUTOR: *A mí me parece que el temor es necesario para nuestra protección.*

KRISHNAMURTI: Sí, señor, eso está bastante claro. Físicamente el miedo está directamente relacionado con la existencia biológica. Mientras deba uno tener seguridad física tiene que haber temor.

Es evidente que eso es verdad. Mientras yo dependa de alguien para mi alimentación y alojamiento, tengo que tener miedo, físicamente, de no tener alimentos ni alojamiento mañana. Pero la sociedad moderna, la sociedad del bienestar, se cuida de que uno tenga víveres, alojamiento y ropas. Aunque yo tenga alimentos, ropas y vivienda, que son absolutamente necesarios, hay otro temor que se suma a aquel: el de querer estar psicológicamente seguro, querer tener seguridad en mis relaciones con los demás, en mi po-

sición social a la que he asignado una extraordinaria importancia, y que me da categoría y consideración ante los demás. Así es que no solo existen los temores físicos, sino también los psicológicos. Estos últimos han creado una sociedad que sostiene o mantiene los temores físicos. Los temores psicológicos se engendran cuando somos alemanes, franceses, ingleses, rusos, con nuestros nacionalismos, nuestras banderas, nuestros reyes y reinas, ejércitos independientes y todas esas necedades. Esa insensatez nos está destruyendo. Gastamos millones y más millones en armamentos y en destruir a los demás. No hay seguridad para nosotros, ni siquiera físicamente; no tanto aquí en Suiza, en Holanda o Inglaterra, pero vayan ustedes a la India, a Oriente Medio o a Vietnam. Todos somos responsables de la gran inseguridad que hay allí. Lo que es de primordial importancia es comprender y por lo tanto trascender, superar la seguridad psicológica, los intereses creados que tenemos en las nacionalidades, en la familia, en las religiones y en todo lo demás; entonces tendremos seguridad material y no habrá guerras.

I.: *¿Cómo es que el pasado muerto tiene una influencia tan abrumadora sobre el presente actual?*

K.: ¿Cómo es que el pasado muerto ejerce tal dominio sobre lo que creo que está vivo? Yo creo que vive, pero ¿está vivo o somos únicamente el pasado muerto, al cual tratamos de dar vida en el presente? Lo cual significa: ¿está usted vivo?, ¿comprende?, ¿vivo? Usted puede comer, puede tener experiencias sexuales, puede escalar las montañas, pero todas esas son acciones mecánicas. Pero ¿está usted viviendo en rea-

lidad, o es que el pasado vive en el presente, y por consiguiente usted no vive en absoluto, es decir, que el pasado continúa en el presente proporcionándole una característica vital? No sé si usted se habrá observado alguna vez. ¿Qué es «usted»? Hay un «usted» que es el peso muerto del pasado y usted dice que vive en el presente. ¿Qué es lo que dice: «Estoy vivo», esa conciencia que dice «estoy vivo», aparte del organismo físico, que tiene sus propias reacciones, su propia motivación? ¿Qué es lo que dice «estoy vivo»? ¿Es el pensamiento, es el sentimiento? Si es el pensamiento, es evidente que este siempre es lo viejo... Si viese usted que el pensamiento siempre es lo viejo... Si lo viera usted *realmente* lo mismo que siente el hambre, entonces vería que lo que cree que está vivo es solo una continuación modificada del pasado, es el pensamiento. ¿Existe alguna otra cosa viva? No Dios dentro de usted, que también es otra forma de pensamiento; pues el pensamiento ha inventado a Dios, porque, estando tan inseguro de sí mismo, tiene que inventar algo vivo. ¿Existe realmente algo vivo, que viva con independencia de cualquier motivo, estímulo o dependencia? ¿Existe algo vivo que no esté sometido a circunstancias, a tendencias, a inclinaciones? Profundice en usted y lo descubrirá, y si puede vivir con lo que ha descubierto, entonces tal vez sea capaz de llegar más allá y de dar con algo que es el vivir sin el tiempo.

Jueves 20 de julio de 1967

Charla 7



DECÍAMOS el otro día que tanto el temor en sí mismo como el trascenderlo y superarlo constituye un problema muy complejo, necesita mucha comprensión en la que no haya represión, ni control, ni ningún intento de eliminación. Para comprender el temor tiene uno que darse cuenta de su estructura y naturaleza, aprender, descubrir lo que es, y no llegar a él con ninguna clase de conclusión.

No sé si habrán pensado ustedes alguna vez lo que es aprender. La verdad es que es un asunto muy interesante. ¿Qué es aprender? ¿Aprendemos realmente? ¿Aprendemos por experiencia? ¿Aprendemos acumulando conocimientos? Decimos que aprendemos experimentando, ¿es verdad esto? Ha habido cerca de quince mil guerras durante los últimos cinco mil años, lo cual es una abundante experiencia para el hombre. ¿Hemos aprendido de estas experiencias que la guerra es una cosa espantosa en grado sumo y que debe terminar? ¿Es el aprender cuestión de tiempo? Tras cinco mil años, no hemos aprendido que la guerra, el matar a otros en forma organizada, por cualquier razón, es algo extremadamente... Ya ni sé qué palabras usar. Si no hemos aprendido durante estos cinco mil años, entonces ¿es cuestión de tiempo el aprender?

Al parecer, no hemos aprendido con esta dilatada experiencia de matar a otros. ¿Qué es lo que nos enseñará? Por lo que vemos, las circunstancias del ambiente, las presiones, los trastornos, las hambrunas, la destrucción, la brutalidad, no nos han enseñado, y hemos tardado cinco mil años en aprender que no hemos aprendido. ¿Qué es, pues, aprender? Por favor, esta es una pregunta muy seria, no es de esas preguntas que se hacen a los muchachos de una escuela, para que hagan una redacción. ¿Qué es aprender y cuándo se realiza? ¿Es cuestión de tiempo? ¿Es un proceso gradual? Al investigar sobre el aprender y si esto implica tiempo, creo que tenemos que investigar también la cuestión de la humildad. Al hablar de humildad, no hablamos del rigor del santo o del sacerdote, ni del hombre vano que cultiva la humildad. Es evidente que si quiero aprender sobre algo, mi mente no tiene que haber llegado a ninguna conclusión, no ha de tener opinión o conocimiento previo. Solo una mente que sea totalmente inocente puede investigar la cuestión de la humildad; inocente en el sentido de que no sabe y de que tiene capacidad para una gran libertad. Es evidente que el aprender no tiene nada que ver con la acumulación de conocimientos, experiencias o tradiciones, y que solo una mente libre es la que puede hallarse en un estado de humildad; solo una mente libre puede aprender. Y con este aprendizaje podemos abordar el complejísimo problema del temor. Y no aprenderá usted nada del temor por haber oído aquí una serie de explicaciones a las que da una aplicación, porque esa aplicación es meramente mecánica y por lo tanto no sirve. Así es que cuando empezamos a comprender por nosotros mismos, y no de acuerdo con algún otro lo

que es la humildad, o sea, una mente no abarrotada de opiniones, juicios y conocimientos, nos encontramos en un estado en el cual tenemos la capacidad de aprender.

Miren, señores, estamos hablando de algo muy serio, no es una diversión, no es algo que oímos con indiferencia, por curiosidad, para luego seguir nuestro camino. O escuchan con atención, o no escuchan en absoluto. Sería mucho mejor en este caso no escuchar, salir de paseo bajo la lluvia, si esta les gusta, disfrutar entre los árboles. Pero si están aquí, presten por favor toda su atención, porque estamos discutiendo algo muy serio. Lo que significa todo esto es una revolución psicológica total que está más allá de la sociedad; es también el producir una revolución radical en la psique del individuo; solo nos interesa la mutación completa del individuo, porque este es lo colectivo y entre los dos no hay separación. Comoquiera que la sociedad es el individuo y este es la sociedad, para producir una transformación dentro de la estructura de esta última el individuo tiene que cambiar por completo. Y de esto es de lo que hablamos y, al hacerlo, descubrimos y aprendemos acerca de esta mutación total. Pero hace falta mucha humildad para aprender, para no repetir, para no seguir con explicaciones, opiniones y argumentaciones dialécticas, sino para aprender realmente. Desgraciadamente, la mayoría de nosotros tenemos conclusiones, opiniones, juicios, creencias, y dogmas, a partir de las cuales valoramos y actuamos, es decir, una plataforma desde la cual vivimos. No es posible que una mente así aprenda jamás, lo mismo que el hombre no ha aprendido con las guerras qué cosas tan horribles están implicadas en el hecho de matar a otro.

No hemos aprendido, de modo que para aprender tenemos que empezar con gran humildad. Si tiene uno opiniones, conclusiones y categóricos dogmas, no estará haciendo más que acumular y, por lo tanto, ofrecer resistencia y crear conflictos en sí mismo y con los otros que son la sociedad.

¿Es, pues, cuestión de tiempo el aprender? ¿Hay que cultivar la humildad? La humildad es libertad, y solo en libertad puede uno aprender, no con una acumulación de recuerdos. ¿Puede ser la humildad cuestión de cultivo y, por tanto, de tiempo? ¿Puede adquirirse gradualmente? Vean, por favor, lo que esto implica, porque, si es cuestión de tiempo durante el cual se ha de acumular humildad, entonces esta se está cultivando. Desde el momento en que usted cultive o acopie humildad, dejará esta de existir. Está claro que el hombre que diga «soy humilde» es sumamente vanidoso. La humildad no es producto del tiempo, y por ello no es algo que se cultive; es más bien cuestión de percepción instantánea. Esa percepción inmediata es imposible cuando la humildad se convierte en una idea.

Uno, que quiere aprender lo que es el temor, ha oído decir que solo puede aprenderlo una mente muy clara e inocente. Lo oye, y eso ya se ha convertido en una idea —quiere quedar libre del temor y ha oído decir que tiene que aprender lo que es este y que solo puede aprenderlo si su mente es muy clara y sencilla—, esa estructura ya se ha convertido en pensamiento organizado, en una idea. A partir de esa idea espera aprenderlo, pero lo cierto es que no aprende nada, no hace uno más que poner en práctica una idea, y entre idea y acción lo que hay es conflicto. Así que no ve uno de manera inmediata qué es el apren-

der, qué es la humildad, un ver que en sí mismo es acción. Creo que debemos volver sobre esta cuestión enfocándola desde diversos ángulos para que quede muy clara.

¿Se han preguntado ustedes alguna vez por qué hay que tener ideas y opiniones? ¿Por qué se forman imágenes que solo son ideas? ¿Por qué funciona el pensamiento con ideas? Ideas sobre la nacionalidad, lo que está bien y lo que está mal, que está bien matar en determinadas circunstancias, las creencias que se tienen sobre Dios, la familia. ¿Por qué tienen ideas? ¿Son un medio de autodefensa, una resistencia a cualquier clase de cambio, a cualquier actividad, a la vida? ¿Es que las ideas —las psicológicas, no las técnicas; no hablo de estas— producen claridad de acción? ¿No son estas ideas siempre el pasado y, por esta razón, no está el pasado actuando siempre en el presente y continuando en el futuro? Aprendo un oficio, y una vez aprendido ese oficio, esa función determinada, procedo a aplicar lo que he aprendido. Entonces, eso que he aprendido, y con arreglo a lo cual actúo, se vuelve mecánico, se repite sin cesar. Eso me da una sensación de seguridad sin ningún tipo de preocupación; puedo aumentarla, pero seguirá siendo mecánica.

En el hecho de aprender están, pues, implicadas varias cosas. ¿Aprendemos ideas o llegamos a conclusiones y, una vez aprendidas, las aplicamos a la acción? Esa es una de las cuestiones. Por otro lado, ¿existe la idea separada de la acción en el momento en que usted actúa? ¿Están en el pasado todas las ideas, ya sean estas de los cristianos, de los comunistas, de los socialistas, de los capitalistas, de quien sean? Todas las ideas están siempre en el pasado, por lo

cual, cuando actúo con arreglo a ideas, dogmas, creencias o conclusiones, estoy viviendo en el pasado, y por eso estoy muerto. Es como si un hombre viviera a base de recuerdos muertos. En el momento en el que usted está haciendo algo (sin haber aprendido antes a hacerlo, sino cuando está realmente está haciéndolo), ¿existe la idea en ese momento? Es decir, estoy encolerizado o celoso, ¿existe la idea de cólera o celos en ese mismo momento? ¿O es la idea un juicio sobre la cólera que yo he formado en el pasado y con el cual la condeno o justifico?

Aprender implica tener una gran sensibilidad, y no hay sensibilidad si hay una idea, que es del pasado, dominando el presente. Solo una mente muy sensible es la que puede aprender, y esa sensibilidad no existe cuando lo que impera es el dominio de una idea. Es decir, como comunista, con todas las doctrinas de Marx, de Lenin, o con todo lo aprendido y las ideas acumuladas del burgués, o ideas dialécticas, etcétera, ya no soy sensible, la mente ya no está viva, flexible, alerta: es incapaz de aprender. Aprender implica humildad, y en ese estado la mente no puede andar tras la realización; en el momento en que uno obtiene el éxito, deja de tener esa cualidad de la inocencia y de la humildad. Sin embargo, sí que hay una posibilidad de que exista una mente clara y sensible, no solo en lo físico, sino, lo que es mucho más importante, sensible psicológicamente, interiormente, dentro de la piel. La mayoría de nosotros somos insensibles, incluso físicamente. Por favor, obsérvense ustedes. Comemos demasiado, no pensamos en la dieta alimenticia correcta, fumamos mucho, de modo que nuestros cuerpos se vuelven obesos, insensibles, y la cualidad de la atención pierde brillantez en el organismo

mismo. ¿Cómo puede existir una mente sensible, alerta, clara, si el organismo en sí mismo es torpe y pesado? Podemos ser muy sensibles en ciertas cosas que nos afectan personalmente, pero para ser sensible de una manera total a todas las implicaciones de la vida, hace falta que el organismo no se fragmente, no se separe de la psique, es preciso un movimiento total, unitario.

Aprender qué es el temor es aprender qué es el sufrimiento, y también es hacer lo mismo con el placer. Placer y temor van juntos. Si no consigo lo que quiero, tengo miedo, siento angustia, celos, odio. Para comprender el miedo hay que comprender el sufrimiento; creo que ambas cosas están relacionadas. Sin embargo, antes de examinar la cuestión del dolor, hemos de comprender la pasión. Siento que haya tantas cosas que comprender, pero así es la vida. No es que se comprenda una cosa y luego pueda uno esperar entender todas las demás. En realidad solo hay una cosa que comprender, y si la comprende usted completamente, todo lo demás es de escasa importancia. Aunque para llegar a esa totalidad hace falta no solo una mente no fragmentaria, sino también mucho amor.

Tenemos que comprender y aprender qué es el temor, y eso significa aprender qué es el sufrimiento y su desaparición, y todo ello implica investigar qué es la pasión. Como saben ustedes, esa palabra deriva de sufrimiento y la mayoría de nosotros, conscientemente o no, tenemos algún sufrimiento que otro. Somos seres humanos llenos de aflicción, sin un momento de felicidad *no contaminada por el pensamiento,* sin ningún momento de verdadero y profundo disfrute *que no esté influido por ningún pensamiento o*

recuerdo. Somos un campo de batalla desde el nacimiento hasta la muerte. Nunca hay orden, ni paz, ni sensación de tranquilidad y felicidad absoluta. Lo único que conocemos es el sufrimiento y el conflicto.

Para comprender la naturaleza del sufrimiento tenemos que examinar, como ya lo hemos dicho anteriormente, esta cuestión de la pasión. Han de saber que amor no es deseo ni placer, y es algo muy difícil de ver, de sentir realmente desde lo más hondo de nuestro ser, que el amor no es deseo ni placer, porque el deseo —que ya hemos examinado en anteriores charlas— se convierte en placer al pensar en algo que ya antes nos proporcionó placer y goce, y se piensa en ello cada vez más. Ese pensamiento no es amor. Pensar en usted, a quien amo, no es amor. Cuando pienso en usted —a quien creo amar—, es un placer que he sacado de usted y que está sostenido por el pensamiento. Pienso en usted y, en el momento en que interviene el pensamiento, el amor desaparece. Lo que sabemos del amor, como deseo, placer y pasión, que es apetito sensual, no tiene nada que ver con la pasión de la que hablamos y que no es producto del pensamiento. Si me apasiono por alguien, o por algo, o por una idea, eso ya comporta un estímulo, un motivo: que voy a obtener placer. Le ruego que observe todo esto en usted mismo. De modo que la pasión por algo, o por medio de algo, no es aquella de la que estamos hablando, porque en todo eso están implicados el dolor y el sufrimiento. La pasión significa que hemos abandonado totalmente el pensamiento y la idea. Y cuando exista esa pasión, esa intensidad, ese impulso —que siempre están en el presente, no en el mañana ni en el ayer—, entonces

podremos descubrir la cuestión del sufrimiento y ver si este puede terminar de una vez por todas.

La mente que sufre no puede, en manera alguna, funcionar de modo natural, se vuelve neurótica, quizá recurra a las drogas, ya sea STP, LSD o marihuana, porque no ha comprendido la vida, esta no tiene sentido para ella, es muy superficial. Si al llegar uno a los veinte años ya lo ha disfrutado todo, entonces querrá sacar más de las drogas, que, según se dice, amplían la mente y le dan una gran sensibilidad momentáneamente, pero que no la liberan del sufrimiento.

Así es que lo que tratamos de hacer o de discutir aquí entre nosotros es ver si hay alguna posibilidad de terminar de una manera completa con el sufrimiento. Ya saben ustedes de la existencia del sufrimiento por la soledad, del sufrimiento por la muerte, también existen todos esos sufrimientos mezquinos por no tener amor o no haber sido amado, por no haber satisfecho los deseos, por no ser un gran hombre; acumulamos una enorme cantidad de sufrimientos durante nuestra vida. ¿Es posible librarse tanto de los grandes sufrimientos como de los pequeños, de todas ellos? ¿Es posible conseguir que desaparezcan? Solo es posible cuando existe pasión por descubrir; y esa pasión descubre, en efecto, mediante el conocimiento de uno mismo, aprendiendo sobre uno mismo, pero no de acuerdo con Freud, Jung, los psicólogos o los analistas; eso es demasiado pueril, porque si aprendo de acuerdo con ellos, aprenderé lo que ellos son, no estaré aprendiendo sobre mí mismo. Para aprender sobre mí mismo no ha de haber ni un momento de acumulación del cual yo pueda aprender. El «yo» es un constante movimiento de ayer a hoy y mañana,

un solo movimiento, sin fin. Tengo que averiguar qué es este movimiento y solo puedo conseguirlo si la mente está libre de todas las conclusiones previas sobre mí mismo. Para ver esto en el mismo instante, para ver todo este movimiento, tiene uno que tener una intensa pasión. Cuando escuchó anoche el trueno —si es que no estaba profundamente dormido y lo pudo escuchar—, si lo escuchó y hubo un espacio entre el que escuchaba y aquello a lo que escuchaba, no oyó usted el trueno. Pero si escuchó sin ninguna idea, directamente, entonces usted era el trueno, porque no había espacio entre usted y aquello. No se trata de ninguna estupidez fantástica de los orientales. Ya sabe, el dividir la vida entre Oriente y Occidente es algo que demuestra inmadurez, ya que todos somos seres humanos, tanto si vivimos en la India como en la China o en este bello país. El hombre sufre, siempre ha sufrido, y como no sabe la manera de salir de ese estado, cómo acabar con el sufrimiento, lo adora personificándolo en una iglesia, por lo cual ha de tener un redentor, un salvador y todas esas cosas que ha inventado el hombre cuando sufre y no encuentra la salida. Pero nosotros decimos categóricamente que hay una salida, la cual consiste en ver el movimiento total de la vida como a uno mismo, en el mismo instante, y para verlo con claridad debemos tener pasión. No hay pasión cuando hay temor, solo hay pasión cuando hay amor, que no es ni deseo ni placer.

¿Podemos dialogar sobre lo que hemos dicho esta mañana?

INTERLOCUTOR: *Usted dijo que para aprender debemos tener una mente sensible, pero si no la tenemos, ¿cómo se adquiere?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, ¿sabemos de verdad que nuestra mente no tiene claridad, que no es sensible? ¿Lo sabe usted? Por favor, preste mucha atención. ¿Sabe usted esto como sabe lo que es el hambre? ¿O lo sabe porque alguien se lo ha contado o porque compara usted su mente con la de algún otro y se dice: «No tengo claridad en la mente»? ¿Ve la diferencia? ¿Compara usted y luego dice: «No soy eso»? ¿Qué ocurre cuando compara? Tiene idea de que es poco inteligente y de que alguien lo es más. Las dos imágenes, la de usted y la del otro, están en oposición. ¿Puede usted observarse y ver que es poco inteligente sin comparar? ¿O es que solo conoce por medio de la comparación? Pues bien, es importante hacerse esta pregunta y contestarla. ¿Sabe usted que tiene hambre porque la tuvo ayer, o conoce el hambre porque lo siente de verdad? Sabe por comparación, pero realmente no sabe. ¿O es que lo sabe porque es así? Esta es una cuestión muy importante, porque durante toda la vida, desde la infancia, desde la escuela, y hasta que morimos, se nos enseña a compararnos con los demás; pero cuando me comparo con otro, me estoy destruyendo. En una escuela, en una escuela corriente, en la que hay muchos chicos, cuando se compara a uno de ellos con otro muy listo, con el primero de la clase, ¿qué es lo que realmente está sucediendo? Usted está destruyendo al muchacho. Eso es lo que estamos haciendo durante toda la vida.

¿Puedo vivir sin comparaciones, sin compararme con nadie? Esto significa que no existe lo alto ni lo bajo, que no existe alguien que sea superior y alguien inferior. Usted es en realidad lo que es, y para comprender lo que es, para observarse y ver realmente qué es, el proceso de comparación tiene que termi-

nar. Si me estoy comparando siempre con algún santo o algún maestro, o algún hombre de negocios, escritor, poeta, etc., ¿qué me pasa, qué he hecho? Solo me comparo para salir ganando, para conseguir algo, para llegar a ser algo; pero cuando no me comparo, empiezo a comprender lo que soy. Empezar a comprender lo que soy es mucho más interesante y fascinante que cualquier insensata comparación.

I.: *¿Qué significa ser serio? Y ¿por qué no lo soy?*

K.: Señor, la verdad es que hay muy poca gente seria. Lo somos en momentos raros, cuando se nos acorrala. ¿Qué significa ser serio para usted, para cada uno de nosotros? ¿Qué significa? Significa, en general, que nos volvemos serios cuando hay una amenaza personal, un peligro, cuando se perturba nuestra seguridad financiera, o emotiva, o nuestra seguridad en la relación. Entonces nos ponemos muy serios. Esa seriedad se convierte en celos, miedo o defensa propia. ¿Es eso realmente seriedad? Ser serio significa ser sincero, ¿no es así? No simplemente sincero o integrado, tener seriedad en la vida, en ganarse el sustento, con la familia, con lo que usted hace, lo que piensa, lo que siente, ser serio en todas las cosas. Ser serio, no cuando se le fuerza, no cuando se le irrita, ni cuando tiene algún provecho que ganar o algún placer que lograr. Esta seriedad no nos la tiene que dar otro, porque entonces no sería más que un estímulo, y si se le está estimulando a ser serio esta mañana, en esta reunión, entonces, cuando salga usted al exterior aquello se evaporará.

Domingo 23 de julio de 1967

Charla 8



HABLÁBAMOS sobre la seriedad. No creo que pueda uno ser serio en unas cosas y no en otras, solo puede uno serlo en todas las cosas, desde las más triviales que uno haga, hasta los más profundos problemas de la vida. No puede uno ser irregular en sus asuntos, pues una mente irregular es en realidad muy frívola, elige para unos días o unos años el objeto sobre el que recaerá su seriedad para luego cambiar de esa a otras formas de seriedad, mientras que si uno es realmente serio en todo —y me refiero a todo, desde la figura de la propia mano hasta los problemas que causan más honda perplejidad en la vida—, entonces ese carácter de seriedad impregna toda la propia vida, no solo cuando uno es joven, sino siempre, hasta que envejece. Y me parece que está claro que no es muy seria una mente que ande revoloteando alegremente de una idea a otra, de una experiencia a otra, de un apetito sexual a otro. Una mente así no solo tendrá cada vez más problemas, sino que además no le será posible de ninguna manera comprender el problema tan complejo de la vida.

Hemos estado hablando también sobre el temor y seguiremos examinando, no solo su estructura y naturaleza, sino que también intentaremos descubrir

si realmente podemos quedar libres en lo más hondo, en lo más profundo de nuestro ser de eso que llamamos temor. Porque, me parece a mí, si al terminar estas pláticas, no se marchara usted realmente libre, totalmente libre en todo su ser de este enorme peso del temor —y no con más problemas, no con más extraños deseos de comprender lo que se ha dicho, no cautivo de explicaciones—, creo que entonces será completamente inútil su asistencia a las charlas, no tendrá sentido, y estas reuniones se convertirán en otra diversión más, otra manera de estimularse, pues los estímulos de cualquier tipo vuelven la mente más torpe, más pesada, incapaz de funcionar con rapidez.

Deben darse cuenta bien de lo que realmente está pasando en el mundo, no solo en su reducida familia, sino en todo el mundo, en Asia, en América y en Europa. Hay rebelión contra el orden establecido, porque este orden no es gran cosa. Les ruego que no olviden en ningún momento que la vieja generación ha creado algo de lo que cada uno de nosotros somos responsables: las guerras, ya se desarrollen en Oriente, en Europa, en América o en cualquier otra parte; cada uno somos responsables de la confusión, de la desdicha, de la maldad que está avanzando por todo el mundo. Cuando ponemos de relieve al individuo, no lo hacemos por oposición a la sociedad. Un hombre que sea serio de verdad no es ni un individuo, ni se interesa por la sociedad, está fuera tanto del contexto de la individualidad como de la estructura de la sociedad, es un ser humano totalmente distinto. El individuo es la sociedad, y esta es aquel: son indivisibles.

Hemos estudiado esto muy atentamente durante estas charlas, y hemos visto cómo cada uno de nos-

otros —esto lo siento con toda intensidad, no son vanas o meras palabras—, cada uno de nosotros es responsable una y otra vez de manera incuestionable. Y ¿qué clase de sociedad hemos construido? Sigue habiendo guerras y es una sociedad en la cual lo más importante es el éxito, los grandes negocios y las iglesias. Tenemos religiones que carecen de todo sentido; al escuchar sus ideas, que son una sarta de disparates, al oler su incienso, y al observar todo lo demás, se comprende que han perdido por completo el sentido que alguna vez pudieran haber tenido; naturalmente, todo hombre inteligente ha de rebelarse contra los conceptos religiosos establecidos, organizados.

¿Qué van a hacer los jóvenes? ¿Incorporarse al ejército para matar y que los maten? ¿Ocuparse en una profesión y acudir día tras día, durante los próximos cuarenta años, a una sórdida oficinucha? ¿O entrarán a formar parte de la Iglesia? ¿O, declarándose en rebeldía, se entregarán a las drogas psicodélicas? ¿Qué tiene que ofrecer esta sociedad? Por favor, examínenlo. Ustedes que pertenecen a esta sociedad, a esta cultura, ¿qué tienen que ofrecer? Observen la educación que hemos recibido: nos han enseñado a ser una pandilla de monos, a adaptarnos a determinada rutina, a ser un eslabón de la cadena, a hacernos técnicos, expertos en informática, capacitados para hacer cosas mecánicas. Y de todo este caos y sufrimientos, nosotros somos los responsables. A esta confusión, a este sufrimiento, a estos logros personales de los que tanto nos enorgullecemos —ya correspondan al campo de la literatura, o a los viajes a la Luna, o al campo de batalla matando a más gente y recibiendo condecoraciones como premio, al sufrimiento constante, a la perturbación, a la ansiedad, a la in-

útil desesperación de la vida moderna—, a todo esto lo llamamos vivir, ¿no es así? Por favor, obsérvenlo, no como deseo del que habla ni como sus prejuicios o puntos de vista —que no tiene—, sino limítense a observar lo que en efecto sucede dentro y fuera de ustedes mismos, observen la cultura en la que viven, el deseo de poder, posición, prestigio, nombre, éxito y, entremezclada con todo, esta peculiar idea de espiritualidad, de encontrar a Dios mediante drogas que amplían la mente, etc. A este entorno lleno de desordenada agitación y conflictos en todo tipo de relaciones, que engendran odio, antagonismo, brutalidad e incesantes guerras, lo llamamos vivir. Este entorno, esta vida, es lo único que conocemos. Hemos cultivado evasiones de este entorno, escapes por medio del alcohol, las iglesias, la literatura, la música o el arte. Nos sentimos incapaces de resolver esta descomunal lucha por la existencia, y es natural que nos asuste la vida tal como es; este miedo nos hace buscar toda clase de evasiones. Como nosotros no comprendemos esta vida —si no es de acuerdo con lo que diga algún santo, algún salvador, algún discípulo de Freud o Jung, o cualquier otro, incluido el que habla—, como no hemos comprendido esta vida, todos nosotros estamos atemorizados. Nos asusta lo conocido, que es nuestra diaria existencia, relaciones, placeres del sexo y todas las sutiles formas de placer que no sirven más que para producir más dolor. Y tratamos de ocultar este temor, escapar de él o reprimirlo, hacemos cualquier cosa para huir de esta vida, de la existencia diaria, porque estamos amedrentados, asustados de vivir. Y también tememos lo desconocido, tememos la muerte, tememos principalmente lo que está más allá del mañana. Es decir, tememos

tanto lo conocido como lo desconocido. Y esta es nuestra vida diaria, no creo que estemos exagerando. No creo que concedamos importancia a algo que no sea así en realidad, pues hemos pintado el cuadro de la vida que hace cada uno de nosotros y en él vemos que no hay esperanza. Cualquier tipo de filosofía, de concepto teológico, no es más que un escape de la realidad. Si somos serios, tenemos que enfrentarnos con esto, no permitirnos ni por un momento escapar del hecho real, de lo que es realmente. Para enfrentarnos con eso tiene uno que ser extraordinariamente intrépido, porque el hacerlo implica no solo la manera de observarlo, cosa que ya hemos estudiado antes, sino que también debemos considerar la cuestión del tiempo.

Es muy importante comprender el problema del tiempo. Enfrentados con el temor a la vida, enfrentados con este problema de la existencia en el cual la vida no tiene significado en absoluto tal y como la vemos, uno se puede inventar cualquier significado, uno puede sustituir lo horrendo por un concepto de lo bello, por una existencia ideológica, pero todo esto son evasiones de lo que realmente existe. Para comprender, para resolver esta vida de sufrimientos, confusión y todo aquello con lo que hemos contribuido a hacerla tan monstruosa como es, debemos comprender no solo la manera de observar, sino también la cuestión del tiempo. Al decir «comprender» no nos referimos a una comprensión intelectual ni a una comprensión verbal, sino a la comprensión que se produce cuando concedemos toda nuestra atención a algo. Tengo que prestar atención si quiero captar la belleza de un ave, de una mosca, o de una hoja, o la naturaleza de una persona con todas sus complejida-

des. Solo puedo prestar atención total cuando realmente me interesa comprender este problema; lo que quiere decir, cuando en realidad anhelo comprenderlo y no estoy asustado. En esta comprensión, no solo tenemos que conocer, observar y aprender lo que es ver, sino también aprender lo que es el tiempo y el proceso del pensamiento, lo que es pensar. Tenemos que estar informados, familiarizados con estas cosas.

Hemos hablado de lo que es observar, estar atentos, escuchar. No creo que estemos exagerando al decir que muy pocos de nosotros observamos alguna vez: tanto exterior como interiormente; a nosotros mismos o a las cosas; de una manera objetiva. Si observo a alguien que *me gusta,* se acabó, dejo de observar. Si observo a alguien que *no me gusta,* también he dejado de observar, porque me lo impiden el gusto o el disgusto, que es mera reacción, opinión, juicio. Por favor, traten de entender esto, porque si uno no comprende este hecho tan sencillo y fundamental, no vamos a comprender algo que requerirá una observación y atención completas.

La experiencia previa, el conocimiento previo, impiden observar, escuchar. Si me ha hecho usted daño o me ha insultado, entonces, si lo observo con ese recuerdo, no puedo verlo a usted. Esto es algo muy simple. Observo desde el insulto, desde la imagen que he creado de usted, y esa imagen, que es recuerdo, idea, lo está observando, y por eso no le estoy yo observando a usted directamente, no estoy escuchando en absoluto lo que está diciendo, lo que escucho son las insinuaciones de la imagen que tengo de usted. Esto es así de sencillo, pero se vuelve extraordinariamente complejo cuando nos observamos a nosotros mismos. Esto es, pues, lo primero que debemos tener

en cuenta, que solo puede uno observar cuando hay frescura, cuando hay inocencia en la mente, cuando hay libertad para observar. Si esto queda un tanto claro, no a nivel verbal, sino realmente, interiormente, para cada uno de nosotros, entonces podremos observar esta cuestión del tiempo.

No hablamos del tiempo que mide el reloj, como el tren que pasa por ahí al lado cada mañana a una hora determinada. Hablamos del tiempo dentro del cual hay un intervalo entre idea y acción. Tenemos ideas tales como la de la no violencia —ya sean de los comunistas, de los capitalistas o de los que van a la iglesia—, todos tenemos ideas. Y existe un intervalo entre la idea y la acción que es el tiempo. Obsérvenlo. ¿Qué significa ese intervalo? La «idea» es la de protegernos, evidentemente, es la idea de estar seguros. Mas la acción es siempre inmediata, no está en el pasado ni en el futuro, la acción significa actuar y, por lo tanto, ha de estar siempre en el presente. Y es tan peligrosa, tan incierta, que la hacemos ajustarse a una idea que nos dé una cierta satisfacción, placer, seguridad; hay, pues, un intervalo, y también conflicto, ¿no es así? Tengo una idea de lo que está bien o lo que está mal, o un concepto ideológico sobre mí mismo o sobre la sociedad, y actuaré de acuerdo con esa idea. Por lo tanto, la acción se ajusta a la idea, se acerca a ella y por eso siempre hay conflicto. Existe la idea, el intervalo y la acción, y en el intervalo está todo el entorno del tiempo.

Estamos investigando si el tiempo puede terminar, si es posible pararlo de alguna manera; lo que significa: ¿puede terminar el conflicto, no con el paso del tiempo, sino inmediatamente? Si ha de terminar con el paso del tiempo, entonces tiene usted el con-

cepto o la idea de que terminará y que más adelante acabará usted por conseguirlo. Por lo tanto, sigue habiendo un intervalo entre concepto y acción; entre el concepto de no violencia y la violencia. Existe el concepto de no violencia y, en ese intervalo, que es el tiempo, está usted sembrando la semilla de la violencia; esto es evidente. Ese intervalo es esencialmente pensamiento, y por lo tanto, ¿no es tiempo el pensamiento? Con la palabra «tiempo» queremos decir tiempo psicológico, no cronológico, como es evidente. Cuando cree usted que será dichoso mañana, tiene entonces una imagen de sí mismo logrando un resultado, el de llegar a ser feliz mañana. Es el pensamiento, por medio del deseo y su continuidad, como placer sostenido por aquel pensamiento que dice: «Mañana seré dichoso», «Mañana tendré éxito», «Mañana el mundo será el más bello imaginable». El pensamiento crea, pues, el intervalo, que es del tiempo. Esto lo puede observar en usted mismo. Escuche, ha tenido un placer, ya sea sexual o contemplar un bello rostro o la figura de una preciosa montaña y un valle bajo el sol, lo ha disfrutado, ha tenido un goce en ese momento, una intensa reacción. Entonces viene el pensamiento y dice: «Lo mantendré», «Lo almacenaré», y el pensamiento le dice después: «¿Cuándo voy a disfrutarlo otra vez, el sexo o cualquier otra forma de placer?». De modo que la idea del placer de ayer se mantiene por el pensamiento como la de algo que se ha de conseguir de nuevo mañana. Hay un intervalo, creado por el pensamiento, que es tiempo. ¿Comprenden esto? No de una manera verbal, analítica, lógica, sino en la realidad, dentro de ustedes mismos. ¿Es así? Si es así, entonces el problema es cómo terminar, cómo poner punto final al tiempo,

pues el tiempo es sufrimiento. Ayer, o hace ya mil ayeres, yo amé, o usted amó, tuvo un acompañante que se fue, que murió, y ese recuerdo persiste y ahora está usted pensando en aquel placer o en aquel dolor; está usted pensando, recordando, deseando, esperando, pero se le niega aquello que usted disfrutó tanto; ya no está, y el pensamiento, al pensar en aquello una y otra vez, genera eso que llamamos dolor. Así también, al pensar una y otra vez sobre el sexo y sus placeres, el pensamiento crea más deseo de placer, no solo engendra dolor, sino que también da continuidad en forma de tiempo. Observe, por favor, esto en usted mismo, porque mientras exista este intervalo de tiempo creado por el pensamiento, tiene que haber dolor y continuidad del temor. Nos preguntamos, pues, si puede terminar ese intervalo, que es del tiempo y del pensamiento. No mañana, como comprenderá, porque si decimos: «¿Terminará alguna vez?», ya es una idea que usted quiere realizar, y por lo tanto tiene un intervalo y está preso de nuevo.

Es realmente de un interés extraordinario observar el funcionamiento de nuestra mente, simplemente seguir esa reacción que uno llama pensar. ¿De dónde brota? Está claro que viene de la memoria. ¿Existe un comienzo del pensamiento? Uno acepta todo esto no de una manera intelectual, sino que se pregunta: ¿Puedo descubrir el comienzo del pensamiento, es decir, el nacimiento de la memoria? Porque si uno no tuviera memoria no tendría pensamiento. ¿Cuál es el principio del pensamiento? ¿Es importante? Para nosotros es extraordinariamente importante el poder expresarlo con cuanto más ingenio, astucia y sutilidad, mejor, ya saben ustedes, las ideas intelectuales o de cualquier otro tipo que llenan los libros

de los intelectuales, teólogos o no, ya sean de santo Tomás o de Shankara o de los intelectuales de Extremo Oriente, o de entornos religiosos sectarios, o no religiosos, han llenado miles de libros, y nosotros rendimos culto a esos libros e ideas; tienen una enorme importancia para nosotros. Tan fuertemente condicionados estamos. Y cuando hablamos de ideas, estamos atacando su raíz, no simplemente las escasas o mezquinas ideas que podamos tener, sino su misma formulación en general.

Para nosotros, el pensar, las ideas, los ideales, discutir, presentar opiniones dialécticamente, etc., ha adquirido una importancia extraordinaria y estamos investigando qué es toda esta estructura, ya conocen ustedes, por ejemplo, la estructura de la Iglesia con todos sus dogmas y creencias, con sus fórmulas de Dios, la Virgen María y el Salvador. El mundo cristiano y el asiático tienen cada uno su propia estructura, su base, su plataforma para llegar a los dioses, y, cuando hablamos sobre el pensamiento como idea y tiempo, cuestionamos todo eso.

Como seres humanos que vivimos en esta sociedad tan monstruosa, horrible, llena de brutalidad, culpabilidad, angustia, temores, guerras y desesperación, nos preguntamos: ¿puede terminar todo esto? No como una esperanza, sino como un hecho real. ¿Se puede renovar la mente, hacerla nueva e inocente, de modo que pueda contemplar esta existencia y hacer surgir un mundo totalmente distinto?

Vemos que hemos separado la acción de la idea y que, para nosotros, las ideas son mucho más importantes que la acción; pero aquellas son siempre del pasado y la acción viva está siempre en el presente. Nos causa temor este presente vivo, y así el pasado,

en forma de ideas, cobra una tremenda importancia, por lo cual existe la muerte.

Uno de los factores de la vida es la muerte. Nos causa temor la vida, la vejez, la enfermedad, el dolor y el sufrimiento, que conocemos desde el momento de nacer hasta la muerte, a lo cual llamamos vivir; y también nos asusta algo que no conocemos y que denominamos muerte. Todo este entorno es nuestra vida.

Podemos ver cómo crea temor el pensamiento. Examinen esto conmigo, no se limiten a seguir las palabras del que les habla, sino que vamos a emprender juntos el viaje, a compartir los unos con los otros la forma de avanzar. Estamos, pues, llenos de temor ante la vida y ante la muerte, ante lo conocido y ante lo desconocido. Ese temor ha sido engendrado por el pensamiento. He tenido experiencia, he llegado a cierta categoría, a cierta posición, he logrado unos determinados conocimientos, todo lo cual me da vitalidad, energía, empuje, y todo ese ímpetu del pensamiento me sostiene y temo perderlo. A cualquiera que ponga en peligro mis logros y éxitos, mis principios, lo aborrezco, lo odio, soy su enemigo. La verdad es que esto está muy claro. ¿No se han dado cuenta ustedes de lo que les ocurre en su profesión cuando alguien los supera? ¡Cómo se asustan! ¡Cómo reaccionan! Y hablan de Dios, de vida espiritual y todas esas cosas, pero en su corazón hay veneno. Y les entra el miedo de perder aquello, y se atemorizan ante algo mucho más grande que ha de venir, que es la muerte. Así que piensan en la muerte, y al pensar en ella, están creando aquel intervalo entre la vida y lo que llaman la muerte. Esto es bastante sencillo. Se aferran a las cosas que ya conocen, a los placeres, a

los goces, a las diversiones, a los conocimientos, a las experiencias, a las realizaciones, a las desesperaciones, a los conflictos, a los dominios, ya saben ustedes, se aferran a cosas como su casa, su insignificante y pequeña familia, su pequeña nación, a estas cosas se aferran firmemente, porque son todo lo que tienen. Al pensar en ellas crean un intervalo entre lo que consideran permanente, como idea, y el hecho real.

El pensamiento engendra, a lo largo del tiempo, no solo el miedo de vivir, sino el miedo a la muerte; y como la muerte es algo que usted no conoce, el pensamiento dice: «Vamos a retrasarla, a eludirla, a tenerla lo más alejada posible, no pensemos en ella». Pero usted sigue pensando. Cuando dice: «No pensaré en ella», sigue pensando en la muerte. Ha pensado en cómo eludirla, y puede eludirla mediante las numerosas evasiones de las iglesias, los dioses, los salvadores, la resurrección y la idea de que en usted existe un «yo» permanente y eterno que ha inventado la India, Asia. Es decir, el pensamiento ha dicho ingeniosamente que en mí y en usted hay una realidad que continuará incesantemente; pero como el pensamiento piensa en ella, no es real evidentemente. El pensamiento ha creado la idea de un «yo» eterno, el alma, el Atman, para encontrar seguridad, esperanza, pero aquello en lo que el pensamiento ha pensado ya es una cosa de segunda mano, es siempre lo viejo del pensamiento. Teme uno la muerte por haberla diferido. Surge así el problema de cómo trascender lo que llamamos vida y lo que llamamos muerte. ¿Hay separación real entre ambas cosas? ¿Comprenden? Vivir tan intensamente es morir a todo lo de ayer, es evidente, a todos los placeres, al conocimiento, a las opiniones, a los juicios, a los éxitos insignificantes y

sin sentido, morir a todo eso, a la familia, a esos logros de usted que solo han servido para producir tal en el mundo y tal conflicto en su propio interior, morir a todo eso. Así pues, morir a eso aporta una intensidad, un estado mental en el cual el pasado ha cesado, y el futuro, como muerte, ha terminado. Así pues, vivir es morir. No podemos vivir si no morimos; pero a la mayoría de nosotros nos asalta el temor porque queremos seguridad, continuar con la desdicha que hemos conocido, la enfermedad, el dolor, el placer, la angustia. Como eludimos y rechazamos la muerte —el pensamiento rechaza la muerte—, tenemos miedo a lo conocido y a lo desconocido. Cuando no hay intervalo entre la muerte y la vida, entonces sabe usted lo que significa morir, morir todos los días para todas las cosas que uno tiene. Entonces la mente se vuelve extraordinariamente nueva, viva, atenta e inocente. Cuando uno muere para los mil ayeres, entonces vivir es morir. Solo en ese estado es en el que el tiempo termina y el pensamiento solo funciona cuando hace falta, y no en los otros casos ni por ningún otro requerimiento.

INTERLOCUTOR: *Señor, si el pensamiento surge dentro de mí y no se trata de ninguna fuerza exterior que invada el campo de la mente, entonces parecería que yo no soy distinto del pensamiento; y que, si yo quisiera, podría pensar a voluntad o no pensar.*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué separa usted lo exterior de lo interior? ¿Es suyo propio su pensamiento o está condicionado por lo exterior? Claro que lo está. Nace usted como cristiano, como comunista, como... ya sabe, nace en este mundo en una sociedad, en una cultura,

que lo condicionan de cierta manera, lo condicionan los libros que lee, la radio, la televisión, los diarios, los predicadores, y ¿no lo está condicionando el que le habla? ¿Es así? Espero que no, porque, si el que le habla lo está condicionando, entonces se limita usted a aceptar ideas y opiniones que carecen de todo valor.

Estamos hablando de algo que es totalmente distinto. Hablamos de la libertad. Pero esa libertad no puede existir si dividimos el mundo en el yo, el pensador, los pensamientos que son míos propios, por un lado, y el resto del mundo como algo que está enteramente desconectado de mí mismo, por otro. Usted piensa como piensa por ser norteamericano, suizo o indio. Tiene una determinada cultura en la cual nació, está condicionado, moldeado. Los comunistas han «lavado el cerebro» a millones de personas, las han torturado para que piensen todas de la misma manera, como una sociedad determinada, con su líder, el jefe, el comisario, el hombre que sabe —y la Iglesia ha hecho exactamente lo mismo de otra manera—, de modo que la cultura en la que ha nacido, la tortura de las guerras, etc., forma parte de usted. Usted es tanto sociedad como individuo, dos cosas inseparables. No formará usted parte de todo esto cuando no exista el temor y sepa lo que es el amor. No será un ser humano libre mientras siga dentro de ese ámbito de la cultura, de la sociedad, de la codicia, de la envidia, del logro. Podrá creer que tiene voluntad libre, pero formará parte simplemente de esta monstruosa sociedad, será un ser humano condicionado.

I.: *¿Cómo sucede eso de «morir de manera inmediata»?*

K.: Es bastante sencillo. Por ejemplo, morir inmediatamente a un placer. Usted tiene un placer, el de fumar o cualquier otro. Simplemente muera para él, sin disputa, sin motivo, sin miedo, sin juicio, sin control; diga sencillamente: «Bueno, se acabó». Hágalo y sabrá lo que significa. No solo con un pequeño placer. Es bastante sencillo renunciar a un cigarrillo. Sé que, para algunos, es un enorme problema el renunciar a un cigarrillo, o a una bebida, o a una droga, porque son como un narcótico que los mantiene tranquilos, les aturde la mente para no tener que pensar. Pero morir para un placer sin disputa, sin motivo, eso es lo que va usted a hacer cuando muera. No puede discutir con la muerte. De modo que si muere usted para un deseo, para un placer, sin reaccionar, sin caer en la desesperanza, sabrá lo que significa morir inmediatamente a toda su compleja y contradictoria existencia.

Martes 25 de julio de 1967

Charla 9



CREO que ya hemos hablado bastante de la cuestión del temor, aunque, desde luego, podríamos entrar en más detalles y explorarla más minuciosamente, pero, si no la hubiéramos comprendido ya, aún nos seguiría quedando el mismo problema con el que empezamos, que es el del temor. El mero interés por los detalles de este no indica necesariamente —me parece a mí— una mente seria, por muy serios que seamos en esos detalles. Es mucho más importante la seriedad en el proceso total del temor y también con lo que está más allá de este; investigar si es que hay alguna posibilidad de que quedemos por completo libres, desembarazados del temor. Y esa investigación puede ser un poco inútil, porque la mayoría de nosotros aún estamos presos del temor; aunque como ya se ha discutido esa cuestión durante las diversas reuniones que hemos celebrado aquí, creo que deberíamos seguir adelante y no insistir en este único tema.

Como ya hemos dicho, una mente estrecha, mezquina, superficial, se interesa mucho en los detalles y los toma con mucha seriedad. Pero cuando se le presenta una cuestión de mayor envergadura —ante la que tiene que ser mucho más seria—, entonces esa

mente vacila, porque no ve toda la importancia de lo que tiene ante ella. Así que, esta mañana, si podemos, vamos a tratar el tema de lo que es la mente; al hacerlo, al explorarlo, puede ser que lleguemos al principio de todo pensamiento y acaso a algo mucho más profundo, que es el amor; quizá descubramos lo que es la mente que medita.

Al explorar el problema de lo que es la mente, vemos que los especialistas, los neurólogos, los diferentes psicólogos y teóricos, religiosos e intelectuales, la han definido, poco más o menos, como aquello que recuerda, que tiene la capacidad de pensar con razón o sin ella; funciona no solo tecnológicamente, sino también de una manera más amplia, y se la considera susceptible de recibir ciertos indicios de algo que está por encima de ella; contiene tanto el consciente como el subconsciente; constituye la totalidad del almacén de la memoria que está en el cerebro, que forma parte de la mente; esta no puede separarse del cuerpo, etc. Es importante que cada uno de los que estamos aquí descubramos por nosotros mismos lo que entendemos por «mente», no según unos especialistas más o menos capacitados, ni según los teólogos o la gente religiosa, sino que, dejando todo ello a un lado, descubramos lo que la mente es en realidad. Entonces, después de eso, podremos hacer otra pregunta más: ¿Cuál es el origen del pensamiento? ¿Podemos descubrir cómo empieza? Ese descubrimiento revelará una profundidad aún mayor, la cual examinaremos según vayamos avanzando.

Deberíamos poder descubrir nosotros mismos lo que es la mente, la mente que es consciente, que piensa, que tiene toda la acumulación del tiempo; y el cerebro que reacciona con arreglo a su condiciona-

miento, el cerebro que es el almacén de la memoria, que forma parte de la mente. Pero ¿descubrimos en realidad nosotros, o nos limitamos a ver lo que nos han dicho otros? Creo que es importante la cuestión de si descubrimos simplemente lo que nos han contado, y que por lo tanto no es nuestro descubrimiento, o si lo hacemos por nosotros mismos. Si descubre uno por sí mismo lo que es la mente, desde ahí puede seguir adelante; pero si acepta una teoría, una comunicación sobre la mente, entonces eso es algo de segunda mano y lo que halla sigue siendo una mera teoría sin valor alguno.

¿Puede uno, pues, descubrir lo que es la mente? Sepan ustedes que para investigar con todo detalle este problema, tenemos que hallarnos en estado de meditación, no siguiendo un sistema o método, ni con el deseo de lograr cierto resultado, lo cual no tiene nada de meditación, sino la meditación de una mente que tiene libertad para observar, una mente que está extraordinariamente silenciosa. Y cuando observa usted su propia mente, es decir, toda su conciencia, ¿existe un observador capaz de examinar? Para examinar este micrófono, para ver cómo funciona, tengo que desmontarlo y ver lo que hay dentro de él. Pero, al observar todo este campo de la conciencia —que es la mente, el cerebro, los nervios, todo el almacén de recuerdos, etc.—, ¿existe realmente una entidad que pueda observarlo, examinarlo? ¿Existe una entidad separada de lo que esta examina? Y si hay una entidad separada, ¿no la ha inventado el pensamiento y, por lo tanto, forma parte de la mente sin separación alguna, resultándole imposible descubrir lo que es la mente? ¿Cómo vamos, pues, a descubrir lo que es esta, sin la entidad separada, sin el observador?

Quiero saber lo que es mi mente, la mente que piensa, el cerebro que reacciona, los pensamientos que surgen de los recuerdos, con motivaciones, insinuaciones, afanes egocéntricos, ideas, creencias, dogmas, lo cual está dentro del campo de esta conciencia, formando parte de mí. Y me digo: «Tengo que observar, descubrir cuál es el origen del pensamiento, el principio; qué es en realidad la conciencia». Y cuando digo: «Yo tengo que descubrir», ¿está ese «yo» separado de lo que va a observar, a examinar y, por consiguiente, puede observar con objetividad? Si no lo está, si ese «yo» que observa esta totalidad de la conciencia, que llamamos la mente, no está separado, entonces, ¿cómo va a descubrir o a darse cuenta de este estado total llamado mente?

Hay que dejar muy clara la cuestión de si existe un observador que esté separado de la mente, pues es evidente que si existe tal observador habrá sido creado por el pensamiento, formará parte de esta conciencia y por lo tanto no estará separado ¿Cómo se va a comprender entonces la totalidad de la mente si no existe una entidad separada que pueda decir: «He examinado y he comprendido»? Esto requiere mucha disciplina —no disciplinarse, controlarse o reprimirse uno mismo—, y el acto mismo de observar, de examinar, genera su propia disciplina. Quiero descubrir, y para ello me pregunto si el observador es distinto de la mente observada. Hace falta mucha disciplina para formular esa pregunta, para ver si el observador es distinto, no la disciplina del conformismo, porque aquí no hay ningún modelo. El hecho mismo de preguntar qué es la mente y si existe una entidad separada que la observa, produce una disciplina, la cual no es conformismo, y que, por lo tanto,

es libertad; con lo que la libertad está relacionada con la disciplina. ¿Ha quedado esto suficientemente claro? No claro en el sentido verbal, sino si está usted haciendo esto conmigo. ¿Estamos de acuerdo? Se puede hacer esta pregunta si uno es libre, si no tiene opiniones, conclusiones, creencias, y si en el hecho mismo de preguntar hay austeridad, rechaza todo, excepto esa pregunta que puede abrir la puerta a algo de una enorme belleza y profundidad. De modo que si el observador es parte de lo observado, si la mente, que es la conciencia, se ha dividido en observador y observado, entonces se trata de una división que es errónea. ¿Cuál es, pues, el estado que puede darse cuenta de esta totalidad que llamaremos mente? Si el observador es lo observado, si la entidad que observa todo esto forma parte de la mente, entonces es cuando yo me pregunto «¿qué es la mente?», y no existe el observador, ¿cuál es entonces el estado de aquella? ¿Qué estado es el que descubre esto, ve la conciencia como es, con sus fronteras, sus limitaciones, etc.? Al preguntar esto, estamos tratando de descubrir qué es aquello que se da cuenta y que, evidentemente, no está separado cuando no hay un observador.

¿Qué es darse cuenta? Me doy cuenta, sentado sobre esta plataforma, de ver distintos colores, de la lona de la tienda en lo alto, percibo el ruido de ese arroyo, el movimiento de algunas personas, el silencio; me doy cuenta de todo esto. En esa percepción, ¿hay un observador que diga: «Me doy cuenta de ese color, y de aquel otro, por separado»? Porque lo que vamos a investigar enseguida, según vamos avanzando, es si toda conciencia es limitación. Y desde luego lo es, aquí no hay ningún tipo de libertad. ¿Es posible entonces trascender esa limitación, experi-

mentar lo que está más allá de las limitaciones de la conciencia? Y si es así, *¿quién* es la entidad que va a experimentar? Tengo, pues, que comprender qué es lo que se entiende por darse cuenta, ser consciente, percibir. Como dije, percibo todo esto y pregunto: «¿Me doy cuenta como un observador separado de la cosa observada o lo hago sin el observador?». Ya saben ustedes lo que es el amor. ¿Hay un observador que diga «yo amo»? Y si lo hay, ¿es eso amor? Y, cuando dice usted que existe el amor, ¿hay ausencia total del observador? Si el observador no está ausente, entonces ese amor se convierte en odio, celos, dolor, angustia, sentimiento de culpabilidad —ya conocen todas esas cosas—, lo cual no es amor; se convierte en mero deseo y placer, que tampoco es amor, y que hemos estudiado antes.

Es muy importante descubrir lo que entendemos por darse cuenta, por estar atento. Hemos preguntado qué es la mente, porque queremos descubrir lo que es el principio, el origen, de todo pensamiento. Y también hemos preguntado: ¿Quién es la entidad que va a descubrir? ¿Quién va a recibir la respuesta? Si la entidad forma parte de la conciencia, o del pensamiento, entonces es incapaz de descubrir; lo que puede descubrir es aquel estado de darse cuenta. En aquel estado, ¿existe aún una entidad que se da cuenta, que dice: «Tengo que percibir», «Tengo que practicar la percepción»? Cuando esta mañana mira el cielo azul, esas montañas y nubes, al ver toda la profundidad y dignidad del cielo, cuando es consciente de todo eso, ¿se dice usted: «Me doy cuenta»? ¿O solo existe una percepción de todo eso, sin el observador, aunque lo vea con sus ojos, con todo lo demás? Ese mismo acto de ver, sin crear el observador, es percibir de manera

total. Cuando uno mira ese árbol, ¿lo percibe sin el observador? Este, el observador, es la entidad que ha recopilado información sobre ese árbol y, con arreglo a esa información, imagen, símbolo, lo observa; pero esa observación, con el observador, es no darse plena cuenta del árbol real. ¿Está esto algo más claro?

Es decir, para exponerlo un poco más directamente, cuando usted observa a su esposa o marido, ¿se da cuenta de ella, o de él, mediante la imagen que ha creado usted? ¿O se da cuenta realmente sin el observador? Esto es algo extraordinariamente difícil de hacer. Puedo observar el cielo, las nubes, el río y todas las demás cosas, porque no afectan de una manera personal mis sentimientos, mis reacciones; sin embargo, cuando he vivido con alguien durante un cierto número de años, me he creado una imagen de esa persona, y ella se ha creado otra imagen de mí. En estas circunstancias, cuando decimos que nos damos cuenta, en general queremos indicar que la imagen se da cuenta de sí misma en relación con la otra imagen, lo cual forma parte de la percepción. Pero nosotros hemos ido mucho más allá y decimos que, cuando existe esta imagen, hay un centro que observa, hay una división y, por consiguiente, un conflicto. Cuando surge el conflicto no se da uno cuenta en absoluto de él. Para librarse del conflicto tenemos que darnos cuenta de él, y esto sin crear otro centro que perciba la imagen que yo he creado sobre mí mismo o sobre otro. Así pues, ¿puede uno ser consciente, sin el centro, de toda esta consciencia, con sus fronteras, sus limitaciones, su contenido? El contenido mismo de mi conciencia forma las fronteras, como hindú, y todo lo que constituye la educación, la experiencia.

Empezamos así a descubrir que el pensamiento tiene su origen, su principio, en la conciencia en la cual existe la división entre el observador y lo observado. Vamos a examinar esto desde el lado opuesto. ¿Cómo descubre uno mismo en qué forma comienza el pensamiento? Cualquier pensamiento. ¿Se ha hecho usted alguna vez esa pregunta? Si se la ha hecho, ¿cómo podrá descubrirlo? Para descubrir cualquier cosa, sea la que fuere, tiene que estar silenciosa la mente, la totalidad de la conciencia, no una parte de ella. Si quiero observarlo a usted, verlo con mucha claridad, tengo que tener la mente muy silenciosa, sin prejuicios, sin parloteos, sin diálogos, sin imágenes, sin representaciones; todo eso tengo que dejarlo a un lado para observarlo a usted. Y entonces —porque hay libertad y, por lo tanto, silencio— en ese estado puede haber observación. ¿Puedo, entonces —por favor, preste atención a la siguiente cuestión—, podemos, usted y yo, observar el principio del pensamiento? Solo puedo observar ese principio en silencio, no cuando empiezo a buscar, a hacer preguntas, a esperar respuestas; solo entonces, cuando tengo la mente en silencio total, después de haber hecho aquella pregunta de: «¿Cuál es el principio del pensamiento?», cuando está todo mi ser en completa calma, es cuando puedo empezar, partiendo de ese silencio, a ver cómo se configura el pensamiento. Es muy importante esta cuestión, porque *si se da uno cuenta del principio del pensamiento, no hay entonces necesidad de someterlo a control*. Como ya saben ustedes, gastamos mucho tiempo —no solo en escuelas y colegios, sino también conforme vamos envejeciendo— en someter el pensamiento a control: «Este pensamiento es bueno», «Este es malo», «Este es agradable y debo

continuar», «Este es un horrible pensamiento que he de reprimir», etc. Controlamos y reprimimos nuestros pensamientos. Todo el tiempo se está desarrollando un combate entre diversos pensamientos, la mente es un campo de batalla, un campo en que los conflictos no cesan, un pensamiento contra otro, deseo contra deseo, un placer que domina sobre todos los demás, etc. Pero si nos damos cuenta del origen del pensamiento, no habrá entonces contradicción en él.

¿Estoy diciendo disparates o tiene algún sentido todo esto? Creo que tiene algo de significado, porque, ya saben ustedes, una vida llena de conflictos no tiene sentido alguno. Conflictos conmigo mismo o con un vecino, o con las ideas; no quiero ninguna clase de conflicto, porque cualquiera de ellos es una tensión, una distorsión. Una vida de conflictos se desgasta muy rápidamente, así que tiene uno que descubrir si existe una manera de vivir en la que no haya ni un asomo de conflicto en ningún momento de nuestra vida. Y solo puedo llegar a ese modo de vivir cuando empiezo a descubrir el origen del pensamiento. Si la mente puede descubrir sin la percepción del centro, entonces los pensamientos no son una distracción, no tienen cada uno de ellos su opuesto, porque solo existe el pensamiento, no el que se le opone. Por eso es una cuestión importante y tiene en sí algo de sentido, no es un puro disparate. Solo puede verse el principio del pensamiento cuando hay silencio, cuando la mente se ha calmado, no mediante la disciplina, el control o cualquier forma de meditación y todas esas cosas tan horribles, sino de modo natural. Únicamente en el silencio es como puedo descubrir algo; solo entonces es cuando la mente puede encontrar y llegar a este extraordinario descubrimiento de

algo nuevo. Un descubrimiento así surge tan solo del silencio, y este es imposible cultivarlo, el pensamiento no puede elaborarlo; si lo hace, será cosa muerta, algo estancado. Cuando el pensamiento elabora algo, siempre hay conflicto. Llega uno, pues, a descubrir el principio del pensamiento porque la mente está completamente calmada, sin importar lo que es el pensamiento, tan solo pensamiento. Y si solo hay pensamiento, no tiene contradicción. ¿No lo ven ustedes? Solo hay deseo, pero la contradicción surge cuando existe el deseo de esto en oposición a aquello, y cuando uno empieza a descubrir el principio del deseo, entonces no hay contradicción, lo cual implica conflicto; quien quiera vivir sin él tiene que comprender esto. Para comprender todo esto la mente ha de estar silenciosa; y este silencio es meditación. La mente que está consciente y alerta en sumo grado ya no almacena los descubrimientos, y así uno descubre algo diferente, porque la mente consciente y alerta de ese modo es una luz para sí misma y no acumula ninguna experiencia.

La mayoría de nosotros anhelamos experiencias, ya sea ir a la Luna o, en mentes mediocres, buscar mediante las drogas estados de conciencia con visiones, mayor sensibilidad, experiencias místicas, religiosas, sexuales, acumulación de dinero, poder, posición, dominio, ya conocen ustedes todas esas cosas; todos anhelamos experiencias. Y esto ocurre porque nuestra vida es tan superficial, vacía e incompleta que creemos que sin experiencias la mente se vuelve algo lerda, obtusa y pesada. Por eso leemos libro tras libro, vamos a los museos, conciertos, rituales, iglesias, fútbol y toda clase de experiencias. Sin embargo, nunca preguntamos qué significan estas experiencias, o si hay en ellas algo nuevo. Toda experiencia

reclama reconocimiento, pues de lo contrario deja de serlo. Si no la reconozco como tal, con un significado, no es una experiencia. Solo en caso contrario es cuando la llamo así, aunque para reconocer tengo que haberlo conocido antes. Con las experiencias no puede haber nada nuevo. Así pues, hemos descubierto una verdad fundamental: la mente que busca, que anhela, que investiga en demanda de más amplias y profundas experiencias, es superficial, porque vive siempre con sus recuerdos, sus reconocimientos, y lo que se recuerda o reconoce no es lo nuevo. Pero en el silencio no hay experimentación y nos preguntamos: ¿cómo es posible actuar en este mundo si la mente está realmente en calma, en silencio? ¿Comprenden ustedes? ¿Es posible vivir en este mundo con esa grandiosa sensación de silencio? Uno realiza determinadas actividades, ejerce un oficio como bibliotecario, cocinero, técnico, oficinista, etc., todo lo cual reclama un cúmulo de informaciones como conocimiento y experiencia; y se pregunta: ¿puede mi mente, que ha comprendido y está viviendo en ese estado de silencio, funcionar en estas circunstancias? Cuando se hace esa pregunta se separa el silencio de la acción; es, pues, la pregunta incorrecta. Pero cuando existe el silencio, uno puede desempeñar sus actividades en la oficina. Mire, esto es como un tambor muy tenso; al golpearlo da la nota justa, pero siempre está vacío, en silencio. Él no dice: «Estoy en silencio», «¿Cómo voy a poder trabajar en la oficina?».

Descubrimos, pues, que toda la conciencia, tanto la oculta como la manifiesta, la profunda y la superficial, forma parte de este proceso del pensar. Podemos darnos cuenta del principio del pensamiento solo cuando hay silencio, cuando no hay una frontera para

la conciencia. Todo esto exige mucha disciplina, aunque no se trata de una disciplina para conseguir algo. Y si hemos llegado hasta aquí, ha llegado el momento de preguntar qué es el amor. Comprenderá usted que es necesario saber si el amor está dentro del campo de la conciencia, que es el pensamiento. Digo: «Lo amo a usted, amo a mi país, a mi Dios, mis libros, mi posición», ya saben: amor. Usamos esa palabra un poco a la ligera, pero con bastante intensidad. Cuando dice usted a alguien: «Lo amo», ¿qué significa esa palabra? Las personas religiosas de todo el mundo dividen el amor en profano y sagrado, etc. ¿Es deseo el amor? No diga usted que no, porque para la mayoría de nosotros lo es; deseo y placer, el placer que obtenemos de los sentidos, de la atracción y satisfacción sexual, de mi esposa, de mi marido, de mi familia frente a otras familias; mi país, mi Dios, mi rey, ya conocen ustedes todo eso. A eso llamamos amor, a eso que nos hace matar a otros, a eso repleto de celos, odio. Pero ¿es eso amor? En ese amor hay posesión, dominio, dependencia, búsqueda de satisfacción, placer, consuelo, compañía: una evasión de mí mismo. ¿Es eso amor? ¿O tal vez el amor no esté envuelto en este torbellino mental? Si usted dice que sí lo está, ¿qué le pasará entonces a mi esposa, a mis hijos, a mi familia? Tienen que tener seguridad; tengo que tenerla yo. Si usted hace esa pregunta, entonces es que nunca ha estado fuera de los límites de la conciencia. Cuando usted haya estado fuera de esos límites, nunca volverá a hacer tal pregunta, porque entonces sabrá lo que es el amor, el amor en el que no hay pensamiento, no hay mañana ni, por lo tanto, tiempo. Sin embargo, usted escuchará esto complacido y probablemente hipnotizado y encantado, pero tras-

cender en realidad el pensamiento, el tiempo —pues tiempo es pensamiento y este es dolor— e ir más allá, es darse cuenta de que hay una dimensión distinta, llamada amor. Partiendo de ahí, puede uno actuar, ser.

Surge otra cuestión, la de qué es la belleza. ¿Está en el objeto o en los ojos del que la contempla? ¿O no está en ninguna de las dos partes, sino en el abandono total del observador y lo observado? Solo puede ocurrir esto cuando hay austeridad total, pero no la austeridad del sacerdote con su dureza, sus castigos, reglas, obediencia. Austeridad significa sencillez, no en las ideas, en la conducta, en el vestido, o en la alimentación, sino ser sencillo de una manera total, lo cual es humildad total. Por lo tanto, no se trata de conseguir un ascenso, no se trata de conseguir un éxito, no hay peldaños que escalar, solo hay un primer paso que dar, y este primer paso es el que perdura.

Sin comprender la belleza, el amor y la meditación —me refiero a los auténticos—, la vida tal como es, vivida así, con sus sufrimientos, dolores y conflictos, tiene muy escaso sentido. Pueden ustedes tomar drogas para darle algún sentido, pueden aferrarse a sus apetitos sexuales para darle ese sentido, pero el depender de cualquier droga, de cualquier pensamiento, de cualquier exigencia de placer, solo sirve para producir más conflictos, sufrimientos y confusión.

INTERLOCUTOR: *Como estaba usted hablando sobre experiencias, solo quiero decir que desde hace unos cuantos años he tenido un enorme anhelo de volar en un planeador y creía que sería realmente maravilloso. Ayer tuve la oportunidad de volar con un oficial*

suizo durante una hora, experiencia que fue interesantísima; pero, cuando descendí, me pareció simplemente como si ya la hubiera tenido antes, de modo que no era necesario haber subido.

KRISHNAMURTI: El señor dice que subió ayer en un planeador y que quiso hacerlo porque deseaba tener una experiencia nueva.

I.: *Hacerlo yo mismo.*

K.: Hacerlo usted mismo, otra forma de experiencia. Y, cuando descendió, vio que no había sido tal experiencia, que ya la había tenido antes. Mire, señor, ¿por qué anhela tener experiencias, ya sea subiendo en un planeador, escalando montañas, tomando drogas —y logrando así expansiones psicodélicas—, con el sexo, etcétera? ¿Por qué ansía experiencias? Primero pregúntese eso. ¿Qué le pasaría si no tuviera ninguna en absoluto? ¿Es eso posible? Dependemos de las experiencias para mantenernos despiertos, así es que estas son una forma de estímulo. ¿Sabe lo que nos pasaría a todos nosotros si no tuviéramos estímulos? Estaríamos dormidos. Si no hubiera ningún cambio político, si no hubiera conflicto en nuestro interior, si todo fuera como quisiéramos que fuese y no tuviéramos perturbaciones, estaríamos casi dormidos. Los estímulos son necesarios para la mayoría de nosotros: estímulos distintos, ellos nos mantienen despiertos. Dependemos de experiencias —placenteras o dolorosas— para que nos mantengan despierto, y por eso queremos toda clase de estímulos. Cuando uno se da cuenta de que esta dependencia solo sirve para embotar más la mente y que no nos mantiene

realmente despiertos, cuando ve —como dijimos el otro día— que hemos tenido miles y miles de guerras y no hemos aprendido nada, o que estamos dispuestos a matar al prójimo a la menor provocación mañana mismo, entonces nos preguntamos para qué los queremos y si podemos estar despiertos sin ningún estímulo. Esta es la verdadera cuestión. ¿Me entienden ustedes? Dependo de un estímulo, de una experiencia, y espero que eso me proporcione más energía, me agudice la mente, pero no ocurre así. Me pregunto, pues, si es posible mantenerse despierto de una manera *total,* no superficial en unos pocos aspectos de mi ser, sino enteramente despierto, sin ningún estímulo ni experiencia. Eso significa: ¿puedo ser una luz para mí mismo, no depender de ninguna otra luz? No significa que tenga la vanidad de no depender de ningún estímulo. ¿Puedo ser una luz que nunca se apague? Para descubrirlo, tengo que profundizar en mí mismo y conocer todas y cada una de mis interioridades de una manera total; todo ha de quedar al descubierto. Tengo que darme cuenta de todos los aspectos de mi propio ser, que es la conciencia del individuo y de la sociedad. Solo cuando la mente trasciende esta conciencia individual y social hay una posibilidad de ser para uno mismo una luz que nunca se apague.

Jueves 27 de julio de 1967

Charla 10



¿QUÉ busca cada uno de nosotros en la vida? Si nos preguntamos con seriedad qué es lo que allá en lo profundo queremos todos nosotros, ¿cuál sería la respuesta? ¿Se basa la demanda, la búsqueda, en nuestras inclinaciones? ¿Se guía por nuestras tendencias? ¿Se adapta a las circunstancias? Si se adapta a las circunstancias, entonces es una mera cuestión de mejorar un poco esas condiciones, hacerlas más alegres, más agradables y satisfactorias. Y si nuestra demanda no es más que el imperativo de las tendencias según nuestro condicionamiento, cultura o pasado, entonces naturalmente vendrá impuesta por los límites de nuestra comprensión y atención. Si nuestra demanda, lo que buscamos con ahínco, se basa en nuestras inclinaciones, entonces lo que se busca es más placer. ¿Cuál de estas tres categorías es la que guía, dirige o impulsa nuestra búsqueda, nuestros anhelos? Al parecer, la mayoría de nosotros está buscando algo —más placer o satisfacción, más profundas y duraderas experiencias—, y luego hay otros que son algo más serios y dicen que lo que buscan es la verdad. Esta palabra es una de las más peligrosas, porque para buscar la verdad hace falta, no un mero impulso ocasional e improvisado, sino más bien una

sostenida y continua observación, no en una dirección determinada, sino una total comprensión de la vida. Si buscamos más placer, como lo busca la mayoría de nosotros, y aunque no haya nada malo en ello, ese mayor placer trae consigo más dolor y temor. Y si existe meramente una reacción condicionada que brota de las tendencias o circunstancias, entonces esta provoca su propio cautiverio, su dolor, su sufrimiento. Pero si somos un poco más cautos y serios, entonces seguiremos siendo serios con todas las cosas de la vida. Y es menester esta seriedad en la vida, no con respecto a la verdad o al placer o a la satisfacción momentánea, sino con respecto a todo lo que se relaciona con nosotros, ya sea la preparación de un delicioso almuerzo, o la relación con otro ser humano; seriedad como cuando uno se dice a sí mismo que está buscando algo que se llama «verdad». Creo que tenemos que ser extraordinariamente serios con todas las cosas de la vida —no con partes fragmentarias de esta—, porque cada ser humano individualmente es responsable de todos los sufrimientos, las guerras, el hambre, las brutalidades, la tremenda violencia que existe en el mundo.

(Por favor, aquellos de ustedes que no estén realmente interesados, que hayan venido simplemente por curiosidad, ¿tendrían la amabilidad de levantarse y marcharse ahora? Sería mucho más sencillo. Y si es que son ustedes serios en todas las cosas, entonces quédense y presten toda la mucha o poca atención que puedan.)

Creo firmemente que cada uno de nosotros somos responsables del caos, la desgracia y el sufrimiento del mundo, y por lo tanto debemos, como seres humanos, provocar una revolución radical en nosotros

mismos. Porque cada uno somos a la vez la sociedad y el individuo, la violencia y la paz, una extraña mezcla de placer, odio, miedo, agresividad, dominio y amabilidad; a veces uno predomina sobre otro y entonces el desequilibrio se instala en nosotros.

Somos responsables, no solo ante el mundo, sino también ante nosotros mismos, por lo que hacemos, lo que pensamos, cómo actuamos y sentimos. Tiene muy poco sentido limitarse a buscar la verdad o el placer sin comprender esta extraña mezcla, esta contradicción de violencia y amabilidad, de afecto y brutalidad, de celos, codicia, envidia y ansiedad. Significa muy poco buscar grandes placeres o la verdad, si no se produce una transformación radical en la misma base de nuestro ser. Parece ser que el hombre ha buscado a lo largo de todos los tiempos, históricos y anteriores, eso que llamamos la verdad, Dios, estado sin tiempo, algo que no se puede medir ni nombrar. El hombre siempre ha buscado eso porque su vida ha carecido de todo interés y siempre ha estado amenazada por la muerte, la vejez, el dolor, la contradicción, los conflictos, una sensación de inmenso tedio, y una total falta de sentido. Estamos cautivos de todo eso y, para evadirnos —o porque hemos comprendido algo de esta compleja existencia—, queremos encontrar algo diferente, algo que no sea destruido por el tiempo, por el pensamiento, por cualquier corrupción humana. El hombre ha buscado siempre eso y, al no hallarlo, ha cultivado la fe: fe en Dios, en un salvador o en una idea. No sé si habrán observado ustedes que la fe invariablemente engendra violencia. Les ruego que consideren esto. Cuando tengo fe en una idea, en un concepto, quiero proteger tal idea, concepto o símbolo; esta ideología es una proyección

de mí mismo, me siento identificado con ella y quiero protegerla a cualquier precio. Y cuando defiendo algo, tengo que ser violento. La fe, según va uno observando, pierde terreno de día en día; nadie cree ya en nada, gracias a Dios. Nos volvemos cínicos y amargados, o bien inventamos una filosofía que nos satisfaga intelectualmente. Pero el problema principal no queda resuelto.

El problema básico es en realidad: ¿cómo va uno a realizar una mutación radical —no solo exterior, sino también interiormente— en este complejo y desdichado mundo lleno de confusión, de contradicción, de angustia? Y entonces, una vez realizada la mutación, podrá uno seguir adelante si quiere. Pero sin este cambio radical, básico, carece de todo sentido cualquier esfuerzo para seguir adelante. La investigación de la verdad y la cuestión de si existe Dios o no, de si hay una dimensión sin tiempo, hallará la respuesta solo de usted mismo, no de otro, no de un sacerdote, ni de un salvador, ni de nadie, sino de usted mismo, y usted mismo podrá responder a esa pregunta solo cuando haya sucedido esta mutación que puede y debe realizarse en todo ser humano. Eso es lo que nos interesa y lo que nos preocupa en todas estas charlas. Nos interesa saber cómo provocar el cambio, de una manera objetiva, no solo en este mundo tan desgraciado que nos rodea, sino también en nosotros mismos. La mayoría estamos tan desequilibrados, somos tan violentos, codiciosos, y nos sentimos heridos tan fácilmente cuando cualquier cosa va contra nosotros, que me parece que la cuestión fundamental es: ¿Qué puede hacer un ser humano, como usted y como yo, viviendo en este mundo? Yo me pregunto qué respondería usted si se formulase en serio, a sí

mismo, esta pregunta: ¿Se puede hacer algo? Escuche, estamos haciendo una pregunta muy seria. ¿Qué podemos hacer usted y yo como seres humanos, no solo para cambiar el mundo, sino a nosotros mismos? ¿Qué podríamos hacer? ¿Nos lo va a decir alguien? Ya nos lo han dicho los sacerdotes, que se dice comprenden estas cosas mejor que los seglares como nosotros; nos lo han dicho, y eso no nos ha llevado muy lejos; también nos lo han dicho los personajes más polifacéticos, y tampoco nos ha llevado nada lejos. No podemos confiar en nadie, no hay guía, ni maestro, ni autoridad, solo está uno y su relación con los otros y el mundo; no hay nada más. Cuando uno se da cuenta de eso, o bien le sobreviene una gran desesperación, de la cual surgirá el cinismo, la amargura, etcétera, o bien comprende que es enteramente responsable de sí mismo y del mundo, no los demás; al hacerle frente, se disipa toda compasión sí mismo. La mayoría de nosotros nos complacemos en compadecernos de nosotros mismos culpando a los otros, pero esta ocupación no nos aporta ninguna claridad.

Me parece que cada uno de nosotros ha de resolver por sí mismo la cuestión de qué podemos hacer, usted y yo, para vivir en este mundo de manera cuerda, sana, lógica, racional, y también tener un gran equilibrio interior, para vivir sin ningún conflicto, ningún odio o violencia.

Esta mañana podremos viajar juntos, no a lo largo de una serie de palabras, o de conceptos intelectuales, sino que dejando a un lado todo eso, podremos emprender el viaje para hallar un estado mental que nunca esté en conflicto, y en el que por lo tanto no haya elementos de dominio o servilismo. Para hallar tal estado hemos de viajar juntos, y eso significa que

tendrá usted que prestar mucha atención, no concentración, pues hay una diferencia entre ambas. ¿Qué es lo que en realidad ocurre cuando se concentra usted? Obsérvelo en sí mismo. Cuando se concentra en algo, cuando dirige el pensamiento y lo fuerza a concentrarse en algo, se desarrolla un proceso de defensa, se erige una muralla dentro de la cual la mente puede concentrarse. La concentración es un proceso exclusivo, mientras que la atención no lo es. «Atender» significa prestar atención completa, no fragmentada ni parcial, es decir, escuchar ese avión, el tren que pasa, escuchar la charla, ver, oír y sentirlo todo de una manera completa, sin ningún límite. Entonces, en ese estado de atención, podremos viajar juntos, llegar muy lejos y a mucha profundidad.

Como un ser humano que vive en el mundo y en sí mismo, siendo a la vez violento y amable, lleno de antagonismo y de odio o con un ocasional estallido de gozo, se pregunta uno qué puede hacer para provocar una revolución en sí mismo. Pues bien, esto requiere atención. *[En este momento se produce una avería en los altavoces y se intenta remediarla mientras continúa la charla.]* Tenemos aquí una distracción, y mi tendencia es observar lo que está pasando y, sin embargo, he de resistir esa tendencia, porque deseo hablar; surge, pues, una contradicción. ¿Entienden ustedes todo esto? Así es que hay un conflicto y en ese estado no puede funcionar con claridad la mente. Algo del sistema eléctrico ha fallado, y hay que arreglarlo; al mismo tiempo tengo que hablar con claridad y pensar sin ninguna contradicción. La mera concentración no lo conseguirá. Mientras que si hay atención a lo que está sucediendo, sin distraerse, y, sin embargo, escuchando lo que se está diciendo, no

habrá contradicción. En ese estado de atención es en el que podemos observarnos. Cuanto más sabemos sobre nosotros mismos, tanto más profundamente puede penetrar la mente dentro de sí misma y trascender todas las estructuras y símbolos intelectuales y verbales, de modo que no quede cautiva de su propia imaginación, de su propia ilusión, de sus propios deseos.

Así es que, ante todo, usted y yo tenemos que conocernos a nosotros mismos de una manera *completa*, de modo que no haya rincones ocultos, partes recónditas en la mente que hayan quedado inaccesibles. Puede usted hacer esto paso a paso —por favor, preste mucha atención—, paso a paso con el análisis, con el examen, abriendo todas las capas de su conciencia, lo que implica que se toma usted tiempo. Es decir, estoy irritado, celoso, envidioso y, para comprender el porqué, el motivo, para descubrir, para desplegar el vasto y complejo «yo», hace falta tiempo. O bien hace uno esto, o bien hay otro procedimiento completamente distinto. Les ruego vean esto con mucha claridad. Puedo analizarme, observarme, si quiero, sin ninguna ilusión, sin ningún error de interpretación, puedo observarme con toda claridad, como en un espejo, y observándome empiezo a analizar, a examinar la causa de cada actividad del pensamiento, de cada sentimiento, investigo cada motivo, y eso ocupará una enorme cantidad de tiempo, días, meses, años; en este proceso siempre se está produciendo distorsión, porque hay otras influencias, otras presiones, otras tensiones. De modo que cuando doy cabida al tiempo en este proceso de comprenderme, tengo que contar con toda clase de falseamientos. El «yo» es una entidad muy compleja, profunda, activa, viva, luchadora, exi-

gente, excluyente, y yo tengo que observar y comprender todas sus actividades. O hago esto, o bien hago lo que generalmente se hace, es decir, me identifico con algo más grande, con la nación, con el estado, con la familia, o con una idea como la del Salvador, del Buda; me identifico con eso, con una proyección de mí mismo, una idea de lo que quiero ser, o de lo que yo debería ser, y eso es someterse al modelo y por lo tanto más lucha. Eso es lo que el hombre ha hecho a través de todos los tiempos, ha penetrado en su interior mediante la introspección y el análisis, o bien se ha identificado con algo, o ha vivido en un estado de negación total, esperando que algo pasara. El hombre ha hecho todo esto y cosas aún más complejas, incluso ha tomado drogas. No es solo el mundo moderno el que toma drogas, pues ya se usaban en China hace tres o cuatro mil años, igual que en la India, y todo para huir de la monotonía de la vida, del terrible aburrimiento y de la existencia sin sentido de ir a la oficina todos los días, de tener relaciones sexuales, de tener niños, de estar en lucha constante consigo mismo. El hombre ha necesitado siempre algún tipo de evasión, ya sea escapar al campo de fútbol o a una iglesia, dos cosas que son exactamente iguales. De modo que si no es ese el camino, porque implica tiempo y sembrar más semillas de violencia y antagonismo, si usted comprende de verdad esto, lo descartará por completo. Verá que no es ese el camino. Es como un hombre que quiere ir al sur pero que ha seguido un sendero que lo llevaba al norte; de repente, cuando ve que no es ese el camino, vuelve la espalda al norte. Lo mismo pasa cuando ve uno que todos esos intentos que han realizado los seres humanos a lo largo del tiempo no son el camino —no

importa quién afirme lo contrario—, entonces puede usted observarse de modo muy distinto, sin el tiempo.

Veamos eso tan complejo llamado «yo», con su antagonismo, temores, esperanzas, aspiraciones, ambiciones, codicia, todo lo que es el «yo»; ¿puedo observarlo de modo tan completo e instantáneo que comprenda su totalidad? Bien mirado, ¿qué es la verdad? Ver la verdad, sentir lo que es, con su belleza, con su amor, ¿cómo ve uno eso? Solo podrá usted ver la verdad cuando la mente no esté fragmentada, cuando vea la totalidad. Cuando vea la totalidad de usted, no simplemente fragmentos acá y allá, sino la totalidad de su ser, esa es la verdad y usted comprenderá toda su complejidad.

¿Puede uno observarse de manera tan completa, tan atenta que todo nuestro ser se revele en un instante? La mayoría de nosotros no podemos hacer eso porque nunca hemos abordado el problema con tanta seriedad, nunca nos hemos observado, nunca. Echamos la culpa a los otros, nos justificamos, o nos da miedo observarnos, y así una y otra vez, por lo cual nunca nos observamos tal como somos. Solo podemos observarnos de una manera total cuando prestamos total atención. En esa atención no cabe el temor, pues cuando ponemos la mente, el cuerpo, los nervios, los ojos, los oídos, todo en la observación, no queda lugar para el temor, para la contradicción, no hay conflicto. Cuando uno se ha observado con tanta profundidad, aún puede seguir profundizando. Esto no implica una comparación. Nuestro pensamiento siempre está comparando: la profundidad con la superficialidad, la felicidad con la desgracia, siempre estamos midiendo. Cuando digo: «Tengo que profundizar más en mí mismo», la palabra «más» es comparativa. Ahora

bien, ¿existen en uno mismo esos estados de lo superficial y lo profundo? Cuando digo «mi mente es superficial, mezquina, estrecha, limitada», ¿cómo sé que es todo eso? La razón es que he comparado mi mente con la suya, que es mucho más brillante, tiene más capacidad, es más inteligente, más consciente, etc. Entonces digo, estableciendo la comparación: «Mi mente es superficial, mezquina», pero ¿puedo reconocer mi mezquindad sin comparación? ¿Sé que tengo hambre ahora porque la tuve ayer, o sé que la tengo ahora sin comparación con la de ayer? Así que, cuando usamos la expresión «más» no estamos pensando en términos comparativos, no estamos comparando.

Una mente que esté siempre comparando, midiendo, siempre engendrará ilusión. Si me estoy midiendo frente a usted, que es más listo, más inteligente, estoy esforzándome en ser como usted y negándome como soy, y estoy creando una ilusión. Así que, cuando he comprendido que las comparaciones, de cualquier tipo, solo conducen a mayor ilusión y desdicha, y que cuando me analizo, o cuando me identifico con algo más grande, sea el Estado, un salvador o una ideología, cuando comprendo que todo ese pensamiento comparativo solo me lleva a un mayor sometimiento y por ello a mayores conflictos, prescindo de él completamente. Entonces mi mente ya no anda buscando, tanteando, investigando, interrogando, dudando, reclamando, aguardando, lo cual no significa que esté satisfecha de las cosas tal como están, entonces mi mente no se halla envuelta en la ilusión o la imaginación. Una mente así puede funcionar en una dimensión totalmente distinta. Se ha disipado por completo la dimensión en que vivimos, la vida cotidiana, el dolor, el placer y el miedo que ha condicionado la

mente y limitado su naturaleza. Entonces hay goce, que es algo enteramente distinto del placer. Este último se produce por medio del pensamiento, que también engendra el miedo. Pero el gozo, el gozo real, la sensación de inmensa felicidad suprema, no es del pensamiento. Entonces la mente actúa en una dimensión en la que no hay conflictos, no hay sensación de «lo otro», no hay sensación de dualidad.

Por medio de las palabras solo podemos llegar hasta aquí; lo que hay más allá no puede expresarse con palabras, pues estas no son la cosa. Compréndanlo: el árbol real no es la palabra «árbol»; la palabra es distinta del hecho real. Hasta ahora podemos describir, explicar, pero las palabras o las explicaciones no pueden abrir la puerta. Lo que abrirá la puerta será la atención y percepción de cada día. Percepción sin elección de ningún tipo de lo que está pasando en nuestro interior, de cómo caminamos, de cómo hablamos, de lo que decimos, de lo que pensamos; ser conscientes de eso cada día. Es como limpiar una habitación para tenerla en orden, pero el tenerla en orden no tiene importancia; es importante en un sentido, pero totalmente sin importancia en otro. Tiene que haber orden en la habitación, pero el orden no abrirá la ventana. Lo que la abrirá, lo que abrirá la puerta no es nuestra voluntad, no es nuestro deseo. No podemos invitar a «lo otro» de ninguna manera. Lo único que podemos hacer es tener en orden la habitación, lo cual es ser virtuoso, aunque no se trata de la virtud o moralidad de cualquier sociedad por las ventajas que reportará, sino el ser virtuoso por sí mismo, el mantenerse cuerdo, racional, ordenado. Entonces tal vez, si tenemos suerte, la ventana se abrirá y entrará la suave brisa... o puede que no. De-

pende del estado de nuestra mente, y este solo lo puede comprender uno mismo, observándola, pero sin tratar nunca de dirigirla, lo cual significa observarla sin ningún tipo de elección. Con esta percepción sin elección tal vez se abra la puerta y sepa usted lo que es esa dimensión en la que no hay conflicto ni tiempo, algo que nunca podrá expresarse en palabras.

¿Quieren ustedes hacer alguna pregunta sobre lo que hemos estado hablando esta mañana?

INTERLOCUTOR: *Señor, ¿qué es la imaginación?*

KRISHNAMURTI: ¿No sabe lo que es la imaginación? ¿Quiere una explicación de esto? Todos ustedes saben lo que es la imaginación, los cuentos de hadas, las pinturas imaginativas, la invención del Cielo y el Infierno, la invención de los dioses, la imaginación en el recuerdo de aquella belleza que vio usted ayer tarde en las nubes, etc. Vivimos de mitos y fantasías. Una mente que sea capaz de inventar, de imaginar y proyectarse en diversas clases de visiones es una mente muy tonta.

I.: *Señor, ¿cómo es posible practicar cualquier clase de arte si no tenemos imaginación alguna? Eso sería imposible.*

K.: ¿Qué lugar ocupa el arte en una mente religiosa? No la falsa mente religiosa que pertenece a cualquier iglesia o que cree en cualquier doctrina o filosofía, pues tal mente no tiene nada de religiosa. Sin embargo, para la que esté viviendo en una dimensión

completamente distinta, ¿tiene el arte algún sentido? ¿Por qué dependemos tanto de la música, de la poesía? ¿Por qué? ¿Es una forma de escape, un estímulo? Pinta usted un cuadro y yo lo observo, lo critico y digo: «¡Qué bello!» o «¡Qué feo!» O bien, si se convierte en famoso, el cuadro se vende a buen precio. Pero si está usted directamente en contacto con la naturaleza, las colinas, las nubes, los ríos, los árboles, las aves, si observa usted y sigue el movimiento de un pájaro que vuela, la belleza de cualquier movimiento en el cielo, en las montañas, en las sombras, o la belleza en el rostro de otra persona, ¿cree que le entrarán deseos de ir a un museo, o de contemplar cuadros? ¿Es acaso porque no sabe observar todas las cosas que le rodean por lo que va al museo a admirarlas allí? ¿O toma mezcalina, marihuana, u otras drogas que lo estimulen y le permitan ver mejor? Tiene uno que poner en duda todo lo que el hombre ha aceptado como valioso, como necesario. Puede usted haber desconfiado de los tiranos de la política, de los dictadores de la religión, pero nunca ha puesto en duda la autoridad de un Picasso o de un gran músico. Lo aceptamos, y con esta aceptación acabamos cansándonos y queriendo más cuadros, más arte y pintura abstracta, etc. Pero si supiéramos cómo observar el rostro del que pasa a nuestro lado, de una flor al borde del camino, de una nube vespertina; observar con atención total y, por lo tanto, con completo gozo y amor, entonces tendrían muy escaso sentido todas esas otras cosas.

I.: *El estado de total atención es, diciéndolo con otras palabras, un estado sin conflictos; de modo que el comprender ese estado sin conflictos es una suposición previa del mismo, ¿no es así?*

K.: Es un círculo vicioso ¿verdad? Vivo en conflicto, mi mente está en un continuo conflicto, cualquier cosa que haga es un esfuerzo en el que queda prisionera y el que está hablando les dice: «En ese estado nunca comprenderá usted nada»; solo cuando esté usted atento comprenderá todo este proceso. Sin embargo, no es posible estar atento, porque tengo toda la mente en estado de conflicto, de modo que se convierte en un círculo vicioso. O: «¿Se da cuenta usted, el que habla, de que ha creado este círculo vicioso y nos deja con él y nada más?». ¿Qué va uno, pues, a hacer?

No se resuelve el problema al estar preso en un círculo vicioso y sin que el que habla nos diga lo que hay que hacer. Pero si usted quiere hacer el favor de atender a lo que digo, estoy seguro de que nos entenderemos. Ante todo, veo que tengo la mente en conflicto; haga lo que haga, en cualquier actividad, siempre estará dentro de los límites de ese conflicto. Cualquier cosa que haga, tanto si tiene aspiraciones como deseos, tanto si imita lo que sea como si se somete, se reprime, se sublima, toma drogas para expandirse, *cualquier* cosa que haga, lo hará en estado de conflicto. Si he comprendido bien esto, no simplemente en el sentido verbal, sino viéndolo con tanta claridad como veo este micrófono, sin ninguna distorsión, ¿qué ocurre entonces? Si veo algo con mucha claridad, como cuando veo algo muy peligroso, como un precipicio o un animal amenazador, ¿qué pasa? Toda actividad, durante un momento, se detiene, no hay pensamientos. Del mismo modo, si realmente veo lo que hace el pensamiento, este cesa. Haga lo que haga el pensamiento engendra desdichas, sufrimientos, conflictos, y cuando el pensamiento ve eso, se de-

tendrá por sí solo y el círculo vicioso se romperá; el pensamiento, que significa tiempo, tocará a su fin.

I.: *Esta tranquilidad, esta percepción, ¿equivale a la meditación?*

K.: La palabra «meditación» está muy recargada de ideas, y en Asia se le da un significado muy concreto y hay diversas escuelas de meditación, distintos métodos o sistemas de meditación, variados sistemas que deben producir atención. Hay un sistema que dice: «Observe el movimiento del dedo gordo del pie», «Prestele atención, trabaje y obsérvelo, obsérvelo», etc.; es la meditación como control, seguir una idea, contemplar ininterrumpidamente una imagen, tomar una frase e investigarla, escuchar la palabra *om*, o *amén*, o cualquier otra, escuchar su sonido, prestarle atención, etc. Todas esas formas de meditación implican una actividad del pensamiento, una actividad de imitación, una actividad de conformismo a un orden establecido. Para el que les está hablando, esas cosas no tienen nada de meditación, pues esta es algo enteramente distinto. La meditación consiste en darse cuenta del pensamiento y del sentimiento, sin corregirlos nunca, no decir nunca si es bueno o malo, no justificarlos nunca, sino observar y avanzar con ellos. En ese observar y avanzar con aquel pensamiento, con aquel sentimiento, empieza usted a comprender y a darse cuenta de toda la naturaleza del pensamiento y del sentimiento. De esta percepción sobreviene el silencio, un silencio no simulado, no controlado, no elaborado por el pensamiento, porque ese silencio así elaborado estaría estancado, muerto. El silencio llega cuando el pensamiento ha compren-

dido su origen, su naturaleza, y que nunca es libre sino siempre viejo. Ver todo esto, ver el proceso de cada pensamiento, comprenderlo, percibirlo, es llegar a ese silencio que es meditación, y en el cual nunca está presente el «observador».

Domingo 30 de julio de 1967

Diálogo 1



DURANTE seis días vamos a estar charlando entre nosotros y creo que debemos dejar claro en qué van a consistir estas charlas. Serán un diálogo, una forma de conversar seriamente sobre los problemas, de examinarlos no solo de una manera analítica, cuidadosa, sino también de ver toda la estructura de cada problema, no solo sus detalles, sino toda su forma y contenido. Como esto es una conversación, un diálogo entre ustedes y el que les está hablando, hemos de ser vulnerables; es decir, no vamos a erigir defensas, ni resistencias, sino que nos descubriremos de buena voluntad y de una manera completa no solo ante el problema, sino a lo que este implique, prestándole toda nuestra atención. Así es que este diálogo, esta conversación, no es un entretenimiento intelectual, un mero intercambio de argumentos, una opinión contra otra, o una fórmula contra otra, o una experiencia contra otra. Se trata más bien de examinar el problema en sí mismo y no preocuparse únicamente de cómo librarse de él, de cómo superarlo; tampoco se trata de llegar a un concepto o fórmula con la esperanza de que resolverá todos nuestros problemas. De manera que no estamos tratando con ideas, no nos vamos a interesar por una idea de ustedes o del que les habla

ahora. Lo que nos interesa es el hecho, lo que es; ¡lo que es en realidad! Si ustedes y el que les está hablando aceptan que empecemos con lo que es realmente —no lo que ustedes creen que es o debería ser—, entonces nuestra relación en este diálogo será totalmente diferente; no será algo unilateral por mi parte. Merecerá la pena ser vulnerable a todo lo que se diga sin rechazar nada; de esta manera uno empieza a tener una gran sensibilidad y a estar muy atento al problema en sí mismo. Si esto ha quedado un tanto aclarado, y espero que lo vayamos clarificando más a lo largo de estos seis días en nuestras reuniones de la mañana, entonces podremos investigar con aprovechamiento los diferentes problemas que tenemos ante nosotros.

Entonces, ¿de qué quieren que hablemos?

INTERLOCUTOR (1): *No entiendo muy bien la expresión «ser luz para uno mismo»; así como tampoco lo de no reaccionar a las experiencias.*

INTERLOCUTOR (2): *Querría saber cómo hacer buen uso de nuestras facultades. Usted dijo en la última conferencia que el arte, la ciencia e incluso las actividades económicas y políticas pueden convertirse en un escape. ¿Qué podemos hacer con nuestras facultades para que no se conviertan en un escape de la vida real?*

INTERLOCUTOR (3): *Para entender la violencia, uno tiene que comprender también la soledad con sus esperanzas y temores; ¿podríamos ver esto?*

INTERLOCUTOR (4): *¿Podríamos tratar el problema de tener una meta en la vida, un objetivo, un propósito y que no nos condicione?*

INTERLOCUTOR (5): *¿Qué es una acción correcta?*

INTERLOCUTOR (6): *¿Podría usted tratar la cuestión de la identificación relacionada con la alimentación del ego?*

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿cuál de estas preguntas quieren ustedes que tratemos?

INTERLOCUTOR (7): *¿Qué es el pensamiento?*

INTERLOCUTOR (8): *¿Podríamos tener un propósito en la vida sin llegar a estar condicionados?*

INTERLOCUTOR (9): *Mi pregunta trata también de la motivación —van a abrir una escuela en Santa Bárbara y yo tengo un problema—, de la motivación de estar completamente pasivo. No hago nada; me limito a reaccionar ante las circunstancias inmediatas. Pero sigue en pie la cuestión de la motivación.*

K.: Cuando tratemos un asunto con todo detalle y detenimiento, a fondo, quizá podamos tocar todos estos problemas. Entonces, ¿cuál de los problemas propuestos quieren ustedes que tomemos para examinarlo de forma *completa?*

INTERLOCUTOR (10): *Si discutimos el propósito de la vida tendremos que tratar todas las demás cuestiones, pues están relacionadas con él.*

INTERLOCUTOR (11): *Señor, quizá pudiéramos hablar de las preguntas. ¿Qué son preguntas fundamentales?*

K.: Eso es lo que iba a preguntar. ¿Qué es una cuestión esencial? ¿Hacemos preguntas fundamentales, esenciales? No digo que ustedes no las estén haciendo; solo pregunto. ¿Nos revelarán las cuestiones suscitadas aquí esta mañana el funcionamiento del pensamiento? ¿Nos revelarán con todo detalle los asuntos que queremos entender? ¿O estamos haciendo preguntas poco importantes, más bien algo superficiales? No digo que lo sean, sino que lo que quiero es saber qué es esencial. Por ejemplo, a mí me parece, aunque puedo equivocarme, que una cuestión fundamental sería la de la violencia y también el problema de la vulnerabilidad —de ser vulnerable—, porque defensa implica violencia. Cualquier forma de resistencia es violencia. Y si vamos a hablar de la violencia, ¿es un problema para ustedes o es solamente una idea? Ya ven la gran cantidad de violencia que hay en el mundo hoy en día, por lo tanto, quiero comprenderlo. ¿Reside la violencia fuera, en el exterior, o está aquí en mi interior? Si está aquí en el interior, entonces, ¿cuál es mi problema? ¿Quiero resolver la violencia de allá fuera —que se expresa en tumultos raciales en América, guerra en Vietnam, o en cualquier otra forma de violencia externa—, o vamos a examinar la violencia en sí misma, tal como vive en mí, y que se manifiesta exteriormente? Por lo tanto, cuando examino esta violencia, quedo expuesto —vulnerable— a descubrir lo que es. Pero si examino solamente la violencia ajena, entonces la cuestión se torna en algo intelectual, especulativo. Así es que cuando hacemos todas estas

preguntas, ¿nos conciernen a nosotros, o se refieren a otras personas? Espero que mi punto de vista haya quedado suficientemente claro.

I.: *Señor, la cuestión fundamental no es «qué es la violencia», sino «por qué soy violento».*

K.: Lo cual se reduce a lo mismo. Por qué soy violento y si sé cuál es la naturaleza de la violencia. ¿Sé lo que significa esa violencia? Mire usted, señor, tenemos que tener muy claro cómo hablamos de todo esto. ¿Hay un intercambio de ideas y opiniones, o nos juntamos para conversar y así poder profundizar cada vez más en el hecho de la violencia que anida en nosotros? Por lo tanto, si hablamos de la violencia, hemos de ser sensibles ante este hecho y no ofrecerle resistencia. No digamos: «No soy sensible ni vulnerable», o: «Estoy por encima de toda violencia» —lo cual sería absurdo—, tampoco: «Lo único que me interesa es el progreso del mundo y que en él cese la violencia». Así pues, nos hemos juntado para charlar sobre el problema de la violencia, no como una idea, sino como un hecho que existe dentro del ser humano. ¡Y el ser humano soy *yo*! No el vietnamita, el americano, el ruso, el egipcio, el israelí, no. Soy yo; un ser humano que está aquí. Y para adentrarme en esta cuestión he de ser sensible, vulnerable y accesible, *¡por completo!* Tengo que descubrirme a mí mismo; no necesariamente descubrirme a ustedes —porque quizá no estén ni siquiera interesados—, pero he de encontrarme en un estado mental que exija que yo vea esto hasta el mismísimo final, y por consiguiente ser vulnerable durante todo el tiempo: en ningún momento me detengo y digo que no proseguiré más. Si

pudiéramos hablar y examinar esto así, sería realmente extraordinario. Entonces, ¿vemos la violencia? ¿Sí? *[Aprobaciones.]* De acuerdo.

¿Por qué quieren ustedes que veamos la violencia? ¿Por qué quieren que investiguemos este asunto?

I. (1): *Porque somos violentos, porque yo soy violento.*

K.: Usted dice que quiere investigarlo porque es violento.

I. (2): *Yo quiero ver la violencia, examinarla, porque soy un ser humano violento.*

K.: He experimentado la violencia en forma de ira, la violencia en mis exigencias sexuales, la violencia en forma de odio que crea la enemistad, la violencia en forma de celos, etc. La he experimentado y la he conocido. Y me digo a mí mismo: Quiero entender todo este problema, no un aspecto, un fragmento de él —como la guerra, o el odio—, sino la agresión en el hombre (que existe en los animales de los cuales formamos parte). Soy un ser humano, soy violento. ¿Es eso lo que ustedes sienten? Como seres humanos, no empujados por las circunstancias a ser violentos. ¿Entienden?

Hay dos escuelas de pensamiento; una que dice: «La violencia es innata en el hombre; la violencia es parte de su naturaleza, ha nacido con ella, está en su estructura». La otra dice: «La violencia es el resultado de la estructura social o cultural en que vivimos». ¿De acuerdo? Es decir, los seres humanos son violen-

tos por naturaleza, o bien porque la sociedad los ha hecho así. No vamos a ver a qué escuela pertenecen ustedes. Lo importante aquí es que somos violentos y si podremos o no salir de esta situación. Esta es toda la cuestión; no si es innata o el resultado de la estructura social en que vivimos. Bien, prosigamos. Soy violento, ¿de acuerdo? Ahora bien, ¿qué quieren ustedes decir con esta palabra: «violento»?

I.: *Hostilidad.*

K.: Ya veo, señor; agresividad. Pero ¿cómo sabe usted que es violento? ¿Qué significa esta palabra para usted? No según el diccionario, sino que cuando es violento, ¿cómo lo sabe usted?

I.: *Me enfado, me pongo violento cuando no consigo lo que quiero...*

K.: Señor, espere un momento; empecemos por lo más sencillo; por la ira. Todos conocemos la ira o la irritación. ¿Diría usted que la ira es violencia? Vaya poco a poco, señor. Diría que es violencia, ¿no es cierto? Ahora bien, por un lado está la ira justificada y por otro la no justificada. Cuando atacan a mi mujer o a mi hermana, me pongo furioso con justa razón; igualmente cuando me arrebatan mis propiedades. Espere, espere, no digo que le ocurra a usted..., quizá no tenga ninguna posesión. Lo que quiero decir es solo que unos enfados están justificados, y otros no. Cuando alguien ataca a mi país, a mi Dios, a mis ideas, a mis principios, a mis costumbres, entonces me pongo furioso. Tomo drogas y, si alguien me dice que eso está mal, me enfada mucho, me pongo ira-

cundo. Así pues, cuando usted habla de «ira», ¿se trata de ira justificada? No, por favor, señor; observe esto con sumo cuidado. ¿Se trata únicamente de *ira* y nada más? No hay influencias buenas y malas, solo hay influencias. Esto quiere decir que si yo recibo la influencia de alguien que no me gusta, entonces la llamo «mala influencia». Solo existe la ira; esté o no esté justificada. ¿De acuerdo? Todos la hemos experimentado. Alguien me pisa el pie y me pongo furioso. Alguien me dice algo que no me gusta y me enfado; o bien me quita el dinero, que ha sido mi razón de vivir, y me pongo furioso; o bien mi esposa se fuga con otro y me entra un ataque de celos... estos celos están justificados, porque ella es de mi propiedad. *[Risas.]* No, no, señores, por favor, no es para tomarlo a risa. Está justificado por la ley, la moral, la religión, etc. Así es que cuando hablamos de la ira, que es parte de la violencia, ¿lo observamos considerando solo si está o no justificada, o por el contrario vemos *la ira?* Pero no en función de mis inclinaciones. Bien, ¿cómo observo la ira?

I. (1): *Es algo que tiene que ver con el «yo».*

I. (2): *Soy yo.*

K.: Pero ¿cómo la observan? ¿Qué piensan de ella?

I.: *Yo quiero proteger el* «yo» *y lo que me pertenece, o que creo que me pertenece...*

K.: Por lo tanto, está justificada.

I.: *Nunca está justificada, pero sí que está ahí.*

K.: En el momento en el que la protege ya está justificada. En el momento en que protejo una idea, la familia, el país, la creencia, el dogma, lo que exijo, lo que defiendo... en tanto la protejo, esta misma protección indica ira, cólera, enojo. No sé si ustedes lo ven así.

I.: *Mi violencia es energía para conseguir algo.*

K.: Sí, señor. La violencia es parte de este impulso para adquirir. Pero por el momento, señor, estamos intentando examinar esta cuestión de la ira que es parte de la violencia. ¿Cómo observo la ira? ¿Cómo la observan *ustedes*?

I.: *Yo soy parte de la ira.*

K.: No, no. No lo reduzcan a decir «yo soy la ira». ¿Cómo la observan? ¿Qué piensan de ella?

I.: *Señor, ¿puedo observar la ira cuando no estoy furioso? Si no es parte de la memoria...*

K.: El interlocutor dice que en este momento no está furioso y que, si observa la ira, lo que hace es observar un recuerdo de algo que tuvo. Eso está bastante bien. Desde luego en este momento sus propiedades no están amenazadas, no le están quitando a su mujer... no está furioso. Pero espere un momento y verá qué furioso se pone si yo me lo propongo *[risas]*, si saco a la luz algo a lo que usted se aferra... una idea, una creencia, un dogma, por ejemplo su país, su Dios, su Reina, su Rey... lo que sea. Si usted toma

drogas y yo le digo que eso es falta de madurez, seguramente se enfadará. Así es que, ¿cómo considera usted la ira? ¿Puede usted observarla sin ningún tipo de explicación, justificación o protección? ¿Puede usted observarla como si fuera algo por sí misma? No me explico bien. ¿Se da usted cuenta de la ira después de que acaba de aparecer... o en el mismo momento en que usted está furioso?

I.: *Creo ciertamente, señor, que es cuando estoy furioso.*

K.: ¿Se da usted cuenta que está furioso en el momento en que lo está, en ese mismo momento, o cuando ya ha pasado todo? «Estoy furioso.» La adrenalina se desborda y ¡todo se convierte en ira! ¿Lo percibo en ese momento, o un poco después?

I.: *Poco después. Si no puedo detenerla, no lo siento en ese mismo momento.*

K.: No, por favor, le ruego que lo observe; tenemos que pensarlo bien antes de contestar. Estamos hablando de la ira, la cual forma parte de eso tan enorme y complejo que llamamos violencia; ¿cómo observo esa ira? ¿La observo con la convicción de que tengo razón, que está justificado mi estado furioso, o la observo y al hacerlo la condeno?

I.: *Si puedo advertir que estoy furiosa en ese mismo momento...*

K.: No, señora, no hablamos de eso. De lo que se trata es de cómo observamos la ira. Obsérvela. Ha

estado furiosa, ¿cómo lo observa?, ¿cómo lo considera?, ¿lo justifica o lo condena?

I.: *Lo condeno... depende de mi estado de ánimo...*

K.: No, no, señora, no se trata de su estado de ánimo. ¿Lo condena o lo justifica?

I.: *Algunas veces no...*

K.: Escuche, señora. ¿Condena usted la guerra? ¿La condena o la justifica?

I.: *No todas las guerras.*

K.: Señora, piénselo bien, por favor, no conteste tan deprisa. ¿Condena usted la homosexualidad? ¿Sí? ¿No? ¿Por qué? Ya ve que no ha reflexionado sobre estos problemas, lo único que hace es reaccionar. Nos encontramos ante un problema tremendo: la ira; ¿cómo la observan ustedes? ¿Cómo? ¿Pueden observarla de una manera *completamente objetiva*? Esto quiere decir que ni la justifican, ni la condenan. ¿Pueden hacerlo?

I.: *¿Podemos examinar la ira examinando lo que no es ira?*

K.: No, señor; no, señor. Escuche, estoy furioso, le ruego que me atienda durante un par de minutos. Estoy furioso, pues. O bien lo justifico, o bien digo que soy algo tonto por estarlo.

I.: *¿Y por qué no estar furioso?*

K.: Pues ¡esté furioso! ¡Muy bien! Pero usted no me comprende. Si usted está furioso y le gusta, pues siga. Si usted disfruta con este estado y cree que es justo, si cree que le proporciona una gran satisfacción... como no puede darle una patada a su esposa, se la da a cualquier otro, de manera que esto le proporciona una tremenda sensación de satisfacción.

I.: *No es eso lo que quería decir, señor; estoy furioso...*

K.: Ah, está furioso. De acuerdo. Ahora, por favor, señor, siga con lo mismo, se lo ruego. Estoy furioso. Cuando estoy furioso, ¿cómo lo observo?

I.: *En el momento de la ira no la observo de ninguna manera.*

K.: De acuerdo, señor. Comprendido. En el momento de la ira usted está dentro de ella y no puede observarla. Pero un momento después, ¿cómo la considera? ¿Justa o injusta? ¿Justificada, o se dice que es algo muy terrible estar furioso? ¿Cuál es su postura?

I.: *Uno se queda perplejo.*

K.: No, por favor.

I.: *Señor, creo que la primera reacción no es como usted sugiere... uno lo piensa y después cae en la tentación... empieza a analizarlo y a observar el problema y sus manifestaciones.*

K.: Y por lo tanto o lo condena o lo justifica.

I.: *¡Desde luego! Uno lo piensa.*

K.: Un momento. Uno lo piensa, lo cual quiere decir que uno quiere saber por qué sucede, cuáles son los motivos y qué razón hay para que uno cuestione esa ira. Vaya poco a poco, señor. Investigue sin prisas. ¿Qué motivos tiene para querer examinar la ira?

I.: *Produce una sensación incómoda.*

K.: Exacto. No le gusta.

I.: *No.*

K.: Por lo tanto, lo condena.

I.: *Analizar es condenar.*

K.: Desde luego.

I.: *Y eso plantea un nuevo problema.*

K.: Un momento, un momento, señor, no plantee otro problema. Investíguelo paso a paso. Así pues, su actitud ante la ira es de condena, no puede observarla con objetividad, lo cual quiere decir que es vulnerable a ella.

I.: *Sí, ese es el problema.*

K.: Espere, manténgase ahí, ya lo iremos desarrollando conforme avancemos. *Usted* la condena y *yo* la

justifico. Yo digo: «Eso es lo correcto». Tengo derecho a estar furioso porque usted me ha pisado el pie, o me ha dicho algo insultante. De manera que yo lo justifico y usted lo condena. Ninguno de nosotros podrá observar la ira objetivamente. Ese es mi punto de vista.

I.: *De acuerdo.*

K.: Entonces, ¿cómo quiere usted entender la ira si no la observa objetivamente, lo cual quiere decir sin condenarla ni justificarla?

I.: *Pero eso significaría estar a su favor.*

K.: Un momento. En primer lugar... no se ponga a su favor ni en su contra, limítese a observar todo lo que está implicado. ¿Puedo observarle a usted si estoy en su contra? ¡No! Pero si usted me dice que soy un tipo maravilloso tampoco podré observarlo. Así es que tendré que observarlo cuidando de que ninguno de estos dos aspectos entren en juego. Por lo tanto y de igual manera, ¿puedo observar la ira sin justificarla ni condenarla? Lo que significa que soy vulnerable a ese problema. ¿Entiende usted? No me protejo ni le ofrezco resistencia, sencillamente observo este extraordinario fenómeno llamado ira sin ningún tipo de reacción. ¿Me entiende, señor?

I.: *Oigo sus palabras, pero la verdad es que no acabo de ver adónde quiere usted ir a parar.*

K.: No quiero llegar a ningún sitio. Lo único que digo es que es imposible comprender la ira si la jus-

tifico o la condeno; eso es todo. Un momento. Si usted dice que es evidente, entonces, a partir de ese momento, observará la ira de una manera objetiva.

I.: *(En francés.) ¿Se puede considerar la ira sin motivos? Yo siempre lo justifico o lo condeno todo.*

K.: De eso hablamos, señor. Le ruego que preste toda su atención a esto. Me pongo furioso, o lo justifico o lo condeno y por consiguiente no lo comprenderé... ¿de acuerdo? ¿Podemos eliminar esta inclinación a la justificación o a la condenación cuando observamos la ira?

I.: *La ira no es objetiva y por lo tanto no puedo observarla con objetividad.*

K.: ¿Puedo observar la ira que hay en mí sin identificarme con ella, lo que significaría justificarla o condenarla, es decir, ofrecerle resistencia? No veo bien cómo va usted a profundizar más en el tema cuando no llega a comprender este hecho tan sencillo. Para comprender algo, he de examinarlo de una manera completamente desapasionada. ¿De acuerdo?

I.: *Cuando uno está furioso, eso es imposible.*

K.: Uno está perdido en el mismo momento de la ira, pero no un poco después, o cuando se está preparando para no enfurecerse en el futuro.

I.: *La ira es un exceso de vitalidad.*

K.: ¿Por qué limita usted la vitalidad a la ira solamente? ¿Se da cuenta de que no profundiza?

I.: *Señor, no creo que sepamos lo que es observar algo de una manera desapasionada.*

K.: Vamos a examinar eso, señor. Si no puedo observarme de una manera desapasionada, no puedo continuar.

I.: *Me enfrento a una situación placentera, lo contrario de la ira...*

K.: No, pero también lo examino; no solo examino lo que no me gusta, sino que examino todo.

I.: *¿Cómo se puede observar de una manera desapasionada algo que es apasionado?*

K.: Se puede observar la pasión sin identificarse con ella, ni tampoco condenarla. Pero, señor, ni siquiera ha dado el primer paso: observar. Si yo quiero comprenderme, *yo* que soy una entidad tan compleja, viva, ¡no muerta!, si quiero comprender todo eso, ¿cómo he de observarme? Tendré que aprender a observarme. Para observar a un niño no tengo que condenarlo ni adorarlo, tengo que tener vista para observarlo con toda atención, con todo afecto; no con afecto porque él es precisamente mi hijo, sino sencillamente observarlo. De la misma manera tengo que observarme a mí; y una parte de mí es esta violencia; y la ira pertenece a esta violencia. Digo: ahora estoy furioso, he conocido la ira, ¿puedo observarla?

I.: *Y sin embargo, ¿no es la mente, en lo esencial, como el «yo» que no puede verse a sí mismo?*

K.: Señor, cuando usted dice que la mente no puede observarse a sí misma, paraliza toda la investigación, se bloquea usted mismo.

I.: *(En francés.) Uno conoce la ira... y no puede hacer nada.*

K.: Es decir, que uno no puede hacer nada con la ira si no es aceptarla. De acuerdo, pues, ¡acéptela!

I.: *No me atrevo a ver la ira, me da miedo. ¿No será la ira parte del miedo?*

K.: Desde luego, pero ese no es el problema. Bueno, empecemos otra vez desde el principio.

I.: *¿No podría yo observar por mera curiosidad?*

K.: Mire, señora, vamos a verlo. ¿Ha observado un árbol, o una nube, sin condenarlos ni aceptarlos? Al pasar por su lado, ¿se ha detenido a observarlos sin un solo pensamiento? ¿Lo ha hecho? Me parece que no.

I.: *(En francés.) ¿Podríamos considerar el miedo?*

K.: Un momento, señor, un momento. Yo quiero comprender la belleza, el movimiento del árbol, quiero observarlo. Como está fuera de mí puedo observarlo, no interfiere con mis pensamientos, con mi esposa, con mi marido, con mis propiedades... ¡Está ahí! De manera que puedo observarlo con bastante objetividad, ¿no es cierto? Bien, ¿cómo observo a ese árbol? ¿Lo observo con todo mi pensamiento en acción, par-

loteando, o cuando lo hago está en silencio, contemplando la extraordinaria belleza de aquel árbol? ¿Qué hace usted?

I.: *Nada, solo observarlo.*

K.: ¿Qué quiere decir?

I.: *Estar allí y observarlo.*

K.: Y en ese observar no habrá ni condenación ni justificación, ¿verdad? Usted se limita a observar, ¿no? Usted lo observa como si fuera una flor. Todo lo cual significa que el pensamiento no interfiere, ¿es así? Pues bien, observar la ira es mucho más difícil ya que se trata de algo subjetivo, que le afecta a uno. Si usted no ha sido capaz de observar un árbol de una manera tan desapasionada, ¿cómo va a poder observarse a sí mismo que es parte de esa violencia? Pues eso es lo que estamos intentando hacer. Heme aquí como un ser humano violento. No sé si esta violencia la he heredado o ha sido la sociedad circundante la que me la ha provocado. Mi piel es de color oscuro o negro y todos ustedes la tienen blanca; a ustedes no les gusta la gente de color moreno, negro o cobrizo; así es que ante su desprecio yo me pongo furioso. Heme aquí hecho un violento; no me preocupa si esto es hereditario o me lo ha inculcado la sociedad, lo único que me interesa, ante todo, es saber si puedo librarme de la violencia. Estoy interesado de verdad, ¿me comprenden? Para mí librarme de la violencia lo significa todo. Es más importante que el sexo, que el alimento, que la posición. Quiero entender qué es lo que me está consumiendo, quiero salir

de esta situación. Y para salir de ella no puedo suprimirla, no puedo rechazarla, no puedo decir «es parte de mí mismo». ¡No quiero eso! Pero tengo que comprenderla, tengo que observarla, tengo que estudiarla, tengo que examinarla. Tengo que convivir íntimamente con ella, y eso sería imposible si la condeno o la justifico, ¿de acuerdo? Y, sin embargo, la condenamos, la justificamos. Por todo ello yo digo: ¡alto! Dejemos de condenarla o de justificarla por ahora.

I.: *¿Cómo puedo ser objetivo cuando la condeno o la justifico?*

K.: Señor, usted será objetivo si se da cuenta de que se produce una interferencia en el momento en que está observando la ira. Cuando me intereso por la ira e intento comprenderla, la justificación o la condena bloquean su estudio, por lo tanto he de descartarlas.

I.: *Yo no.*

K.: Usted no, porque el estudio de la ira para usted no es importante, pero para mí sí que tiene una enorme importancia. Por eso, al ser tan importante, esos pormenores no importan. Señor, si quiero comprender el afecto, el amor, para eso tengo que entregarme en cuerpo y alma a su estudio, conocerlo bien a fondo en todos sus aspectos. Y todo lo demás se vuelve secundario ante este interés y esta voluntad tan extraordinarios y serios. Así pues, cuando usted estudia la ira, o lo hace por curiosidad, o bien porque quiere comprender aquello que lo está destruyendo... a usted y al mundo. Quiero comprenderla, quiero li-

brarme de ella, quiero estar muy por encima de ella. Por eso no estoy interesado en condenarla o justificarla; eso carece de todo valor, lo reduce a algo personal y mezquino, ¿no les parece? ¿Podemos continuar? Señor, ¿está usted realmente interesado en comprender la ira... esa ira que forma parte de la violencia y del odio?

I.: *Eso quiere decir que hemos de tener energía para observarla.*

K.: Por supuesto; pero usted disipa esa energía cuando la condena o la justifica.

I.: *(En francés.) Si yo mismo no veo con total claridad y profundidad que uno debe examinar este problema de la violencia y de la ira, si solo al escucharlo a usted es cuando me vuelvo serio, entonces, ¿no es únicamente su estímulo el que me hace interesarme?*

K.: Tiene usted toda la razón. El interlocutor pregunta si soy yo, el que les habla, quien lo estimula a interesarse en la ira o si se interesa en ella con independencia de mi estímulo. ¿Ven ustedes lo poquito que hemos avanzado? Hemos empleado una hora en algo que es sencillísimo. Es decir, que solo puedo observar la ira cuando esté interesado de una manera verdaderamente apasionada en ver si es posible librarse de ella.

I.: *En todo lo tratado durante la última hora me parece que ninguno de nosotros ha sido tan serio como usted, lo cual deja pocas esperanzas.*

K.: Eso es asunto de ustedes, señores. ¿Me quieren decir que no les interesa la guerra?

I.: ... *no como a usted.*

K.: No como a mí, ¿es así? ¿No quieren detener las guerras? ¿No quieren detener la violencia? Seguro que dicen que sí. Pero ¿cuánta energía, cuánta vitalidad están dispuestos a emplear?

I.: *¿Hablará usted de la meditación y su relación con la ira?*

K.: Señor, ya lo estamos haciendo. Verdaderamente estamos meditando sobre la ira.

I.: *Quizá debiéramos hablar de la comunicación. ¿No es eso lo que quería decir cuando...?*

K.: Sí. Desde luego. Entonces, ¿podríamos hablar un poco de lo que es la comunicación? Quizá ustedes estén interesadísimos en resolver este problema de la violencia, pero yo no. Me da igual todo eso. ¿Cómo nos comunicamos? Yo les digo que les ofrezco mi amor y ustedes me contestan que bueno, que el día es magnífico y siguen su camino. ¡Vaya! Se ríen. ¿No va con ustedes? Cuando les ofrezco amor, ustedes deberían escuchar, deberían detenerse y ver si lo digo en serio. Luego podrían censurarme o lo que les pareciera mejor, pero lo primero sería detenerse, ha de haber una comunicación, una sensación de comprensión entre nosotros. Tenemos, por un lado, la cuestión de la violencia y, por otro, ustedes, que no le dan importancia a que maten a sus hijos, a que vayan al ejército, los

entrenen, los pisoteen, los masacren... ¡no les importa! Y vienen y me dicen: «De acuerdo, hablemos del asunto».

¿Me permiten una pregunta? ¿Por qué no les importa? ¿Comprenden? Sus hijas se casarán, o bien se trata de su hijo que lo van a llamar a filas. En EE. UU. aún es así, aunque tratan de eludir el reclutamiento. Envían a nuestros hijos a Vietnam para que los destrocen. ¿No están interesados? ¡Dios mío! Si esto no les interesa, ¿qué es lo que les puede interesar? ¿Guardar su dinero? ¿Pasarlo bien? ¿Tomar drogas?

I.: *Yo creo que decir que no estamos interesados es una suposición por su parte.*

K.: Yo no dije eso. Tuve mucho cuidado en no asumir nada. Dije que si no están ustedes interesados en la violencia, o sea, en la destrucción de sus hijos, ¿en qué están interesados entonces? ¿En alguna clase de abstracción?

I.: *Sí que nos interesa la violencia.*

K.: De acuerdo. Si están interesados, entonces escuchen con su corazón y su mente para poder descubrir. No se sienten cómodamente y me pidan que les hable. Lo que les indico es que para observar la ira no han de hacerlo con la idea de condenarla o justificarla. Abandonen esa idea. Pero no podrán abandonarla si la ira no es un problema de vital importancia para ustedes. No sé si habrán visto en los periódicos una fotografía sobre un incidente en Nueva Delhi. Un hombre con un palo está golpeando a otro que es chino. ¿Han visto la foto? Una muchedumbre lo ro-

dea, todos con las manos en los bolsillos... y esos son los indios que durante siglos han sido educados para no hacer daño. ¿Comprenden, señores? Cuando observamos esta fotografía nos damos cuenta de lo que somos los seres humanos. Yo soy una parte de ellos, yo soy un ser humano. Y me pregunto: ¿Cómo voy a actuar, yo que soy responsable de todo esto? ¡Yo me siento responsable! ¿Comprenden? No son meras palabras: me siento responsable. Así es que pienso que solo podré hacer algo si estoy libre de la ira, de la violencia, de la nacionalidad. La convicción de que tengo que comprender me produce una tremenda vitalidad, energía y pasión para descubrir. Así pues, lo primero que tengo que aprender es cómo observar la ira; tengo que aprender cómo observar a mi esposa, a mi esposo, a mis hijos; tengo que aprender cómo escuchar al político; tengo que aprender... ¿comprenden, señores? Tengo que aprender por qué no soy objetivo, por qué condeno o justifico. No puedo decir que bueno, que es parte de mi naturaleza. Tengo que saber y por eso he de tratar de la cuestión del aprender. ¿Cuál creen ustedes que es el estado de la mente que aprende?

I.: *El silencio.*

K.: ¿El silencio? ¿Aprenden ustedes italiano cuando están en silencio? ¿O francés? ¿O alemán? ¿O cualquier lengua que no conozcan? No se quedan en silencio. Van a comprar el libro, lo estudian, se aprenden los verbos regulares, los irregulares. Lo mismo ocurre con el otro aprendizaje: no creemos que lo primero sea estar en silencio y luego venga el aprendizaje. Tenemos entre manos algo que no conocemos. No sa-

bemos cómo observar la ira y, por lo tanto, hemos de aprender, y para aprender hemos de estudiar por qué justificamos y por qué condenamos. Condenamos y justificamos porque es parte de nuestra estructura social, parte de nuestra herencia. Es lo más fácil de hacer del mundo: condenar o justificar. Aquel es alemán: ¡fuera! Este es negro: ¡no puede asociarse! ¡Es de lo más sencillo! Pero el estudio significa cuidado, atención. Hay que amar la lengua que uno está estudiando.

I.: *Cuando estoy furioso, veo que dentro de mí se desarrollan procesos físicos y químicos.*

K.: Por supuesto que cuando uno está furioso se producen cambios químicos, pero el saber esto no nos impide estar furiosos.

I.: *Hay que descubrir algo más importante...*

K.: Por supuesto, señor. Pero para descubrir algo mucho más importante hay que tener la capacidad de profundizar. Si uno tiene una mala herramienta, no podrá profundizar mucho. Lo que ahora estamos haciendo es afilar la herramienta que es la mente, la cual ha perdido su agudeza justificando y condenando. Si consigo ver que solo puedo llegar a grandes profundidades cuando mi mente es tan aguda como la punta de una afilada aguja, tan aguda como un diamante que penetra en las más recónditas profundidades, si lo veo, entonces quiero esa mente, no me siento tranquilamente y me pregunto que cómo la voy a conseguir, sino que la deseo como deseo mi próxima comida. Y para tener esa mente he de ver qué

es lo que le hace perder su agudeza y su inteligencia. La causa reside en esa sensación de invulnerabilidad que le ha hecho rodearse de murallas, una parte de las cuales está integrada por la condenación y la justificación. Si la mente se puede librar de todo eso, entonces yo podré observar, estudiar, profundizar.

I.: *(En francés.) Me siento responsable de la violencia, pero me sorprende que muchos de los que aquí están presentes no parecen sentirlo.*

K.: ¿Y yo qué puedo hacer, señor? A mí me da igual que se lo tomen en serio o no. Yo sí me lo tomo en serio; con eso me basta. Yo no soy el guardián de mi hermano. Para mí, como ser humano, esto lo siento muy intensamente y eso es todo. ¿Qué puedo hacer? Por mi parte procuraré no ser violento. No puedo decirle a usted, ni a nadie, que no sean violentos. No tiene sentido a menos que usted lo desee.

2 de agosto de 1967

Diálogo 2



DECÍAMOS ayer que llegaríamos hasta el final en este problema de la violencia. Para eso tenemos que ser muy serios y poner en ello nuestra mente y corazón, de manera que cuando analicemos la naturaleza de la violencia no solo lo hagamos de una manera intelectual o verbal, sino también viendo la violencia en nosotros como agresión, ira, odio, enemistad, etc.; y también dándonos cuenta de esa violencia para ver si nos es posible saltar por encima de ella y no volver a sus redes nunca más, no volver a ser violento en ninguna de sus formas, nunca jamás. La mayoría de nosotros se complace en la violencia, en aborrecer a otro, en odiar a una determinada raza o grupo de personas, en sentir contrariedad hacia los demás. Sentimos un determinado placer del que la mayoría de nosotros somos conscientes. Pero no creo que nos demos cuenta de que hay un estado de la mente mucho más grande en el que no existe ningún tipo de violencia. En él existe mucha más alegría (no me gusta la palabra disfrute) que en el mero placer de la violencia con sus conflictos, con su odio y temores. Así es que si somos serios, al tratar de intercambiar ideas, pensamientos y sentimientos, deberíamos descubrir si somos capaces de acabar con todo tipo de

violencia. Yo creo que sí es posible y que además se puede seguir viviendo en este mundo, en este monstruoso y brutal mundo lleno de violencia.

Habíamos tomado una parte de esta violencia, que es la ira, y estábamos intentando averiguar cómo abordarla sin suprimirla, ni sublimarla, ni aceptarla. Dijimos que es todo un arte el observar la ira sin justificarla, ni condenarla. El observarnos a nosotros mismos sin aceptarnos, ni rechazarnos, el vernos exactamente tal como somos, es algo difícil de hacer y por ello uno tiene que aprender a observar. Si uno sabe observar la violencia externa de la sociedad —guerras, revueltas, antagonismos nacionalistas, conflictos de clase—, quizá entonces podamos observar la violencia en nosotros: sexo, ambición, agresión, defensa propia. Quizá entonces podamos seguir adelante.

¿Podemos, pues, examinar esta cuestión con seriedad dentro del diálogo, de la conversación? Pero si no somos serios al ciento por ciento no servirá de nada. Cuando uno tiene hambre, entonces sí que lo ve con seriedad. Y aquí tenemos un problema complejo que ha existido durante siglos y siglos. El hombre ha sido violento; las religiones de todo el mundo han intentado domesticarlo, pero ninguna lo ha conseguido. Quizá el budismo y alguna vez el hinduismo intentaron crear, lograr, un ser humano que no fuera nada violento. Si vamos a tratar esta cuestión, a mí me parece que hemos de ser muy serios, ya que esto nos conducirá a esferas y formas de vida muy distintas y yo no sé si ustedes quieren llegar tan lejos o simplemente les sirve de diversión, de entretenimiento, de juego intelectual. Entonces, ¿quieren que prosigamos con lo que hablábamos ayer de la violencia?

INTERLOCUTOR: *Parece que hay una contradicción en las palabras empleadas. Por un lado usted habla de la violencia y de ser consciente de ella sin ningún intento de la mente en busca de explicación, y por otro dice que analicemos la violencia.*

KRISHNAMURTI: Decíamos que no solo tenemos que analizar la estructura de la naturaleza de la violencia (que está dentro de nosotros), sino que también en el mismo proceso del análisis quizá descubramos aquel estado de la mente que es consciente de todo el problema de una manera completa. ¿Entiende usted lo que quiero decir? La mayoría de nosotros ni siquiera sabemos analizar, y tampoco creo que por medio del análisis podamos conseguir nada. El análisis no me va a librar de la violencia. Quizá la justificaría o la modificaría hasta cierto punto, viviría algo más sosegadamente con un poco más de afecto; pero el análisis, tanto con un profesional como por uno mismo, no nos llevará a ninguna parte. Cuando nos damos cuenta de que este proceso del análisis no nos conduce a ninguna parte, descubrimos que el proceso analítico es algo sin fin, sin sentido, y entonces, tal vez, nuestra mente podría empezar a percibir de una manera total todo el problema.

I.: *Y sin embargo, sigue usted hablando de no analizar.*

K.: Si no sé analizar, si no sé observar, no podré descubrir lo otro. No podré tener una percepción total si no sé observar. Durante generaciones la mente se ha entrenado en analizar y es muy duro darse cuenta de que cualquier tipo de análisis no nos conduce a ninguna parte. Pero tengo que saber analizar,

de lo contrario no podré descubrir lo otro. Esto significa que durante el mismo proceso del análisis la mente se vuelve extraordinariamente aguda y es esta cualidad de la agudeza, de la atención, de la seriedad, la que nos dará una percepción total. Ya saben ustedes lo mucho que ansiamos conseguir la totalidad, verla de una sola mirada, pero no tenemos ojos para observar. Solo podré tener esa claridad si veo el detalle e inmediatamente doy el salto.

I.: *Ayer usted no tradujo mi última pregunta (del francés), así es que le ruego me permita repetirla de nuevo en inglés. Soy muy consciente de mi parte de responsabilidad en esta desintegración del mundo. Los ricos tienen incluso más responsabilidad. Ha habido ricos que lo han escuchado, algunos desde hace cuarenta años; estos son aún más responsables. La presencia en esta carpa de tales personas representa una fuerza estática en contradicción con lo que usted ha estado diciendo durante cuarenta años. Debido a esa desintegración hay una urgente necesidad de que cada uno de nosotros comprenda lo que usted dice. ¿Pero a quién le toca denunciar con energía el sabotaje que esa fuerza estática representa?*

I. (2): *Este señor trata de decir que la raíz última de la agresión es una fuerza estática que le utiliza a usted como chivo expiatorio para su escape... porque nunca ocurre nada. Nunca.*

I. (3): *Yo también tengo mi punto de vista. Esta desintegración está llegando con mucha rapidez ahora, y quizá un día no podamos oírle más bajo esta carpa.*

K.: El problema, dicho en pocas palabras, es el siguiente: los ricos, según lo que parece que usted dice, están utilizando a este que les habla como una droga y en consecuencia todo sigue igual, estático. ¿Es así? Por lo tanto, la desintegración es más rápida. Ese es el problema. Esa es la cuestión.

Lo que no sé es por qué nos preocupamos tanto de los ricos o de los pobres, ni de los que se desintegran o no; ni de si alguien utiliza a este que les habla como una droga para estimularse y en consecuencia seguir igual, estáticos, o de aquellos que toman realmente LSD y tampoco cambian. Realizan actividades, pero siguen siendo actividades de procesos disgregadores. De todas formas sigo sin ver, como decíamos ayer, por qué nos hemos de preocupar por los demás. Lo que primero nos tiene que preocupar es lo que nosotros somos: ustedes y yo. ¡Dejen a los demás tranquilos! Ricos o pobres, comunistas o socialistas, hindúes o budistas, ¡déjenlos tranquilos! ¡Ustedes y yo somos los responsables! *Ustedes* que escuchan y *yo* que les hablo. Yo soy el responsable. Y si ustedes me utilizan a mí, al que les habla, para su diversión y disfrute, como una droga, eso es asunto suyo y nada más que suyo. Sin embargo, lo que estamos diciendo es algo totalmente diferente. No estamos hablando del individuo ni de la sociedad, estamos hablando de un ser humano que está por encima del individuo y de la sociedad, de cómo lograr un ser así. Eso es lo que nos ha de preocupar y no de si al año próximo habrá una carpa o no, ni de si yo hablaré o no. *[Interrupción.]* No; no, señor. ¿De qué nos hemos de preocupar? Básica y esencialmente de provocar una revolución radical en el ser humano, sea rico o pobre, ¡en todos! Y si andamos perdiendo nuestras energías y decimos:

«¿Y por qué no han cambiado todos los que le han estado escuchando durante cuarenta años?». ¡Eso es cosa suya! Mire usted, señor, yo creo que este que les habla se ha estado dirigiendo a ustedes durante más de cuarenta años. Esa es mi tragedia, no la de ustedes. Y realmente sería una tragedia para este orador si él esperase algo a cambio, si esperase que la gente cambiara, si esperase que surgiera una nueva sociedad o una manera de vivir diferente. Si lo esperase, quedaría defraudado, me sentiría dolido, creería que no había acabado de hacer lo que había iniciado. ¡No me afecta en absoluto! Si ustedes cambian o no, es asunto suyo. El cielo azul, las montañas, las flores, los pájaros, no existen para ustedes; existen para sí mismos. Así es que, señor, prosigamos con este asunto.

Somos violentos. Cuando preguntamos: «¿Por qué no han cambiado ustedes?», utilizamos una forma de violencia. Ese es el estilo comunista que lava el cerebro a las personas para su ideología. Aquí no hacemos eso. Para mí no tiene ningún sentido el convencerlos de algo. Se trata de su vida, no de la mía; su forma de vivir es asunto suyo. Pero si ustedes quieren vivir con gran felicidad y dicha absoluta, con la sensación del éxtasis, entonces caminaremos juntos y nos podremos comunicar. Si no es así, no es así, ¿qué quieren que yo le haga? Los seres humanos son violentos, pero ¿se puede erradicar totalmente esa violencia? Esa es la única cuestión que nos preocupa, no si los ricos o los pobres son los mejores; eso no tiene ninguna importancia.

Entonces, ¿podemos, ustedes y yo, poner fin a la violencia que hay en nosotros? Esto quiere decir que he de encontrar yo solo qué tipo de violencia habita en mi interior. ¿Es una violencia de tipo defensivo?

Me defiendo con la nacionalidad, con la religión a la que pertenezco, con mi ideología, sea esta comunista, católica o budista, o cualquier otra. El mismo proceso de defenderse y ofrecer resistencia ya es una forma de violencia. Cuando una nación dice que solo se está defendiendo, eso sin duda alguna quiere decir que está preparada para la lucha. Así pues, no hay defensa ni ofensa como tales, pues las dos contienen en sí mismas la violencia. Esa es una de sus formas. Luego existe otra forma de violencia que es la ira, dentro de la cual encontramos el odio, los celos, la codicia agresiva, la necesidad de dominar, de poseer; todas esas son otras formas de violencia. ¿O es que ustedes solamente llaman violencia a matar? ¿No hay también violencia cuando dicen una palabra mordaz contra alguien? ¿No hay también violencia cuando le hacen un gesto de desdén a alguien, o cuando obedecen por miedo? Así pues, la violencia no es solamente matar a alguien en nombre de Dios, de la sociedad o de la patria: todas esas carnicerías organizadas. La violencia es también mucho más sutil, mucho más profunda, y estamos dispuestos a investigarla hasta en lo más profundo. Si uno no es lo suficientemente perspicaz y claro de ideas para llegar hasta la misma raíz de la violencia, que está tanto en las capas conscientes como en las que llaman más profundas de la consciencia, entonces no sé cómo va a librarse de esa violencia. Después de todo, ¿por qué no debe ser uno violento? Damos por sentado que no debemos ser violentos y yo no sé por qué. Han sufrido ustedes en Europa dos guerras espantosas, con toda la brutalidad, los exterminios de los campos de concentración, las matanzas, y sin embargo ustedes no han cambiado. Siguen siendo alemanes, austriacos, rusos, ca-

tólicos, etc. Así es que han aceptado eso como una manera de vivir, ¿no es cierto? Es evidente, señores. ¿Pueden, de una manera voluntaria y saludable (no neurótica), acabar con eso? Empiecen con eso de una manera psicológica y verán adónde los conduce. ¿Pueden hacerlo? Un amigo de allá atrás dice que no.

I.: *(En francés.) ¿No es una cuestión de emociones?... uno tiene ataques de ira.*

K.: Indudablemente está relacionado con la emoción. ¿Qué quiere decir eso, señor? Mire, si usted me golpea por la razón que sea (quizá le he insultado), surge una emoción, la ira, pero esta ira está sostenida por el pensamiento que le proporciona esa sensación de continuidad. En lo sucesivo lo odiaré por haberme pegado y quiero devolverle el golpe, por lo que lo vigilo a la espera de mi oportunidad. Todo esto es el proceso del pensamiento.

I.: *(En francés.) ¿No se trata más bien de la relación de las emociones?*

K.: Eso es solo una parte. Veamos todo: la emoción, el pensamiento, la facultad de retener, que es la memoria; desde ese recuerdo actúo con mis respuestas condicionadas. Soy católico, comunista, me han condicionado para eso y si alguien lo ataca, lo pone en duda, me molesta, me pongo furioso, lo cual es una respuesta emocional de acuerdo con mi condicionamiento. Lo que nos planteamos es si podemos llegar a la misma raíz de la violencia y liberarnos de ella. De lo contrario no seremos seres humanos y viviremos para siempre peleándonos. Si esto es lo que us-

tedes quieren —los seres humanos aparentemente sí que lo quieren—, entonces adelante. Pero si creen que puede haber otra manera diferente de vivir, otro proceso diferente de responder a la vida, entonces podremos hablar y podremos comunicarnos. Pero si dicen que, aun sintiéndolo mucho, la violencia no puede acabar nunca, entonces ustedes y yo no tenemos ningún medio de comunicación, ustedes se han bloqueado.

I. (1): *O sea, que, como no lo sé, no tengo que decir que no hay manera de acabar con la violencia.*

I. (2): *Hablando de la violencia, enseguida llegamos al problema principal que es cómo observar sin que el pensamiento interfiera. Creo que todos los problemas son fragmentaciones, pero también creo que hay un problema principal. Entonces, ¿por qué habla usted de la violencia y no del problema principal que es cómo observar... lo que sea?*

K.: Estamos condicionados para la violencia y dentro de ella misma. Pero ¿cómo observo esa violencia? Estoy condicionado, pero ¿puedo observar esa violencia y ese condicionamiento sin ninguna distorsión? El problema es algo complejo. Tengo la mente distorsionada porque está condicionada. ¿De acuerdo? Mi mente se ha modelado durante siglos dentro de una determinada cultura, de una determinada sociedad, por medio del paso del tiempo, de las experiencias, del conocimiento, de la memoria; está condicionada, modelada, encastrada dentro de un estrecho modelo del *yo*. ¿Puede una mente así darse cuenta de su propio condicionamiento? Y cuando se da cuenta,

¿quién se da? Por lo tanto, ¿nos damos cuenta, ustedes y yo, de nuestro condicionamiento? A continuación ya podemos dar el siguiente paso. ¿Me doy cuenta de mi condicionamiento de hindú, cuando vivo en el extranjero, en medio de una cultura totalmente extraña a la india, educado como Mesías siguiendo ciertas normas? (Estoy haciendo de espejo en el que ustedes se puedan mirar.) ¿Pueden llegar a darse cuenta, a ser conscientes de su condicionamiento? Escuche, señor, soy hindú y además brahmán, educado en una cultura determinada; desde la infancia me dijeron que no matara, que no hiciese daño ni a una mosca, que no hablara mal de nadie, que no fuese agresivo; y todo esto me ha condicionado la mente desde la infancia. Y si es solamente una respuesta condicionada que dice que no seamos violentos, entonces es otro forma de violencia. ¿Entienden? Lo mismo que los católicos cuando dicen que existe el Salvador y también el pecado, y que solo el Salvador puede salvarnos. Eso es una respuesta condicionada que no tiene ningún sentido. Pero esta mente a la que desde la niñez le han dicho que no matara, que no hiciese daño, porque en la próxima vida pagaría por todo aquello, y que , por consiguiente, tenía que portarse bien, ser amable y atento, ¿puede esta mente, moldeada día tras día, percibir su propio condicionamiento y, entonces, seguir adelante? Podríamos si ustedes caminasen al lado del que les habla, no siguiéndole como discípulos y todas esas paparruchas, sino caminando a su lado. ¿Pueden ustedes darse cuenta de su condicionamiento, de nuestro condicionamiento? ¿Pueden?

I.: *¿No es el estar sin condicionamientos una especie de muerte?*

K.: No sé lo que quiere decir eso. ¿Cómo sabe usted que es la muerte? Podría ser una manera de vivir mucho más extraordinaria. ¿Por qué dice que estar sin condicionamientos sería la muerte? No lo sabemos.

I.: *Una especie de muerte.*

K.: Mire, señor, yo no lo sé. No voy a decir qué es la muerte. Para empezar, mi pregunta era si yo podía, si ustedes podían, percibir su condicionamiento.

I.: *(En francés.) No se puede, es una parte esencial de la vida.*

K.: Escuche, señor, estamos condicionados por el clima, por la alimentación que tomamos, por los periódicos que leemos, por los que están con nosotros, por la esposa, por el marido, por el trabajo, por los medios técnicos, por todas las influencias y experiencias. ¡Ya lo creo que estamos condicionados! Entonces, ¿puedo darme cuenta de ese condicionamiento, aunque solo sea de uno de ellos?

I.: *(En francés.) Podríamos empezar con esa certeza.*

K.: Tanto si es un condicionamiento placentero, como si no lo es, ¿se da usted cuenta de él?

I.: *Un condicionamiento está relacionado con otro.*

K.: Sí, señor; ya sé que todos están relacionados entre sí, pero lo que digo es que empecemos con un solo condicionamiento, como, por ejemplo, inglés, fran-

cés, católico, o si usted se inclina por el comunismo, o alguna aberración sexual determinada... ¡solo un condicionamiento!

I.: *Yo me doy cuenta de alguno de mis condicionamientos, pero no ocurre nada.*

K.: ¿Por qué debería ocurrir algo? No ocurre nada porque usted no se siente como un prisionero atrapado entre las cuatro paredes del condicionamiento. Un prisionero entre esas cuatro paredes gritaría: «¡Estoy encerrado y quiero salir de aquí!».

I.: *Señor, sí que es posible darse cuenta del condicionamiento, del estado en que uno se encuentra. Yo lo sé.*

K.: Escuche, por favor. Sea consciente de un solo condicionamiento; vea hasta dónde es consciente de ese condicionamiento y de si disfruta con él o quiere, por el contrario, romper con *todos* los condicionamientos.

I.: *Señor, creo que yo era consciente hasta un cierto grado de mi condicionamiento de judío durante la reciente crisis de Oriente Medio y recuerdo que me proporcionaba un enorme placer mezclado con gran malestar.*

K.: Sí, señor; cuando uno se da cuenta de su condicionamiento de judío, hindú, negro, o lo que sea, entonces se produce no solo placer, sino también como usted bien dice, gran malestar. Ahora bien, ¿produce este condicionamiento una sensación de estar apri-

sionado, o no? O, por el contrario, usted dice, bueno el placer me compensa la molestia y por lo tanto todo está bien. ¿Entiende lo que quiero decir? O dice usted no me compensa lo suficiente.

I.: *Hay algo en mi interior que me dice que no me compensa lo suficiente.*

K.: Bien, hay algo en su interior que le dice que no lo compensa, y ¿hasta dónde piensa usted llegar en esta cuestión antes de ponerle fin? Este es todo el problema. Uno sabe bien que está condicionado: he tenido dinero, placeres, voy a clubes nocturnos, me lo paso bien, etc.; estoy condicionado porque soy pobre y quiero más dinero, más comodidades, más de esto, más de aquello. Ahora bien, cuando me doy cuenta de todo esto, ¿hasta cuándo lo voy a estar examinando antes de ponerle fin? Porque la mayoría de nosotros somos conscientes de nuestros condicionamientos. A poco sensitivo, reflexivo o serio que uno sea, se da cuenta de sus condicionamientos y también de sus peligros y resultados. Si soy consciente de ser hindú, diferente a los chinos, entonces estaré siempre peleándome con ellos; pero si me doy cuenta de hasta qué extremos le puede llevar a uno, a qué grado de ansiedad, brutalidad y odio, entonces desearé acabar con todo eso. Así es que, repito, ¿hasta dónde esta usted dispuesto a llegar en esto del condicionamiento de la violencia?

I.: *¿Hasta dónde se atreve a llegar cualquier hombre en la percepción de sus condicionamientos sin ponerse al borde del precipicio?*

K.: Cuando se llega al borde del precipicio se sabe lo peligroso que es el condicionamiento, pero si no se llega a él, lo que se hace es jugar. Entonces, ¿está usted dispuesto a llegar en su percepción del condicionamiento hasta llegar al precipicio? ¡Y entonces actuar! ¿O está usted solo jugando con sus condicionamientos y manteniéndose a una distancia de seguridad?

I.: *La mayoría de las personas no son conscientes de sus condicionamientos y están satisfechas tal como son. No ven otra manera de vivir. Pero si, como consecuencia de estos condicionamientos, las circunstancias de la vida nos han herido hasta lo más profundo, se nos abrirán los ojos. Sin embargo, esto es raro que ocurra.*

K.: Si usted es consciente de sus condicionamientos, ¿hasta dónde llegará en su aproximación al punto en que no tendrá más remedio que actuar?

I.: *Y entonces...*

K.: No diga «y entonces», no lo diga. Eso es una suposición.

I.: *¿Por qué, cuando veo una parte de mis condicionamientos, no veo el precipicio? ¿Por qué?*

K.: Espere. ¿Quiere que hablemos de eso? Es decir, usted es consciente de sus condicionamientos, pero no acaba de llegar al punto en que tiene que actuar como cuando se enfrenta a un peligro, a un precipicio. ¿Por qué? ¿Se trata de pereza?

I.: *Sí.*

K.: Espere, señor. No conteste tan deprisa. ¿Se trata de la pereza, que quiere decir falta de energía? ¿Le faltará energía cuando sea realmente peligroso?

I.: *Si no sufrimos por causa de nuestros condicionamientos, es que estamos satisfechos. Por ejemplo, creo que estoy seguro dentro de mi patria.*

K.: En primer lugar, me doy cuenta de mis condicionamientos, pero no veo cuáles son sus resultados. Eso por un lado. Soy nacionalista y no veo adónde conduce esa actitud, así es que me gusta, me lo paso bien, la encuentro placentera. Pero si viese el peligro que representa, por ejemplo las guerras, entonces actuaría. ¿De acuerdo? Ahora bien, o no veo el peligro que representa, o no lo quiero ver por el placer que se deriva de ser nacionalista; y para ver ese peligro he de tener la energía necesaria para llegar hasta sus últimas consecuencias. ¿Por qué no tengo esa energía? Vamos a ceñirnos a esta cuestión.

I.: *También es peligroso quedarse solo, sin un grupo, sin estar ligado a nada.*

K.: Por supuesto, señor. Quedarse, estar solo es de lo más peligroso, todos queremos estar con alguien; pero esta es otra cuestión.

I.: *Si realmente viésemos... con todas sus consecuencias... pero no lo vemos así.*

K.: Un momento, espere; eso es lo que estoy diciendo. Si viésemos que el nacionalismo es un peligro para nuestra propia seguridad (conduce a la guerra y a la propia destrucción), si lo viésemos, actuaríamos, ¿no es así? Así es que la cuestión es que no vemos. Por favor, centrémonos solo en esto. ¿Qué queremos decir con *«ver»?* Es decir, veo de una manera racional por medio del pensamiento, del análisis, del examen, que el espíritu nacionalista realmente conduce a la guerra; en ese análisis no hay ningún contenido emocional, es una disección intelectual en toda su pureza; pero cuando existe ese contenido emocional (porque me amenaza) entonces me lleno de vitalidad. Así pues, la cuestión es, ¿qué queremos decir con *«ver»?* ¿Veo detalle tras detalle y luego los junto todos y digo que ya lo he visto y que por eso actúo? ¿O veo el condicionamiento nacionalista e inmediatamente sus consecuencias? ¿Me entiende, señor? Solo cuando veo algo inmediatamente veo el peligro... no como un proceso del pensamiento ni del análisis. Cuando vemos un precipicio, la acción es inmediata. Así es que, *¡ver es actuar!* ¿De acuerdo? No se trata de que yo vea y posteriormente cree una idea y a partir de esta idea actúe. Eso sí es lo que estamos haciendo, por lo cual entre la idea y la acción surge el conflicto, y como consecuencia de este nuestra energía se disipa.

I.: *(En francés.) Eso lo he entendido, pero...*

K.: Señor, en primer lugar permítame digerir lo dicho [risas], permítame asimilar lo que se acaba de decir, que ya es difícil. El que está hablando dice que ver es actuar, o sea, que si veo una serpiente, la ac-

ción es *inmediata*. Veo un precipicio, y actúo. (Esto es muy complejo; vayamos despacio.) Ahora bien, veo algo, a continuación tengo una idea o conclusión de lo que he visto, y a partir de esa conclusión actúo; de manera que existe una separación, un intervalo, entre ver y actuar.

I.: *Es fácil ver el peligro del nacionalismo, pero ver el peligro del dinero es más difícil.*

K.: El dinero es igualmente peligroso. Yo veo el condicionamiento como una idea. Tengo una idea sobre mi condicionamiento: que he de librarme de este. Con esa idea me doy cuenta del condicionamiento. Así es que lo que se ve no es un auténtico ver con atención, sino una idea que ve otra idea. ¿De acuerdo? Por lo tanto, no existe la acción. Así pues, examinémoslo otra vez. ¿Cómo veo mis condicionamientos? Esa es la primera cuestión: ¿Cómo los veo; cómo me doy cuenta de ellos? ¿Es igual que darse cuenta de que ahora está lloviendo? La lluvia es un hecho que realmente está ocurriendo, no es una idea, realmente está lloviendo en este momento. Tal vez no le guste, sobre todo pensando en cómo va a salir de aquí hasta llegar a su coche; pero el hecho es que está lloviendo y eso no es una idea. Ahora bien, ¿cuando ve sus condicionamientos, los ve como ahora mismo está viendo esta lluvia?

I.: *La diferencia entre esos dos estados estriba en que en uno de ellos la impresión tiene una urgencia absoluta (como cuando uno ve el precipicio u oye la lluvia); pero la crisis del momento está casi invariablemente diluida por una corriente de impresiones que penetran y perturban nuestra atención. Así que...*

K.: Mire, señor, cuando usted ve un peligro actúa de inmediato. La acción es inmediata porque usted ya ha conocido anteriormente el peligro, ya le han dicho antes que tenga cuidado con las serpientes, o quizá incluso le haya picado alguna, o haya oído que las serpientes son venenosas e incluso conozca a alguien a quien le hayan picado y haya muerto por eso. Así pues, tenemos ese recuerdo que, cuando vemos a una serpiente, responde de manera inmediata. Así que esa respuesta al peligro ya es *vieja;* usted ya sabe lo peligrosas que son las serpientes. Eso no es una respuesta directa; es una respuesta cultivada en la que está involucrado el tiempo. ¿De acuerdo? Cuando usted era niño le decían que tuviera cuidado, y ahora de mayor, cuando ve una serpiente, lo recuerda. Esa forma de ver es una respuesta cultivada e instantánea. Ahora veamos la otra, la siguiente: usted es consciente de su condicionamiento, pero también tiene el recuerdo de que es placentero, de que es correcto, de que no puede vivir en este mundo sin estar condicionado, etc. De nuevo se trata de una respuesta del tiempo, del recuerdo. Pero estamos hablando de una respuesta que no es del tiempo ni mucho menos, que no es una respuesta cultivada.

I. (1): *(En francés.) Hay que borrar el recuerdo.*

I. (2): *La dificultad estriba en las dos formas de ver: «Estoy condicionado» y «está lloviendo». Las dos se identifican equivocadamente como iguales.*

K.: Desde luego, señor. Escuche, ¿puedo ver sin que el pensamiento esté activo? La actividad del pensa-

miento es el recuerdo, porque todo pensamiento es la respuesta del recuerdo, por lo tanto siempre es viejo.

I.: *Y el problema se produce con el recuerdo.*

K.: Cuando veo un peligro, actúo. En esa acción, que parece espontánea, está involucrado el recuerdo instantáneo; por lo tanto, no es espontánea ni inmediata; ha sido calculada. Luego está el ver mi condicionamiento y la respuesta que le doy según mis recuerdos: placer, dolor, satisfacción, etc. Y así decimos que tal forma de ver no produce una acción inmediata, lo cual no es recuerdo. Pero solo cuando podemos observar sin la actividad del pensamiento, que son recuerdos, solo entonces nos abrimos camino a través del condicionamiento. Espere; espere un momento, señor. Mire, es algo extremadamente complejo, no se trata de estar o no de acuerdo, pues es un problema tremendo. ¿Puedo observar a mi amigo, a mi esposa, a mi marido, sin la imagen? La imagen que he creado de ella y ella de mí, estas dos imágenes tienen relaciones, que son recuerdos, y ahora pregunto: ¿Puedo observar a mi esposa, o a mi esposo, sin la imagen? No, no me conteste, ¡averígüelo! ¿Puedo observar mi condicionamiento sin la imagen? ¿Puedo observar mi condicionamiento sin otro condicionamiento? Si no, un condicionamiento que observa a otro condicionamiento lo único que crea es conflicto, es decir, un derroche de energía. Así pues, ¿puedo observarlo a usted, o usted a mí, sin la imagen que tiene de mí, o yo tengo de usted? O lo que es lo mismo, ¿puedo observar todo lo que constituye la vida como si fuera nuevo?

I.: *Eso implica...*

K.: No implica nada. ¡Hágalo!

I.: *Implica morir, señor.*

K.: No sé lo que implica; ¡hágalo!

I.: *Eso significa el abandonarse...*

K.: Está teorizando. Oiga, ¿puedo observarlo como si lo viese por vez primera, aunque lo haya conocido desde hace cuarenta años? ¿Puedo observar ese cielo, aquel rostro, a aquel amigo, como si lo hiciese por primera vez? Si uno no puede hacerlo, entonces no hay manera de que entienda nada de este asunto del condicionamiento. Quizá me dé cuenta de mis condicionamientos, pero ese no es el problema, eso es algo de poca importancia. Hay una cuestión mucho más profunda que está relacionada con el condicionamiento y es que nunca podemos dejar de observar sin él, ¡nunca! Por lo tanto, siempre estamos viviendo en el pasado, con lo que está muerto. Y darse cuenta de esto es algo terrible —¿entiende usted, señor?—, darse cuenta de que uno está observando la vida desde un pasado muerto. ¡Darse cuenta! ¡Sentirlo!

I.: *Pero estamos condicionados desde que nacemos. Únicamente podremos ver sin los condicionamientos si no dejamos que se introduzca el tiempo, lo que significa ser conscientes espontáneamente.*

K.: ¡Eso es lo que he dicho, señor! Decía que desde el momento en el que nacemos hasta que morimos

estamos condicionados, así es que, si le gusta, siga por ese camino.

I.: *Pero así es...*

K.: Eso es lo que decíamos y todos estábamos de acuerdo.

I.: *Tenemos que ser conscientes continuamente...*

K.: Por favor, señora, no reduzca todo a un «ser conscientes continuamente». Vea únicamente esto con toda claridad: que nunca podré ver algo si no es con mis ojos condicionados. ¡Ahí está! Cuando me doy cuenta de eso, quedo profundamente afectado, ¿entiende? Cuando me doy cuenta de que soy un ser humano que está muerto, me quedo totalmente conmocionado. ¿No es así?

I.: *Y puedo ver algunas veces...*

K.: ¿Se da usted cuenta de que es un ser muerto cuando dice que ve con sus condicionamientos y que, por lo tanto, observa la vida con el pasado? Eso es todo. ¿Puede uno darse cuenta de eso?

I.: *¿Cómo sabe usted que los seres humanos estamos condicionados si usted mismo no se implica? Quiero decir que usted nos dice que...*

K.: No, señor, yo no les digo nada.

I.: *Pero usted está hablando...*

K.: Yo hablo porque, según ya dijimos al principio de estos encuentros, esto es un diálogo, una conversación entre dos personas serias con ganas de investigar la cuestión de la violencia y del condicionamiento. Y entonces vemos que observamos la vida con nuestros condicionamientos, esa vida integrada por las relaciones con mi esposa, o mi marido, con mis vecinos, o con la sociedad. Todo lo observamos con los ojos cerrados. Y eso es todo. Entonces, ¿cómo podemos abrir los ojos? Nadie puede hacerlo. Las religiones han intentado destrozárnoslos con sus creencias, dogmas, rituales, etc. Y, por otra parte, los comunistas dicen que nunca podremos vivir sin condicionamientos, que eso es inherente a la vida, y que siempre viviremos en la prisión, la cual solo podremos ir decorándola cada vez más. Pero aquel hombre que dice que esa no es una manera de vivir en libertad necesita encontrar una salida, y encontrarla significa darnos cuenta de nuestros condicionamientos y descubrir que observamos nuestros condicionamientos mediante nuestros ojos que están a su vez condicionados. ¡Vean si pueden vivir en ese estado! No sé si ustedes sabrán que en la India he observado a muchas serpientes y cobras venenosas, a veces varias a mi alrededor, y ¿saben lo que ocurre? ¡Que uno está tremendamente alerta! ¡Uno lo observa todo! ¡Los nervios, los ojos y los oídos están atentos a cada movimiento! Y esa es la manera de vivir con uno mismo... sin volverse loco.

3 de agosto de 1967

Diálogo 3



CON su permiso, continuaremos con lo que estábamos hablando ayer, que era sobre la violencia, pero antes creo que deberíamos dejar bien claro cuál es la finalidad de estos diálogos. Por ahora me parece de una inutilidad total el preocuparse por los demás, tanto si son ricos como pobres. Nuestra preocupación ha de radicar en la transformación que necesita nuestro interior, porque, como decíamos el otro día, nosotros somos el resultado de la sociedad que cada uno de nosotros ha creado. En el estado en que vivimos no hay diferencia entre lo externo y lo interno o psicológico de la sociedad. Estamos tratando de entender la estructura y la naturaleza de la psique de cada uno de nosotros y nuestra preocupación es el realizar una transformación radical que sería la superación de este conflicto, de esta violencia que no solo es externa, sino también interna, en forma de conflictos y contradicciones que originan agresiones, odios y antagonismos. Estamos intentando comprender qué es esta violencia, qué es esta agresividad, y si se puede superar. Así pues, esto es lo que vamos a investigar en los sucesivos diálogos.

Ayer hablábamos de la cuestión del «ver»; de cómo observamos las cosas, tanto las que están fuera como

las que están dentro de nosotros. Cuando vemos un peligro de cualquier tipo, nuestra respuesta a él depende de los recuerdos que hayamos cultivado. Cuando vemos un precipicio o un animal peligroso actuamos inmediatamente, pero en esa acción inmediata se encuentran todos los recuerdos que hayamos cultivado y que son los que responden de una manera instantánea, lo cual se puede observar. Además, cuando nos observamos a nosotros mismos, lo hacemos con nuestra mente condicionada, con lo cual esta vuelve a cultivarse y por eso decimos que mientras sean los recuerdos condicionados los que respondan de cualquier manera posible, no habrá comprensión, no habrá «visión». La acción se produce solo cuando ver es actuar, con una visión que no esté condicionada. No hay ninguna dificultad para entender esto, lo que ocurre es que la dificultad surge cuando hay que aplicarlo, cuando hay que actuar. Nuestra actuación depende de nuestros condicionamientos. Repito que esto es muy evidente. Si soy comunista, socialista, católico, hindú, seguidor del zen, o de lo que sea, mis acciones dependerán de mi pasado, de mis condicionamientos. Esos condicionamientos quizá sean el producto de los siglos, o tal vez solo de unos pocos días. Por lo tanto, la acción se produce de acuerdo con una idea que ha sido cultivada. Esto sigue estando bastante claro, ¿no es así?

Ahora bien, mientras haya una separación entre la idea y la acción, ha de haber contradicción y por consiguiente conflicto, el cual es violencia, ¿no? Digamos que tengo una ideología, soy católico, comunista, lo que sea, y que según esa ideología, ideal o tradición, llevo a cabo una acción; trato de que la acción se aproxime al ideal y entonces surge la contradicción y con

ella el conflicto. La propia naturaleza de la violencia es esta contradicción, ¿de acuerdo? Soy violento y al mismo tiempo también me siento amable, así que surge la contradicción, la cual contribuye a una mayor violencia, y por eso nos preguntamos si tenemos alguna posibilidad de realizar actos que no estén condicionados ni supongan esfuerzo o violencia. Por favor, señores, esto exige una tremenda investigación y comprensión, no tiene que aceptarse. Todos tenemos ideales. Para mí, para el que les habla, cualquier tipo de ideal o ideología, ya sea esta comunista, católica, hindú o cualquier otra, es algo que no tiene sentido, que impide la comprensión de toda la estructura de la violencia. ¿Estamos todos de acuerdo hasta aquí? ¿Qué me dicen ustedes? Esto no es una charla mía, es un diálogo entre todos nosotros, una conversación.

INTERLOCUTOR: *¿Qué es lo que ve y actúa al mismo tiempo?*

KRISHNAMURTI: Ustedes saben que las diversas acciones, la mayoría de ellas, están basadas en los recuerdos, en una idea, en un concepto, en una fórmula: lo que debería ser, lo que ha sido y lo que tiene que ser, y a partir de ahí actuamos. ¿No? ¿Están ustedes seguros de que se comprende todo esto? Así es que decíamos que mientras haya división entre la acción y el ideal habrá contradicción, porque el ideal es siempre lo viejo. Los ideales son siempre el resultado del pasado proyectados en el futuro, por consiguiente son siempre lo viejo; pero la acción está siempre en el presente, es el presente activo, actúa. Ahora bien, lo importante es comprender esto, no solo verbalmente, sino ver realmente cómo actuamos cada uno de nosotros y ver tam-

bién lo que implica esta acción (es decir, la idea y la acción, y el conflicto implícito, que es contradicción), y preguntarnos si es posible actuar sin la idea. ¿De acuerdo?

I.: ... *está la acción de que está hablando, o también el pensar, en el interior...*

K.: Puede hablar en italiano.

I.: *(En italiano.) Cuando vemos un peligro, la acción surge con rapidez, y en esta rápida acción está implícita la memoria. ¿Está relacionado lo que usted habla con la acción, que es instantánea y también una respuesta de la memoria?*

K.: Mire, señor, pondremos otro ejemplo, veámoslo de un modo totalmente diferente. Si yo le hago una pregunta sobre algo que le es muy conocido, como su nombre, o dónde vive, su respuesta será inmediata. ¿Por qué? Porque sabe muy bien su nombre o su domicilio, por eso la respuesta es inmediata. Pero también en esa inmediatez se produce un intervalo de tiempo; no es instantánea, hay un intervalo, y en esa fracción de tiempo la mente ha actuado con extraordinaria velocidad y ha ofrecido la respuesta. ¿De acuerdo? Si hacemos una pregunta más complicada, se producirá un intervalo mayor de tiempo hasta que llegue la respuesta. En él la memoria está trabajando, buscando, preguntando, investigando, y luego de haber encontrado la solución responde. Y si la pregunta es más que complicada, entonces usted tardará mucho más: días, semanas, meses quizá. Todo esto significa una actividad dentro del campo de la memoria, tanto

si es instantáneo como si se requiere un lapso de tiempo; todo esto significa la actividad de la memoria y la memoria está siempre condicionada. Bien, nos preguntamos si en esa actividad de la memoria, que está siempre condicionada, y por consiguiente siempre creará contradicciones, por lo tanto conflictos (y conflicto significa violencia), nos preguntamos si puede haber una acción que no esté condicionada. Así es que nos preguntamos si puede haber una acción —por favor, entiéndanlo bien—, una acción en la que no haya un intervalo de tiempo. ¿Entienden? De manera que tenemos que investigar mucho más a fondo esta cuestión de qué es el pensamiento y la consciencia.

I.: *Señor, no veo por qué ese intervalo de tiempo tiene que ser siempre la respuesta de la memoria. Después de todo, no podemos detener la inteligencia que tenemos por limitada que sea... como, por ejemplo, una valoración inteligente cuando nos enfrentamos con una determinada situación.*

K.: Espere. Vea que a pesar de que ha intervenido esa inteligencia también se ha producido violencia. Entonces, para librarse de esta, hemos de hacer surgir una inteligencia de una cualidad diferente. ¿De acuerdo? Y eso es lo que estamos buscando y preguntándonos. La inteligencia que hemos cultivado —que es el resultado del tiempo y de la memoria—, esa inteligencia está dentro de las limitaciones del pensamiento.

I.: *Pero esta acción sin ningún ideal también puede ocasionar conflictos.*

K.: Por supuesto, señor, por supuesto.

I.: *Podría ser un buen ejemplo el de un niño pequeño, recién nacido, que ve por primera vez el fuego, le atrae la luz del fuego, pero cuando lo toca y se quema...*

K.: Todos conocemos la historia, señor. ¿Qué quiere decir?

I.: *Pero el niño lo ha hecho sin tener ninguna idea.*

K.: Y después ya tiene la idea y actúa de acuerdo con ella. Así es, señor; ya lo sabíamos. Eso es lo que todos estamos haciendo todo el tiempo.

I.: *Pero si hacemos algo de acuerdo con una idea, no siempre acaba en conflicto, puede que su resultado sea algo racional o algo así... nunca se sabe. Si uno ve un animal por vez primera y no sabe de qué clase es, lo observa sin recuerdos previos, sin conocimientos anteriores, no sabe cómo va a reaccionar...*

K.: Mire, señor, tenemos que examinar esta cuestión de la memoria. ¡Y yo que creía que ya la habíamos explicado suficientemente! No podemos vivir sin memoria. ¿De acuerdo? Si no tuviéramos nada de memoria, viviríamos en un estado de amnesia y no sabríamos lo que estábamos haciendo, nuestro nombre, nuestra casa, nada. La memoria, evidentemente, ocupa un lugar adecuado. Nos hemos matado unos a otros durante siglos en nombre de Dios, en nombre de la paz, en nombre de la nacionalidad; todo eso está almacenado en la memoria y respondemos se-

gún aquellos recuerdos almacenados allí. Y esas respuestas han producido resultados desastrosos, pero también otros muy buenos; en el mundo científico han producido cosas extraordinarias, pero también se han producido horribles guerras. No nos preocupan los buenos resultados de la memoria, sino la destructiva cualidad de la mente que está condicionada. ¿De acuerdo? ¿Podemos continuar a partir de ahí, y no ir unas veces avanzando y otras retrocediendo?

Nos preguntamos si es posible realizar una acción sin que surjan conflictos ni contradicciones. Esa es la cuestión. Una acción que no introduzca el conflicto en nosotros, pues ya dijimos que el conflicto de cualquier tipo es violencia; el conflicto originado cuando me someto a la disciplina de un modelo, o cuando suprimo las sensaciones a causa de un ideal. Esa disciplina, ese conformismo, es esfuerzo, es una contradicción que necesariamente engendrará violencia. Creo que esto está claro, ¿no? Por lo tanto, preguntamos si existe una acción que no sea el resultado de la contradicción. Ahora procedamos a averiguarlo, no intelectual ni verbalmente, sino de una manera real e interna, lo cual significa que tenemos que examinar todo el ámbito de la consciencia. ¿Qué es la consciencia? ¿Qué es el pensamiento? ¿Quién es el observador que dice «estoy pensando» y «esto debería ser o no ser así»? ¿De acuerdo? Procedamos, pues.

¿Es toda consciencia el resultado de la contradicción? ¿Entienden la pregunta? ¿Puedo conocer un estado de la mente en el que no exista ningún tipo de contradicción en absoluto? ¿Puedo conocer un estado del ser en el que cualquier tipo de conflicto ya haya desaparecido? ¿O lo único que puedo conocer es el conflicto? ¿Entienden la pregunta? Averígüenlo, se-

ñores, este viaje lo hemos emprendido juntos, no se limiten solo a escuchar mis palabras; estamos explorando juntos y exploramos el estado de la mente.

I.: *¿Surge el conflicto por darle un significado a las cosas creadas por el pensamiento?*

K.: Escuchen, mi problema es que soy consciente, consciente de esta carpa y de las personas que hay bajo su toldo, consciente de que estoy hablando, consciente de las limitaciones de mis sentimientos y pensamientos y de que me percato de mis limitaciones. Y esas limitaciones son mi consciencia, ¿no es así? ¿No?

I.: *¿Qué quiere usted decir con «limitaciones»?*

K.: Estoy limitado por mis pensamientos e igualmente estoy limitado por mis sentimientos. Estos sentimientos son muy mezquinos, egoístas; mi amor está lleno de odio, envidia y celos. Y con esta consciencia es con la que vivo.

I.: *Sin nada de eso no habría conflicto.*

K.: Espere, espere, vamos a averiguarlo. ¿Soy consciente solo por medio de mis limitaciones? ¿Soy consciente solo del contenido de estas limitaciones? Es decir, que soy consciente del contenido que hay en mí —mis pensamientos, mis sentimientos, mis preocupaciones, mis esperanzas, mis desesperanzas, mi soledad, mi sentido de culpabilidad—, y por ser consciente de estos contenidos también soy consciente de las limitaciones de mi consciencia.

I.: *Pero también soy consciente de otras cosas, señor, por ejemplo, lo estoy viendo ahora ahí.*

K.: Limítese a esto por el momento.

I.: *¿Quiere usted decir que las limitaciones que ve son solo lo que usted quiere ver?*

K.: No, no, no. No se trata de lo que yo quiera ver.

I.: *Está usted creando una barrera con lo que ve; sea lo que sea. Es una barrera.*

K.: ¿Me permite una pregunta? ¿Qué es la consciencia para usted?

I.: *Estar despierto.*

K.: ¿Cuándo sabe usted que está despierto?

I.: *Supongo que cuando tengo una experiencia.*

K.: Examínelo de la manera más sencilla. Dígalo con toda sencillez. ¿Cuando sé que estoy despierto?

I.: *Yo no sé que estoy dormido. Después es cuando recuerdo que estaba dormido.*

K.: Escuche, señor, por favor, recapacitemos sobre esto de la manera más sencilla que podamos. Me duermo y me vuelvo a despertar a mi rutina diaria, a mis problemas cotidianos, a mis preocupaciones de cada día, a mis aprensiones, temores, alegrías... despierto a todas esas cosas. Esto por una parte. Tam-

bién despierto a todas las motivaciones... si es que las consigo percibir. Ahora bien, ¿qué me hace despertar, y mantenerme despierto? ¿Lo estamos examinando de una manera equivocada?

I.: *El conflicto y la percepción de las limitaciones de mi pensamiento me mantienen despierto.*

K.: Escuche, señor, si usted no tuviera ningún conflicto de ningún tipo, ¿diría que está despierto?

I.: *Creo que sí. Quiere usted decir que si no hay conflictos o algo parecido...*

K.: No, no, yo no he dicho eso, señor. Lo que le he preguntado es que si usted no tiene ningún conflicto, de ningún tipo, entonces, ¿en qué estado se encontraría? ¿Diría entonces que está despierto? ¿O sabe solo que está despierto por medio del conflicto?

I.: *(En francés.) Estoy consciente cuando estoy abierto a las impresiones («quand je me sens disponible», cuando me siento disponible).*

K.: ¿Cuándo está usted consciente, señor? Siga con esto un par de minutos. ¿Cuándo se siente dolido? ¿Cuando está alegre o cuando reacciona? Si no es así, estaría muerto o dormido. Por lo tanto, solo sabe que está consciente, despierto, cuando hay de por medio un estímulo y una reacción. ¡Eso es todo! Espere, señor; solo estamos hablando de eso. Así es que solamente estoy consciente cuando existe un reto ante el que reacciono, y esta reacción origina conflicto. Si la reacción, la respuesta, es completa, en-

tonces no hay conflicto; ni siquiera sé que estoy reaccionando, con lo cual ni siquiera conozco el reto, el estímulo, porque estoy totalmente despierto. ¡Ya sé que esto parece una bobada utópica! A lo único que apunto es a una cosa: estoy despierto solamente cuando existe el reto y la respuesta al mismo, y esta respuesta no es completa para el reto, no es la adecuada para él. ¿De acuerdo? Todo esto quiere decir que cuando existe el reto y no actúo o reacciono de una manera completa ante ese reto, o estímulo, surge el conflicto. Así pues, lo único que conozco es el conflicto, ese conflicto que me hace decir que estoy consciente. Pero espere un momento, cuando digo «te quiero», ¿surge el conflicto?

I.: *¿Qué significa «querer»?*

K.: Le ruego al señor que no empiece a analizar, ya analizaremos dentro de un poco; ahora escuche un momento. Cuando digo «te quiero», ¿surge el conflicto?

I.: *Bueno, si surge el conflicto, entonces uno lo diría cuando está dormido.*

K.: Así es.

I.: *Señor, eso de estar dormido o muerto todo el tiempo debe abarcar periodos en los que nuestra consciencia quizá no sea como usted la describe. ¿Podría usted señalarnos uno de estos periodos para que podamos conocerlo?*

K.: Escuche, señor, ¿qué estamos tratando de averiguar? ¿Qué estamos tratando de hacer entre todos?

Estamos intentando averiguar si la violencia, que es conflicto, puede acabarse. ¿De acuerdo? No de una manera superficial, sino profunda. Y al examinar esto observamos todo el proceso de la memoria, ese estado de la mente que está en conflicto perpetuo. Y como estamos inmersos en el conflicto, también lo estamos en el sufrimiento, y tomamos consciencia. ¿De acuerdo? Cuando somos completamente felices —¿entiende, señor?—, ¿tenemos consciencia de serlo?

I.: *Cuando uno es feliz, la consciencia es de un tipo diferente.*

K.: No introduzca otros factores, señor, limítese a uno solo.

I.: *Pero es que hay otros factores.*

K.: Sí, ya sé que hay muchos otros factores.

I.: *Entonces su pregunta no tiene ningún sentido.*

K.: Cuando no tiene sentido es cuando introducimos todos los otros factores, sin embargo, lo que pregunto es algo muy sencillo. Cuando uno es inmensamente feliz, ¿es consciente de serlo?

I. (1): *No.*

I. (2): *Sí.*

I. (3): *Uno deja de observarlo.*

K.: Cuando uno está muy furioso, en ese mismo momento, ¿está consciente, o esto ocurre después? Cuando, por cualquier motivo, uno está inmerso en un estado extraordinario de felicidad, en ese mismo momento no está consciente de él. Más tarde es cuando uno empieza a decir: «Qué extraordinario momento he tenido, ojalá lo pudiera repetir», etc. De manera que tanto el conflicto como aquel estado en el que no lo hay se encuentran dentro del campo de la consciencia. ¿De acuerdo? ¿No?

I.: (No se oye bien.) ... *un niño pequeño o un animal...*

K.: Señor, no hablamos de niños ni de animales, hablamos de nosotros, de usted y de mí, no de un niño ni de un animal. Aquí estoy yo. Escúcheme, aquí estoy yo, y usted ahí... Nuestro problema es que hemos vivido inmersos en la violencia durante tantos siglos. Como seres humanos que somos nos preguntamos: ¿Podemos librarnos de esta violencia? Y al hacernos esta pregunta ya estamos explorando; no retrocedemos a la niñez o a los animales. El animal también es violento y nosotros quizá hayamos heredado esa violencia, o tal vez esa violencia se haya creado como resultado de la sociedad, como una cultura. Pero lo cierto es que somos violentos y que nos preguntamos si puede tener fin esa violencia... en usted y en mí.

I.: *¿No se llama consciencia la sensación de estar separado de los otros seres humanos?*

K.: Sí, señor, y eso es solo una parte; cuando hay separación entre el observador y lo observado.

I.: *¿Ha dicho usted que tanto el no ser consciente en el momento en que nos domina la ira o la pasión, como su recuerdo inmediato, están dentro del campo de la consciencia?*

K.: ¿Lo están?

I.: *Tienen que estar, pues de lo contrario no lo podríamos recordar.*

K.: Desde luego. ¿Qué es lo que preguntamos, señor? Estamos tratando de averiguar la naturaleza del conflicto, el cual es violencia. Ahora bien, este conflicto en el que hemos vivido ha creado una consciencia en la cual vemos que hay un observador y un observado. ¿De acuerdo? Un yo y un no yo, lo cual quiere decir que hay una separación entre el observador y lo observado. ¿De acuerdo? Por lo tanto, ¿no durará esta violencia, este conflicto, mientras exista esta separación?

I.: *La separación y el conflicto de nuestro interior cesarán cuando renunciemos a todo.*

K.: Escuche, señor, no renunciamos. Eso es solo una teoría; «cuando renunciemos a todo». No podemos renunciar a todo. Hemos de tener alimentos, hemos de tener con qué vestir, un lugar para alojarnos. Mire usted, vamos a simplificarlo, ¿le parece? Yo no quiero ser violento, ¿cómo me las arreglaré? ¿Qué tengo que hacer? He intentado la vía de la represión, he intentado la vía de la conformidad, he intentado identificarme con algo grandioso que llamo paz, amor, Dios, y tampoco he resuelto nada. ¿De acuerdo? ¡He

intentado todo! Lo he hecho porque realmente no quiero ser violento, porque para mí la violencia es una enfermedad, y una mente saludable no debe tener ningún tipo de enfermedad. Así es que me pregunto, ¿qué tengo que hacer? Cosas tan lógicas como renunciar a la nacionalidad, a las creencias religiosas, a los dogmas... eso se acabó... ya no tienen ningún significado... pero sigo siendo violento, sigo siendo agresivo, ambicioso. Y ahora me pregunto, ¿qué tengo que hacer?

I.: *El conflicto es el resultado de la educación. Si eliminamos todos esos conflictos desde la educación, ya no estamos vivos.*

K.: Sí, señor, lo entiendo, pero contésteme esta pregunta: ¿Querría decirme cómo librarme de la violencia? Eso es lo único que pregunto. He probado con la educación, con la religión, con el autocontrol, con la amabilidad y la generosidad, y sin embargo, tengo momentos en los que soy tremendamente violento. Mi problema es el siguiente: ¿Qué tengo que hacer para librarme de esta violencia?

I.: *Pero esta cuestión es una forma sutil de violencia.*

K.: No, no; no lo es. Dicho de otra manera: lo que yo quiero es vivir completamente en paz con el mundo y conmigo mismo. Lo cual no significa echarse a dormir o ponerse a vivir en las montañas, en una cueva, o cosas por el estilo de absurdas. Lo que yo quiero es vivir en paz. ¿Qué tengo que hacer?

I.: *No podrá hacerlo.*

K.: «No podré»... ¡entonces mi problema se ha resuelto! No puedo vivir en paz. ¡Pero yo sí que quiero vivir en paz! Escuchen, señores, se lo pido por favor, escuchen. Yo quiero vivir en paz. ¿De acuerdo? No se trata de una idea ni de una fórmula. No quiero exhalar un solo hálito de odio, de celos, de preocupación, de temor. ¡Quiero vivir completamente en paz! Lo cual no quiere decir que quiera morir. Quiero vivir en este mundo, quiero desempeñar mis actividades, quiero contemplar los árboles, las flores, las mujeres, los muchachos, las chicas... quiero seguir contemplándolos y al mismo tiempo vivir completamente en paz conmigo mismo y con el mundo. ¿Qué tengo que hacer? Pero ustedes no formulan esta pregunta; las que llegan a formular son de otros tipos diferentes. Cuando uno hace esta pregunta, ¿qué contestan? Puede que digan lo que aquel caballero, que «no se puede» y en consecuencia se queden bloqueados, se detengan y no sigan investigando; o puede que digan que solo conseguirán la paz cuando vayan al cielo, o sea cuando se mueran.

I.: *Lo único que nos queda es no hacer nada...*

K.: No, no quiero estar sin hacer nada, quiero vivir, estoy vivo, quiero amar sin odio, sin celos.

I.: *El problema es comunicar nuestros deseos al mundo y solo entonces habrá alguna posibilidad de tener la paz.*

K.: Ah, no. Yo no quiero comunicarme con el mundo; el mundo está atontado, está embrutecido. ¿Cómo

podría comunicarme con el mundo? Lo que usted me dice son disparates.

I.: *Hay que ser vulnerable.*

K.: Eso es únicamente repetir lo que yo dije ayer. Mi razonamiento no es ese. Lo que quiero, cueste lo que cueste, es no tener conflictos internos, no quiero pelearme con nadie; lo que quiero es manifestar un gran afecto, amabilidad, amor... eso es lo único que quiero.

I.: *Ese no es mi caso.*

K.: Puede que no lo sea; y si no lo es, ¿por qué es así?

I.: *Bueno, ojalá y lo fuera.*

K.: Escuche, cuando empezamos a hablar nos preguntamos si podríamos librarnos de la violencia. No ser violentos significa vivir en paz, ¿de acuerdo? Y si dijese que no quiero vivir en paz y que quiero seguir siendo violento es que algo no funciona bien dentro de la mente.

I.: *Yo no digo que no quiera la paz; lo que digo es que veo mi deseo de violencia.*

K.: ¿Y qué va usted a hacer? Usted quiere la paz, yo también; yo no quiero en ningún momento ni el más mínimo conflicto en mi interior, tanto si estoy dormido como despierto, ¿qué tengo que hacer?

I.: *Reaccionar ante los retos de la vida.*

K.: Les ruego que se hagan esta pregunta: ¿Quieren, de verdad, vivir en paz, sin ningún conflicto?

I.: *Le vuelvo a repetir que no se puede vivir sin violencia, que no es más que una idea el querer lo contrario.*

K.: No, no es una idea.

I.: *Sí que es una idea eso de querer vivir sin violencia.*

K.: Mire usted, señor, he vivido con conflictos toda mi vida (personalmente no ha sido así, pero eso no hace al caso), he tenido conflictos con mi mujer, con mis hijos, con la sociedad, con mi jefe, con todo, y entonces me pregunto: ¿hay alguna manera de vivir en la que no haya conflictos? ¡Eso no es una idea!

I.: *Perdone, pero esa cuestión no es lo más importante; lo que sí es importante es ver la violencia y eso lleva tiempo.*

K.: No; no, señor, eso ya lo habíamos visto. Ya hemos tratado sobre la naturaleza de la violencia, ya hemos examinado eso y lo que ahora hago es formular la pregunta de otra manera. Yo lo que quiero es vivir en este mundo, no como una idea, sino de una manera real, cada minuto de mi vida, quiero vivir de una forma diferente en la que no haya conflictos, los cuales significan violencia. ¿Quiere usted hacerse esta misma pregunta? No me conteste. Hágase esta pregunta a usted mismo.

I.: *Pero estamos hablando.*

K.: Desde luego que estamos hablando; pero antes que nada hágase usted esta pregunta, observe lo que le ocurre, y luego vea cual es su respuesta.

I.: *(Inaudible.)*

K.: Estupenda idea, «cuando yo sea»... No creo que debamos hablar de eso.

I.: *No sabemos mucho de...*

K.: ¿Se ha hecho usted esa pregunta a sí mismo? Usted ya sabe lo que es el conflicto, no como idea, sino lo que realmente sucede cuando se pelea con su esposa o su marido, cuando le tiene miedo al jefe, cuando le tiene miedo a cualquier cosa. Eso es el conflicto. Pero ¿se han preguntado ustedes si se puede vivir sin el conflicto, no como idea, sino de verdad?

I.: *¿Se puede separar el alma del cuerpo?*

K.: Esa pregunta no viene al caso. Escuchen, les hago una pregunta, tengan la bondad de escucharme. La humanidad ha vivido inmersa en el conflicto durante muchos siglos. ¿Es así como hay que vivir? Si es así, entonces de acuerdo, prosigamos. Pero si no es así, ¿hay una forma de vivir sin ningún tipo de conflicto? Háganse ustedes mismos esta pregunta, no como idea, sino como algo que quieren averiguar a toda costa.

I.: *No sabemos...*

K.: Señora, no digo que usted deba saberlo. Hágase la pregunta y vea lo que descubre.

I.: *Nuestra mente está condicionada, así es que, ¿cómo podemos saberlo?*

I. (2): *¿Podemos estar en silencio diez minutos?*

K.: No, se lo ruego; lo primero que se tienen que hacer es esta pregunta.

I.: *Si no tengo la madurez suficiente no podré hacerme la pregunta.*

K.: Entonces, ¿por qué no tiene usted madurez? ¿Quién le hará madurar?

I.: *No tengo madurez...*

K.: Pero, señor, yo no le he preguntado eso. Hágase la pregunta y vea lo que ocurre. Averigüe si es usted inmaduro. Estamos eludiendo la cuestión, eso es todo.

I.: *¿No debería ser una pregunta en general para todos, pero que cada uno debería contestársela a sí mismo?*

K.: No les he pedido que me la digan a mí; su contestación es para ustedes. Háganse la pregunta y vean cuál es la contestación. Vean hasta dónde pueden llegar; hasta dónde para vivir de una manera pacífica.

I.: *En el momento en que uno se da cuenta, allá en lo más profundo, que todo este mundo no lleva a ninguna parte, el mismo darse cuenta produce en uno mismo una «parada» ...*

K.: Verdaderamente este fenómeno es extraordinario, ¿no les parece? Todos ustedes están prestos a contestar, lo cual quiere decir que no se han formulado la pregunta. Quizá no se atrevan.

I.: *(En italiano.) Pero yo tengo que empezar con algo que he oído, algo que alguien dijo sobre un estado diferente. Sin embargo, todo lo que veo es el conflicto y no sé si hay solución.*

K.: Sí, señor, pero eso no es lo que quiero decir. Lo que quiero decir es que ustedes han vivido inmersos en el conflicto y, sin embargo, no se plantean si van a vivir solo para eso... para el conflicto. No quieren lograr un estado diferente, sino que se quedan inmersos en el conflicto preguntándose si hay solución.

I.: *Señor, yo creo que lo único que existe es el conflicto entre las personas, entre uno y otro, u otros, y cuando uno los estudia, cuando uno «es» los otros, ve lo que tratan de hacer, lo que uno trata de hacer, ve la totalidad de una manera desapasionada, entonces se producirá una situación más fácil; quizá no elimine el conflicto pero es un avance en esa dirección.*

K.: Señor, formule la pregunta de esta otra manera: ¿No queremos poner fin a las guerras, es decir, no queremos vivir en paz todos los días, acabar con todas las guerras?

I.: *Pero así como todas las guerras tienen por finalidad acabar con las guerras, ¿no será el deseo de acabar con el conflicto la causa de este?*

K.: Ese es un antiguo dicho, señor: «Esta guerra no es como la anterior, es para acabar con todas las guerras». ¿Comprende?

I.: *¿Tiene usted un método para acabar con las guerras?*

K.: Vaya una pregunta, señor. Usted me ha oído ya muchas veces, ¿verdad?

I.: *Usted preguntaba si queríamos acabar con la guerra, por eso yo le pregunto si tiene un método para eso.*

K.: Pero usted me ha oído ya muchas veces, ¿no es verdad, señor?

I.: *Sí, señor.*

K.: Por lo tanto, si me ha oído, podrá encontrar la respuesta.

I.: *Señor, cuando uno se hace esta pregunta ve que cualquier camino que tome la mente no nos va a dar la respuesta...*

K.: Escuche, ¿hasta dónde está dispuesto a llegar para que su vida discurra en paz?

I.: *Hasta el final.*

K.: ¿Qué significa eso? Acabar con los conflictos, ¿no? Ahora bien, ¿cómo puede usted acabar con los conflictos? No lo complique, señor. ¿Cómo acaba con los conflictos que pululan en su interior y vive de una manera corriente? ¿Puede usted hacerlo?

I.: *Todo lo que puedo decirle es que hasta la fecha no me ha sido posible.*

K.: ¿Por qué? Examínelo usted y no es necesario que me conteste. No me quiero pelear con usted... así es que no digo nada más.

I.: *(Inaudible.)*

K.: Espere un momento. Me peleo con usted porque desea a mi mujer, o porque quiere quitarme el puesto de trabajo, o porque estoy celoso de usted, o porque usted es mucho más inteligente que yo, etc. ¿Estoy dispuesto a acabar del todo con esas peleas? ¿Dispuesto de verdad? Entonces, cuando usted se largue con mi mujer, ya no habrá más peleas.

I.: *Pero las peleas surgen tanto dentro como fuera de la mente.*

K.: Me refiero a «dentro», no a fuera.

I.: *No controlo la corriente de mis pensamientos...*

K.: No, señor, no entran de golpe. De manera que tengo que comprenderme a mí mismo... ¿de acuerdo? No quiero pelearme con usted por ningún motivo. Quiero vivir en paz con usted; si quiere mi camisa, se

la daré. Por suerte no tengo ninguna propiedad, y si la quiere se la puede quedar; pero no quiero pelearme con usted. Si desea venir a sentarse aquí en el estrado y que yo me siente allí, puede hacerlo tranquilamente, no me voy a pelear con usted. No soy ambicioso, ni codicioso, no quiero ninguna de esas cosas porque no quiero discutir con usted. Para mí lo importante es no pelearme con nadie, por lo tanto las otras cosas son secundarias. Pelearse como los monos, como los animales, no es civilizado, es inmoral en el sentido más profundo. Esto lo siento con toda intensidad y por eso lo haré. Así pues, todo se reduce a una única cosa: ¿hasta qué punto, hasta dónde estamos dispuestos a llegar para vivir sin violencia? ¿Hasta qué punto queremos vivir en paz con los demás? Podemos decir que sí que queremos, pero ¿de verdad? Por eso es tan importante que profundicemos en nosotros y averigüemos cuál es la naturaleza y la estructura de nuestro ser. Por eso tenemos que conocernos. Espero que mañana podamos tratar esta cuestión del conocimiento de uno mismo.

4 de agosto de 1967

Diálogo 4



AYER dijimos que seguiríamos hablando de la cuestión del conocimiento de uno mismo. Hemos estado hablando del problema de la violencia y, para entenderlo completamente, uno ha de comprender toda la estructura del ego, del «yo»: lo que realmente soy. Por eso a mí me parece muy importante examinar la cuestión del conocimiento de uno mismo, ya que si no me entiendo a mí mismo de una manera completa no puedo tener una base para el pensamiento racional; no puedo tener una base para la acción, no puedo tener las raíces en lo que es la virtud. A menos que me entienda a mí mismo, siempre estaré sumido en la contradicción, en la confusión y por consiguiente en el conflicto y la aflicción. Y cuando uno tiene conflictos y sufre, inevitablemente les da salida de alguna forma violenta. Por eso a mí me parece muy importante entenderse a sí mismo, no según lo que diga cualquier especialista o concepto religioso de lo que es el «yo», o el ego, sino percibirlo realmente conforme está operando, funcionando. Pero si intento entenderme a mí mismo según lo que diga algún filósofo o psicólogo, entonces lo que trato es de entenderlos a ellos: lo que ellos piensan de mí, lo que creen que es mi estructura, mi naturaleza.

La mayoría de nosotros somos seres humanos de segunda mano y nada tenemos de original. No es que andemos a la búsqueda de cualquier originalidad, pero una conducta basada solamente en lo recibido de segunda mano, sin ninguna convicción o comprensión original, debe inevitablemente traer consigo inacabables conflictos, desgracias y preocupaciones. Así es que espero que ustedes y yo mismo (el que les habla tanto como ustedes) veamos la importancia de conocernos a nosotros mismos. Si todos convenimos en que es vital entendernos de una manera completa, entonces nuestras relaciones serán muy diferentes, entonces podremos caminar al mismo paso, podremos bucear hasta los más secretos recovecos de nuestra mente. Pero si ustedes no están interesados, entonces me temo que habrá terminado cualquier comunicación entre nosotros.

Me han entregado algunas preguntas tales como: «Me gustaría vivir en paz, pero vivir en paz significa que tengo que renunciar a la alimentación, el vestido y la casa, lo que equivale a tener que morir, y si yo muero, las personas violentas crearán una sociedad». Este tipo de preguntas es totalmente inadmisible, ya que hemos hablado suficientemente sobre la necesidad de alimentación, vestido y casa, y de si es posible vivir en este mundo cruel en paz con nosotros mismos; así es que no veré estas preguntas.

Bien, si esta mañana pudiéramos dedicar toda nuestra energía a entendernos a nosotros mismos y llegar hasta el mismísimo final de la cuestión (y no dejarlo si no nos gusta), entonces, tal vez, sin ayuda ajena, descubriríamos un estado de la mente que no se encuentra en absoluto en conflicto y que por lo tanto puede vivir en este mundo en paz, tanto exte-

rior como interiormente. Así que, ¿quieren ustedes que hablemos de esta cuestión del entendimiento propio?

¿Por dónde empezaremos para entendernos a nosotros mismos? Aquí estoy, pero ¿cómo tengo que estudiarme, observarme, ver lo que realmente está ocurriendo en mí? Solo puedo observarme en mis relaciones, puesto que vivir es relacionarse, y aunque evite relacionarme y me aísle, y me convierta en un ermitaño, aún entonces tendré algún tipo de relaciones. Vivo relacionado, por eso únicamente podré comprenderme observando mis relaciones con las ideas, con las personas o con las cosas. ¿Están ustedes de acuerdo? ¿Qué me dicen?

INTERLOCUTOR: *(En francés.) Para que la mente pueda percibir se requiere energía. ¿Surge esta energía del silencio?*

KRISHNAMURTI: Perdone, señor, pero no estamos hablando de eso esta mañana. Lo que estamos intentando averiguar es cómo comprendernos a nosotros mismos. Aquí estoy, hecho un montón de contradicciones, desgracias, conflictos, preocupaciones y esperanzas, deseoso de conseguir una mente silenciosa; soy todo un montón de energía en contradicción. Quiero comprenderme porque veo que si no lo hago no tendré base para ninguna acción; podré actuar, sí, pero los resultados serán de mayores desgracias y confusión. Así es que tengo que comprenderme. Bien, ¿por dónde he de empezar? Ya veo que no puedo existir solo, que existo relacionándome, bien de manera consciente o bien inconsciente. Las relaciones son con las personas, con diferentes ideologías, o bien con

las cosas, el dinero, las casas, los muebles, la comida. Al estudiar mi relación con esas cosas, tanto las de tipo externo como las internas, empiezo a comprenderme. ¿Ha quedado claro?

I.: *Cuando me observo, me veo en estados muy diferentes. ¿Es el ego una realidad o no?*

K.: Vamos a averiguarlo. Escuche, ¿va usted a hacer algo esta mañana? Olvide todo lo que sepa de usted; olvídese de todo lo que haya pensado de usted. Vamos a empezar a averiguarlo; vamos a empezar desde cero, como si no supiéramos nada. Así será provechoso. Pero si usted empieza acarreando todos los viejos trastos acumulados durante los últimos treinta años no irá muy lejos. Así es que empecemos como al principio de un nuevo viaje.

Anoche llovió abundantemente, pero ahora el cielo se está despejando; tenemos un nuevo día, fresca el alba, y usted tiene que empezar este nuevo día como si fuera el único día. Pero si usted lo aborda con todos los recuerdos de ayer, nunca verá la novedad, la frescura de hoy. Por lo tanto, lo que ahora estamos haciendo es empezar a comprendernos a nosotros mismos por primera vez, y veo que solo me comprendo en mis relaciones con las personas, las cosas y las ideas. No puedo comprenderme sentándome en un rincón, meditando, retirándome, aislándome en cualquier monasterio. Únicamente podré comprenderme relacionándome, ya que cualquier otra forma será una mera abstracción y no tendrá validez en absoluto. Si pudiéramos partir desde esta base, cada uno de nosotros, entonces podríamos llegar lejos, pero si empezamos con abstracciones (lo que debería ser, cómo mantener

la mente silenciosa, todas las cosas que ustedes han escuchado de este deplorable hablador), entonces estarán perdidos. Mientras que si esta mañana pudiéramos examinar esto paso a paso, ustedes mismos descubrirían muchas cosas.

I.: *Cuando me doy cuenta de lo que ocurre en mi interior...*

K.: No, señor, usted se ha adelantado demasiado. Lo que yo decía es que uno solo puede comprenderse relacionándose. ¿De acuerdo?

I.: *Sí, pero lo que me confunde es lo que usted quiere decir con «relacionarse».*

K.: Vamos a verlo. Puede observar, señor, lo fresca que está la mañana. En primer lugar dejemos claro que solo puedo comprenderme estudiando mis relaciones y las reacciones que tengo cuando me relaciono. Me relaciono con las cosas de tipo material que me pertenecen: dinero, ropa, alimento, casa. ¿Cómo reacciono ante todo eso? Estudiando esas reacciones empezaré a comprenderme en mis relaciones con ellas. ¿De acuerdo? ¿Hacemos eso? Usted se relaciona con su casa, con sus propiedades, propiedades que también son su familia... esa cuestión es muy compleja: cómo reacciona ante sus propiedades, ante las cosas. No le vuelva la espalda; es muy importante que lo comprenda. Supongamos que yo tengo un montón de dinero, ¿cuál es mi relación con eso que llamamos dinero? Al entender mi reacción me comprenderé a mí mismo. Mi reacción soy yo mismo. ¿De acuerdo? Así que empiezo a ver muy claramente cuál es mi reac-

ción en lo que se refiere al dinero; tanto si odio a los ricos porque yo soy pobre, como si quiero ser tan rico como ellos.

Por lo tanto, empiezo a estudiarme por medio de mis reacciones ante las cosas. Necesito alimento, ropa y cobijo, eso es una necesidad, pero ¿cómo reacciono? ¿Me proporcionan satisfacción interior? ¿Entienden? ¿Seguridad interior? Si es así, es que le doy una tremenda importancia a las propiedades, y por consiguiente estoy dispuesto a defenderlas, y defendiéndolas me pongo violento, y como resultado creo una sociedad en la que, por medio del dinero, obtengo enormes satisfacciones. Ya he descubierto en mí una amplia parcela. ¿Lo está usted haciendo al mismo tiempo? Descubro que utilizo las propiedades, las cosas —las cuales necesito, me son necesarias—, como un medio de seguridad interior, de satisfacción, y como consecuencia las propiedades se tornan extraordinariamente importantes. ¿De acuerdo? Ah, un momento... ¡no diga que no! Escuche, no es cuestión de decir que sí o que no; nos estamos estudiando por nuestras reacciones ante las cosas. ¿Utilizo las propiedades como símbolo de mi posición? Estoy empezando a entenderme en relación con las cosas... qué relación mantengo con ellas... relaciones... ¿comprende? Tener relaciones significa estar relacionado, en contacto, ¿no es así? ¿Puedo proseguir? ¿Estoy en contacto con las propiedades, con las cosas, o estoy en contacto con la satisfacción que me dan las cosas y por lo tanto las utilizo para obtener satisfacción, de manera que las cosas adquieren una importancia secundaria, ya que mi deseo básico es encontrar satisfacción, tener seguridad? ¿De acuerdo? Y entonces descubro algo muy extraño de mí: que quiero las propiedades, las cosas, y

también que veo el peligro que esto representa y que quiero evitarlo; quiero eliminarlo y, sin embargo, también quiero retenerlo. De manera que en mi interior ya se ha puesto en marcha la contradicción. Me gusta tener una bonita casa, un hermoso jardín, muchos sirvientes, y todo ello me proporciona una tremenda sensación de seguridad, de posición, de prestigio, de placer en mi interior. Utilizo las cosas para mi propia satisfacción, y con ese fin las protejo y como consecuencia me encuentro siempre a la defensiva.

I.: *(En francés.) Yo no veo la importancia de conocerme a mí mismo, pero cuando le oigo a usted decir que es importante, entonces descubro que sí que lo es. ¿No es esto un escape?*

K.: Usted descubre la importancia de conocerse a sí mismo porque alguien ha afirmado que eso es así, pero usted solo no la ve. ¿Por qué? Eso es como si un hombre ciego dijese que no es nada importante el tener ojos. ¿Le estimula a usted el orador, cuando insiste en la comprensión de uno mismo, a interesarse por esto? Entonces carece de todo valor.

Bien, señor, prosigamos: me descubro en mi relación con las cosas porque para nosotros las cosas son extraordinariamente importantes. No nos engañemos, el dinero, las casas, las cosas materiales que tocamos, sentimos, gustamos, son extraordinariamente importantes. ¿Por qué? Atiendan, por favor. ¿Por qué han adquirido tanta importancia para ustedes o para mí? Indudablemente necesito alimentos, y también un hogar y vestimenta, pero ¿por qué han cobrado esa tremenda importancia en la vida? ¿Qué me dicen ustedes?

I.: *Se vuelven importantes porque nuestro interior está vacío.*

K.: En nuestro interior no somos nada, así es que rellenamos ese vacío con muebles —no, no se rían—, con libros, con dinero, con coches, ¿no es así? Así que se vuelven importantes porque van llenando el estado de mi mente, la cual está completamente vacía y es algo torpe. ¿Es esto lo que hacemos?

I.: *No creo, señor, que sea una razón consciente.*

K.: Yo no lo sé, señor, usted es el que está intentando descubrirse y no me dice nada.

I.: *Bueno, para mí la razón consciente es que veo personas muy pobres y todo tipo de desgracias —no pueden pagarse un médico, etc.—, y yo no quiero ser así. ¿Y qué evita que yo sea así? Las cosas materiales, por consiguiente se agranda la importancia de los objetos.*

K.: Sí, señor, ya dijimos que era de una gran importancia.

I.: *Por eso les concedemos tanta importancia.*

K.: Esa es una de las razones, y no precisamente la mayor. Una de las razones es que no quiero ser como el pobre, por lo tanto, defiendo lo que tengo, ¿no es cierto? Por lo tanto, me sumerjo en la violencia. Yo lo he descubierto, no es que me lo diga usted, ni yo a usted. Yo he descubierto mediante la comparación que es mejor ser rico. Lo respetan más a uno, se con-

vierte en un burgués respetable, etc. Seguimos examinándonos —¿entiende, señor?—, sigo estudiándome. Cuando utilizo las cosas para encubrir mis limitaciones, mi vacío, mi superficialidad, mi pobre vida, con muebles, con casas, con un nombre, con todas esas cosas, ¿qué ocurre? Continúen, no lo abandonen. ¿Qué ocurre en este proceso?

I.: *Pero este problema del que acaba de hablar, la atracción de los objetos para rellenar nuestro vacío, yo creo que es psicológico y que tiene su origen en algo más concreto. Si, por ejemplo, tomamos un animal...*

K.: Ah, no quiero hablar de animales.

I.: *Sé por propia experiencia que cuando no tengo comida me vuelvo violento.*

K.: Pero, señor, ya hemos dicho que necesitamos comida, techo y vestimenta. Esto está fuera de toda duda. Todos los animales lo necesitan.

I.: *Entonces mi apego... se debe al miedo.*

K.: Sí, señor, pero ¿por qué sentimos apego? Necesito tener esas cosas. ¿Por qué les confiero esa importancia tan extraordinaria?

I.: *Pero estoy convencido de que si no las tengo, moriré.*

K.: Desde luego, desde luego, y por eso les otorgamos esa tremenda importancia. ¿Es esa la razón por

la que les damos esa importancia a la comida, a la casa y al vestido? Averígüelo usted en sí mismo.

I.: *(En francés.) El dinero es un símbolo, pero lo cierto es que forma parte de la organización de la vida material en la que se basa la espiritual. Tenemos que estudiar y entender la parte tan compleja que desempeña el dinero en la vida y su significado.*

K.: No es esa la cuestión, sino cuál es mi relación con él. Lo que quiero es saber mi relación con las cosas: con el dinero, con las casas, con la comida, con la vestimenta, con el alojamiento. De esta manera me iré viendo como soy. De esto es de lo que se trata, no de cómo nos pueda condicionar el dinero; aunque por supuesto nos condiciona. El que no tiene dinero, está condicionado por no tenerlo, y el que lo tiene por tenerlo. Eso ya lo sabemos, señor.

I.: *(En francés.) Necesitamos de las cosas materiales, pero ¿por qué nos sentimos vacíos sin ellas?*

K.: ¿Por qué tengo que sentirme vacío? No, señor, mire... nos estamos estudiando a nosotros mismos y yo me digo: Quiero comprenderme y por eso solo podré conseguirlo cuando me relacione con las cosas, con las personas y con las ideas. Quizá solo exista una única relación, la que tengo con las ideas, y esto sea lo que realmente importa: las ideas. ¿Entiende, señor? No el alimento, ni las personas, sino la imagen, el símbolo que tengo del alimento, del vestido, del alojamiento y de las personas. ¿De acuerdo? No es nada malo el tener alimentos, vestidos y casas, sino la idea que yo pueda tener de todo eso. Por lo tanto, mi

relación no es con las cosas o las personas, sino únicamente con los símbolos y las ideas. ¿Es así? ¿Lo han visto?

I.: *Señor, yo creo que nos identificamos con las cosas y que estas se convierten en una parte de nosotros.*

K.: Sí, señor, nos identificamos con las cosas y por eso se convierten en una parte de nosotros.

I.: *Cuando consigo mucho dinero, siento un gran placer durante un tiempo y luego este muere y tengo que ir a por algo más. Da la impresión de que solo hay una imagen, porque cuando consigo el objetivo, ya no continúa dando placer, así es que de nuevo tiene que surgir la idea de conseguir más, y así una y otra vez, y uno nunca queda satisfecho.*

K.: Lo que aprendo es que las cosas en verdad no importan nada, tampoco las personas, lo que importa en gran medida son mis ideas sobre las cosas y las personas.

I.: *Señor, la relación que establezco con la idea es la misma relación que hay entre mi ego y yo, porque la idea es una parte de mí mismo.*

K.: No, no. Eso es una conclusión precipitada. Usted ya ha decidido que es una proyección de usted mismo, por lo tanto ya se ha identificado con la proyección y por lo mismo se da continuidad a sí mismo. Pero eso no me ayuda a comprenderme. Señor, hay que exponerlo al revés. ¿Qué es lo más importante para mí y para usted? Obsérvese, por favor. No se trata

de dinero, alimentos, vestuario y alojamiento, sino de lo que le puedan proporcionar. ¿De acuerdo? Usted tiene una imagen, un símbolo, una idea de todo esto, de las propiedades y de las personas. ¿Se relaciona usted con las personas? ¿Me relaciono yo con las personas, con mis amigos, con mi esposa, con mi marido? ¿O me relaciono más bien con la imagen que yo me he creado de las personas?

I.: *Es una costumbre.*

K.: De acuerdo, es una costumbre. ¿Por qué me he creado esa costumbre? ¿Por qué no me relaciono directamente con las cosas, con las propiedades —así lo llamaremos por el momento— y con las personas? ¿Por qué he de tener ideas? Y si usted dice que es una costumbre, entonces, ¿cómo se ha establecido esta costumbre? ¿Por qué soy un esclavo de esta costumbre?

I.: *Porque no somos suficientemente rápidos.*

K.: No diga que no somos suficientemente rápidos. Usted y yo tratamos de comprendernos, así es que no saquemos conclusiones precipitadas o digamos lo que deberíamos ser, que no somos, pero que deberíamos ser. Nada de esto tiene sentido. Cuando me estudio en relación con las propiedades, con las personas, entonces veo lo que para mí tiene realmente importancia. Las personas o las propiedades son mucho más importantes que las ideas, las sensaciones, las imágenes que tengo de ellas. ¿De acuerdo?

I.: *(En italiano: inaudible.)*

K.: No, señor. Examínelo con un poco más de detenimiento. ¿Por qué no tienen las cosas ni las personas su propio valor? ¿Por qué valoro más las imágenes, los pensamientos, las ideas que tengo de ellas? ¿Por qué? ¿Me ha entendido, señor? Usted no tiene ninguna importancia para mí; lo que sí la tiene es mi idea, mi imagen de usted. ¿Por qué he creado esta imagen? Si usted dice que es una costumbre, de acuerdo, es una costumbre; pero ¿por qué me he acostumbrado a eso? ¿Cómo ha surgido esa costumbre?

I.: *Porque la vida me ha atemorizado.*

K.: Por eso vivo sumido en abstracciones. ¿De acuerdo? No en la realidad, sino en abstracciones. Por eso mi relación con usted es una abstracción. En realidad no me relaciono. Vivo sumido en abstracciones, en ideas, en imágenes y me pregunto por qué lo hago, por qué he creado la imagen de usted.

I.: *Podría ser que la razón básica fuese...*

K.: No se meta en hipótesis, ¡descúbralo!

I.: *¡Bueno, ya estoy investigando! La razón básica es que estoy convencido de que si poseo el objeto obtendré satisfacción.*

K.: No, señor. Examínelo un poco más y lo averiguará. Obsérvelo con tranquilidad. No lo traduzca en palabras por el momento, limítese a observarlo. Aquí estoy, he concedido una importancia tremenda a las cosas, a las personas, pero lo que es mucho más importante para mí no son las cosas o las personas

sino las ideas que de ellas tengo. ¿Por qué he convertido esto en algo más importante que las cosas y las personas?

I.: *Para protegerme.*

K.: Observe y tenga paciencia señor. Concédase un par de minutos para observarlo. Me estoy estudiando a mí mismo, no voy a presentarme para un examen. Me pregunto por qué he hecho eso; por qué tengo esas ideas; no solo yo, sino todos los demás seres humanos, tanto si viven en Asia, como en Europa o en América; ¿por qué hemos creado las imágenes?

I.: *Señor, creo que para nosotros es muy complicado de entender el objeto en sí mismo, o la persona, y en consecuencia creamos una imagen, la cual es mucho más sencilla y fácil de manejar.*

K.: Tengo una imagen de usted porque esta es muy sencilla, pero usted es muy complicado. Usted es algo vivo, que se mueve, actúa, vibra, y no lo entiendo, por lo tanto creo un símbolo de usted. Todas las iglesias están llenas de símbolos, porque los símbolos están muertos y puedo revestirlos, adornarlos; puedo hacer lo que quiera con ellos; pero eso es imposible con algo vivo.

I.: *Las palabras en sí mismas son símbolos.*

K.: Por supuesto.

I.: *Cuando lo observo a usted, obtengo una imagen de mí mismo, y a continuación...*

K.: Por favor, señor, nos estamos estudiando a nosotros mismos. Nos estamos observando para tratar de entendernos, por la sencilla razón de que sin comprendernos seguiremos siempre sumidos en un estado de confusión. Sin comprenderme seré violento; sin comprenderme no surgirá la virtud. ¡Tengo que comprenderme! Y lo que me digo al observarme es que nada importa en absoluto salvo mis ideas de las cosas. ¿De acuerdo?

I.: *(En francés.) Tenemos que encontrar un «medio» que se nos acomode y nos permita florecer.*

K.: Se sale usted del tema. Para cualquier ser humano, tal como lo veo en mí mismo y en ustedes, las ideas son mucho más importantes que las cosas o las personas. ¡El nacionalismo es una idea! Y por las ideas estoy dispuesto a matar, a destruirme y a perder mis propiedades.

I.: *Dar importancia a las cosas es realmente dárselas a las ideas correspondientes a esas cosas. Pero también concedemos importancia a cosas reales.*

K.: Es lo mismo, ¿no?

I.: *No nos decimos a nosotros mismos que la idea es lo importante, sino la cosa o la persona, pero la importancia que concedemos a la cosa o a la persona* es *idea.*

K.: Desde luego, eso es lo que decimos.

I.: *¿Incluiría usted entre las cosas a su propio filosofar?*

K.: Yo no filosofo. Si lo hiciera, quedaría incluido entre las cosas... dignas de que se arrojaran por la ventana. Señor, usted se sale del tema continuamente. Vamos a centrarnos en la cuestión. Estoy aquí y quiero comprenderme. En esa comprensión he descubierto algo: que, para mí, las personas son importantes, y que eso incluye ideas y que me aferro a las ideas. Ahora bien, yo me pregunto por qué ha sucedido eso.

I.: *Es una especie de defensa contra algo nuevo... neutralizo las cosas, las cubro con mis ideas...*

K.: Eso quiere decir que usted neutraliza, bloquea, niega lo vivo, pero no su idea, ¿cierto? Usted es algo vivo —su esposa, su marido, usted—, y vivir con usted sin la idea significa vivir sin imagen; tengo que andar de puntillas todo el tiempo. ¿De acuerdo? Tengo que observarlo a usted; no puedo tener una imagen de usted porque eso no me dejaría observarlo. Tengo que observar su humor, sus palabras, su forma de hablar, tengo que observarlo todo y eso se vuelve tremendamente arduo y agotador. Por eso es mucho más sencillo quedarse con la imagen de usted.

I.: *(En francés.) Hay ocasiones en las que las cosas tienen más importancia que las ideas: por ejemplo, en un momento de peligro.*

K.: De acuerdo, señor, prosigamos. Solo en lo que se refiere a las cosas muertas es en lo que no tengo ideas, pero sí que las tengo cuando me protegen en mis relaciones con usted como esposo, esposa, amigo, amiga, etc., ya que usted es tremendamente activo. Así pues, ¿qué ha ocurrido? Que tengo una imagen de usted y que vivo

con esa imagen. Usted se convierte en una abstracción, no es real, pero mi imagen de usted sí que es real. ¿Qué ocurre entonces? ¿Qué relación mantengo con usted? ¿Hay, acaso, alguna relación entre nosotros?

I.: *Hay algo destructivo en lo que usted dice.*

K.: No, señora, obsérvese a usted misma, por favor. Usted y yo vivimos relacionados, o al menos así lo creo, pero lo cierto es que vivo con la imagen que de usted me he creado. Así que yo vivo en el pasado y a usted también le sucede lo mismo porque los dos tenemos una imagen del otro y estas dos imágenes se relacionan. ¿De acuerdo, señores? Entonces, ¿qué sucede? ¿Qué sucede en realidad?

I.: *Que surge el conflicto.*

K.: ¿El conflicto?

I.: *El conflicto entre la idea y el hecho.*

K.: Este señor dice que hay conflicto entre el hecho (usted) y la imagen, que es un no hecho. Por eso hay conflicto. Esperen, esperen; obsérvense, examínense.

I.: *La vida es fluida y la imagen es estática.*

K.: Muy bien, ¿es ese un descubrimiento suyo?

I.: *Sí.*

K.: Y ahora, ¿qué? Si usted ha visto eso, ¿qué ocurre? Va usted y dice: «Veo que siempre estoy viviendo

en el pasado». Pero la vida, que es moverse y vivir, siempre está en el presente, por lo cual uno observa con ojos que están muertos. ¿Es así?

I.: *No necesariamente con unos ojos muertos; porque si quiero ser entendido en una estatua le voy dando vueltas, pero no puedo entender toda la estatua, lo único que tendré será una imagen.*

K.: Sí, señor, eso es lo que decimos.

I.: *¿Cómo puede uno hacer descubrimientos con una mente que se mantiene en el pasado?*

K.: Vamos a estudiar eso paso a paso.

I.: *¿Por qué necesito crear imágenes de todo?*

K.: Eso es lo que nos preguntamos, señor. ¿Creamos imágenes porque tememos eso que llamamos vivir? ¡Obsérvelo, señor! ¿Le ocurre a usted?

I.: *Si por lo menos me sintiera satisfecho con el primer impacto, pero parece que quiero algo más.*

K.: Sí, prosiga, no se detenga.

I.: *Si tuviera que intentar encontrar satisfacción palpando las cosas más profundas, tal como son, vería que todo este mundo es muy molesto.*

K.: Desde luego, eso por un lado... estoy molesto, medroso... todo está dentro de lo mismo. Entonces, ¿por qué hago esto? Profundicen un poco más. Me

doy cuenta de que estoy haciendo esto. ¿Por qué lo hago?

I. (1): *Búsqueda de placer.*

I. (2): *Quizá sea un proceso de elaboración de un camuflaje protector para ocultar lo que realmente ocurre.*

K.: Sí, señor, totalmente de acuerdo. Pero ¿por qué lo hago?

I.: *Porque no puedo vivir en el presente.*

K.: Sí, señor. ¿Es esa su contestación? ¿La comprende usted?

I.: *¿La cuestión no sería por qué siempre mantenemos vivos los recuerdos?*

K.: Sí, señor. ¿Por qué?

I.: *Cuando pienso en algo siempre me conduce o al pasado o al futuro...*

K.: Así es.

I.: *La imagen se relaciona con el pasado o con el futuro, no con el presente.*

K.: Totalmente cierto, señor. Estoy de acuerdo, y ¿luego qué? Ayer vi una puesta de sol que era una delicia, me produjo un placer tan grande que me dejó impresionado, y esta tarde he mirado su luz desde la

colina con los ojos de ayer, con el recuerdo de ayer. Y esto es lo que hago todo el tiempo. ¿Por qué lo hago? Profundice, señor, examínelo. No se limite a traducirlo en palabras inmediatamente.

I.: *Porque sin recuerdos uno no sería nada.*

K.: ¿Es eso lo que ha aprendido?

I.: *Señor, no creo que conozca la realidad. Veo las cosas siempre a través de las imágenes, así que lo cierto es que no sé lo que es la realidad.*

K.: Sí. ¿Por qué? Por favor, señores, ya lo hemos explicado suficientemente. Deténganse unos minutos y vean por qué hacen esto. Uno dice que por placer, el otro que por «vacío». Uno dice que es temor, el otro que «por costumbre», etc. Pero vean lo que hay detrás de las palabras, detrás del descubrimiento y la comprensión inmediata, vean lo que hay detrás de eso.

I.: *Si uno observa a un niño...*

K.: No quiero observar a ningún niño. Yo estoy aquí.

I.: *Durante un minuto le satisface una cosa, luego viene otra...*

K.: Ya conozco eso, señor.

I.: *Yo hago lo mismo, pero de una forma más complicada.*

K.: ¿Por qué hago esto? ¿Por qué creo imágenes? ¿Por qué no puedo vivir todo el tiempo con lo que está vivo? Lo que está vivo se mueve, actúa; quizá de una manera equivocada, quizá no, pero ¿por qué no puedo vivir con eso?

I.: *¿Quién crea las imágenes?*

K.: A eso vamos, señor. Primero vea; vaya despacio; usted mismo lo encontrará.

I.: *¿Hay alguien allí? ¿Hay alguien que las cree?*

K.: Usted mismo lo va a ver.

I.: *¿Puede existir lo que está vivo sin la imagen, señor?*

K.: Por favor, escuchen esta pregunta. ¿Puede existir lo que está vivo (usted), si yo no tuviese ninguna idea sobre usted? Qué deprisa contesta usted, señor. ¿Vive su esposa sin la idea de usted sobre ella? Por supuesto.

I.: *Pero no para mí. ¿Tengo algún otro reconocimiento de su existencia?*

K.: Usted tiene una imagen del que le está hablando, ¿no? Desgraciadamente la tiene. Bien, ¿por qué la tiene? Es una imagen creada por la reputación, la propaganda, etc. ¿Por qué ha creado usted esa imagen? ¿Por qué no puede usted establecer la relación directamente con este que le habla? ¿Por qué tiene que tener una imagen de él? Escuche, se-

ñora. ¡Qué rápidos queremos ir! ¿Por qué no tiene un poco de paciencia para observar?

I.: *Porque si tengo la imagen y usted cambia, sería tan difícil...*

K.: Dijimos que era una reacción protectora contra algo que está vivo. Pero ¿por qué lo hacemos?

I.: *La imagen es un pensamiento.*

K.: ¿Por qué crea el pensamiento la imagen? Usted se ha de estudiar a sí misma; no puede esperar de mí una respuesta.

I.: *Eso es todo lo que mi pensamiento puede hacer; eso es lo que siempre hace.*

I. (2): *Mientras observemos y experimentemos desde un fragmento, seguiremos manteniendo viva la imagen. Pero si pudiésemos ver la totalidad, entonces nos liberaríamos de aquella.*

K.: No, señor, no es eso lo que pregunto; no liberarnos de nada. Lo que yo me pregunto es por qué continúo haciendo esto todo el tiempo.

I.: *No queremos utilizar la iniciativa.*

K.: Escuche, usted no ha contestado a mi pregunta, no averigua nada, no se estudia a sí mismo.

I.: *Pero enfrentarnos con la realidad directamente sería intolerable.*

K.: Ya hemos dicho eso, señor, espere un momento. Queremos averiguar por qué hago esto. Por qué cuando contemplo una puesta de sol hoy viene el pasado a mi mente, y cuando lo observo a usted —marido, esposa, hijos, hermanos, cualquiera— lo hago a través de la imagen que tengo de usted, o de la vestimenta, la alimentación, o lo que sea. Vivo sumido en la abstracción y me digo que ya conozco todo eso, y me pregunto que por qué lo hago. Así que, ¿cómo lo averiguo?

I.: *Observándonos.*

K.: ¿Cómo se observan ustedes?

I.: *Nuestras reacciones, pensamientos...*

K.: Ya hemos pasado por eso, señor. ¿Me estoy observando ahora para ver por qué he creado esa imagen?

I.: *Porque nos aferramos a ella.*

K.: No, señor. Obsérvelo.

I.: *Parece que sigo haciéndolo, porque no me doy cuenta de que creo imágenes.*

K.: En primer lugar, no me doy cuenta de que creo la imagen, pero cuando sí me doy cuenta, entonces me pregunto por qué lo hago. Le ruego, señor, que me escuche en silencio un par de minutos. He hecho esta pregunta y para mí es muy importante averiguarlo. Usted no puede contestarla por mí. Soy yo quien tiene que descubrirlo. Entonces, ¿cómo lo voy a hacer?

I.: *La propia imagen me lo mostrará.*

K.: Señora, ya le dije que me diera una oportunidad, que me dejara hablar un par de minutos. Para mí es muy importante descubrirlo. No quiero que usted me diga nada en absoluto, porque si lo hace, entonces pensaré que quizá sea así, e intentaría imitar o seguir aquello diciendo que sí, que debe de ser eso. No quiero que me haga ninguna sugerencia; quiero descubrirlo yo solo, lo mismo que usted. ¿Cómo hacerlo? En primer lugar, tengo que dejar de escuchar su parloteo y el mío. ¿De acuerdo? Tengo que dejar de escucharla, a usted y todas sus sugerencias, y también todas mis maquinaciones e invenciones. ¿Está usted de acuerdo? Y eso, ¿qué quiere decir?

I.: *Observar, señor. Nada más que observar.*

K.: ¿Cómo puedo observar? No repita lo que yo digo. ¿Cómo puedo observar? Solo cuando estoy en silencio. Después de decirme que tengo que descubrir por qué he creado esta imagen, ¿me quedo en silencio, o me pongo a buscar con desasosiego la respuesta?

I.: *Si uno está observando, entonces el pensamiento nunca interfiere.*

K.: Señor, le ruego me perdone. Ya sé que tengo que estar atento. Ya sé que tengo que observar. Pero para observar, para estar atento, tengo que estar en silencio, ¿no? Eso es todo. He preguntado por qué creo estas imágenes, y después de haber formulado la pregunta tendré que quedarme en silencio, ¿no? ¿Estamos... están ustedes... en silencio? ¿O están esperando

que alguien se lo diga? Si están en silencio y atentos, ¿cuál es su respuesta?

I.: *¿No hay percepción?*

K.: Pero aún no he comprendido por qué he creado esta imagen.

I.: *Me parece que usted es el único que va a poder contestar a su propia pregunta.*

K.: ¡En absoluto! No quiero asumir esa responsabilidad. La contestaré solo para mí.

I.: *Señor, ¿no será quizá que el pensamiento sigue entrometiéndose? Este pensamiento es nuestra memoria, nuestro condicionamiento, y si nos diéramos cuenta de eso, de nosotros mismos, entonces nosotros (el «yo») ya no existiríamos.*

K.: Señor, aquí surge un problema; un problema digamos matemático. Yo he tratado de descubrir por todos los medios y por todos los caminos por qué lo hago, y no consigo encontrar una respuesta, ¿qué puedo hacer?

I.: *Yo lo dejaría.*

K.: Usted lo dejaría; ahora bien, como yo no quiero dejarlo, no puedo soltarlo sin más, quiero descubrirlo ahora mismo.

I.: *Tiene que descansar.*

K.: Sí, hay que descansar, hay que esperar. ¿Hacen ustedes eso?

I.: *No hay nada que hacer, sino darse cuenta de que uno no sabe nada de eso.*

K.: Ahora nos hemos desconectado. ¿Descansan ustedes, guardan silencio, se esperan, observan?

I.: *¿Cómo puedo estarme callado cuando se hace esta pregunta? Todavía sigo perturbado.*

K.: Escuchen. Ustedes han formulado una pregunta. ¿Cómo encontrarán la respuesta? No pueden hacer una y otra vez la misma pregunta, sino que la hacen y a continuación quieren ver dónde está la contestación. ¿Es así? Por eso abandonan la pregunta. Creen que para encontrar una respuesta, para observar, hay que hacer un descanso, ha de haber un intervalo, ha de haber tranquilidad para observar.

I.: *¿Pero dónde queda la pregunta en ese intervalo? ¿Me olvido de ella?*

K.: ¿Sí? Lo doy por acabado. Ya he preguntado que quiero descubrir por qué creo esta imagen. Ya lo he preguntado y no puedo volver a preguntarlo una y otra vez. ¿Cómo lo voy a descubrir? ¿Quién me lo va a decir? ¿Ustedes? Si ustedes me lo dicen, ¿será algo real para mí? Solo será real si soy yo el que lo descubre, y no podré descubrirlo si estoy lleno de inclinaciones, prejuicios, tensiones o me digo que la contestación tiene que ser esta o aquella; por eso tengo que estar en silencio, ¿no es así? ¡Lo cual significa que el

pensamiento no tiene que intervenir! El pensamiento que ha creado la imagen; ¿de acuerdo? Y la imagen que el pensamiento ha creado ya es vieja, porque el pensamiento es siempre viejo. Por ello veo eso y afirmo que en cuanto el pensamiento intervenga no se podrá encontrar la verdadera respuesta.

I.: *En lugar de pensamientos, deberíamos estar llenos de amor.*

K.: Me temo que no podría llenarme de amor; no sé que quiere decir eso.

I.: *Muy bien, señor, creo que le hemos seguido hasta este punto.*

K.: ¡Bien! Prosigamos entonces. He descubierto que el pensamiento crea esta imagen y que también interviene y de esa manera impide el descubrimiento de *lo que es*, y por qué creo estas imágenes; ¿de acuerdo? ¿Por qué tiene que intervenir el pensamiento? Así es que mi problema no es por qué crea la mente estas imágenes, sino por qué interfiere constantemente el pensamiento, que resulta ser el creador de la imagen.

I.: *Entonces el pensamiento forma el ego...*

K.: El pensamiento forma la imagen; no introduzcamos otra palabra nueva, pues en ese caso esto se complicaría. Lo que decimos es sencillamente que el pensamiento ha creado la imagen, la cual he creado yo en mi relación con ustedes, y este mismo pensamiento reflexiona que tiene que descubrir por qué lo hace. El pensamiento está activo. ¿De acuerdo, se-

ñor? Así, pues, el pensamiento cree que lo descubrirá —tranquilo, espere—, así que el pensamiento se dice que es él quien lo ha creado, que no sabe por qué y que ahora lo va a descubrir. El pensamiento cree que lo va a descubrir. Lo único que descubrirá es una imagen que él mismo ha proyectado desde la experiencia pasada, por lo tanto no es un descubrimiento, es simplemente una actividad del pensamiento.

I.: *El pensamiento no puede tener una respuesta.*

K.: Sí, señor, eso es lo que dijimos. ¿Puede usted mantener el pensamiento en silencio? ¿Puede el pensamiento decirse a sí mismo que, bueno, que el mal ya está hecho y que ahora se quedará en silencio?

I.: *Señor, si de verdad lo examináramos con todo detalle, veríamos que es imposible que el pensamiento encuentre una respuesta.*

K.: ¿Pero por qué no lo ve usted? Yo he creado una imagen de usted al pensar en usted, bien de manera placentera o quizá porque me ha producido daño. Luego me digo: ¿Por qué hago esto? Yo formulo la pregunta y esa pregunta la formula el pensamiento, y el pensamiento es el que va a contestarla. Por eso el pensamiento, si contesta a la pregunta, estará en la misma categoría que la imagen. ¿De acuerdo?

I.: *Pero el pensamiento no funciona solo, lo hace acompañado de los sentimientos, de toda la psique. Es muy fácil decir que nuestros pensamientos los dictan nuestros sentimientos... ocurre con frecuencia.*

K.: Sí, señor, ya hemos dicho todo eso.

I.: *¿Podemos ir algo más despacio ahora?*

K.: Eso hago, señor.

I.: *Cuando el pensamiento descubre que es lo mismo que la imagen... ¿Podemos examinar esto con más detenimiento?*

K.: Lo haré, señor. Digamos que estoy casado con usted y que me he creado una imagen de usted —placer sexual, insultos, quejas, halagos, golpes—, todas las cosas que han ido a constituir una imagen de usted. ¿Quién ha hecho esto? El pensamiento que piensa en el placer sexual, el pensamiento que piensa en los insultos, el pensamiento que piensa en los halagos, cuando dice, por ejemplo, qué bien está usted hoy, ¡me gusta su aspecto! ¡Cómo me gusta usted cuando dice eso! Así es que juntando todas esas cosas he creado una imagen de usted. El *yo* es el pensamiento. ¿De acuerdo, señor? Espere. Así pues, el pensamiento ha hecho esto, y el pensamiento es una abstracción, mientras que *usted* es real. La imagen es una abstracción, no es real, pero usted sí que es real. Así que yo lo dejo a usted para ir a la abstracción y entonces me siento ofendido porque usted pone los ojos en otro. Bien, y ahora me pregunto que por qué hago todo esto. ¿Por qué hace el pensamiento todo esto? Crear la imagen, agregarle cosas a la imagen, quitárselas, y preguntar que por qué lo hace. ¿Quién va a contestar? ¿Va a contestar el pensamiento?

I.: *El pensamiento no puede proporcionar la respuesta. Eso tenemos que verlo nosotros.*

K.: Si lo entienden, ¿qué sucede?

I.: *Que sobreviene el silencio.*

K.: No utilice la palabra «silencio». Limítese a observar lo que sucede; eso indica que no tiene imágenes. Eso es lo que sucede. Cuando el pensamiento dice que la ha creado y que va a averiguar por qué lo ha hecho, y ve lo absurdo de la cuestión, *¡entonces cesa todo el proceso de creación de imágenes!* ¿De acuerdo? ¿Lo están haciendo? Entonces ya puedo observarlo a usted —que es mi esposo o esposa— sin imágenes. Presten atención. Examínenlo un poco más detenidamente. ¿Qué ocurre cuando ya no hay imágenes?

I.: *Que ya no hay observador.*

K.: No, señor, obsérvelo. No lo reduzca. Vaya poco a poco, señor.

I.: *Se da la verdadera relación.*

K.: ¡Yo no sé que significa eso! Señor, hasta ahora lo único que he descubierto es que el pensamiento ha creado la imagen, y que si sigue buscando una respuesta al porqué, volverá a crear otra imagen en la que quedará atrapado. Es un círculo vicioso mientras funcione el pensamiento. ¿De acuerdo? Eso es lo que he descubierto, y por lo tanto el pensamiento ya no crea una imagen. Así es que pregunto cuál es mi

relación —por favor, presten mucha atención—, cuál es mi relación con las cosas y con las personas.

I. (1): *La percepción directa, señor.*

I. (2): *Cuando el pensamiento cesa, el yo real, el ego, de algún modo se vuelve más evidente.*

K.: ¿Hay un yo real sin el pensamiento? Señor, tenga cuidado para no quedar atrapado en sus propias palabras.

I.: *Yo lo veo a usted tal como es.*

K.: No, no; no me refiero a usted. ¿Qué sucede, qué relación hay cuando yo no tengo una imagen de usted?

I.: *La persona que estaba muerta vuelve a la vida...*

K.: Señor, ojalá lo que hiciera fuera desterrar las imágenes que usted tiene de mí, o de su esposa, o de cualquiera, y *observara.* Después averiguaría cuál es la relación.

I.: *(En francés.) Si me estoy relacionando, entonces entenderé los momentos de mal humor y los pensamientos de esa persona.*

K.: No es eso lo que pregunto, si me permite la observación. Lo que pregunto es cuál es la relación si no tengo imágenes del dinero, de la propiedad, de usted, de mi esposa, de mi marido o de mi amigo.

I.: *Hacer esta pregunta es volver al pensamiento.*

K.: No; no, señora; obsérvelo. No tengo ninguna imagen de usted; eso que he descubierto es algo extraordinario. Y luego me pregunto que, si no tengo ya imágenes, cuál es mi relación, cuál es esta relación.

I. (1): *La relación deja de existir.*

I. (2): *Señor, es una cuestión extremadamente difícil de examinar, porque cuando tratamos de verla, de expresarla con palabras, entonces el pensamiento se pone en movimiento y actúa.*

K.: Mire, señor, no lo compliquemos tanto. Usted es mi amigo y yo tengo una imagen de usted. Ahora ya no existe esa imagen. No me conteste, señor. Ya no existe esa imagen, ¿qué ha sucedido? No en mi relación con usted, sino en mí, ¿qué ha sucedido? Quiero saber qué ha ocurrido realmente en mí.

I.: *Cada segundo es nuevo.*

K.: Ah, no. Por favor, señora, no deja de jugar a las adivinanzas y esto no es un juego.

I.: *Usted es una realidad, ya no es una idea.*

K.: Ah, no. Usted no lo examina bien. ¿Qué ha ocurrido en mí cuando ya no creo imágenes de todas las cosas? ¡Ni siquiera ha tenido tiempo de examinarlo y ya se dispone a contestar! Por favor, obsérvese a sí mismo. Vea qué ocurre cuando ha hecho eso, cuando ya no es una entidad de crear imágenes, ¿qué ha sucedido?

I.: *No lo podemos saber, porque si pudiéramos lo conceptualizaríamos. ¡Seguimos teniendo la imagen!*

K.: Señor, ya he dicho que es cuando no se tienen imágenes —y ya hemos examinado todo el proceso de la creación de imágenes—; si ya no las tenemos, ¿qué ocurre?

I. (1): *El espacio que ocupaba la imagen se ha quedado sin ella.*

I. (2): *Señor, me parece que no caminamos al mismo paso, sino que vamos por detrás de usted. ¿No podríamos volver al paso anterior?*

K.: En el paso anterior decíamos que el pensamiento que ha creado la imagen, mediante el placer, el dolor, etc., ese pensamiento se pregunta por qué hace eso; y luego responde que lo hace porque... y así crea otra imagen. ¿De acuerdo? De manera que siempre que el pensamiento esté activo su función será la de crear imágenes. Decíamos que eso lo veíamos, lo entendíamos y que por el hecho de entenderlo el pensamiento quedaba en suspenso, en silencio. Y luego me preguntaba qué había ocurrido. ¿Qué ha sucedido cuando el pensamiento está totalmente en silencio y no está creando imágenes de nada?

I.: *(Inaudible.)*

K.: No lo complique. El pensamiento ha estado persiguiéndose la cola una y otra vez. Y entonces el pensamiento ve la tontería que está haciendo y se detiene. ¿De acuerdo? ¿Qué ocurre entonces?

I.: *Yo no puedo detenerlo, señor.*

K.: Entonces siga corriendo detrás de la cola.

I.: *Señor, entonces el pensamiento cesa, se detiene, eso es todo lo que sabemos ahora.*

K.: Se lo estoy mostrando, señor; si lo hace, verá que es muy sencillo. El pensamiento se ha estado persiguiendo la cola. ¿De acuerdo? Pero ahora se da cuenta de lo tonto que es eso, ¡y se detiene! ¿Qué pasa entonces? Háganlo.

I.: *En el momento en que no haya imagen de usted tampoco la habrá de mí.*

K.: No, señor. No es eso lo que les pregunto. ¿Qué sucede en ese momento, en ese segundo, en que el pensamiento cesa de perseguirse la cola?

I.: *No lo sabemos.*

K.: Si no lo saben, es que no han dejado de perseguir la cola.

I.: *El pensador desaparece.*

K.: Ya ven, todos tan ansiosos de contestar. Y la verdad es que ni siquiera se han observado. No han dedicado ni un solo minuto a observarse. Si lo hubieran hecho, inevitablemente hubieran llegado a lo siguiente: el pensamiento corre detrás de su cola todo el tiempo. Entonces el pensamiento mismo se da cuenta de lo absurdo que es esto y por consi-

guiente se detiene. Bien, ¿qué pasa cuando se detiene?

I.: *Estaríamos muy tranquilos.*

K.: ¡Con qué rapidez contestamos! ¿No? ¿Abandonamos el juego? En eso es en lo que lo están convirtiendo: en un juego de adivinanzas. ¡Escuche, señor! Escuche esto. Cuando el pensamiento deja de morderse la cola continuamente, cuando se detiene, ¿qué ocurre?

I.: *Uno está abierto a...*

K.: Les estoy preguntando algo a lo que no quieren enfrentarse. Es muy sencillo; en el momento en que el pensamiento deje de morderse la cola, ustedes se llenarán de energía. ¿No les parece? Porque en aquella persecución su energía se desvanecía. ¿Están de acuerdo? Entonces se volverán dinámicos, fuertes, enérgicos, ¿no les parece?

I.: *(Inaudible.)*

K.: ¿Qué le ocurre a una mente que está llena de energía, no tensa, no presionada, sino llena de energía? ¿Qué le sucede? ¿Se han enfrentado con algo llenos de energía? Si lo han hecho, ¿qué ha ocurrido?

I.: *Que uno no está, en tanto que...*

K.: Espere, espere, señor, en cuanto dice algo le hace que se desvanezca. Cuando uno está lleno de energía, ¿qué sucede? Que no hay problemas y por

consiguiente *uno no existe. Uno existe* únicamente cuando existe el conflicto.

I.: *Entonces uno se queda fuera.*

K.: ¿Ve usted? Ya está hablando por hablar. No haga eso, por favor, hemos llegado a un tema muy profundo. Si al menos quisiera examinarlo. En esa intensidad de energía no está ni el observador ni lo observado. Señor, cuando usted ama... observe con atención cuando ama, ¿hay un observador? Solo existe el observador cuando el amor es deseo y placer. Cuando el deseo y el placer no están asociados con el amor, entonces el amor está lleno de energía, ¿no es cierto? Es algo nuevo cada día porque el pensamiento no lo ha tocado.

5 de agosto de 1967

Diálogo 5



CREO que deberíamos dejar bien clara la razón de habernos reunido aquí y cuál es el propósito de estos diálogos. Ya dijimos que no tienen por finalidad la diversión intelectual o el intercambio de ideas y opiniones. Lo que queremos hacer es algo totalmente diferente. Al hablar de nuestros problemas, aquí entre todos nosotros, nos descubrimos, no ante nadie, sino ante nosotros mismos para ver las cosas con más claridad, y ya vimos el otro día que *ver* es *actuar*. Y si reducimos esto solamente a una forma de entretenimiento en serio, me temo que su trascendencia va a ser muy escasa. Así pues, vamos a seguir con lo que estábamos hablando ayer.

Hablábamos de conocernos, de saber sobre nosotros, y para saber sobre uno mismo se necesita una buena dosis de humildad. Si uno empieza diciendo: «Yo ya me conozco», ahí se acabó todo el aprendizaje. O si uno dice: «No hay mucho que aprender de mí, puesto que ya sé lo que soy: una serie de recuerdos, ideas, experiencias y tradiciones; una entidad condicionada con innumerables reacciones contradictorias»; entonces se acabó la posibilidad de conocernos. Conocernos requiere una gran humildad, no suponer nunca que ya se sabe todo, es decir, que nos conocemos desde el prin-

cipio y no acumular nunca. En el momento en que uno acumula conocimientos de sí mismo adquiridos por propio descubrimiento, surge la plataforma desde la que se empieza a examinar, a aprender, y por eso lo que se aprende es simplemente un añadido a lo que ya se sabe. La humildad es un estado de la mente que nunca adquiere, que nunca dice que ya sabe. Hablábamos ayer de la estructura total del *yo*, del *ego*, con todas sus extraordinarias complejidades, y del pensamiento que es simplemente la base de esta estructura que constituye el *yo*. Creo que esta mañana merecería la pena examinar qué es eso del pensamiento y qué importancia puede o no tener, cuándo hay que utilizarlo con cuidado, con lógica, con cordura, y cuándo no tiene ninguna importancia. A menos que conozcamos estos dos aspectos, no podremos comprender algo mucho más profundo, mucho más vasto, que el pensamiento no puede tocar. Y de eso es de lo que vamos a hablar aquí todos juntos esta mañana. ¿Quieren que lo veamos?

Al entender el pensamiento quizá descubramos también lo que es el amor, pues yo creo que la comprensión del uno nos llevará inevitablemente al otro. Así pues, es necesario comprender toda esta compleja estructura de lo que es la memoria, el pensamiento, cómo está condicionado y cómo siempre es el pasado y por consiguiente nunca nuevo. Si pudiéramos comprender eso, quizá veríamos algo... un estado que es completamente diferente. Así es que a mí me parece que es importante que comprendamos lo que es pensar, cómo se origina, cuál es su principio, cómo condiciona todos los actos. Y al comprender eso quizá podamos llegar a algo que el pensamiento nunca había descubierto: que *nunca* bajo ningún concepto po-

drá el pensamiento abrir la puerta. Así pues, vamos a verlo.

¿Por qué se ha vuelto tan importante el pensamiento en la vida de cada uno de nosotros? Examínenlo ustedes, profundicen en su interior y averígüenlo. Ese pensamiento que es una idea, que es la respuesta de la memoria, de los recuerdos acumulados en las células cerebrales, ¿por qué concedemos una importancia tan extraordinaria a las ideas que no son más que pensamientos organizados? Quizá muchos de nosotros ni siquiera nos hemos llegado a plantear esta cuestión, y si lo hemos hecho decimos que no tiene ninguna importancia, que lo que sí importa es la emoción y los sentimientos. No entiendo cómo puede separarse una cosa de la otra. Aunque uno tenga una sensación, si no le proporciona continuidad, esta acaba muriendo rápidamente. Obsérvenlo en ustedes.

¿Por qué se ha colocado el pensamiento en un lugar tan preeminente de nuestra vida, de esta vida tan aburrida, monótona y atemorizada?

INTERLOCUTOR: *Lo hemos hecho para protegernos.*

KRISHNAMURTI: Si me lo permiten, y lo digo de la manera más respetuosa, no contesten inmediatamente, pues así dejan de seguir investigando. Si ustedes dicen que el pensamiento se ha vuelto tan importante porque tienen que protegerse, ahí se ha acabado la investigación; pero si empezaran a investigar sin atenerse a sus opiniones y conclusiones, se sentirían libres de proseguir con sus investigaciones, con sus preguntas y con sus relaciones.

I.: *El pensamiento es la única herramienta que tenemos para entendernos a nosotros y al universo... a todo lo que existe.*

K.: ¿De verdad? No, señor. He hecho una pregunta, es decir, me he hecho la pregunta de por qué ha adquirido el pensamiento esa importancia en mi vida. Si usted dice que es importante «porque...», entonces ya ha asumido algo, ya ha llegado a una conclusión y, por consiguiente, su mente ya no es libre para investigar, para observar. Yo me dirijo la pregunta a mí mismo, y espero que ustedes se la hagan también, diciendo: ¿por qué ha adquirido el pensamiento una importancia tan desmesurada? Las ideas, las teorías, las hipótesis y las conclusiones de corte intelectual; las ideas sobre Dios, sobre el universo, sobre lo que uno debe ser o no ser. ¿Por qué se ha apoderado el pensamiento de todo mi ser de esa forma tan predominante?

I.: *¿Hay alguna diferencia entre «pensar» y «pensamiento»?*

K.: Indudablemente todo pensamiento, o acción de pensar, es el producto de la memoria, ¿no? Pienso en mi esposa, o en mi marido, en mi familia o en mi profesión, que me proporciona una cierta dignidad, un cierto prestigio. Pienso en mi esposa o en mi marido (empezaremos por lo más conocido), pienso en ella, lo cual es presente activo: estoy pensando en ella. El pensar en ella es la respuesta de lo que conozco de ella, de mis experiencias con ella, de tipo sexual o cualquier otro; y ese es el recuerdo que guardo de ella. El pensar en ella es una continuación de ese recuerdo.

¿De acuerdo? O puede que tenga ciertos recuerdos de ella, o él, y de ahí surjan ciertas respuestas de tipo placentero o doloroso; lo cual también significa que he pensado en ella en el pasado. La acción de pensar y el pensamiento son muy similares; no se pueden diferenciar con nitidez. Háganse ustedes esta pregunta, como yo me la estoy haciendo, por qué es uno un esclavo del pensamiento... de ese pensamiento tan listo, tan astuto, que puede organizarse; de ese pensamiento que puede poner en marcha la cosas; de ese pensamiento que ha inventado tantas cosas; de ese pensamiento que ha producido tantas guerras; de ese pensamiento que ha desencadenado tanto temor, tanta ansiedad; de ese pensamiento que ha disfrutado del placer ayer y que transmite continuidad a ese placer en el presente y también en el futuro. ¿Por qué está el pensamiento siempre activo, agitándose, parloteando, construyendo, destruyendo, acumulando, suponiendo?

I.: *Señor, lo que pasa con el pensamiento es que desde que éramos pequeños nos han animado a pensar. Nadie nos dijo nunca que hay algo más, por eso el pensamiento se ha convertido en un hábito.*

K.: Sí, señor, estoy de acuerdo. No existe ese «algo más». Nadie nos ha dicho nada sobre «algo más». Olvídense de ese «algo más». Lo que yo pregunto es por qué le hemos dado esa importancia al pensamiento.

I. (1): *Una de las razones es que el pensamiento nos permite obtener nuevos placeres, nuevos disfrutes, nuevos gozos; es el medio por el que conseguimos placer.*

I. (2): *Señor, en el momento en el que contestemos a esa pregunta ya le estaremos concediendo importancia al pensamiento y, por consiguiente, no nos será posible la exploración.*

I. (3): *Es necesario ver con claridad, y para eso creemos que el pensamiento es el mejor medio.*

K.: Si alguien les pregunta por qué conceden tanta importancia al pensamiento y añade que es necesario que contesten y que su contestación ha de ser la correcta, no una simple adivinanza, pues de lo contrario al día siguiente morirán, los fusilarán, ¿cómo contestarían?

I.: *¿Podemos vivir sin pensar?*

K.: No lo sé; de verdad que no. Veamos una cosa, solo una, investiguémosla. Puede que podamos comprenderla si es una sola y sencilla cosa. Un deseo, ayer tuve un deseo y lo he realizado, y en esa realización conseguí cierto placer, cierta satisfacción. Y entonces llega el pensamiento y me dice lo estupendo que fue y que tengo que conseguir más. ¿Qué ha ocurrido? Surgió un deseo, se realizó, y al realizarlo hubo placer, disfrute. ¿Qué ocurre entonces? Díganmelo ustedes.

I.: *Queremos repetirlo.*

K.: ¿Quién quiere repetirlo?

I.: *El experimentador.*

K.: ¿Quién es el experimentador? Obsérvelo, señor. Investíguelo.

¿Quién es el experimentador que dice ayer tuve una experiencia maravillosa y tengo que repetirla?

I. (1): *La memoria.*

I. (2): *El pensamiento mismo... la experiencia es el experimentador.*

K.: Eso es. Así de sencillo, ¿verdad? Decimos: el pensamiento mismo es el experimentador. Es decir, ayer tuve una experiencia que fue agradable, una delicia, y aquella delicia dejó una huella en la mente como recuerdo. Después de este recuerdo surge el pensamiento que dice: quiero más. De manera que el pensamiento es el experimentador. Sencillo... ¿verdad? ¿No?

I.: *¿Quién es el experimentador en la primera experiencia?*

K.: Ah, la primera experiencia, la primera de todas... ¿Hay un experimentador? ¿Qué dicen ustedes, señores? ¿Se van a dormir todos o soy yo el dormido?

I.: *Señor, a mí me parece que había un experimentador que decía que uno tuvo un deseo ayer y que fue satisfecho. Así es que el que tuvo el deseo y lo satisfizo, ese era el experimentador.*

K.: Eso es tan sencillo, señor. ¿De qué estamos hablando? Está tan claro; ¿no les parece? Si no hubiera recuerdos de ningún tipo y solo existiesen los deseos,

las satisfacciones, el placer, ¡ahí acabaría todo! Pero el experimentador quiere que continúe aquella experiencia, lo cual es pensamiento, ¿de acuerdo? Así pues, veo que el pensamiento sostiene al placer. El pensamiento proporciona la continuidad al placer que ayer experimenté. Y el pensamiento también proporciona la continuidad a la otra forma del placer que es el dolor. Lo cual quiere decir que el pensamiento como experimentador dice: Mañana tengo que repetir esta experiencia; sexual... o de cualquier otro tipo. Y el pensamiento también le proporciona al dolor el alimento, la continuidad, cuando está pensando en él. Así es que el experimentador, que quiere decir el pensador, es tanto el placer como el dolor; tanto la entidad que alimenta al placer como al dolor. Así pues, cuando el pensamiento exige continuidad al placer, ¡no deja de invitar también al dolor!

I.: *¿Es posible morir a ese pensador y a esos recuerdos?*

K.: No lo sé; vamos a verlo.

I.: *¿Podemos comprender el deseo, ese producto del pensamiento?*

K.: Señor, ¿ha observado usted ese deseo y cómo surge? ¿No lo ha visto?

I.: *En cuanto uno ve algo, ya lo quiere.*

K.: Bien, ¿y por qué lo quiere? Uno ve algo, y usted dice que ya lo quiere, pero ¿cómo nace esta necesidad?

I.: *Nos atrae.*

K.: ¿Qué quiere usted decir con esa palabra? Señor, no lo complique, lo va a ver en un momento.

I.: *El deseo surge del placer que obtenemos de algo.*

K.: No «de algo», señor. Vemos una espléndida mansión, una hermosa mujer, un hombre guapo, etc., *ver* es lo primero, ¿de acuerdo? Luego viene la sensación, el contacto, y después de todo eso surge el deseo, ¿no? Lo veo a usted, muy inteligente, muy activo, y eso me da envidia, lo cual es una forma de deseo, de ser como usted, o mejor. Sí, es bastante sencillo ver cómo surge el deseo. Cuando veo un coche magnífico, lo toco, veo sus líneas, adivino su potencia, etc., me produce sensaciones y quiero que estas se realicen, quiero tenerlo. El «yo» es el pensador que dice: «¡Qué bien si pudiera subir a ese automóvil y conducirlo!», ¿verdad? Eso está clarísimo si uno es capaz de no complicarlo. Así es que eso es lo que hay. El pensador es el que da lugar tanto al dolor como al placer y al temor, y lo que queremos es la continuación del placer sin el temor. Y eso es lo que todos nosotros buscamos: el placer con la esposa o el marido, el placer dentro de la familia, el placer que le proporciona eso tan absurdo que llamamos «nacionalidad», el placer de encontrar mediante el pensamiento lo que llamamos Dios, etc. Y el reverso de la moneda es tratar de evitar el dolor y el temor.

I.: *¿No es también deseo el querer dar, ayudar y servir?*

K.: ¿Y por qué queremos servir? En la gasolinera también nos ofrecen un estupendo servicio. *[Risas.]* No se rían, por favor. No quiero ponerme sarcástico, señora, lo único que hago es observar, tratar de comprender la palabra «servicio», «ayuda», «entrega». ¿Qué significa todo eso? Una flor repleta de belleza, de luz, y de encanto, ¿piensa que está entregándose, ayudando, sirviendo? Se limita a *¡ser!* Y como no trata de hacer nada, resulta que cubre la tierra. Así es que vamos a ver esto. El pensamiento, como el pensador, separa el dolor del placer. Presten atención, obsérvenlo en ustedes. Cuando dice tengo que obtener placer, no se da cuenta de que en esta misma exigencia también está invitando al temor. Y el pensamiento en nuestras relaciones humanas (no en el laboratorio o en alguna actividad tecnológica) siempre está exigiendo placer, el cual lo disfraza con diversas palabras como «servicio», «lealtad», «ayuda», «entrega», «apoyo», ya conocen ustedes todas esas palabras. No sé por qué dan ustedes tanta importancia a la familia. ¿Me lo pueden explicar?

I.: *Porque tememos la soledad.*

K.: De acuerdo. Temen la soledad y por eso le dan importancia a la familia y, como consecuencia de ese temor, proclaman su «amor por su familia». ¿Es así? ¿Y eso es amor?

I.: *Es protección de uno mismo.*

K.: Yo no lo sé; lo estoy preguntando. El pensamiento es tan astuto y tan listo que oculta lo que sea por su propia conveniencia. Tengo miedo, me siento

triste y solitario... y entonces la familia se convierte en algo extraordinariamente importante porque oculta mi soledad, mi desgracia. Así es que lo que veo (quizá ustedes no) es que el pensamiento en su exigencia de placer, que acarrea esclavitud, también engendra temor, lo cual también acarrea su propia esclavitud. Esto es lo que siempre sucede en nuestras relaciones, y no es que quiera ser cínico o un amargado, es lo que realmente ocurre. ¿Y entonces? El pensamiento es el causante de esta dualidad. ¿De acuerdo? Es decir, soy violento; la violencia me proporciona un enorme placer pero a su vez también existe el deseo de paz, de ser amable y bondadoso. El pensamiento engendra los dos estados, ¿de acuerdo? Uno ve esto y lo entiende. Y uno se pregunta: «Pero ¿tiene alguna importancia el pensamiento?». Sí que la tiene; el pensamiento es memoria o, más bien, la memoria acumulada de la cual surge este; el pensamiento la ha constituido, le ha dado vida. Al pensar en el placer que experimenté ayer, placer que murió, que es un recuerdo, memoria, le estoy dando una nueva vida a ese recuerdo o memoria muerta. Les ruego que observen esto en ustedes. El pensamiento revive el pasado muerto, el placer muerto, el recuerdo muerto, y desde esta misma memoria muerta surge, nace el pensamiento. Esto es lo que sucede durante toda nuestra vida. De manera que el pensamiento no solo engendra esta contradicción en nuestras vidas —como placer y temor—, sino que también ha acumulado el recuerdo de los innumerables placeres que hemos tenido y de estos recuerdos renace él mismo. ¡Por eso el pensamiento es siempre el pasado! ¡Lo viejo!

I.: *Pero en este pensamiento, revivido por la memoria y, a la vez, sosteniéndola, ¿no hay nunca nada nuevo? ¿Es siempre el mismo material? ¿Solo eso?*

K.: Señor, no diga que no. Obsérvelo. Digamos que tiene usted una nueva experiencia —si es que existe algo así— y que vamos a examinarla. Tiene una nueva sensación, una nueva intensidad, una nueva fuerza vital, entonces, ¿qué sucede? Obsérvelo, no me lo diga. Le ruego que tenga la bondad de contestarlo usted solo, no yo. Ayer tuvo una nueva experiencia; al menos usted dice eso, que era una experiencia y que era nueva. ¿Lo era? Si usted reconoce que era una experiencia, ¿era nueva? ¿Comprende? Si uno reconoce algo, este reconocimiento es el resultado de algo que ya he conocido, pues si no, ¡no lo podría reconocer! Así es que por muy astuto que sea el pensamiento, por muy sutil que parezca, por muy retorcido que se haga, ese pensamiento siempre será lo viejo. ¿De acuerdo?

I.: *¿Quiere usted decir que si se da una nueva experiencia y no la reconocemos es porque no somos conscientes?*

K.: No; no la llamaríamos experiencia.

I.: *¿Si somos conscientes de ella, la llamaríamos experiencia?*

K.: ¿Lo harían?

I.: *Para nosotros, experiencia y conciencia son palabras sinónimas.*

K.: De acuerdo, señor, pero si usted no reconoce esa experiencia, entonces no la tiene.

I.: *Bien, con eso, lo que usted quiere decirnos es que no somos conscientes de ella, como si estuviéramos dormidos.*

K.: Sí, de acuerdo, si prefiere decirlo de esa manera.

I.: *Lo que ocurre es que uno ni siquiera sabe...*

K.: Uno lo sabe, eso está bastante claro.

I.: *¿Quiere usted decir que a pesar de que algo pueda parecer que no tiene ningún tipo de precedentes para nosotros nunca es nuevo? Digamos que voy a cualquier país que nunca he visto antes, que no sé nada de él, como África central, y que entonces veo algo raro y sin precedentes. Lo veo. ¿Quiere usted decir que...?*

K.: Espere un momento. ¿Qué ocurre cuando lo ve?

I.: *Digo lo extraordinario que es, que nunca antes lo había visto, y que por lo tanto...*

K.: Siga, no se detenga, examínelo; «nunca antes lo había visto». ¿Qué ocurre entonces?

I.: *Trato de relacionarlo con alguna categoría...*

K.: Sí.

I.: ... *que lo configure para tener la posibilidad de ubicarlo en su proporción adecuada, y por ello lo convierto en algo viejo de una manera inmediata.*

K.: ¿Qué ha ocurrido entonces? Que vemos algo nuevo y lo interpretamos en función de lo viejo. En el momento en que interviene el pensamiento bajo la forma del «pensador» ya lo hemos reducido a lo viejo.

I.: *Entonces, sí que es posible ver algo nuevo, pero el pensador lo convierte en viejo.*

K.: ¡Exactamente! En el mismo momento en el que el pensador interviene, se convierte en viejo.

I.: *Sí, señor, ya lo veo.*

K.: Eso es todo. Ahora demos un paso más. El pensamiento tiene su importancia. ¿De acuerdo? Si no fuera así, yo no podría ir desde aquí, desde esta carpa, a donde vivo. No podría ir a la oficina, pues no podría hacer nada allí; incluso el lenguaje que hablamos es el resultado del pensamiento, etc. El pensamiento tiene una importancia vital, pero ¿tiene la misma importancia ante eso que llamamos Amor?

I.: *Pero no sabemos qué es el amor.*

K.: Vamos a ver qué es el amor; o, mejor dicho, lo que no es el amor. Decíamos que el amor no es deseo. No sé por qué, pero alguien lo ha dicho. También han dicho que el amor no es placer. Y este que les habla también ha dicho eso mismo y vamos a ver *por qué*. ¿Por qué no es deseo el amor? ¿Qué creen ustedes?

I.: *El deseo es recuerdo, memoria.*

K.: No, señor, ¿no ve que en cuanto ha dicho que «el deseo es recuerdo» ya se ha detenido? Uno ama a su esposa —Dios sabrá por qué—, pero uno dice que ama a su esposa. ¿Qué quiere decir eso? En ese amor está implicado el deseo; el placer sexual, el placer de tener a alguien en la casa cuidando a los hijos, haciendo la comida, preocupándose de todas las cosas mientras uno está en la oficina, etc. Y cuando esa esposa se fija en otro o no me proporciona la satisfacción que espero —sexual o de cualquier otro tipo—, me molesta o me pongo celoso. ¿No? Están todos ustedes muy callados.

I.: *Pero por lo menos al principio era algo diferente. [Risas.]*

K.: ¡Ese señor se está traicionando! *[Risas.]* ¡Perdonen! Ese señor dice que era diferente al principio. ¡Naturalmente! No hace falta contestar a esa cuestión, ¿no creen? *[Risas.]* Pero volvamos a verlo. Uno considera que ama a su esposa y lo expresa así, o al marido, o a su familia. ¿Qué hay implicado en todo esto? Deseo, placer, temor, ansiedad, sensación de evasión de uno mismo, de su soledad, mediante la familia. Todo esto es lo que abarca la palabra «amor». ¿De acuerdo? Y esa moralidad es aceptada. Es aceptable legalmente para la cultura y la sociedad en que vivimos. Lo que llamamos amor está plagado de celos, envidia, codicia, temor, imposición, dominación... y a veces de alegría. ¿Es eso amor? Yo no digo que no lo sea; no lo sé. Con eso vivimos, a eso llamamos amor, eso es lo que nos importa.

I.: *Puede darse con gran afecto.*

K.: Desde luego. Así es que yo me pregunto: ¿qué ha hecho el pensamiento? ¿Comprenden? Cuando la vi por vez primera, a mi esposa, me dije, yo quiero a esta mujer, vamos a casarnos, a tener relaciones sexuales, placer, compañía. Pero gradualmente el aburrimiento a su lado se adueña... la rutina, el sexo; y a ella le pasa lo mismo. Pero ahora hay hijos. Y ella se fija en algún otro, ya saben todos queremos las emociones, y me empiezan a torturar los celos, el odio. Ya conocen todo eso, ¿verdad?

I.: *Usted está analizando algo que es muy delicado con un instrumento muy tosco; no es tan brutal como usted lo pinta.*

K.: Desde luego que no. Hay ternura, hay afecto, la llamada responsabilidad, seguridad, el orgullo del hijo inteligente que asciende en la escala social, etc. No se trata de una única cosa, es *todo*: ternura, afecto, celos, odio, temor, soledad; todo lo que abarca esa palabra «amor». ¿No?

I.: *Creo que hay otra clase de amor: cuando uno quiere que alguien sea feliz.*

K.: Si uno tuviera un tipo diferente de amor, ¡sería perfecto! ¡Evidentemente! ¡Pero yo no lo tengo! Bien, vamos a verlo. Cuando me digo: ahora veo que en el deseo y en el placer con todo su dolor, y todo lo que ya hemos dicho antes, no hay amor en absoluto. Y el pensamiento, compréndalo bien, ese pensamiento que le ha proporcionado continuidad al placer, ese

pensamiento que le ha proporcionado continuidad al temor, no es amor. ¡Así es que el pensamiento no es amor! ¿De acuerdo?

I.: *¿Es el pensamiento poder creativo?*

K.: Mire, yo no sé qué quieren decir esas dos palabras: «poder» y «creativo». No es eso lo que estamos discutiendo en este momento. Lo que intentamos ver es esa cualidad del amor en la que no haya temor, en la que no haya placer. Si no queremos el temor en el amor, hemos de acabar con el placer, porque el temor y el placer son las dos caras de la misma moneda. Así es que el pensamiento, que proporciona continuidad al deseo en forma de placer, también ofrece continuidad al temor: temor a mi esposa y placer con mi esposa, con mi marido, etc. Es imposible que el pensamiento sea el origen de lo que es el amor. ¿De acuerdo?

I.: *El pensamiento lo único que puede hacer es crear una imagen del amor.*

K.: Señor, eso no tiene sentido. Una imagen, un símbolo colgado en una iglesia no tiene ningún sentido. Así es que le ruego que pasemos a la siguiente cuestión. ¿Puede uno vivir en este mundo con su esposa, con su familia, sin deseos, placer o temor? Si uno tiene ese deseo, placer o temor, sería poco honrado por nuestra parte utilizar la palabra «amor». ¿Aceptan esto? De manera que me empiezo a preguntar si es posible que el pensamiento no intervenga nunca en las relaciones. Porque, cuando lo hace, lo que produce es deseo, placer y temor. Por favor atiendan hasta el final. ¿Es posible que el pensamiento no intervenga?

I.: *Si renunciamos a los deseos, no surgirán los pensamientos.*

K.: Señor, eso es solamente una suposición. Mire, uno tiene esposa, o esposo, y existe entre nosotros ese tormento del temor, el deseo, el placer, la ansiedad, todo eso que llamamos «amor». Y yo digo que ¡vaya una forma de vivir tan monstruosa! ¡Qué existencia más cruel! Y me pregunto si es posible que el pensamiento no entre en estas relaciones de ninguna manera. Lo cual significa —presten mucha atención— que no le doy vueltas y más vueltas al placer sexual de ayer, que no será una cuestión de quién domine: yo o ella —dominar es «agredir», ya sea de forma sexual o de cualquier otra—, y que yo soy completamente libre, ¡igual que ella! Puesto que si dependo de ella para mi placer, yo seré un esclavo para ella. ¿Puedo vivir con ella sin que el pensamiento cree todos esos estados contradictorios que llenan mi ser de tensiones y luchas interminables? Si es posible, entonces quizá —*quizá*— sepa lo que es amar. Desgraciadamente las Iglesias de todo el mundo, los templos y las mezquitas, han dividido este amor en profano y sagrado. Pero yo que ni siquiera sé cómo amar a un árbol, ¿cómo lo voy a hacer con mi esposa o mi vecino? Lo que estoy deseando es hacerlos pedazos en la competencia.

Bien, ahora ya veo cómo funciona el pensamiento. He observado cómo construye su edificio ladrillo a ladrillo: y luego se ha quedado encerrado en su interior. Y nos preguntamos: ¿cómo saldremos de él? ¿Cómo derribaremos los muros que el pensamiento ha creado? ¡Y el que se pregunta eso es el mismísimo pensamiento! ¿Lo ven?

I.: *¿Por qué habría de preguntarse el pensamiento «qué es el amor»?*

K.: Generalmente no se lo pregunta, porque le da miedo investigarlo. Podría saltar en pedazos la familia, o no volver al templo. Hacerse esa pregunta es algo terriblemente inquietante, de manera que la evitamos, y llevamos una vida respetable, burguesa, con placeres, con deseos, con temor y todo lo demás.

I.: *Cuando uno ve lo que hace el pensamiento, ¿por qué continúa con él?*

K.: Pero ¿ve uno lo que hace el pensamiento? ¿Ve usted realmente, no solo usted, sino todos nosotros, cómo el pensamiento edifica esta mansión en la que queda atrapado? ¿O es solo una idea que ha oído y la repite y, por consiguiente, se ha convertido en una teoría, una conclusión a la que usted ha llegado? ¿Comprende usted? Si quiero ver la cualidad de lo que podemos llamar amor, aquella en la que no hay asomo de temor y por consiguiente tampoco de placer, entonces tengo que arrasar la casa que he edificado... mi familia, mi responsabilidad, o bien de la otra manera: huyendo de la familia y diciendo que yo no soy el responsable. Este es un tremendo problema que a menos que lo resuelva no veo cómo podrá usted proseguir. Teóricamente sí que puede; puede discutir interminablemente sobre la existencia o no de Dios, sobre lo que era o no era aquel Salvador, sobre esto y lo otro. Pero si usted realmente, allá en lo más profundo, quiere avanzar un paso más, ha de solucionar este asunto. Porque a menos que tenga amor no tendrá belleza, y sin belleza ni amor nunca se podrá en-

contrar la verdad. No es que «la verdad está en todo»... la verdad está en ver cómo funciona el pensamiento, qué es el deseo, qué es el placer, qué es el temor. Pero si la mente quiere profundizar y ampliar su visión tiene que comprender la cuestión del amor, y el amor no es sentimiento, ni devoción, ni entrega; ¡ninguna de esas cosas! Solo cuando el pensamiento se ha entendido a sí mismo y está en silencio, sin intervenir, entonces hay algo... entonces uno está en una dimensión totalmente diferente. Ustedes están escuchando todo esto pero lo que escuchan no es «lo que es»; la palabra no es la cosa. Lo único que uno puede hacer es examinar esta cuestión del pensamiento y constantemente estar consciente de este problema del deseo, el placer y el temor; no podemos escapar de él, tenemos que entenderlo, observarlo, vivir con él, ser conscientes de él.

I.: *Señor, el pensamiento se manifiesta en las relaciones; pero ¿cómo puede hacerlo el amor, que no procede de la memoria, del recuerdo?*

K.: Ocurre solamente cuando todo nuestro ser, todo en nosotros, nos dice que tenemos que ver lo que es el amor; cuando uno pone toda su atención en averiguarlo. ¿Comprende? Entonces el pensamiento empieza a desvanecerse. Pero si a uno no le interesa, si no está tan ávido de verlo como lo estaría un hambriento por la comida, entonces el pensamiento se apodera y destruye todo lo que toca en sus relaciones.

I.: *Así pues, el amor estará lleno de energía, ¿no?*

K.: Averígüelo usted. La energía que el pensamiento —y este sí que es energía— malgasta en los

deseos, en el dolor, en el temor, en la ansiedad... cuando todos ellos desaparecen lo que queda es pura energía: que es amor. Pero escuchen ustedes, no me gusta, de verdad que no me gusta utilizar esa palabra porque la han corrompido tanto. Todo el mundo, hombres y mujeres, hablan del amor: las revistas, los periódicos, los misioneros, los sacerdotes en las iglesias, ¡todos hablan sin parar del amor de Dios! Eso no es amor en absoluto. El amor es algo a lo que el pensamiento no puede llegar, y nosotros estamos tan llenos de pensamientos; el pensamiento no puede llegar a esa belleza, a ese éxtasis.

6 de agosto de 1967

Diálogo 6



ESTE es el último diálogo que tendremos. Hemos estado hablando durante estos últimos cinco días sobre diversas formas de violencia, sobre el conocimiento de uno mismo y sobre los procesos del pensamiento. ¿De qué quieren, pues, que hablemos esta mañana?

INTERLOCUTOR: *A mí me parece que hemos olvidado considerar otro aspecto de nuestra inteligencia. El pensamiento puede, de diferentes maneras, combinar material de nuestro pasado y sacar algo que aparentemente es nuevo y que generalmente llamamos invención.*

KRISHNAMURTI: Ya entiendo, pero lo que creo es que tenemos cosas que tratar mucho más importantes que las invenciones.

I.: *Señor, usted dijo que cuando no hay pensamientos hay energía. Pero hay muchas ideas sobre la energía. ¿Podríamos hablar sobre la energía?*

K.: ¿Podríamos hablar sobre esa energía que surge, que es parte del pensamiento, cuando este no se contradice?

I.: *Usted hablaba de dos tipos de ideas: las técnicas, que son de las que no hablamos aquí, y las creadas por el pensamiento. Pero ¿hay ideas fuera de la mente humana, en el universo?*

K.: Creo que valdría más la pena que en esta mañana le dedicáramos algún tiempo a hablar entre todos de la cuestión de la consciencia, la atención y la meditación. Quizá así podamos contestar algunas de las preguntas que se acaban de formular.

Empezaremos por investigar en nuestro interior para averiguar lo que queremos decir con «consciencia», pues me parece que la mayoría de nosotros no somos conscientes, no solo de lo que estamos hablando, sino también de nuestras sensaciones, de nuestro entorno, conscientes de los colores que nos rodean, de las personas, del tipo de coches que nos pasan en la carretera, de la forma de los árboles, de las nubes, del movimiento del agua, de los pájaros. Quizá algunos de ustedes vieron esta mañana, muy temprano, mucho antes de que saliese el sol, lo extraordinariamente claro que estaba el día y el perfume que flotaba en el aire. No somos en absoluto conscientes de las cosas que nos rodean. Quizá porque estamos tan preocupados por nosotros, por nuestros problemas, por nuestras ideas, por nuestros placeres, ocupaciones y ambiciones, quizás sea por eso por lo que no somos conscientes del mundo exterior de una manera objetiva. Y sin embargo, hablamos muchísimo de «ser conscientes».

En una ocasión, este que les habla viajaba con varias personas en un coche, un chófer lo conducía y yo me sentaba a su lado. Había tres caballeros detrás hablando muy entusiasmados sobre la consciencia,

el darse cuenta, y haciéndome preguntas sobre el tema. Desgraciadamente, en aquel momento el conductor, que estaba mirando a otra parte, atropelló a una cabra; los tres caballeros seguían discutiendo sobre la consciencia *[risas];* y sin embargo, no fueron conscientes en ningún momento de que habían atropellado a una cabra. Y el chófer ni se inmutó. Cuando hicimos notar esta falta de atención, o consciencia, por parte de las personas que estaban intentando ser conscientes, su sorpresa fue mayúscula. Y a la mayoría de nosotros nos ocurre lo mismo: no somos conscientes ni de las cosas del exterior, ni de las del interior. ¿Podemos, pues, dedicar algún tiempo esta mañana a hablar de esta consciencia?

La mayor parte de nuestras mentes son más bien torpes e insensibles, porque no estamos sanos y hemos tenido problemas con los que hemos convivido días, meses, años; los problemas de los hijos, del matrimonio, de ganarnos la vida, de la terrible sociedad en la que vivimos. Todo eso nos ha hecho insensibles y poco inteligentes y nuestras reacciones son algo lentas. Una mente así pretende estar consciente y espera, de alguna manera, superar las limitaciones que la sociedad, el individuo, etc., le han impuesto. Al hablar de la consciencia, creo que es importante comprender lo realmente sencilla que es; no hay que complicarlo, no hay que decir que debe de ser esto y no aquello, sino empezar de la manera más simple posible porque el problema es enormemente complejo. Es necesario empezar de una manera sencilla, examinarlo paso a paso, no analíticamente, sino observarnos tal como somos y ser conscientes de lo que somos y a partir de ahí avanzar paso a paso. ¿Podríamos hacer eso esta mañana, solo por el gusto de hacerlo? Creo

que eso agudizará la mente, pues somos unas personas más bien ordinarias, autoritarias, agresivas, engreídas, ansiosos por decir a los demás lo que pensamos, lo que deberían y lo que no deberían hacer. Queremos manipular a los demás y asumimos responsabilidades que no nos conciernen en absoluto. Vivimos, pues, en una especie de mundo propio engreído y proyectado en sí mismo, y viviendo de esta manera hablamos de la consciencia como de algo extraordinariamente misterioso.

Bien, si esta mañana pudiéramos entre todos hablar de un problema que es interesantísimo, y si pudiéramos también examinarlo con todo detalle, emprenderíamos un viaje interminable. ¿Quieren que lo hagamos? No es necesario que estén de acuerdo conmigo, por favor. Vean ustedes mismos si es interesante o no, pues creo que si entendemos esto que es tan sencillo, podremos entender la estructura de nuestra mente, los estados de los diferentes niveles de nuestro ser: un ser en el cual existe la contradicción, la ceguera, el autoritarismo, la crueldad. Entonces percibiremos todo lo que está en ebullición, candente, en nuestro interior. Así pues, empecemos.

En primer lugar no vamos a definir lo que es la consciencia, porque, si lo hacemos, cada uno de nosotros le dará un significado distinto; pero veremos lo que quiere decir consciencia según vayamos hablando. En cuanto uno define lo que es la consciencia, ya se queda bloqueado por las palabras, por las conclusiones. Pero si uno dice voy a ver lo que quiere decir, entonces la mente se torna ligera, elástica, y se puede proseguir. Así es que vamos a verlo. No lo compliquemos, pues conforme vayamos observando la consciencia se irá haciendo todo más complejo, pero si empe-

zamos con toda su complejidad, entonces no seremos capaces de ver su extraordinaria simplicidad y, en consecuencia, descubrir, por medio de esa misma simplicidad, la diversidad, la contradicción y la disimilitud que existe en esta consciencia. ¿Lo estoy complicando?

I.: *Usted ha mencionado la consciencia de las cosas y de los estados de la mente. ¿Quiere eso decir que esa consciencia tiene siempre un objetivo tal como el temor?*

K.: Vamos a verlo. Vamos a empezar. ¡Escuchen! Yo no sé nada de esto. ¿De acuerdo? Nada sé de la consciencia y quiero averiguar qué es sin que nadie me lo diga. En primer lugar, ¿soy consciente de las cosas externas? De la forma del árbol, del pájaro posado en el poste del telégrafo que se arregla las plumas con el pico, de los baches de la carretera, del rostro que tengo enfrente. Es decir, observar simplemente. En primer lugar observar: ¡ver! ¿O bien lo que hago es ver la imagen que tengo de aquel pájaro, o de aquel árbol, o la imagen que también tengo del rostro que veo delante de mí? ¿De acuerdo? Es decir, que no solo veo aquel pájaro en el poste, sino que también tengo una imagen de él. De manera que, por un lado, está el *ver* y, por otro, la imagen que ve al pájaro. ¿Ha quedado claro? Yo lo veo a usted: de una manera real, visual. Y además tengo una imagen de usted: es viejo, o joven, bien parecido, o sucio, de esta manera, o de la otra. ¿De acuerdo?

I.: *¿Cómo podemos estar seguros de que vemos al pájaro sin la imagen?*

K.: Escuche, señor: olvídese del pájaro. Usted está sentado allá, y yo aquí. ¿Cómo sabe que me está viendo? ¿Cómo sabe que yo le estoy viendo? Usted está allá y yo aquí.

I.: *Señor, hay algo que no tengo claro. ¿Veo al pájaro, o a su imagen? No llego a entenderlo.*

K.: ¡Esto se ha convertido en un acertijo! Olvidémonos del pájaro, del árbol y de todo. Ustedes están ahí sentados, y este que les habla, aquí en la plataforma. Ustedes lo están viendo, no solo realmente (con camisa marrón, etc.), sino que también lo ven con la imagen que tienen de él. ¿De acuerdo? Yo los veo a ustedes no solo visualmente, lo que realmente parecen, sino también porque los conozco y tengo una imagen de ustedes. Bien, eso es parte de la consciencia, ¿no? Soy consciente de su rostro, de su color, de la bufanda de su cuello, de la camisa marrón... pero también tengo una imagen de usted porque lo he conocido antes y había dicho cosas agradables o desagradables de mí y por eso me forjé una imagen de usted. Eso es parte de la consciencia, ¿no? ¿De acuerdo? ¡Por supuesto!

Bien, avancemos un paso más. A usted lo veo a través de la imagen que me he forjado. Lo veo —no solo con la camisa marrón, etc.—, sino que también lo veo a través de mi imagen. ¿De acuerdo? Así es que, realmente, ¡no lo veo en absoluto! Eso es parte de la consciencia, ¿no? Darse cuenta de que la imagen que lo observa a uno impide que la mente lo observe a uno directamente: eso es relativamente sencillo, ¿no? Eso también es parte de la consciencia, ¿no? Soy consciente de la camisa marrón que lleva puesta y del co-

lor de la bufanda que le rodea el cuello. También soy consciente de que tengo una imagen de usted y de que esa imagen lo está observando. Eso es parte de la consciencia y ha quedado muy claro, señores.

Ahora vamos al paso siguiente. Al ser conscientes de todo esto, esa consciencia dice: No estoy realmente observándolo a usted en absoluto; ¡la imagen es la que lo observa! ¿Comprenden esto? Mi imagen lo está observando a usted. En primer lugar soy consciente —ahora, no antes— de que tengo una imagen. A continuación soy consciente de cómo se ha producido esa imagen. ¿De acuerdo? Ahora bien, *¿cómo* se ha producido? La imagen se ha producido porque usted me ha hecho daño, o bien porque me ha dicho cosas agradables, me ha adulado, me ha dicho: *qué persona más maravillosa es usted,* o por el contrario, *por el amor de Dios, espabílese,* o cualquier otra cosa. A causa de sus palabras y del sentimiento que puso en ellas, y de mi reacción a aquellas y a este, yo me he forjado una imagen de usted, y esta imagen es el recuerdo que tengo de usted en la memoria. ¿De acuerdo?

I.: *Pero uno se forma una imagen de alguien incluso la primera vez que lo ve...*

K.: Sí, sí. Puede ser un instante. Me gusta o no me gusta su rostro; me gusta o no me gusta el perfume que se echa, etc. En un instante uno ya se ha forjado una imagen, ¿verdad? Así es que me doy cuenta por vez primera de que tengo una imagen de usted y de que además esta imagen se ha forjado por el agrado o el desagrado. Yo soy alemán y usted no me agrada por ser francés, etc. Así es que soy consciente, por medio de la imagen que de usted me he formado, de

mis reacciones hacia usted. ¿De acuerdo? ¿Les parece bien que prosigamos? ¿Se limitan a entender las palabras o realmente se observan ustedes? ¿Observan la imagen que tienen de mí o de otro? ¿Observan cómo se forma esa imagen? Si tienen marido o esposa, sabrán muy bien cómo se ha formado esa imagen. ¿Son conscientes de esa imagen? No si les agrada o desagrada. Porque si son conscientes de ella y además dicen que les gusta o no, entonces lo que están haciendo es añadir más a la imagen. ¿De acuerdo? O, por el contrario, dicen que lo que tienen que hacer es librarse de la imagen y con eso siguen añadiendo más a la imagen. Pero si observan esa imagen sin ninguna reacción... No sé si comprenden todo esto. ¿Es muy difícil? ¿Les gustaría emprender un viaje?

Este proceso es de mucha complejidad. A no ser que entiendan esto perfectamente bien, se les escapará todo lo demás. Así es que tienen que prestar mucha atención. Soy consciente de su camisa marrón, de su bufanda y del color que tiene. También soy consciente de que lo estoy observando a través de la imagen que tengo de usted y de que me he formado esa imagen escuchando sus palabras y viendo sus gestos, o bien por mis prejuicios sobre usted, o porque me agrada o desagrada usted. Eso es parte de la consciencia. Veo igualmente que esta imagen me impide observarlo a usted, *¡directamente!* Me impide observarlo, ponerme en contacto con usted directamente. Entonces me digo que tengo que librarme de esa imagen. ¿Entienden? Y ahí es donde surge el conflicto, ¿no? Cuando quiero librarme de la imagen que me he formado de usted, quedar libre de ella, porque quiero llegar a un mejor contacto con usted, a verlo directamente, esa es otra forma de reacción a la imagen.

Les decía que soy consciente de que tengo una imagen que me impide observar exactamente *lo que es, lo que son ustedes, o lo que soy yo*. Así es que quiero librarme de eso porque puede que sea más provechoso, más placentero, y puede que me produzca algún tipo de experiencia más profunda y más amplia. Y todo esto es parte de la consciencia. En el mismo momento en que me quiero librar de esa imagen entro en batalla con la imagen del conflicto. De manera que ahora soy consciente de lo ocurrido. Soy consciente de su camisa marrón y del color de su bufanda, soy consciente de la imagen que de usted me he formado. Soy consciente de que esa imagen me impide ponerme en contacto directo con usted y ver exactamente lo que usted es, o bien que la imagen que tengo de mí mismo me impide observarme. Quiero quitarme esta imagen porque le he oído a usted decir que el conocimiento de uno mismo es muy importante. Por eso no quiero tener una imagen de mí mismo; quiero quitármela de encima, pero al querer quitármela surge el conflicto entre la antigua y la nueva imagen que he creado. ¿Entienden esto? De manera que ahora estoy sumido en el conflicto. Pero si este conflicto es agradable, quiero que prosiga. Si el conflicto promete un final con algún tipo de placer, quiero que prosiga; pero si produce dolor, lo que quiero es deshacerme de él. Así pues, me doy cuenta de toda la secuencia de lo que está sucediendo. ¿De acuerdo? Espero que estén haciendo a su vez esto conmigo: tomar la imagen que tengan de alguien, observarla, ser conscientes de ella, de la misma manera que son conscientes de la carpa, de los límites de esta carpa, de sus líneas, de su estructura, de sus piezas, sus aberturas, etc. De una manera similar son conscientes de ustedes con sus

imágenes y lo que conllevan. Bien, estoy sumido en el conflicto. O bien soy consciente del conflicto tal cual es, o bien quiero cambiarlo y convertirlo en algo que me rinda más; o bien mi conflicto es muy superficial; o bien soy consciente de sus capas más profundas. Así es que la consciencia no es meramente una observación superficial de mis conflictos internos, sino que también por medio de ella quedan al descubierto estos mismos conflictos tan profundos. ¿De acuerdo? Si las capas profundas de los conflictos quedan al descubierto cuando uno es consciente de ellos y este hecho produce temor, entonces lo que quiero es dejarlo todo bien cerrado, bien cubierto, no quiero verlo. Entonces huyo; me evado por medio de la bebida, la droga, las mujeres, los hombres, la diversión, el entretenimiento, las iglesias, etc. Todo eso es parte del campo de la consciencia, ¿no? El huir del temor y conceder importancia a los destinos de mi huida, ¿no?

Me doy cuenta de mi soledad y de mi tristeza y no veo la salida, o si la veo esta es demasiado dificultosa; por eso huyo, escapo, mediante la iglesia, la droga, el comunismo, o cualquier forma de entretenimiento. Y por haber escapado de aquello que me produce temor hacia lo que me ayuda a escapar, eso cobra una tremenda importancia. ¿De acuerdo? De manera que me quedo apegado a esas cosas. Puede ser la esposa, la familia..., lo que sea. Pues bien, todo eso forma parte de la consciencia, ¿no? He empezado muy lentamente, paso a paso, observando su camisa, el color de su camisa, también el color de su bufanda, profundizando cada vez más hasta que vi que tengo una red completa de evasiones. No las he visto una por una, no las he anali-

zado; solo con ser consciente he empezado a profundizar cada vez más. ¿De acuerdo? ¿Comprenden todo esto?

I.: *Yo no. Veo lo de ser consciente... pero luego hay un pequeño salto en lo de las evasiones internas. ¿Podría repetirlo?*

K.: ¿Dónde está el salto?

I.: *Entre la consciencia y nuestra evasión, desde, por ejemplo, la soledad interior.*

K.: Ah, ya, creía que lo había dejado claro. Me he formado una imagen de usted de la cual nunca había sido consciente; y ahora lo soy gracias a que he observado las cosas externas, a que he sido consciente de las cosas externas. Con la mayor naturalidad paso de lo exterior a lo interior y ahí descubro que tengo una imagen de usted. Eso ya lo examiné y quedó claro, ¿no? Pues bien, gracias a que soy consciente de esa imagen veo que la he creado para protegerme; o bien la he creado porque usted me ha dicho cosas tan atroces que se me han quedado en la memoria, o bien me ha dicho cosas agradables que también se me han quedado allí. Así es que existe una imagen que he creado y me doy cuenta de que esta imagen me impide observar con mayor profundidad mi relación con usted. ¿De acuerdo?

I.: *¿Quiere usted decir que esta consciencia que uno tiene no se limita a una única persona, sino que en todos los campos...?*

K.: Sí, sí, por supuesto que tengo imágenes de todo: de usted, de mi esposa, de mis hijos, de mi país, de Dios. *[Suena un avión en las alturas.]* ¿Se dieron cuenta del ruido de ese avión? ¿Fueron conscientes de él? ¿Fueron conscientes de su reacción al ruido? La reacción era: ojalá desapareciera, porque lo que quiero es saber, quiero que él siga hablando y el ruido no me deja oír. ¿Oyeron aquel enorme trueno? Cuando escucharon el trueno sin evaluarlo, lo hicieron de una manera completamente diferente, ¿no? Siguieron el ruido del trueno conforme se iba alejando. Lo escucharon y después tomaron consciencia de los diferentes sonidos del río, ¿no? ¿Y también de aquellos niños allá a lo lejos? Pero si dijeron: no me gusta ese ruido porque lo que quiero es escuchar aquí, quiero saber, entonces, ¿qué pasa? Pasa que se sumergen en el conflicto, ¿no? Por un lado quieren escuchar pero se lo impide ese ruido, por ello surge el rechazo entre el ruido y el deseo de escuchar, de ver. Por consiguiente, surgió el conflicto y se quedaron perdidos en él: ni escucharon el trueno, ni lo que se decía. Bien, prosigamos.

Me he forjado una imagen de usted y además tengo otras, quizá unas cuantas docenas, y veo, me doy cuenta, de que esta imagen me impide verlo a usted con más claridad; y quiero que esta imagen desaparezca porque quiero verlo mejor, entenderlo, de una manera directa. Esta imagen me lo impide y por eso quiero no tenerla, lo cual es un conflicto, porque quiero entenderlo mejor. Así pues, hay un conflicto —entiéndalo bien—, un conflicto entre la imagen original que tengo de usted y la nueva imagen que tengo en la mente, es decir, verlo a usted. ¿De acuerdo? Así pues, hay un conflicto entre las dos.

Y como no sé cómo dejar de tener estas dos imágenes, me acabo fatigando, me acabo hartando, y como no veo forma de resolverlo —por un lado la vieja imagen, por otra la nueva y el conflicto entre ambas—, busco una evasión... y no solo encuentro una, sino un montón, de las cuales, poco a poco, me voy volviendo consciente: la bebida, el tabaco, el parloteo incesante, el aporte de opiniones, juicios, evaluaciones... docenas de evasiones. Van viniendo a mi consciencia las evasiones superficiales, y cuando las observo, cuando me doy cuenta de ellas, también empiezo a descubrir sus capas más profundas. ¿Van comprendiendo todo esto?

I.: *Sí, pero pierdo el contacto con lo observado.*

K.: Enseguida llegamos a eso, señor. Seguramente no lo va siguiendo paso a paso, pues si lo hiciera, rápidamente descubriría la naturaleza del observador. Así pues, ¿qué ha ocurrido? La consciencia ha revelado un montón de evasiones —las evasiones superficiales—, y esta misma consciencia me hace ver un nivel más profundo de evasiones: los motivos, las tradiciones, los temores que tengo, etcétera. Así es que ahí estamos. Empezando con la camisa marrón y la bufanda he descubierto —la consciencia ha mostrado— a esta entidad tan extraordinaria y compleja que soy yo. ¡La ha mostrado en toda su realidad! No teóricamente, no. ¿Me ha comprendido, señor? Es decir, que esta consciencia ha mostrado realmente, *¡lo que es!* Hasta ahora el observador ha estado observando cómo sucedía todo esto. He observado esa camisa, el color de la bufanda, como si fuera algo fuera de mí, lo cual es así. ¿De acuerdo? Luego he obser-

vado la imagen que me he creado de usted. Luego esa consciencia me ha mostrado la complejidad de esta imagen y que sigo siendo el observador de ella. Así es que tenemos la imagen y el observador de esta imagen. (¡Aquí el único que está trabajando soy yo!) Surge de nuevo la dualidad: el observador y lo observado que es la imagen; y las docenas de imágenes que tengo (si las tengo), y las evasiones de las diversas formas de conflicto que estas imágenes han causado, tanto de una manera superficial como profunda. Y seguimos teniendo al observador que las está observando.

Pues bien, la consciencia vuelve otra vez, profundiza más. ¿Quién es el observador? ¿Es diferente de las imágenes? ¿No es otra imagen? Una imagen, el observador, observa las diferentes imágenes que la rodean, o que están en su interior. ¿No? Este observador es realmente el censor, la persona que dice: me gusta, no me gusta, me gusta esta imagen, así es que me la quedo; no me gusta la otra imagen, por lo tanto me la quito de encima. Pero el observador está compuesto por las diferentes imágenes que se han creado a causa de las reacciones a aquellas mismas imágenes. ¿Entienden estos razonamientos?

I.: *Pero todas las imágenes están en el observador.*

K.: Sí, desde luego.

I.: *No están separadas.*

K.: Totalmente de acuerdo.

I.: *Pero usted dice que es una imagen la que ve otra imagen.*

K.: Por supuesto. Ya lo he examinado y explorado hasta llegar al punto en el que dije que el observador es también la imagen, pero que se ha separado y observa. Mire, señor, esto exige una tremenda y verdadera observación, no la aceptación de lo que diga el primero que llegue. Este observador ha surgido de los recuerdos de diferentes imágenes y sus reacciones. Entonces el observador se separa de las otras imágenes y se pregunta: ¿cómo voy a quedar libre de estas imágenes? Así que esta imagen ¡es permanente! Y esta imagen permanente que cree que es permanente se dice: quiero librarme de todas las otras imágenes porque ellas son realmente la causa de mis problemas, ellas son las que realmente generan los conflictos. Y de esta manera le echa la culpa a las otras imágenes, mientras que el observador, que es la imagen, es la causa principal de todos estos males.

I.: *La imagen tiene que liberarse de sí misma.*

K.: ¿Quién es la entidad que se va a liberar? ¡Otra imagen! Es importantísimo entender esto.

I.: *Si observamos estas imágenes, vemos que están hechas de pensamientos. Si observamos nuestra propia imagen, el observador, vemos que es él el que acumula de la misma manera... Solo he comprendido hasta aquí.*

K.: Sí, señor, está usted en lo cierto. Hasta ahí hemos llegado. La consciencia ha revelado que hay una imagen central, compuesta por el resto de las otras imágenes, la cual ha ganado prioridad; es el censor,

el evaluador, el juez, y que dice: debo librarme de todas las otras. De manera que entre él y las otras existen conflictos. ¿Estamos de acuerdo? Y continuamos con estos conflictos todo el tiempo, y por no saber cómo resolverlos nos buscamos nuevas evasiones: bien mediante las neurosis o por evasiones deliberadas y conscientes como la bebida, la iglesia, o cualquier otra cosa. Cuando la consciencia se sumerge a mayor profundidad —sin empujarla—, uno va y se pregunta: ¿es el observador diferente de las otras imágenes? Las otras imágenes son el resultado de juicios, opiniones, conclusiones, ofensas, nacionalismos; así pues, el observador es el resultado de todas las otras imágenes.

I.: *Nos causa temor tal complejidad...*

K.: ¡Pero la vida es eso! Por consiguiente, les causa temor la vida; por consiguiente escapan de la vida. Ya ven que no prestan realmente una total atención a esto y por eso es tan difícil hablar «contra» algo. Escuche, señor, yo tengo una imagen de usted y esta imagen la ha creado el daño producido, el agrado y el desagrado... eso es un hecho. El agrado y el desagrado han creado otra imagen en mi interior, ¿no? No solo la imagen de usted, sino la otra imagen, la de que no tengo que experimentar agrado o desagrado; porque ciertamente es absurdo experimentar esas cosas. Por consiguiente, me he forjado una imagen que dice «no debo sentir agrado o desagrado», lo cual es el resultado de crear una imagen y ver sus implicaciones; esto produce la otra imagen.

I.: *Algunas mentes no funcionan así en absoluto.*

K.: No sé cómo funcionan esas mentes.

I.: *La mía, desde luego, no.*

K.: De acuerdo. Estamos hablando de la consciencia, no de cómo funciona su mente o la mía.

I.: *¿Suponiendo que no formemos imágenes?*

K.: No es cuestión de «suponer».

I.: *Yo no supongo.*

K.: ¿Qué quiere usted decir con «suponer»?

I.: *Si creo que es un hecho, yo no supongo nada.*

K.: ¿Qué es un hecho? Si usted dice «soy un tonto», ¿no le causará daño? ¿O me hará el daño a mí?

I.: *¿Por qué?*

K.: El «porqué» y el resultar dañado, herido, son dos cosas diferentes.

I.: *No, no causaría daño alguno.*

K.: De acuerdo, no lo causaría, eso me alegra. Ya ven ustedes cómo nos ponemos por algo tan trivial.

Así pues, el observador es lo observado. ¿Entienden esto, señores? Tenemos la imagen del observador; entre este y las diferentes imágenes que lo rodean hay división, separación, un intervalo temporal, y por ello quiere conquistarlas, quiere subyugarlas, quiere

destruirlas; quiere librarse de ellas y por eso existe el conflicto entre el observador y lo observado. ¿De acuerdo? Y dice: «Mientras tenga conflictos estaré confuso. Tengo que librarme de ellos». El propio deseo de librarse de los conflictos crea otra imagen. Presten mucha atención a todo esto, por favor. La consciencia ha revelado todo esto, es decir, los diferentes estados de la mente, las diferentes imágenes, las contradicciones entre las imágenes, los conflictos, la desesperanza de no poder hacer nada para solucionarlo, las evasiones, las suposiciones neuróticas, etc. Todo esto se ha revelado gracias a la consciencia cautelosa y tentativa; y vemos que el observador es lo observado. Por favor, ¡presten atención! No es una entidad superior la que es consciente de que el observador sea lo observado, sino que la propia consciencia delata al observador como observado. No se trata de «¡quien es consciente!». ¿Lo entienden? Esta es la verdadera meditación.

Ahora ya podemos seguir. Así pues, ¿qué sucede cuando el observador se percata de que él es lo observado? Se ha dado cuenta no mediante ninguna forma de concepto, idea, opinión o imposición intelectual; se ha dado cuenta de toda la estructura mediante esta consciencia: percibiendo el color de la camisa, de la bufanda, y profundizando cada vez más y más.

I. (1): *Lamento enormemente interrumpirlo, pero hay una importante cuestión que no entiendo y que es la siguiente: usted dice que la consciencia ve que el observador es lo observado. Bien, ¿quiere eso decir que él es en realidad el observado o la reacción a lo observado?*

K.: No acabo de entender su pregunta, señor.

I. (1): *Usted dice que el observador es lo observado.*

K.: Yo no lo digo.

I. (1): *De acuerdo, fue la consciencia la que lo descubrió. Eso es lo que dijo.*

K.: Eso sí.

I. (1): *Bien, entonces yo tengo una imagen de usted, pongamos por caso, y entonces la consciencia descubre que yo soy eso observado, lo observado es la imagen. ¿Quiere usted decir que el observador es la imagen de usted que él ve, o es él una reacción a esa imagen?*

K.: Desde luego que él es la reacción a esa imagen.

I. (1): *Y por eso él es lo observado, por causa de esa reacción.*

K.: ¿Lo entienden ustedes?

I. (2): *¿Podría usted aclararlo un poco más?*

K.: (Al primer interlocutor): ¿Querría usted mismo explicarlo?

I. (1): *Bueno, si usted me pide que diga algo, lo diré.*

K.: Adelante, señor, se lo pedimos. Póngase en pie, o acérquese aquí, lo que más guste.

I. (1): *Usted dice que se ve que el observador es lo observado, pero de lo que hemos estado hablando es de cosas que se pueden* observar: *un árbol sería lo observado. ¿Quiere usted decir que la consciencia ve que yo soy ese árbol? No. Lo que usted dice es que lo que yo veo no es el árbol sino la imagen del árbol. Entonces, ¿quiere usted decir que yo, como observador, soy la imagen del árbol, o lo que quiere en realidad decir es que yo, como observador, soy la reacción a esa imagen del árbol? Esa era mi duda.*

K.: Está bien, señor. Usted es la reacción a la imagen que se ha creado de ese árbol. Si no tuviese ninguna imagen del árbol, no habría observador.

I.: *¿Podría uno expresar esto de una manera parecida diciendo que las imágenes forjadas por el agrado o el desagrado mediante innumerables asociaciones con todo, también han forjado algún conglomerado que ha formado al observador? Ahora bien, cuando comprendemos esto interiormente, sin esforzarnos por comprenderlo, sino que sencillamente somos conscientes de ello...*

K.: ¡Así es, señor! Así es exactamente.

I.: ... *Entonces usted pregunta, ¿qué ocurre?*

K.: Ahora vamos a verlo.

I.: *Bien, entonces continúe.*

K.: Prosigo. La consciencia ha revelado que el observador es lo observado, por lo tanto cualquier ac-

ción por parte del observador lo único que hace es crear otra imagen... ¡naturalmente! Si el observador no se ha percatado que él es lo observado, cualquier movimiento por su parte lo que hace es crear otra serie de imágenes y así vuelve a estar atrapado. ¿Qué ocurre, pues? Cuando el observador es lo observado, aquel no actúa de ninguna manera. Despacio, señor, muy despacio, pues lo que vamos a examinar ahora es algo muy complejo, y o queda perfectamente claro o no adelantaremos nada. El observador siempre ha dicho «tengo que hacer algo con estas imágenes», «tengo que librarme de ellas, suprimirlas, transformarlas, darles otra forma». El observador siempre ha tratado de hacer algo con lo observado. ¿De acuerdo? Observo que me desagrada mi esposa, por diversas razones, y entonces el observador va y dice: tiene que agradarme, tengo que hacer algo para que así sea, etc. El observador siempre está activo en lo tocante a lo observado. ¿De acuerdo, señor?

I.: *¿Quiere usted decir que estamos reaccionando todo el tiempo, constantemente, con estas imágenes, en función del agrado o desagrado, y que lo que hacemos es añadir más imágenes, y nada más que eso?*

K.: Así es; y a esa acción de agrado y desagrado por parte del observador la llamamos acción positiva.

I.: *¿Y eso es lo que usted quiere decir cuando afirma que está siempre activa?*

K.: Sí; eso es lo que llamamos acción positiva. Me gusta y, por lo tanto, tengo que conservarla; o no me

gusta y, por lo tanto, tengo que librarme de esa imagen. Eso es una reacción, ya sea de una manera apasionada o, por el contrario, desinteresada. Pero cuando el observador ve que lo que causa su acción, es él mismo... ¿Qué pasa?

I.: *Aquel caballero de allá deseaba aclarar mejor lo del observador y lo observado. Ahora bien, lo que usted dijo entonces era que estas imágenes no son las cosas realmente; uno no sabe lo que son y lo único que hace es reaccionar continuamente. Y cuando lo vemos, cesa el conflicto entre el observador y lo observado.*

K.: Señor, dicho de una manera muy sencilla, veo esa camisa marrón y la bufanda y me digo: «No me gusta ninguna de las dos», o bien: «Me gustan las dos», y ya he creado una imagen que es una reacción.

I.: *Y eso se almacena en el pasado, en la memoria.*

K.: Cierto, cierto. Entonces, ¿podría ver esa camisa marrón y la bufanda sin la sensación de agrado o desagrado, sin convertirlo en una reacción, sino que fuera sencillamente observación? Entonces no habría ninguna imagen. ¿Lo ha captado usted, señor? ¿Ha entendido esto que es tan sencillo?

I.: *(Inaudible.)*

K.: Escuche, señor; veo a alguien que lleva una camisa o una blusa roja y la observo. Mi reacción inmediata es que me gusta o no gusta. Y este agrado o desagrado es resultado de mi cultura, de mi pasado,

de mis costumbres o inclinaciones que ya tienen una imagen que me está diciendo: me gusta, o no me gusta. Así es que el agrado, el desagrado, el pasado, la cultura, la costumbre heredada, todo eso ha creado la imagen. Ese es mi observador principal, ese es el observador que ha creado el desagrado, o lo que sea; y es evidente que ese observador está siempre separado de lo que observa. Por otro lado, esa consciencia o percepción ha revelado que el observador es lo observado. ¿De acuerdo?

I.: *Lo observado... ¿quiere usted decir con eso la imagen que la mente ha forjado?*

K.: Eso es; exactamente. Usted lo ha comprendido. Entonces, cuando el observador es la imagen observada, no existe ningún conflicto entre este y la imagen. ¡El es la imagen! No está separado de ella. Antes estaba separado y realizaba acciones derivadas de este hecho, reaccionaba a causa de esta separación, trataba de encontrar una solución. Pero cuando el observador se da cuenta de que él es *eso*, deja de haber agrado o desagrado. Señor, no... examínelo usted mismo.

I.: *El observador crea todas las otras imágenes...*

K.: ¡No! No voy a volver a explicar eso otra vez. Ya lo hemos examinado lo suficiente. Ya han entendido lo que hemos dicho hasta este momento, que entre el observador y lo observado, entre la imagen que el observador se ha creado de sí mismo y las imágenes que ha creado del resto de las cosas hay una separación, una división, y por consiguiente entre él y lo de-

más surgen conflictos de agrado y desagrado y reacciones. Y siempre está intentando hacer algo para solucionarlo. Entonces, cuando el observador se da cuenta de que él es lo observado —las imágenes—, entonces cesa el conflicto; es decir, cuando me doy cuenta de que soy el temor —no que por un lado esté el temor y por otro yo—, entonces yo soy ese temor y no puedo hacer nada. Presten mucha atención. Porque, ¿qué puedo hacer yo? Yo soy parte de ese temor, no estoy separado de él. Por lo tanto, puedo observar ese temor sin intentar ningún tipo de evasión. Yo soy ese temor, yo soy ese dolor que me está atenazando el vientre o la pierna o lo que sea. Yo soy ese temor. Y así pues, no me rebelo contra él, ni lo acepto, ni lo evito: ¡está ahí! De modo que cualquier acción, que sería el resultado de la reacción de agrado o desagrado, deja de realizarse. Bien, ¿lo han comprendido? Entonces, ¿qué ha ocurrido?

I.: *Lo único que queda es la consciencia.*

K.: No, señor.

I.: *No queda ni observador ni observado.*

K.: Eso es. Queda la consciencia, la percepción, que se vuelve cada vez más —no digo *cada vez más* en el sentido temporal— más aguda, incisiva, intensa.

I.: *Que no desperdicia nada de energía.*

K.: Exactamente. Se vuelva tremendamente viva, sin sujeción a ningún problema ni imagen, intensa-

mente consciente; y a causa de esa intensidad sobreviene una atención de una cualidad totalmente diferente. ¿Lo ven?

I.: *Y esa intensidad, señor, carece de dirección o finalidad.*

K.: Obsérvelo usted. No me lo pregunte. Obsérvelo usted mismo. En cuanto la consciencia realiza una evaluación es que el observador ha trazado una dirección. ¿De acuerdo? Pero cuando se ha comprendido toda la secuencia, toda la estructura, desaparece el conflicto y, por consiguiente, la mente —al ser esta consciencia— se vuelve extraordinariamente sensible y de gran inteligencia. Dado que la sensibilidad acompaña a la inteligencia —no hay inteligencia sin sensibilidad, tanto en el nivel físico como en el psicológico—, la mente se ha transformado por efecto de la inteligencia y de la sensibilidad. La causa se debe a que la inteligencia no la ha producido ningún conflicto. También existe la inteligencia derivada de los conflictos, del observador, pues este, separado de lo observado, también tiene su inteligencia, pero ahora no vamos a ver eso.

En esa percepción o consciencia, gracias a que todo ha quedado al descubierto con total claridad, no se ha producido ninguna evaluación (cuando uno juzga algo es que está confuso), y de esa manera se elimina cualquier forma de conflicto, y lo que surge es la claridad, y esta claridad es atención. Por favor, ¡no me digan que están de acuerdo! Lo que hace falta es una acción real, no la conformidad. Cuando existe esta clase de atención en la que no hay ni observador ni observado, entonces esa atención sí que es inteli-

gencia. En esta atención no hay ningún tipo de conflicto, por lo tanto no hay exigencia de nada en absoluto. Esta atención, además, tiene su propia actividad, su acción propia. Así pues, hay una acción que no procede del observador. Cuando el observador actúa, su acción está siempre separada. Escuche usted, señor, no podemos profundizar más en este asunto a menos que usted realmente lo haya hecho. De verdad. Entonces —aunque el observador, por separado, tratará de imitarlo— verá que la atención, que es inteligencia, es también belleza y amor, y que la mente ya no tiene límites.

7 de agosto de 1967

«Antes de empezar a esclarecer la cuestión tan compleja del temor, creo que deberíamos comprender la naturaleza de la libertad. ¿Qué entendemos por libertad? ¿Realmente queremos ser libres? No estoy nada seguro de que la mayoría de nosotros queramos estar completamente libres de toda carga.»

«Tenemos que comprender y aprender qué es el temor, y eso significa aprender qué es el sufrimiento y su desaparición, y todo ello implica investigar qué es la pasión.»

«Para comprender la naturaleza del sufrimiento tenemos que examinar esta cuestión de la pasión. Han de saber que amor no es deseo ni placer, y es algo muy difícil de ver, de sentir realmente desde lo más hondo de nuestro ser, que el amor no es deseo ni placer, porque el deseo se convierte en placer al pensar en algo que ya antes nos proporcionó placer y goce, y se piensa en ello cada vez más. Ese pensamiento no es amor.»

KRISHNAMURTI



Krishnamurti nació en la India en 1895. Fue recogido por la Sociedad Teosófica a la edad de trece años y educado en Inglaterra. En 1929 renunció a toda vinculación con dicha sociedad. Durante su vida se dedicó a dar conferencias por todo el mundo promoviendo una actitud de autodescubrimiento del conflicto y rechazando todo dirigismo religioso o sectario. Renombrado como filósofo, educador y maestro espiritual, sus conferencias y escritos han inspirado a millones de personas. Murió en California a los 90 años.

ISBN: 978-84-414-1940-7
33106
9 788441 419407

EDAF

KRISHNAMURTI Temor, placer y amor

EDAF